

OS
A
OS

80
IDAD A
CIÓN G

F. R. J. ANGELES

DIÁLOGOS
DE LA
CONQUISTA
DEL
REINO DE DIOS

BV5080

J8

c.1

010139



1080021859



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM

VERITATIS



DIALOGOS

DE LA

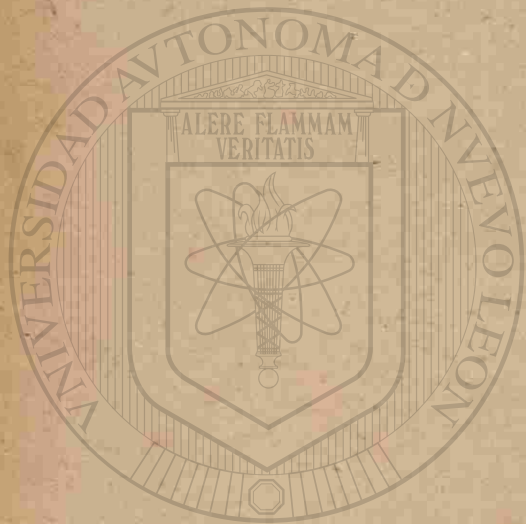
CONQUISTA DEL REINO DE DIOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DIÁLOGOS

DE

LA CONQUISTA

DEL

REINO DE DIOS

compuestos por

FR. JUAN DE LOS ANGELES

DE LOS MENORES DE LA OBSERVANCIA REGULAR

con un prólogo del

P. MIGUEL MIR, S. J.

MADRID, 1885

CUERVA LIBRERÍA E IMPRENTA DE SAN JOSE
Arenal, 20



B 15080
1880



DIÁLOGOS

DE I. A.

CONQUISTA DEL REINO DE DIOS

compuestos por

FRAY JUAN DE LOS ANGELES

DE LOS MENORES DE LA OBSERVANCIA REGULAR

con un prólogo del

P. MIGUEL MIR, S. J.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Camilla Allensina
Biblioteca Universitaria

MADRID.

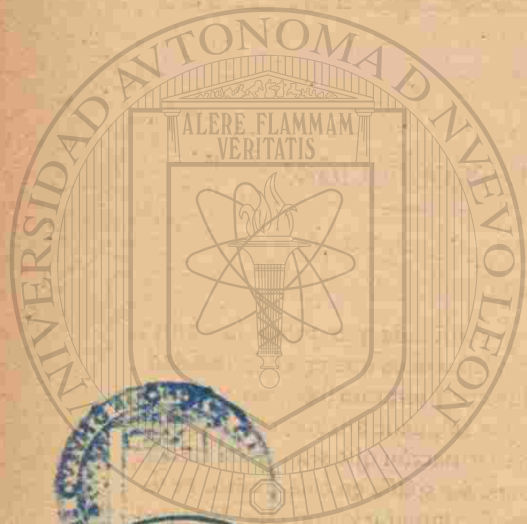
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NUEVA LIBRERÍA É IMPRENTA DE SAN JOSÉ.

Calle del Arsenal, núm. 20.

1885.

FONDO PATRIMONIO
DE YERRES
46487



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



INTRODUCCIÓN.

Es notoria y confesada por todos la abundancia de libros ascéticos que produjo la Edad de oro de nuestra literatura; es, en verdad, tan grande, que se puede afirmar con toda seguridad no haber nación que sea capaz, no ya de llevar ventaja á España en este punto, pero ni de igualarse ó compararse con ella. En tanta muchedumbre de libros los hay de todas clases y acomodados á todos los gustos é inclinaciones, correspondientes á las varias tendencias ó movimientos que imprime en el alma la gracia multiforme de Cristo, efecto ó emanación de aquel Espíritu Soberano que inspira donde y como quiere y engendradora de la santa y hermosísima libertad de que go-

010139

zan los hijos de Dios. Su mérito doctrinal y literario es, por el mismo caso, muy diverso, hallándose al lado de tesoros de valor inestimable, obras donde más que el ingenio y la literatura de sus autores, resplandece la buena voluntad y el deseo sincero de promover la gloria de Dios y la salvación de las almas. En general, predomina lo bueno y aun lo excelente; y no hay escuela ó sección, de las muchas en que se divide la ascética española, que no pueda presentar no ya uno, sino varios escritores de primer orden, así por la solidez y excelencia de la doctrina, como por la hermosura del lenguaje y por la dulzura y elocuencia del estilo.

Nunca se encarecerá ni se estimará en lo que es justo el bien que han procurado á nuestra nación escritores tan excelentes. Escribiendo y divulgando sus libros, ofrecieron al pueblo español alimento sano y que diese vida y fortaleza á su espíritu. Estos libros han andado en las manos de todos, iluminando la inteligencia con la luz de la verdad, inspirando al corazón altos pensamientos, esforzando la voluntad en el bien y derramando por todas partes consuelos y esperanzas; y su benéfica enseñanza ha penetrado de tal manera en lo más íntimo de la sociedad española, que no hay persona medianamente

instruída á quien no sean familiares los nombres y los escritos de Avila, Granada, Rodríguez, La Puente y demas autores ascéticos de nuestros buenos tiempos. A pesar de la turbación de los que alcanzamos, estos nombres no sólo no han caído en olvido, sino parece que se han hecho aun más conocidos y populares, repitiéndose las ediciones de sus obras, dándose á la estampa algunas que eran ménos conocidas y siendo todas recibidas con singulares muestras de favor. Es este uno de los motivos de cristiana esperanza, que al par que engendran la persuasión de que los males de España no son de todo punto irremediables, esfuerzan el corazón á la continuación de la santa empresa de sacar de la oscuridad los libros de nuestros grandes escritores, para que, en brazos de la estampa, recorran las provincias y comarcas de España y esparzan por todas partes su influencia bienhechora.

Uno de los escritores que más ignorados han permanecido hasta ahora, y que son ménos merecedores de este olvido, es el admirable varón Fray Juan de los Angeles, religioso de los Menores descalzos, Provincial que fué en su Orden y Superior de la Casa de San Bernardino de Madrid, y además confesor de las Descalzas Reales y predicador de la Emperatriz María, hermana del Rey D. Feli-

pe, segundo de este nombre. Floreció á últimos del siglo xvi y principios del xvii. Fueron muchos los libros que escribió, y por ellos y por sus trabajos en el púlpito y en el confesionario, alcanzó nombre de orador elocuentísimo y de uno de los más afamados maestros de espíritu que hubo en su tiempo, heredero de la fervorosa piedad de San Pedro de Alcántara y gloria insigne de aquella escuela esclarecida, cuyo primer maestro fué el bendito pobre de Cristo, San Francisco de Asís. Publicáronse todos estos libros por los años que corrieron entre el de 1590 y el de 1610¹, que es decir, en aquel espacio admirable de tiempo en que nuestra lengua tocaba á la cumbre de su perfección y hermosura, y cuando la sublimidad de la enseñanza teológica encontraba en la majestad del lenguaje español su más digno y precioso engaste, y en el estilo y dicción de nuestros escritores el adorno y las galas y preseas más excelentes que ha tenido jamas en ninguna lengua humana.

Fuera ocioso y por demas ponderar la bondad de la doctrina que se contiene en los libros de Fray Juan de los Angeles; baste advertir que escritos por uno de los teólogos

¹ Puede verse el índice de estos libros en la *Biblioteca de Nicolás Antonio*.

más eminentes de aquella edad, la más gloriosa por la excelencia de sus doctrinas é investigaciones teológicas, osténtase en ellos toda la grandeza y sencilla sublimidad propia de los teólogos españoles de aquel tiempo, no ménos que la doctrina mística de la escuela franciscana unida á la alteza y profundidad de conceptos de uno de los más profundos contempladores de los misterios divinos que ha habido en España. Mas en lo que toca á la parte extrínseca ó artística de estos libros, ¿quién será capaz de estimarlos en su justo valor? ¿Qué alabanzas serán bastantes á ponderar el mérito de su lenguaje, la belleza de su dicción, la suavidad y dulzura de su estilo? No hay sino pasar los ojos por sus páginas, para convencerse de que Fray Juan de los Angeles no sólo puede compararse con los autores ascéticos más ilustres y celebrados de su tiempo, sino que en muchas cualidades los iguala y rivaliza con ellos y aun los aventaja y excede. No hay duda que la doctrina que enseña y desenvuelve es de lo más alto y encumbrado á que puede llegar el humano entendimiento; pero ¡qué manera de exponerla tan clara y sencilla! ¡qué estilo tan hermoso y apacible! ¡qué variedad en la dicción! ¡qué corrección y pulimiento de la frase! ¡qué esplendor y riqueza y galanura en los adornos! Sobre todo, ¡qué interés!

¡qué regalo! ¡qué dulcísimo y encantador hechizo obra la lectura de estos libros en el alma que se nutre y apacienta con ellos! Con razón un autor moderno ¹, ha juzgado á Fray Juan de los Angeles por «uno de los más suaves y regalados prosistas castellanos, cuya oración es río de leche y miel. Confieso, añade este docto crítico, que es uno de mis autores predilectos; no es posible leerle sin amarle y sin dejarse arrebatado por su maravillosa dulzura, tan angélica como su nombre». Es, en verdad, dulcísimo deleite para el entendimiento y para el corazón la lectura de este escritor maravilloso. La sublimidad de su enseñanza, la apacibilidad de su estilo, la viveza de su imaginación, la ternura de sus afectos, la santidad y pureza que destellan de todas sus páginas nos atraen y como embelesan de tal manera, que sin advertirlo nos identificamos con las ideas y sentimientos que bullían en el pecho de su autor, y aun parece que trabamos amistad con él, y nos lo figuramos vivo y presente, y como adivinamos los rasgos de su fisonomía; y ya que no nos sea posible gozar de su conversación y presencia, nos consolamos con el pensamiento de que aquella alma suya, tan pura,

¹ D. Marcelino Menéndez, en su *Historia de las ideas estéticas en España*, t. II, pág. 139.

tan amable y hermosa, vive en la inmortalidad de los bienaventurados, gozando de Dios y ayudándonos con su intercesión en el acatamiento de la Divina Majestad para obrar el bien y ejercitar la virtud y vencer las dificultades y asperezas que se ofrecen en el camino de la vida cristiana.

LOS DIÁLOGOS SOBRE LA CONQUISTA DEL REINO DE DIOS ¹ son una de las obras de Fray Juan de los Angeles donde aparecen más de realce estas bellas cualidades. Tal vez no encierran un sistema de doctrina tan vasto y bien trabado como *Los triunfos del amor de Dios*; pero de seguro están escritos con mayor sencillez y corrección, y con mayor dominio, suavidad y riqueza de la lengua. Siendo sumas las dificultades que ofrece el diálogo, y tan grandes que en ellas se estrellaron no pocos de los escritores más insignes, Fray

¹ El título completo tal como consta en la portada de la edición del año de 1610, que ha servido para la presente, dice así: «Diálogos de la Conquista del espiritual y secreto Reyno de Dios, que segun el santo Euangelio está dentro de nosotros mismos. En ellos se trata de la vida interior y diuina, que bipe el alma vnida á su Criador por gracia y amor transformante Compuestos por Fray Ivan de los Angeles, Predicador Descalzo de la Prouincia de S. Joseph de los Menores de Obseruancia Regular, dirigidos al Serenísimo Principe Cardenal Alberto, Archiduque de Austria, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, etc.» Para ajustarnos al gusto moderno, hemos creído conveniente abreviar esta portada, presentándola en forma más sencilla.

Juan de los Ángeles las vence con una facilidad realmente asombrosa; á pesar de no haber hecho entrar en él más que dos personas, maestro y discípulo, sabe dar tanto interés á la conversación, que el lector no puede soltar el libro de la mano; antes, poseído de una especie de encantamiento, pasa página tras página, siguiendo embebecido la serie de las preguntas y respuestas, y figurándose asistir con su presencia á aquella plática sabrosísima. En fin, quien desee ver de qué manera los grandes ascéticos españoles del siglo xvi sabían poner al alcance del común de los lectores cosas que no son comunes ni vulgares, sino que frisan con lo más alto y misterioso que encierra la Teología, lea estos DIÁLOGOS bellísimos, y al par que sentirá investirse y bañarse su alma con la luz de las ideas más grandes y sublimes, verá levantarse en su espíritu movimientos y afectos dulcísimos, y percibirá al propio tiempo algunos de los secretos de aquel arte prodigioso con que nuestros autores ascéticos lograron dar forma á los conceptos más abstractos de la mente, haciendo á su lengua esclava de su inteligencia y atando la pesadumbre de la materia á las alas sublimes del espíritu.

Esta obra, que fué la delicia y el alimento espiritual de nuestros mayores, es la que sale

hoy nuevamente al público, adornada con todos los primores del arte de la imprenta. Es cierto que la turbación de los tiempos en que vivimos y el espectáculo de las pasiones más miserables, cuyo desenfreno y estragos se nos vienen á cada momento á los ojos, no pueden ser más contrarias á la severidad de la doctrina y á la pureza y santidad de los afectos que resplandecen en el libro de Fray Juan de los Ángeles. Si atendiésemos á esto, poco podríamos esperar en el éxito de este libro; pocos habrían de recrearse en la lectura de páginas tan puras y hermosas; pero en medio de las miserias que presenciamos, es de esperar que las divinas misericordias no se han agotado. A vuelta de tantas almas sumidas en los goces de la materia y en las tinieblas del vicio y del pecado, hay seguramente otras que conocen por experiencia la muchedumbre de bienes que ni ojo vió ni sintió el oído, ni caben en la sospecha del corazón del hombre, que tiene Dios reservados á sus siervos y amadores; á éstos va dirigido este libro; ellos podrán saborear la dulzura y belleza de la doctrina encerrada en los DIÁLOGOS DE LA CONQUISTA DEL REINO DE DIOS, y sacar de su lectura grata y provechosa enseñanza.

MIGUEL MIR, S. J.



AL MUY ALTO Y

Serenísimo Príncipe el Cardenal Alberto,
Archiduque de Austria, Legado de latere
de la Santa Sede Apostólica.

Después que torné á tomar la pluma en la mano (muy alto y Serenísimo Príncipe), para proseguir estos Diálogos, que de la Conquista del Reino de Dios había comenzado, ya no los miré como obra á solas mía, sino como tal, que en ella tiene lo principal V. A., por haberme hecho merced de su licencia y beneplácito para que debajo de la protección de su serenísimo nombre acabados, los sacase á luz; y parece que con este favor y honra recibieron nuevo ser y valor; y en ellos mismos se verá leyéndose atentamente la postrera parte, porque ya en ella, como calificados con la autoridad de V. A., hacen ventaja á los que precedieron. Pudiera muy bien ser que si con la merced de V. A. no cobrara aliento y me animara para publicarlos, cumpliera el intento de mi cobardía, ó no acabándolos ó deteniéndolos sin dejarlos salir á plaza; en especial, representándoseme ser cosa notoria que muchos leen los libros más para ser jueces de ellos y de sus autores, que para aprovecharse

de su doctrina; y cuando la hallan desautorizada, aun de leerla huyen, como de cosa de poco valor y crédito. Mas ahora, con el que V. A. ha sido servido de dar á la de este tratado tan extraordinariamente, dándole su aceptación, aun antes de yo darle fin, ninguno tendrá abreviamento para reprobala, ni para juzgar mal de mi en escribirla, ni yo tendré temor de comunicarla, no sólo á los que de lo bueno sienten bien, mas ni aun á los que acostumbran de todo decir mal. Porque de nadie será desestimado lo que fué acepto á un tan gran Príncipe de la Iglesia, tan rico de lo que la naturaleza le pudo comunicar, y de lo que con trabajosos estudios de muchos años se suele adquirir, y de lo que la divina gracia á sus muy escogidos acostumbra conceder. Lo que la de V. A. á esta obra ha concedido, la hizo ser de precio y estima para yo poderla de nuevo ofrecer. Y esto mismo casi pone obligación á V. A. para recibirla con benevolencia debajo de su amparo. De modo que el acabarse, y lo que valiere, y la aceptación que alcanzare, y la seguridad que tuviere, y cualquier bien espiritual que fructificare, todo ello se deba á V. A., como yo todo me debo.

Humilde y perpetuo siervo de V. A.,

FRAY JUAN DE LOS ANGELES.

AL LECTOR.

De tres cosas estoy obligado á dar razón en este prólogo, que han de parecer nuevas á los que leyeren esta obra, conviene á saber: del nuevo estilo de preguntas y respuestas; del nuevo título de CONQUISTA DEL REINO DE DIOS, y del orden con que procedo, hasta llegar á la quietud del recogimiento, de que trata el último de los Diálogos. A lo primero dará satisfacción considerar el oficio que de predicador tengo, aunque indigno, el cual me ha hecho deudor, no solamente de sabios, sino también de ignorantes, y me ha obligado á dar leche á los pequeñuelos en la virtud, y pan con corteza á los perfectos, y á mudar como pescador codicioso los cebos para pescar algún alma para Dios. ¿San Pablo no confiesa de sí que se hacía todas las cosas á todos por ganarlos á todos á Cristo? Pues, ¿por qué teniendo yo la misma pretensión que el Apóstol, no haré de la doctrina lo que él hacía de su persona? Si la caridad y amor divino que en su pecho ardía le obligaba á guisarse de tantas maneras para bien de sus prójimos, cuantos ellos y

sus gustos eran, cada uno como le había menester, por qué no podrá esa misma caridad diferenciar este manjar espiritual de la doctrina y guisarle de manera que sepa bien y alcance á todos? Esta ha sido la causa de ordenar en diálogos este tratado de oración y contemplación, habiendo escrito los *Triunfos del amor* en prosa suelta, para que si alguno se enfadase y cansase de leer capítulos, se recree leyendo las dudas que propone el discípulo y las resoluciones y determinaciones del maestro; que al fin la variedad alivia y entretiene en todo género de cosas, y la cuestión comenzada despierta el apetito de verla determinada y resuelta. Harto cuesta arriba se me ha hecho volver á tratar de estas materias de espíritu, visto el poco que hay en el mundo y cuán postrados y caídos están los gustos de los hombres para abrazar ejercicios de vida perfecta y del hombre interior; especialmente que desechan ya y tienen en poco lo precioso y provechoso si tiene consigo algo de dificultad. Mas por todo me ha hecho romper el deseo que en mi alma vive del aprovechamiento de las de mis hermanos, por los cuales, como dijo San Juan, debemos poner las vidas, y deseaba una y muchas veces dar la suya San Pablo, á imitación de Aquel que por todos la dió en la cruz. Y á la verdad, la mayor de las ganancias es ganar un alma para el cielo, la cual confirma San Dionisio en el libro *De cælesti hierarchia* por estas palabras: *Uniuscujusque hierarchiam sortientium perfectio hæc est, secundum propriam ana-*

logiam in Dei imitationem ascendere; et omnium divinissimum est Dei cooperatorem fieri, et ostendere in seipso divinam actionem relucentem, secundum quod est possibile. La perfección de cualquiera que alcanzó á tener algún grado en la celestial jerarquía es subir según su capacidad y virtud á la imitación de Dios, conformándose con Él en todo lo que le pudiere parecer: por que esta similitud y conformidad vuelve amable la criatura racional y querida de su Dios; empero lo divinísimo de esta imitación y el supremo grado en la Iglesia militante es tratar de la salud de las almas y ayudar á Dios en la granjería de ellas, á donde su Majestad pone el caudal de la gracia y la diligencia y cuidado del hombre jerárquico. El cual, cuanto le fuere posible ha de mostrar la operación de Dios que en el mismo resplandece, la cual, como centella de fuego, bulle allá dentro y procura salir afuera para dar luz á todos, unas veces predicando, otras escribiendo, otras aconsejando y otras dando forma de lo que deben hacer con su buen ejemplo. Que como el fuego nunca está ocioso, porque siempre quema si halla materia en que cebarse, tampoco lo puede estar el divino amor; el cual, segun sentencia de San Gregorio, no es verdadero si cesa de obrar. Y cuando ninguno se aprovechase de nuestros trabajos, quedaríamos por ventura perdidosos los que en la viña del Señor empleamos nuestros talentos; no, por cierto, sino con la misma ganancia que si hubiéramos convertido todo el mundo, si á eso se extendie-

ran nuestras diligencias y deseos. San Juan Crisóstomo dice que de la manera que los veneros de las aguas no dejan de correr aunque ninguno venga á beber de ellas, ni las fuentes ni los ríos se detienen en su curso puesto que nadie llegue á coger agua, así el predicador por ninguna vía ha de cesar de predicar y amonestar, aunque de muchos no sea bien oído. Porque esta ley tenemos impuesta por el mismo Dios que administraremos al pueblo su palabra: Que en ningún tiempo dejemos de hacer lo que en nosotros fuere. El santo Profeta Jeremías, cuando por enseñar la verdad de parte de Dios á los hombres se veía burlado y escarnecido de ellos y amenazado de muerte, quiso con algún temor humano desistir de su oficio, y confiesa que luego que admitió este pensamiento, sintió dentro de su alma una gran fuerza del espíritu, que, como un ardiente fuego, le abrasaba las entrañas y los huesos, tanto, que no podía sufrir su ardor. Pues si con tan grandes ocasiones como el Profeta tenía para no profetizar ni enseñar á aquel terrible y duro pueblo, sólo por el pensamiento que de no hacerlo pasó por él fué tan gravemente en lo interior compungido, que sentía arder dentro de sí fuego por faltar á su obligación, ¡cuánto mayor escrúpulo debemos tener nosotros, que ni somos perseguidos, ni amenazados, ni escarnecidos como él lo era! Si porque el otro se duerme, ó no oye, ó se ríe y murmura de nuestros sermones, dejaremos de predicar y enseñar, haciendo tantos que oyen y leen y reciben apro-

vechamiento? Si con echar la red en un sermón no pescáremos todos los oyentes, contentémonos con diez, contentémonos con cinco, contentémonos con uno, que éste nos basta para nuestra consolación: y demos que ninguno salga aprovechado (aunque parezca imposible que la palabra de Dios sembrada en tantos corazones deje de hacer algún provecho); digo que ni de esta manera queda frustrada nuestra esperanza; porque si después del sermón y amonestación nuestra se determinan los malos á pecar, pecan á lo ménos con remordimiento y no con la soltura y libertad que solían antes que nos oyesen; pecan como confusos y avergonzados, sufriendo interiormente reprensiones duras de sus propias conciencias, que les zahieren y ponen delante la doctrina que oyeron ó leyeron. ¿Y por ventura estos remordimientos no son principio de salud y de mudanza de vida? Quanto más, que si no ganamos á los que están perdidos, sustentamos y esforzamos á los que están ganados, que no es menor virtud que ganar de nuevo. Si no resucitamos los muertos, ni sanamos los enfermos, apoyamos los que están en pié para que no caigan, y añadimos esfuerzo á los vivos para que no mueran. Y si hoy no persuadimos, mañana persuadiremos, que no son los hombres ángeles, que de lo que una vez aprenden no vuelven atrás. ¡Cuántas veces acontece andar todo el día los pescadores lanzando las redes en el mar, sin tomar un sólo pez, y á boca de noche henchir sus barcos, y restaurar en aquella hora tanto tiempo

perdido! Si porque los oyentes no se aprovechan de los sermones y los lectores de los libros, hubiésemos de dejar de predicar y de escribir, seguiríase que en todas las granjerías de la vida se habría de hacer lo mismo. Deje el labrador de sembrar el año que viene porque no encerró pan en éste, y el mercader de navegar porque sufrió una y muchas veces tormentas, y ni habrá qué comer en la tierra ni nos servirá de nada la riqueza del mar. El labrador siembra todos los años y el mercader hace sus viajes á sus tiempos, siempre con esperanza de ganar; y ni el uno sembrando ni el otro navegando tienen más certeza de que este año les ha de suceder mejor que les sucedió el pasado. Y si en estas cosas transitorias tanta diligencia y cuidado ponen los hombres, aunque los sucesos son tan varios y mal seguros, ¿será bien que nosotros, si de todos no somos oídos y obedecidos, dejemos el trato y granjería de las almas? ¿Qué excusa tendremos delante de Dios? ¿Cómo esperaremos perdón de nuestra cobardía? Y más, que en las pérdidas temporales no hay el consuelo que en las espirituales; porque si dió á la costa nuestro navío y se fué á fondo vuestra hacienda, no hay quien allí luego remedie esa pérdida y naufragio. Y si las muchas aguas ahogan los panes, éisle forzoso al labrador volverse á su casa con las manos vacías. Nosotros, empero, si predicando y enseñando no somos oídos ni obedecidos, tanto recibiremos cerca de Dios como si lo fuéramos, pues no tenemos obligación de persuadir á los oyentes, sino

de aconsejarles y amonestarles lo que les conviene. No dejes de predicar y enseñar (dice el mismo Crisóstomo), hasta que se te acabe la vida, que bien empleada es la que en esto se emplea. Lo que ha de dar fin á nuestra amonestación ha de ser la obediencia y rendimiento de aquellos á quien enseñamos. El demonio nos cerca y rodea, como león rabioso, para impedir nuestra salud, no sacando para sí de este su trabajo ganancia alguna, antes aumento de sus penas y tormentos: y es tan temerario, que intenta á veces cosas que es imposible salir con ellas, y acomete no solamente á aquellos que confía derribar de su justicia, sino también á los que con probabilidad entiende ser insuperables. ¿Por ventura no estuvo atento á las alabanzas que de su amigo Job Dios predicaba? ¿No oye decir del que es hombre justo, recto, temeroso de Dios, y que se aparta de todo mal? Pues con todo porfía y espera derribarlo, y no deja piedra (como dicen) que no mueve, para que, si quiera oprimido con el peso de tantos males, pierda la paciencia: ¿y no la tendré yo haciendo la causa de Dios, esperando tan aventajado premio, y predicando á hombres que por momentos se mudan? El Apóstol San Pablo aconseja á su discípulo Timoteo que predique y enseñe á los que resisten y contradicen la verdad. Y da por razón, que por ventura en algún tiempo les dará Dios penitencia para conocerla y abrazarla, y al fin salvarse. De modo, que sin certeza de haber de aprovechar, dejándolo á lo que Dios quisiese obrar en ellos,

le exhortaba y mandaba que aún á los que le contradecían predicase siempre la verdad. Estas y otras razones, que el divino Crisóstomo juntó para animar á los que predicán, me pudieron esforzar á mí para no cansarme de comunicar de todas las maneras á mí posibles, la lluvia del cielo, que es la buena y sana doctrina, unas veces predicando, como de ordinario lo hago; otras escribiendo, y escribiendo á veces en estilo ménos humilde y más dificultoso, como están *Los Triunfos*, para entendimientos más alumbrados; otras en más llano y claro para los pequeñuelos, como lo he hecho en estos *Diálogos*, en los cuales el discípulo representa á los que poco saben, y el maestro á los doctos y aprovechados. Allégase á esto que las dudas que el discípulo propone son las que á todos los que tratan de oración suelen ocurrir, y que para salir de ellas se requiere maestro sabio y experimentado. Lo cual, aunque á mí me falte, no me ha faltado diligencia para escudriñar las Escrituras y leer todos aquellos autores que con satisfacción hablaron de semejantes materias, que cierto han sido muchos, y con cuidado leídos y entendidos. El título del libro también es nuevo, pero á propósito de lo que en él se trata, que es dar documentos para conocer el reino de Dios, que está en nosotros, y enseñar el orden que se ha de tener para gozar de él. De lo cual largamente trata el primer *Diálogo*, que á mí parecer es el mejor de todos, y el que encierra en sí lo sustancial de ellos y cuanto bueno hay escrito de vida inte-

rior: allí remito al lector, porque tratemos ahora del orden de esta doctrina. Y presuponiendo de antemano, que para la entrada y habitación en este reino espiritual y divino, á donde se halla justicia, paz y gozo del Espíritu Santo, se requieren muchas cosas; la primera de todas hallo yo que es limpieza del alma, la cual no se alcanza si no es por destierro de todo pecado. De esto y de la penitencia, que los destierra, trata el segundo *Diálogo*, que es muy notable, y que tiene instituciones muy saludables y de mucha sustancia. Y porque para el entrar son necesarias puertas (que no hay saltaderos ni portillos para el reino de Dios), trátase de ellas en el tercero, cuarto y quinto. El sexto continúa la materia del quinto, que es de la pasión y muerte del Hijo de Dios, y descubre muchos engaños que se ven cada día, especialmente en mujeres, que fácil y falsamente suelen trasformarse y arrojarse, y arrebatarse verdaderamente con esto la comida, el regalo y el favor de los príncipes. Habla también de aquella milagrosa transformación de nuestro Padre San Francisco en Cristo crucificado, con las condiciones de que ha de ir acompañada la meditación de sus dolores, para sentirse como conviene. Y porque hay enemigos visibles é invisibles, que defienden ó impiden la entrada á esta tierra de promisión, que de verdad mana leche y miel de consolaciones y regalos espirituales, síguese luego tratar de ellos y de los daños que hacen, y del orden que hemos de guardar para vencerlos; lo cual comienza á enseñar

este sexto Diálogo, y lo acaba el séptimo, que sin ninguna duda es de grandísima importancia, y el todo para salir con tan rica empresa, la cual alcanzada, queda por saber qué ejercicios han de ser los del que ya descubrió y posee este reino; con qué leyes ha de vivir; cómo se ha de haber sobre sí, debajo de sí, fuera de sí y dentro de sí (que estos son los manantiales y salidas que puede hacer el alma). Lo primero y segundo enseña el octavo Diálogo; lo tercero el nono; lo cuarto el último, que es la llave de todo el bien tras que andamos. Otras muchas cosas se ofrecían que poder tratar en esta conquista; mas por no hacer volumen que espantase á los lectores, sino libro tan pequeño que le pudiesen traer en la mano, sin pesadumbre, las dejé como poco necesarias, porque á la verdad he trabajado en que de las que lo son para ser uno perfecto contemplativo ninguna faltase. Recibe á lo ménos mis buenos deseos, cristiano lector, si mis trabajos no te contentaren; y si te fueren de gusto y te aprovecharas de ellos, desde ahora doy gracias á mi Señor Dios, que quiso y ordenó que fuese yo el instrumento de tu aprovechamiento y espiritual consolación. Y á tí te pido ruegues por mí á ese mismo Señor, con esperanza de que si la vida se nos prestase por más tiempo, te haré otros servicios de tanta ó de mayor utilidad. Vale.



DIÁLOGO PRIMERO.

DE LA VIDA INTERIOR Y CENTRO DEL ALMA Ó REINO DE DIOS:
DE LA HARMONÍA DEL HOMBRE Y DE LA VERDADERA INTE-
LIGENCIA DEL MANDAMIENTO DEL AMOR.

DISCÍPULO Y MAESTRO.

§ I.

DISCÍPULO. Si el desear ser perfecto fuera perfección, perfectísimo fuera yo en todo género de virtud: porque toda la vida gasto en buenos propósitos y deseos. En el estado secular fueron éstos, de entrar en Religión, donde Dios mucho se sirviese y mi alma se aprovechara. Oyólos Su Majestad, por su misericordia infinita, como suele oír los de sus pobres, é hizo me uno de ellos en la profesión. Y aunque me confieso al presente falto de obras, no

este sexto Diálogo, y lo acaba el séptimo, que sin ninguna duda es de grandísima importancia, y el todo para salir con tan rica empresa, la cual alcanzada, queda por saber qué ejercicios han de ser los del que ya descubrió y posee este reino; con qué leyes ha de vivir; cómo se ha de haber sobre sí, debajo de sí, fuera de sí y dentro de sí (que estos son los manantiales y salidas que puede hacer el alma). Lo primero y segundo enseña el octavo Diálogo; lo tercero el nono; lo cuarto el último, que es la llave de todo el bien tras que andamos. Otras muchas cosas se ofrecían que poder tratar en esta conquista; mas por no hacer volumen que espantase á los lectores, sino libro tan pequeño que le pudiesen traer en la mano, sin pesadumbre, las dejé como poco necesarias, porque á la verdad he trabajado en que de las que lo son para ser uno perfecto contemplativo ninguna faltase. Recibe á lo ménos mis buenos deseos, cristiano lector, si mis trabajos no te contentaren; y si te fueren de gusto y te aprovecharas de ellos, desde ahora doy gracias á mi Señor Dios, que quiso y ordenó que fuese yo el instrumento de tu aprovechamiento y espiritual consolación. Y á tí te pido ruegues por mí á ese mismo Señor, con esperanza de que si la vida se nos prestase por más tiempo, te haré otros servicios de tanta ó de mayor utilidad. Vale.



DIÁLOGO PRIMERO.

DE LA VIDA INTERIOR Y CENTRO DEL ALMA Ó REINO DE DIOS:
DE LA HARMONÍA DEL HOMBRE Y DE LA VERDADERA INTE-
LIGENCIA DEL MANDAMIENTO DEL AMOR.

DISCÍPULO Y MAESTRO.

§ I.

DISCÍPULO. Si el desear ser perfecto fuera perfección, perfectísimo fuera yo en todo género de virtud: porque toda la vida gasto en buenos propósitos y deseos. En el estado secular fueron éstos, de entrar en Religión, donde Dios mucho se sirviese y mi alma se aprovechase. Oyólos Su Majestad, por su misericordia infinita, como suele oír los de sus pobres, é hizo me uno de ellos en la profesión. Y aunque me confieso al presente falto de obras, no

lo estoy de aquellos antiguos deseos, y otros de nuevo; y el mayor de todos es ser en lo de dentro lo que en lo de fuera parezco: porque me avergüenzo y confundo mucho de que me juzgue el mundo por perfecto y santo, siendo en los ojos de Dios tal, que hay más de que tener de mí mancilla que envidia. ¿Y cuántos desearon como yo y lo que yo, que prevenidos con la repentina y no pensada muerte, arden y arderán para siempre en el infierno? ¿Y por qué no temerá otro tanto el que, las manos cogidas en el seno, se consume y acaba la vida deseando? Verdaderamente, yo debo ser aquel desdichado de quien dijo Salomón: «Quiere y no quiere el perezoso». Y digo desdichado, porque de querer y no querer se forma y cuaja un *querría*, tan lejos de efectuarse lo que se desea, cuanto cerca del castigo de los tibios, que es estarlos Dios lanzando de su estómago y trocándolos por vómito. Este es el estado que llamaron los Santos de insensibilidad: en que ni la consideración del cielo deleita, ni la del infierno atemoriza, ni los beneficios despiertan, ni se sienten las heridas... Pero, Dios de mi alma, ¿qué veo? ¿Es, por ventura, el que allí viene mi Maestro? Él es, sin duda alguna, y no me pesa de ello. Holgaríame, empero, de que no me hubiese oído.

MAESTRO. Dios te salve, Deseoso.

DISCÍPULO. El mismo sea tu salud perdurable.

MAESTRO. ¿Qué soliloquios han sido estos que contigo y á tus solas has tenido toda la tarde? Huélgome de verte tan deseoso de tu aprovechamiento espiritual, y que se entienda que no acaso, sino por inspiración divina y orden del cielo, se te puso el nombre que tienes. Porque, bien mirado, gran parte de la salud está en el desealarla. El Profeta santo decía: «Deseó mi ánima desear tus justificaciones en todo tiempo». Á Daniel le intitula el Angel, Varón de Deseos. Las oraciones jaculatorias, que, como dicen los Santos, penetran los cielos, también son deseos. La Iglesia hace fiesta á los que tenía la Virgen preñada de Dios, por verle ya nacido en el mundo y en sus brazos, y éstos celebramos el día de la O; y todas las que se ponen en aquellas siete Antífonas, ántes del nacimiento del Señor, significan los que tenían los padres de que Dios enviase al *Deseado* de las gentes. Si esto es así, como lo es, ¿por qué te desconsuelas, siendo tus deseos tantos y tan buenos?

DISCÍPULO. Porque crecen á una en mí esos deseos santos é imperfecciones sin cuento; mil buenos propósitos y dobladas culpas. Y apenas ha brotado en mi alma un pensamien-

to de salud, cuando la conversación y trato de los amigos lo destierran de ella. Y siguiendo la corriente de los insensibles, que son muchos, sólo en el hábito me conozco religioso, siendo en lo demás hombre del siglo. La profesión que tengo hecha es estrechísima, y yo relajadísimo; ella me pregona muerto al mundo, y yo vivo á sólo el mundo; ella me niega y pone entredicho á todo lo que es carne y sangre, y yo soy hombre carnal, venido debajo del pecado; ella me manda ser pobre, y yo voy huyendo de la pobreza; y al fin, todos los buenos deseos desaparecen en flor, y á cada paso me hallo con hurtos de malas obras en las manos.

MAESTRO. No pases adelante con esa plática, que parece que reina hoy en tí la melancolía. Salgámonos, si quieres, un rato á la huerta.

DISCÍPULO. Salgamos enhorabuena. ¿Tienes, por ventura, alguna cosa que tratar conmigo en puridad?

MAESTRO. Sí tengo, y deséote todo entero; porque lo que quiero enseñarte no admite corazones repartidos, ni hombres distraídos y fuera de sí.

DISCÍPULO. Siempre me has hablado con veras y sin lisonja; pero nunca me preveniste como ahora.

MAESTRO. Nunca habrás oído de mi boca lo que hoy te deseo comunicar.

DISCÍPULO. Parece que vienes enviado de Dios, y á la medida de mi deseo, que ha sido hallar quien me hable al corazón y me enseñe cosas sustanciales, interiores y de espíritu; que lo que comunmente se trata en estos tiempos, aún entre varones insignes y de mucho punto de santidad, lo más es exterior y de muy poca satisfacción para el alma.

MAESTRO. Un pensamiento es el de los dos, sino que yo estoy más enfadado del lenguaje bárbaro que en materia de virtud corre en el mundo, que no tú que naciste ayer; que si bien miras en ello, todo es acudir á componer este hombre exterior y á cumplir con los que lo son, y apenas se halla quien se acuerde del hombre interior y divino. Y deberían advertir los que en esto gastan su tiempo, que el hombre interior compuesto compone y ordena sin pesadumbre ninguna al hombre exterior, y no al contrario. De Platón he leído, que hacía de ordinario esta oración á Dios: *Amice Deus, da mihi ut intus pulcher efficiar: et quæ exterius sunt intimis sint amica*. Amigo Dios, dadme que en lo interior os parezca hermoso, y que lo exterior se conforme y tenga amistad con lo interior.

DISCÍPULO. Devotísima oración es esa ver-

daderamente, y más de pecho cristiano que de filósofo.

MAESTRO. También nos viene aquí muy á pelo y es de más autoridad, lo que el Profeta santo dice del alma esposa de Cristo, en el Salmo 44, el cual, habiendo tratado con galanas metáforas de la hermosura y virtudes del celestial Esposo, de su admirable disposición y gallardía, vuelto á ella le dice: «Toda la gloria de él, á la hija del Rey, es adentro, en las fimbrias doradas y cercada de variedad». Como si dijera: eso que el Esposo tiene por naturaleza, tiene, en su tanto, la esposa por gracia; sino que en ella está de secreto, allá adentro, donde los ojos de Dios lo miran y aprueban; aunque no tan secreto, que deje de dar algunas muestras de fuera; que al fin, los extremos son dorados. Porque si alguna vez se extreman los Santos, es en obras de caridad, entendidas por las orlas ó fimbrias doradas; que en las demas en que se ceban los ojos de los hombres, ningún extremo hacen, porque suelen por la mayor parte ser viciosos. En los Cantares se escribe, que siendo motejada la esposa de morena y desaliñada, no negando el desaliño y moreno, confiesa que con ello anda junta la hermosura de esposa de Jesucristo. «Soy, dice ella, como las tiendas de Cedar y las cortinas de Salomón». En lo de

fuera, negras y de poco lustre; al fin, como expuestas al sol y á las injurias de los tiempos; mas en lo secreto é interior, llenas de grandes riquezas y de suavísimo y precioso olor. Este conviene que en todo lugar sea bueno, como dice San Pablo, pero principalmente debemos oler bien á Dios; que como hay hombres tan lascivos, sensuales y profanos, que por donde quiera que van dejan el suave olor y fragancia del ambar y amizcle, de que andan como embalsamados, y si llegas á contemplarlos de cerca son asquerosos en sus personas, así hallarás muchos que todo su negocio es dar buen olor de virtud y santidad á los hombres, sin acordarse que principalmente le deben á Dios. Enseñanse éstos á torcer la cabeza, componer las manos, modestar y bajar los ojos, encoger los hombros, hablar por compás y en tono devoto, medir los pasos, colgar el rosario con su calavera de la cinta y á otras cosas de esta suerte, y no tratan de componer el hombre interior, ni mortificar las pasiones, ni andar dentro de sí mismos, ni de la vida que esencialmente ha de ser virtuosa.

¡Qué poco caso hacía San Pablo de que el hombre exterior se corrompiese y anduviese desaliñado! Sabía él muy bien, que de su corrupción y descompostura procedía la refor-

mación y ornato del hombre interior. Los que de véras tratan de ser perfectos, imitan á la naturaleza, que, no olvidándose de formar las partes exteriores del animal, lo primero á que acude es á la formación del corazón. El arte y los santos fingidos ó de burla son de una manera, que no se curan de lo interior, sino de sólo lo que se puede ver: del rostro macilento, de llorar donde sean vistos, de suspirar en la iglesia y hacer gestos, cosa que Dios mucho aborrece, y de confesar y comulgar á menudo, por el pundonor y aun por el provecho temporal que se halla ya en estos ejercicios.

§ II.

DISCÍPULO. ¿Luego no es bueno ni se debe hacer eso que reprendes?

MAESTRO. No reprendo el buen ejemplo exterior, ni las obras tales, en las que sólo se busca la gloria de Dios y edificación del prójimo; porque el Señor quiso que fuesen de manera que las viesen los hombres y glorificasen al Padre, que está en los cielos. Lo que reprendo es el detenerse en estas cosas y poner en ellas todo el cuidado, no porque son para gloria de Dios, sino porque son insignias de alguna santidad, á veces tan llenas de in-

tereses propios, que se serviría más Su Majestad de que las dejásemos, que no se sirve de que las hagamos. En Amós están escritas estas temerosas palabras: «Aborrecidas y echadas á mal tengo vuestras fiestas; y esos perfumes y olores que me dáis en vuestras juntas me ofenden y sirven de humo á mis narices. No curéis de quemar animales ni hacerme otros servicios, que no los tengo de mirar ni volver á ellos mis ojos; yo os absuelvo de los votos que me tenéis hechos para que os tenga en mi memoria, porque no me dan gusto. Quitad allá esa confusión de voces y esos motetes de violones, que me atormentáis con ellos». Hasta aquí son palabras de Dios Nuestro Señor, el cual reprueba todos los servicios que se le hacen en su Iglesia, si no llevan vida; si les falta lo esencial, que es el espíritu y la verdad, con que quiere ser servido y adorado. Cesario cuenta, que cantando en una iglesia unos músicos con gran destreza y armonía, un Santo que se halló allí en aquella sazón vió un demonio puesto en lo alto de la capilla mayor, que con la mano izquierda tenía un costal abierto y con la derecha recogía las voces y las metía en él, hasta que le hinchó. Acabado el oficio, los músicos, como tienen de costumbre, comenzaron entre sí á alabar sus motetes y canto de órgano. «¡Qué

linda estuvo la corneta!» decía el uno; otro, «¡qué bien cantó Fulano; qué pasos tan ricos hizo de garganta, etc.» El siervo de Dios, que oyó la plática, llegóse á ellos y les dijo: «Muy bien habéis cantado, supuesto que quedó lleno el costal». Admirados de esto y sabido el por qué lo decía, se confundieron mucho, y se avergozaron de lo que poco ántes se estaban gloriando.

DISCÍPULO. ¿Pues no había otra cosa en que recoger voces tan suaves sino en un costal?

MAESTRO. No; porque las más bien acordadas del mundo, si van sin espíritu, son como paja para el gusto de Dios; y así las manda encerrar en un costal, como se encierra la paja, para las bestias. Y quiero que sepas, que lo mismo que fué de aquellas voces será de todos los ejercicios corporales, si les faltase la vida que Dios pide en ellos.

DISCÍPULO. ¿Y qué vida es esa?

MAESTRO. Oye, no á mí, sino al divino contemplativo Rusbrochio, cuyas palabras, fielmente sacadas, son estas: «No tanto debemos atender á lo que hacemos, cuanto á lo que de verdad somos; porque si fuésemos interiormente, en lo íntimo de nuestras almas buenos, también nuestras obras serían buenas; y si en lo íntimo fuésemos justos y rectos, justas y rectas serían ellas. Muchos ponen

la santidad en el hacer; mas no aciertan, porque, si así se puede decir, no consiste sino en el sér; que por muy santas que parezcan nuestras obras, no santifican en cuanto obras, sino en cuanto nosotros somos santos y ellas salen de interior ó centro santo, tanto tienen de santidad y no más. De manera que el centro santo santifica todo lo que hacemos, ora sea comer, beber, dormir, orar, hablar, macerar la carne con ayunos y otras cosas semejantes, que de suyo no son malas, sino buenas ó naturales; y aquél tiene el íntimo y centro más santo, que tiene mayor amor de Dios en su alma; y sus obras son más calificadas cuanto con mayor pureza mira en ellas la gloria de Dios. Por lo cual debemos trabajar con todo cuidado, por tener bueno y grande este íntimo y centro, y de principiar de él nuestras acciones; porque, sin ninguna duda, en él está constituida la esencia y bienaventuranza del hombre; y las obras que son virtuosas, de allí lo son; porque el ánimo bueno y levantado por amor en Dios, levanta y perfecciona nuestras obras y las hace gratas á Su Majestad». Hasta aquí son palabras de Rusbrochio, que, á mi juicio, lo que en todas ellas quiso decir fué: Que no mira Dios á la cantidad de nuestras obras, ni hace caso de que sean grandes, sino al ánimo de donde salen, el cual las ca-

lifica y acondiciona á sí mismo, y las sube tanto de punto, cuanto él está subido y elevado por amor en Dios, y no más; y así, cuanto este íntimo de nuestra ánima es mayor y más santo, y lo que hacemos sale esencialmente y con actual atención de él, tanto y no más es agradable y acepto á Dios; que eso significó la divina Escritura cuando dijo: «Miró Dios á Abél y á sus dones»; que primero se agradó de la persona que del sacrificio, y tanto tuvo el sacrificio de aceptación, cuanto era acepto el que le ofrecía. Y lo que fué en Abél es en todos los hombres del mundo, cuyas obras, cuanto es de parte de ellos, son aceptadas ó no de Dios en cuanto ellos ó lo son ó no al mismo Dios; que no puede ser que yo sea esencial ó cordialmente bueno, porque tengo en mi alma plantado el amor divino, que es vida de ella y de todo lo que hago, y que no se agrada Dios, y se pague de mis obras, por muy pequeñas que sean, si, como queda dicho, llevan por fin y blanco la gloria y honra suya desnudamente, y sin alguna consideración á provecho y comodidad mía. Ni tampoco, siendo el íntimo malo y leproso, pueden dejar de tener lepra mis obras, y ser por esto no gratas á Dios; que escrito está: «los dones de los malos no los aprueba el Altísimo».

§ III.

DISCÍPULO. ¿Qué llamas íntimo del alma? Que según lo que Rusbrochio ha dicho, debe ser lo principal que hay en nosotros, y á que debemos siempre aspirar.

MAESTRO. Lo que te doy por respuesta es, que hasta que halles dentro de tí ese centro ó íntimo, no habrás sabido qué cosa es vida interior ó esencial, que es lo que yo deseo que sepas y experimentes; porque luégo no hay necesidad de más preceptos, ni documentos en la vida espiritual, porque todos llegan hasta allí; y allí puesta una alma, toma Dios la mano y la enseña por sí mismo, que es la mayor bienaventuranza que le puede venir en esta vida, como lo dijo el Profeta: «Bienaventurado el que tú, Señor, enseñáres y le diéres la inteligencia de tu ley».

DISCÍPULO. Al fin, me dejas con mi ignorancia.

MAESTRO. Por ahora sí; porque mi intento en este rato de conversación no es más que aficionarte á andar dentro de tí mismo y á una vida esencialmente buena, no armada sobre palillos ni sujeta á los ojos de los hombres, sino regulada según el beneplácito de Dios y atenta á su habla interior; que San Gregorio

dice: «El que no se esconde y retrae de las cosas exteriores, no penetra las interiores». Y dice más: que es necesario esconderse para oír, y esconderse después de haber oído; porque el alma apartada de las cosas visibles percibe y contempla las invisibles; y llena de las invisibles, perfectamente desprecia las visibles y oye á hurtadillas las venas de la habla divina; porque conoce delicada y secretamente los modos ocultos de la inspiración suya. Lo cual no puede hacer el que no se habituaré á vivir dentro de sí mismo en este divino y esencial centro de su ánima, que, propiamente hablando, es el reino de Dios, donde él mora con todas sus riquezas. Y si no me engaño, de este reino se entiende lo que dice Cristo por San Lúcas: «Mi reino dentro de vosotros está»; y éste comparó por San Mateo al tesoro escondido, que el que lo halló lo escondió más, y vendidas todas sus cosas compró el campo en que estaba, para cavar en él más á sus solas y para con mayor libertad gozarle.

DISCÍPULO. ¿Cómo se puede decir con verdad que escondió el tesoro, si estaba escondido?

MAESTRO. Muy poco sabes, si eso ignoras; que claro está que para el dichoso que halló el tesoro, ya que hasta hallarle le estaba es-

condido como á todos, después de hallado manifiesto quedó y patente para él, y secreto para los demas. Y dicese que le escondió para conservarle, y que de todo lo que tenía se desposeyó para gozarle; porque este tan gran bien tiene tanto gusto y consolación para el que le halla, que fácilmente da de mano á todas las cosas que hay de contento en el mundo, y sólo ó solitario entra á cavar y sacar el oro que sólo puede enriquecer las almas y librarlas de toda miseria y pobreza. Mas ¡ay, qué poquitos dan con este tesoro tan oculto! Y no me espanta; que al fin es negocio de gracia, y ninguno por sus fuerzas naturales lo alcanza. Ni aún hallarás entre muchos uno que se persuada de que hay dentro de nosotros tanto bien. El divino Blosio, Rusbrochio, Taulero y otros, dicen que este centro del alma es más intrínseco y de mayor alteza que las tres facultades ó fuerzas superiores de ella, porque es origen y principio de todas. Es de todo en todo simple, esencial y uniforme, y sin él no hay multiplicidad, sino unidad, y en él son una cosa las dichas facultades; conviene á saber: entendimiento ó inteligencia, memoria y voluntad.

DISCÍPULO. Parece que andas por declararme lo que tanto deseo.

MAESTRO. De razón ya lo habías de haber

entendido por lo dicho ; y pues habemos llegado á tal punto, advirtiéndote primero, que es el más alto que hay en la vida espiritual, y de que has de tener memoria para adelante, has de saber, que el íntimo del ánima es la simplicísima esencia de ella, sellada con la imagen de Dios, que algunos santos llamaron centro, otros íntimo, otros ápice del espíritu, otros mente: San Agustín sumo, y los más modernos, la llamaron hondón ; porque es lo más interior y secreto, donde no hay imágenes de cosas criadas, sino, como queda dicho, la de sólo el Criador. Aquí hay suma tranquilidad y sumo silencio; porque nunca llega á este centro ninguna representación de cosa criada, y según él, somos deiformes ó divinos, ó tan semejantes á Dios, que nos llama la sabiduría dioses. Este íntimo, desnudo, raso y sin figura, está elevado sobre todas las cosas criadas y sobre todos los sentidos y fuerzas del ánima, y excede al tiempo y al lugar, y aquí permanece el alma en una perpetua unión y allegamiento á Dios, principio suyo. Cuando este íntimo, al cual la luz eterna y no criada continuamente ilustra y esclarece, se manifiesta y descubre al hombre, en gran manera la aficiona y enternece, como se dice del que halló el tesoro, que por el gozo demasiado que recibió, vendió todas sus cosas y compró el

campo. ¡Oh noble y divino templo, del cual nunca Dios se aparta, á donde la Santísima Trinidad mora, y se gusta la eternidad! Una sola conversión perfecta en este íntimo á Dios, es de mayor importancia que muchos otros ejercicios, así interiores como exteriores, y que puede restaurar diez y más años perdidos. Aquí mana una fuente de agua viva, que da saltos por la vida eterna; y es de tanta virtud y eficacia, y tiene tanta suavidad, que destierra fácilmente toda la amargura de los vicios, y vence y sobrepuja toda la rebeldía, contradicción y resabios de la naturaleza viciosa y mal inclinada. Porque luego que se bebe esta agua de vida, corre por toda la región del cuerpo y del ánima, y da y comunica al cuerpo y al ánima una maravillosa pureza y fecundidad.

§ IV.

DISCÍPULO. Gran cosa es esa verdaderamente, y no debería el hombre aflojar ni cesar de la oración hasta que Dios le concediese beber siquiera un sólo trago de tal agua.

MAESTRO. Una sola gota que bebieses no tendrías más sed de las cosas vanas, ni de las transitorias criaturas, sino tu sed sería de sólo Dios y de su amor; en el cual, cuanto más

crecieres, tanto más aprovecharás en la unión divina; y cuanto más unido y más profundamente metido en Dios, tanto más claramente le conocerás; y así conocido, forzosamente ha de ser con mayor ardor amado, y ese es el blanco de nuestras obras y ejercicios; ahí se ordenan y van á parar todos; porque si te falta este amor, todos tus trabajos, aunque sobrepujen á los que han padecido y padecen todos los hombres del mundo y los demonios, son vanos y de ningún fruto, como largamente lo hallarás escrito en nuestros *Triunfos*. Al fin, tanto tendrás de santidad cuanto de caridad, y no más. Y si te parece que me alargó en esto, oye al gran Padre Agustino, que dice: «Si quieres cumplir con perfección todo lo que explícita ó implícitamente se contiene en las divinas Escrituras, guarda en tu alma la verdadera caridad, que ella es el fin de la Ley y de los Profetas». El Apóstol á su discípulo Timoteo dice: «El fin del precepto es la caridad, de corazón puro, de buena conciencia y de fe no fingida». En las cuales palabras, aunque hay mucho que notar, sólo quiero que adviertas por ahora, que precepto no significa mandamiento especial ó sólo, sino todo lo mandado y ordenado en la ley; lo cual, así como está, se endereza al aumento y conservación de la caridad, que ella es la clave del

edificio espiritual; y si peligra ella, peligra todo lo que estriba en ella. Con esto entenderás aquel lugar de Santiago, tan dificultoso: «El que en uno ofendió, en todos quedó culpado».

DISCÍPULO. Nunca yo he hallado cómo esto sea posible: ¿por qué el adúltero ha de ser acusado ó castigado como homicida, ó el ladrón como adúltero?

MAESTRO. La sentencia del Apostol, superficialmente entendida, no parece que tiene verdad; pero si recurrimos á lo que de la caridad queda dicho, tiénela muy grande, y es muy conforme á razón lo que el Apóstol dice: «Porque si todos los preceptos tienen su dependencia de esta virtud, y ella se extiende á Dios y al prójimo, y por ella son preceptos los que lo son, y ninguno puede obligar contra ella, bien se sigue que faltando en ella, se falta en todos; y en cualquiera que se falte, ella queda agraviada». En un círculo verás esto muy claro, que todas las líneas que se forman del centro á la circunferencia se comunican en el centro; allí se topan y se hacen una cosa. ¿Podriase, por ventura, tocar en este centro sin tocar en las líneas todas?

DISCÍPULO. Parece que no.

MAESTRO. Pues así es en el propósito, que el centro de la Ley y de los Profetas es la ca-

ridad; y los que son preceptos, como ya dije, lo son en ella, van á parar en ella y salen de ella. Luego si se toca en ella y se le hace ofensa, todos la reciben; y á cualquiera que de todos se toque queda ofendida ella y todos agraviados en ella, por ser todos una cosa en ella, como las líneas en el centro, que áun cuando cada una considerada por sí parece diferente de las otras en la circunferencia, como parecen diferentes preceptos no hurtar, no matar, no adulterar, no jurar, etc., ni lo son en el centro las líneas, ni en la caridad los preceptos; y así queda entendido Santiago, y tú, de buena razón, aficionado á la caridad.

DISCÍPULO. Y mucho verdaderamente, y con deseo grande de saber cómo se ha de amar á Dios con perfección, de manera que alcance yo la que por este camino con tanta brevedad alcanzaron los santos.

MAESTRO. El cómo enseñó aquel piadosísimo Señor que sólo pide en recompensa de lo mucho que le debemos por nosotros y por todas las criaturas, amor. «Amarás, dice, á tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu ánima, y de toda tu mente, y de todas tus fuerzas, y de toda tu virtud».

DISCÍPULO. Esa repetición de palabra, con tan diferentes términos, me confunde mucho; y para entender de raíz ese mandamiento tan

encarecido, había yo menester que se me diese alguna luz de esos nombres, corazón, alma, mente, fuerzas y virtud.

MAESTRO. Mucho quisiera excusar el responderte á eso, porque es de gran dificultad y pide más alto conocimiento que el que yo tengo de las cosas del espíritu. Pero contentarte has con que te diga lo que supiere, que será lo que los santos dicen y la filosofía nos enseña.

DISCÍPULO. No se te puede pedir otra cosa.

MAESTRO. Pues por principio de esta doctrina nota, que en el hombre se consideran tres diferencias de hombres: animal, racional, deiforme ó divino; cada uno de estos hombres tiene una fuerza ó potencia con que conoce ó entiende, y otra con que se inclina á huir ó desear aquello que ya conoció, en cuanto ó le es dañoso ó provechoso. El hombre animal obra y conoce por los cinco sentidos exteriores: vista, oído, olfato, gusto y tacto; y todo lo que por estos sentidos percibe, envía al cerebro, y por ciertas imágenes y fantasías mira allí las cosas y las compone y retiene en la memoria. A esta sensitiva potencia corresponde otra natural apetitiva con que apetece estas cosas exteriores, riquezas, amigos, manjares y otros deleites de este metal, y huye las cosas adversas y que le son contrarias. Este apetito

se llama animal ó sensual , que es fuerza afectiva que se mueve únicamente de la aprensión de los sentidos. Cualquiera que según este hombre vive, vive según la sensualidad, no de otra manera que viven los brutos ; y por esta parte somos sin ninguna nobleza , y estamos sujetos á corrupción y muerte. El segundo hombre, que se dice racional, tiene una cierta potencia, que se llama inteligencia ó razón, cuyo oficio es pesar todas las cosas y mirar cuál es lo bueno y cuál lo malo , cuál lo verdadero y cuál lo falso. Esta saca conclusiones de las premisas y de las cosas que siente , las insensibles, y es potencia que en su operación no usa de órgano corporal , como la pasada; pero corresponde al libre albedrío, que se mueve á abrazar y hacer todo lo que la razón le dicta y enseña. Otros la llaman afecto racional ó apetito de razón. El que en esta potencia se ejercita , hácese rico de sabiduría y de virtud , las cuales tanto más crecen en él, cuanto él más las desea; y cuanto más alcanza de ellas , tanto el deseo de su cumplida posesión es mayor. Esta vida en sí misma es imperfecta , porque siempre le falta algo que es sobre la razón humana; es, al fin, defectuosa, porque fuera de Dios no puede cosa alguna hartar la hambre del ánima racional. El tercer hombre se llama suprema y simple inteli-

gencia , ó mente , y es fuerza cognitiva del ánima, que recibe inmediatamente cierta lumbré natural de Dios; por lo cual se conoce la verdad de los primeros principios , conocidos los términos. A esta simple inteligencia corresponde un suave , agradable y puro amor del ánima , que inmediatamente recibe inclinación al sumo bien , así representado por la simple inteligencia, y naturalmente se mueve á lo bueno. Los que en esta amorosa potencia se ejercitan y tienen familiaridad con Dios, tan alto se levantan algunas veces , que callando por poco tiempo su entendimiento, de sí y de todas las cosas juntamente se olvidan, y son todos tragados de Dios y transformados en él. Rusbrochio llamó vida divina la de este tercer hombre ; porque en ella se contempla atentamente Dios y se une á Él el alma por desnudo amor, y le goza y gusta cuánta sea su dulcedumbre, derrítase y renuévase de continuo en él; y este es el camino del rapto y elevación sobre todas nuestras fuerzas , á un estado donde el mismo Dios nos rige, y el alma sufre su operación y es ilustrada con claridad divina, no de otra manera que estos aires con los rayos del sol, y el hierro con el calor y virtud del fuego. También quiero que sepas, que el ánima del hombre se llama principalmente así, porque vivifica y anima al cuerpo,

y en las fuerzas ó virtudes de ella, dichas racionales, conviene á saber: Razón, Voluntad y Memoria, resplandece la imagen de la Santísima Trinidad. Pero según el hombre superior, ó simple inteligencia, es el ánima dicha espíritu, ó íntimo, ó mente ú hondón, como ya has oído, la cual es dotada de tanta nobleza, que no hay palabras con que esto se pueda declarar. Este íntimo retraimiento de la mente ninguna cosa criada le puede henchir, ni dar hartura, sino sólo el Criador con toda su inmensidad y grandeza; y aquí tiene Él su pacífica morada, como en el mismo cielo; ni es necesario que le vayamos á buscar fuera de nosotros cuando quisiéremos hablar con Él; porque en cuanto no le desterramos por el pecado, inseparablemente asiste en este su retraimiento, aparejado para oirnos y para hacernos merced; aunque algunas veces tan disimulado como si no estuviese. Por lo cual debemos convertir aquí á Él todas las fuerzas de nuestra ánima, con singular atención y reverencia. De este espíritu, ó íntimo, ó centro, ó ápice del ánima, proceden todas las fuerzas de ella, no de otra manera que los rayos proceden del sol y á él vuelven como á su original principio, y esto mediante la obradora caridad y verdadera intención á Dios. Bienaventurado el hombre que supo conver-

tirse á este centro con perfecta resignación, porque vale más una hora de este ejercicio para alcanzar perdón de pecados y montones de gracias, que muchos años de otros, por muy altos y aprobados que sean. Tales cosas obra Dios en el alma, así convertida, que ella misma no las comprende. Pero con los que ciegan estas facultades y fuerzas interiores, ningún trato ni comunicación tiene, que es la mayor miseria que puede padecer la criatura racional.

§ V.

DISCÍPULO. Verdaderamente me tienes suspenso y fuera de mí con lo que me has dicho; porque nunca entendí que dentro de nosotros hubiese tan grandes riquezas, ni ese centro tan admirable y de tanta codicia.

MAESTRO. Muy pocos hallarás que sepan esto, porque todos los más, como ya dije, son dados á exterioridades, sin hacer caso de entrar dentro de sí mismos á investigar este tesoro y conversar con aquel Señor que dice: « Mi reino dentro de vosotros está ».

DISCÍPULO. Parece que con lo dicho fácilmente entenderé el mandamiento del amor, que tan dificultoso se me ha hecho siempre.

Y si tuvieses por bien declararme algo acerca de él, recibiría mucha consolación.

MAESTRO. Amar á Dios de todo corazón es amarle de toda tu voluntad y deseo : de manera que ninguna cosa apetezcas ni quieras contra Dios, fuera de Dios, ni sobre Dios. Digo que echadas de tu corazón todas las criaturas, se lo has de ofrecer todo al Criador, para que sólo y á solas le posea. Amar á Dios de toda tu alma es amarle con todo el hombre animal, teniendo á raya todos los cinco sentidos y apartándolos de todo deleite y de toda otra obra que pueda ofender los divinos ojos; de manera que has de usar de ellos, no para pecar, ni para deleitarte, sino para honra y gloria de tu Señor Dios. Amar á Dios de toda la mente es perseverar con entendimiento sano en la verdadera fe, muy confiado de Dios y sin vacilar, ni sustentar opiniones falsas, ni pensar en ellas, ó hablando conforme á la doctrina que te ha dado. Amar á Dios de toda la mente es andar dentro de tí mismo, atento siempre á él, con un puro y sincero amor, sin mezcla de otro extraño ó adulterino, pues nos consta que otro que Dios no puede henchir nuestra alma. Al fin, le has de amar con todas tus fuerzas; porque todas las que hay en tí, interiores y exteriores, se han de emplear y consumir según su altí-

simo beneplácito, sin alguna contemplación de interés propio, como cosa principal en el amor, que bien se puede y debe esperar la gloria y otros bienes y mercedes que suele Dios hacer á sus amigos. En una palabra, quiero que sepas, que las muchas de este mandamiento, ninguna otra cosa te dan á entender sino que Dios nuestro Señor te quiere todo para sí, sin que para otra cosa criada quede lugar en tí que pueda hacer guerra ó contradecir á su voluntad; y es de manera necesario desembarazarte de todas las cosas, para que more Dios en tí como en su templo, que no es posible quedándote tú en tí, hacer Él en tí su morada. ¿Nunca has visto aposentarse un gran Príncipe, entrando en una aldea, de camino, en casa de un labrador rústico?

DISCÍPULO. Sí he visto.

MAESTRO. Pues de la manera que para entrar el Príncipe en la pobre casilla del labrador, el labrador se sale y la desocupa de todas sus alhajas, sin quedar ninguna, grande ni pequeña, porque el Príncipe trae consigo el ornato y aderezo dignos de su persona; así para morar Dios en una alma quiere que se desocupe primero del amor de todas las criaturas y de sí misma. El Eclesiástico dice: Escribe en tu corazón la sabiduría en el tiempo de la vacuidad ó vacante, y mira bien

que el que más se desocupare de negocios, ese será más lleno de ella». Llano es que la sabiduría que sabe y engorda al alma, que es el gusto dulce de las cosas celestiales, se recibe mejor cuanto más vacío y desocupado tenemos el corazón, no sólo del amor de las criaturas, sino de los actos de los sentidos interiores y exteriores; porque, éstos retirados y en silencio, el espíritu puro vuela á su Criador, y sufre en este tiempo la operación del Espíritu Santo, que obra grandes maravillas en el alma, así desembarazada y vacía. Primero que este divino Espíritu en el principio del mundo viniese sobre las aguas y las fecundase y produjese tantas vidas, se dice que la tierra estaba vacía ó vacante; que es decirnos, hablando al hombre interior, que la tierra de nuestros corazones se ha de vaciar y desembarazar de toda criatura, para que pueda recibir mejor la venida del que todo lo hinche, que es Dios. ¡Qué vacío tenía su corazón aquel que, tratando de la caridad é imperfecto conocimiento, decía á los de Corinto: «Cuando viniese lo que es perfecto, evacuarse há lo que es en parte y poco. Cuando yo era pequeño, hablaba y sabía y pensaba como pequeño y niño; pero después que fuí hecho varón, evacué y desembaracéme de las cosas que eran de pequeño». Todo es poco y niñería

todo lo que no es Dios; y el conocimiento que se tiene por las criaturas es como tiniebla respecto del que Dios infunde en el alma desembarazada y libre de ellas: y en verdad que es niño cualquiera que juega con estas cosas transitorias en su entendimiento y les da lugar en su corazón, y que para ser grande les ha de dar de mano y desocuparse para sólo el Criador. El profeta Jeremías, y en consonancia de él el Santo Rey David, dicen que delante de Dios, conviene á saber, puestos en el lugar de la oración, hemos de derramar como agua nuestros corazones; como si dijeran, de suerte que nada les quede dentro, ni pensamiento, ni afición de las criaturas, sino que á solas lo hagamos con su Majestad; lo cual no se entendiera si dijera como aceite ó miel, etc. En el Salmo 138 se escribe: «La noche es mi alumbramiento en mis deleites». Y á mi ver, lo que en el sentido espiritual dice esta letra es, que en la privación del actual conocimiento de las criaturas, que esas son tinieblas, como lo dijimos en el capítulo XV de ellas en *Los Triunfos*, están los deleites y gustos suavísimos del alma del contemplativo: cuya voluntad está en este tiempo actuada, y obrando, ó recibiendo, por mejor decir, grandes regalos y riquezas de su Esposo celestial. Para significar Dios este des-

embargo del corazón, mandó en su antigua ley, que el altar donde ardía el fuego perpetuo de los sacrificios estuviese hueco y vacío. Para que esto se entienda, sobre todo lo dicho hace lo que pasa en el Santísimo Sacramento del altar, que como á la voz del sacerdote, la sustancia de pan desampara su casa y sucede el cuerpo de Cristo, quedando sólo los accidentes de pan; porque en lo sustancial, después de la consagración, es cuerpo de Cristo, y en lo accidental es pan; quiero decir, que ninguna sustancia hay allí de pan, sino solo los accidentes, que por eso se llama transustanciación; así quiere Él que á la voz suya, con que nos llama y convierte á sí, las criaturas todas, y nosotros mismos, salgamos juntamente de nosotros, dejando para Él libre y desembarazada la posada; como lo hizo aquel divino Apóstol, que se atrevió en carne mortal á decir: «Vivo yo, ya no yo; vive en mí Cristo»; que es como si dijera: En lo espiritual, lo accidental tengo de hombre; mas lo sustancial de Dios. Tales nos quiere Su Majestad para sí, que accidentalmente seamos hombres y sustancialmente dioses, regidos por su Espíritu y conformes á su beneplácito; para lo cual impide toda criatura que con amor desordenado se posee y ama. Porque como dijo un Profeta: «El lecho de nuestro

corazón es angosto y no caben dos en él», y el palio del amor es breve, y no alcanza á cubrir más que á uno.

DISCÍPULO. Parece que quieres decir, que los justos dejan de ser hombres y son dioses por esencia; como por virtud de las palabras de la consagración deja el pan de ser pan y es cuerpo de Cristo.

MAESTRO. No digo tal cosa, porque yo voy hablando de transformaciones de amor, las cuales todas son accidentales; que amando yo á Dios no dejo de ser lo que soy cuanto á la esencia, sino accidentalmente. Digo que el alma transformada en Dios por amor, más vive para Dios que para sí; porque no ya lo que le pide el hombre exterior, sino lo que Dios le ordena, quiere y sigue. Y como el alma está más donde ama que donde anima, síguese que es más de la cosa amada que suya. Y en este sentido se puede decir, que los justos accidentalmente son hombres, y sustancialmente dioses, pues por su divino espíritu son regidos y viven; como el hierro caldeado se queda hierro, aunque vestido de las calidades de fuego, pareciendo más fuego que hierro por esencia; aunque verdaderamente no lo es sino por participación, como los justos son dioses.

DISCÍPULO. Admirable doctrina es esta,

por cierto, padre mío, sino que se me asientan mal dos cosas: la primera, que pueda yo vivir sin mí, como se dice que vivía el Apóstol; la segunda, que siendo el ánima racional no más que una, tenga tantas facultades y haga tan diferentes oficios como si fueran muchas ánimas.

MAESTRO. Bien dices que es una en cuanto á su esencia y sustancia; y siguiendo la doctrina de Scoto y de otros parisienses, no hay distinción real entre ella y sus potencias. Santo Tomás dice, que hay distinción real entre el ánima y sus potencias; las cuales, consideradas con diversos respectos, una vez las llama accidentes, otra casi propiedades naturales de la misma ánima.

DISCÍPULO. Dejemos, si te parece, esas diferencias para las escuelas, y digamos con Isidoro, que las potencias de tal manera están conjuntas al ánima, que son una misma cosa con ella; y que por la diversidad de los oficios en que se ocupa tiene diversos nombres.

MAESTRO. Ese es el parecer de Scoto, y siguiéndole por ahora, digamos que el ánima es una (como tienen todos), pero que hay en ella diversas facultades ó virtudes, las cuales le dió el Señor como instrumento para obrar; sino que con el poco uso están en nosotros confusas, y no con aquella disposición que

para ejercicios tan altos como éstos se requiere; y así es necesario purgarse primero, acicalarse y limpiarse. Por lo cual quiero que sepas, hijo Deseoso, que para perfectamente convertirte á Dios, el entendimiento y la razón han de servir como de ayos del hombre sensual y bestial, apartándole de todos los desordenados gustos y deleites, así de pensamientos y palabras como de obras, para que de esta manera alcances la perfecta mortificación y negamiento de tí mismo, y traigas á tal punto este hombre, que de ahí adelante no obre por los sentidos exteriores, ni se derrame más por las criaturas, sino conforme á lo que la recta razón dictare, y entendieres ser voluntad de Dios. Esta mortificación de la naturaleza te será molestísima y penosísima en los principios; pero en el acatamiento divino será aceptísima y dará de sí olor, como un suavísimo pebete y olorosísimo incienso. Conserva tu entendimiento libre de dudas perplejas, fundado en la fe católica, como ya te dije, y muy sujeto y rendido de todo en todo á la santa Iglesia. Ofrece tu voluntad á Dios por perfecta abnegación, desembarazada y libre del amor, afición ó inclinación á alguna de todas las criaturas del mundo. Y conserva cuanto te fuera posible, por la divina gracia, tu memoria vacía y desocupada de

imágenes y formas de todo lo que no es Dios; y mira bien que estas fuerzas, así purgadas todas y á una, las has de convertir al centro de tu ánima, á donde Dios mora y está presente, y allí le adorarás y reverenciarás y abrazarás con estrechísimos abrazos de entrañable amor. Ten atención que de la manera que por los rayos solares ves y conoces el sol material, así por estas fuerzas sensitivas serás llevado y adestrado al entendimiento, y del entendimiento al secreto del espíritu, y de allí, finalmente, á Dios. También sabrás que nuestra ánima está en este mundo como media entre el tiempo y la eternidad; y si elige andar á las de fuera y se convierte al tiempo, esto es, si se hace temporal, amando las cosas que lo son, olvidase, sin duda, de la eternidad, y todo lo que es divino se disminuye en ella, y se le va por alto y aleja; y como las cosas que de lejos se miran parecen á la vista más pequeñas que son, y tanto menores cuanto más lejos, y aun llegan con la distancia á no parecer lo que son, así las cosas divinas que están lejos de nuestro corazón vienen á ser juzgadas por pequeñas de los que no saben contemplar la eternidad. Y porque nuestra carne hace guerra á nuestro espíritu, tanto más penosa y molesta, cuanto por estar ella en su casa y natural asiento tiene por amigos

conjurados en su favor todas estas cosas temporales y terrenas, y el espíritu no tiene aquí su reino, sino su destierro (que sus fieles amigos en el cielo los posee), es menester armarnos contra la carne y domarla con la dura penitencia, para que desvergonzadamente no se vuelva y levante contra el espíritu. ¿Quieres, pues, concebir en tu alma una singular devoción y celo contra tí mismo? Pues haz cuenta que estás ya muerto (pues en breve, quieras ó no quieras, has de morir), y considera con esto tu alma apartada del cuerpo y junta con la eternidad, y verás luego qué poco caso haces en este tiempo de los daños y agravios que se le podrán hacer á tu cuerpo en la tierra, ó de lo que pasa en el mundo. Sinó, mira el que hicieron los mártires de los suyos, sin estar aún despedidos de ellos sus almas, con sola la consideración de que en breve los habían de dejar.

§ VI.

DISCÍPULO. Mucho me ha contentado lo que me has dicho; así cuanto á la declaración del supremo mandamiento del divino amor, como cuanto á la purificación de las fuerzas del ánima; sólo me queda de saber por ahora lo que parece que tú has dejado de industria,

que es lo primero que te pregunté acerca del vivir y no vivir de San Pablo, que es cosa que siempre me ha hecho dificultad; porque tengo por imposible que se verifiquen de un mismo hombre, en un mismo tiempo, estas palabras: vivo y no vivo.

MAESTRO. Bien me dió en qué entender ese lugar del Apóstol, cuando en nuestros *Triunfos* traté de la transformación ó muerte ó mortificación del amor; y como allí dije tanto, disimulaba con tu petición; mas pues no quieres perdonarme nada de lo que se te ofrece de duda, yo tampoco quiero dejarte con ella. San Dionisio, libro *De divinis nominibus*, cita ese lugar; y por parecerle dificultoso al discípulo lo que el maestro decía, como á tí te ha parecido, se puso muy de propósito á declararle; y entre otras cosas notables y dignas de su extático entendimiento, dice: que el amor divino causa éxtasis, esto es, que saca de sí á los que aman y no los deja ser suyos, sino de la cosa amada; y porque el del Apóstol para con Cristo era tan crecido que le hacía no ser nada suyo, ni vivir para sí, sino todo para Cristo, atrevióse á decir que vivía y no vivía, y que su vida era Cristo; que fué como si, más claro, dijera: Soy hecho Dios por amor, ó háme transformado en Cristo el amor y soy un Cristo del amor. Dos co-

sas presupone este amor extático de San Pablo, las cuales se han de considerar en cualquiera que padece éxtasis como él. La primera el sér de naturaleza, por quien se dice: Vivo. La segunda el sér de gracia, en el cual dice: No vivo, porque vive en mí Cristo. El sér de la naturaleza inficionada desfallece en esta obra; mas el de gracia crece de manera, que siente el ánima en sí más á Cristo que á sí misma. Y así cuanto á la primera vida, vive como si no viviese; porque de sóla la segunda hace caso, y en esa dice que vive. ¡Y cuánta razón hay de preciarse el hombre más de que viva Cristo en él que de vivir él! ¡Oh! si dejases obrar en tí á Cristo, ¡cómo inflamaría tu voluntad, cómo adelgazaría tu entendimiento y cómo avivaría tu memoria, para que no ya tú en tí, sino él en tí viviese, y tú fueses verdaderamente otro Cristo por amor, como San Pablo, poderoso para convertir muchas almas á su servicio, como él! Esta es aquella unión tan deseada y tan pedida, y con tantas veras, por el mismo Cristo; el cual, después de la Cena, cercano ya á la muerte, hablando con su Padre, dice: Yo, Padre mío, la claridad que me diste, conviene á saber, que sea Dios hombre en supuesto divino, dísela á mis discípulos, por la participación de mi unión, para que sean una cosa como yo y tú somos;

yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en uno, y conozca el mundo que tú me enviaste y los amaste á ellos como á mí.

DISCÍPULO. Altísimo vuelo es ese, por cierto.

MAESTRO. No ménos que de águila caudal; vuelo es que nos hace dioses en Dios y cristos en Cristo, é hijos en el Hijo, para que se verifique lo que dijo el Profeta: «Yo dije: dioses sois, é hijos del muy alto todos». De aquí vino á llamarse Cristo vid, y á nosotros sarmiento, para significar más esta unión estrechísima que quiere que haya entre él y nosotros. También se llamó levadura, porque la masa después de sazónada es una cosa con ella, y, como dicen, de su naturaleza. ¡Oh corazón distraído y vano, recógete un poco en tí mismo, ó por mejor decir, en tu Cristo, que no es otro que tú, y acaba ya de entender que de aquí adelante ninguna otra cosa has de desear que ser Dios hombre en Cristo, desfalliendo de tí mismo, para que puedas con el Apóstol gloriarte diciendo: Vivo yo y no vivo yo; vive en mí Cristo. Y porque con esto habrás entendido qué cosa es ser sustancialmente Cristo y accidentalmente hombre, quiero decir, qué cosa es vivir más Cristo en nosotros que nosotros mismos, y cómo se cumple con aquel tan estrecho mandamiento de amor

que pide el corazón, el ánima, la mente y todas las fuerzas interiores y exteriores; bastará por hoy lo dicho, avisándote por conclusión y remate de todo, que en lo que más el alma pierde es en no tener libre la entrada á su íntimo (donde está Dios) sin el medio del amor de las criaturas. Por tanto, cualquiera que por su mucha negligencia y descuido pierde esta libertad, pierde más en una hora, de los espirituales é interiores bienes, que pudiera ganar si en este tiempo aprendiera todas las escrituras; porque todas ellas se ordenaron y escribieron para que con su ayuda nosotros fuésemos entero, interior y espiritual holocausto para Dios nuestro Señor. Por lo cual te pido cuan encarecidamente puedo, que libre de toda distracción mores dentro de tí, y recojas ó retires todas tus fuerzas y sentidos (á cuanto por la divina gracia te fuere concedido) de las acciones exteriores inútiles al secreto interior; y cerrando la puerta del corazón, contra las imágenes y fantasías vanas, que distraen el ánima, á solas mores con tu Señor Dios, que su santo templo labró dentro de tí; que quien sin medio de criatura, esto es, con pureza y simplicidad, se allega á Dios, una cosa se hace con él y es superior á todas las imágenes y formas de las criaturas; y como de allí mana la gracia, abundantemente se derrama por el

hombre, y cunde las fuerzas y potencias de su ánima; y mediante ésta, obran todas con facilidad y gusto. Aquí es donde te debes ofrecer todo á Dios y desampararte á tí mismo y darte todo, y correr como licor derretido en él, adorándole en espíritu y verdad. Y para que puedas conservar este trato interior y conversación celestial con tu Dios, mira que no te derrames ni con palabras ni con obras por los sentidos exteriores; porque cuantas más fueren las palabras y obras, tantas más serán las distracciones y los accidentes. Avisote que aquí, más que en otro ejercicio, está nuestra salud y bien espiritual; y créeme, que si constantemente morares dentro de tí mismo, que serás hecho dentro de tí sin tí. Refrena, pues, la naturaleza para que no ande distraída y vagabunda á una y á otras partes; porque cierto es que un discurso desordenado pare á otro y otro, y muchos impiden la paz del alma. Y advierte juntamente con esto, que aun cuando por la gracia de Dios los pecados todos estén ya postrados y muertos en tí, la inclinación y el fômes perseveran siempre contigo, y con ellos has de traer guerra perpetua, mientras durare la corporal vida.

DISCÍPULO. ¿Y si no siento dentro de mí á Dios?

MAESTRO. Trabaja con todas tus fuerzas

hasta que le vuelvas á hallar, desterrando de tí todo lo que para tanto bien te fuere impedimento ó lo pueda ser, y escoge antes la muerte que hacer cosa contra la voluntad de Dios ó consentir en un pecado, por leve que sea, y no te fatigues mucho por agradar fuera de Dios á criatura alguna. Conténtate con la buena parte de María, sin dar quejas importunas como Marta, que esto no lo suelen hacer sino los que tienen poco de espíritu y de bien en sus almas. No salgas de tí, te ruego una y muchas veces, que podría ser que una hora de ausencia la pagases con muchos años de entredicho, y aun con no volver á entrar dentro de tí jamás. Conviértete sin interpolación á la soledad interior, y hablando en secreto contigo, dí de esta manera: El que yo busco, con ningún sentido ni ingenio es comprensible; pero las almas puras le pueden abrazar y recibir; esto pretendo, y á caza de esto ando; y cualquiera cosa que se me ofreciere, próspera ó adversa, tengo de sufrirla y acocearla y continuar mi camino. Nuestro Padre Fray Pedro de Alcántara se recogía con solas estas palabras: «Convertíos, alma mía, á vuestro descanso (que es al centro interior), que os espera allí vuestro bienhechor Dios»; y decía que con este verso, su alma, como corrida y afrentada de andar callejera, se cerraba dentro de

sí á la conversión de su Esposo. No seas fariseo en tu corazón, que muy pocas palabras bastan para este recogimiento, y las muchas suelen impedirle. Por tanto, calla, reposa y sufre; confía en Dios, y lo que fuere de tu parte, hazlo de buena voluntad; y créeme, que muy en breve serás maravillosamente alumbrado, para conocer las perfectísimas sendas de la vida interior. Y esto basta para que sepas andar dentro de tí, que es lo que yo más deseo que saques de tratar conmigo.

DISCÍPULO. Bendito sea Dios, que me dió tal maestro, tan verdadero y tan seguro: yo no pienso salir de esta doctrina un punto, ni cansarme en leer otros libros. Sólo te pido humildemente, que no me encubras estas sendas y caminos, que dices que hay en la vida interior.

MAESTRO. Yo, hijo, estoy muy cansado, y tú tienes bien que rumiar en lo que has oído. La noche nos convida á silencio, y es justo que le guardemos. Por la mañana trataremos de la conquista del Reino de Dios, que, como has visto, está dentro de nosotros, cuya granjería es mejor que cualquiera otra de oro y de plata; más precioso es que todas las riquezas del mundo; y cuantas cosas se pueden desear en él, son nada en su comparación. Sus caminos, caminos son de hermosura, y las sen-

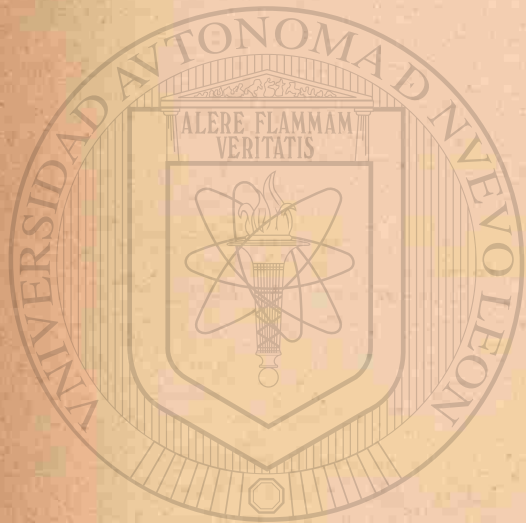
das de él muy pacíficas. Quien le conquistare y ganare, tendrá dentro de sí el arbol de la vida, que resiste á la eterna muerte; y el que seguro le poseyere, será bienaventurado.

DISCÍPULO. Yo no quiero más de lo que tú quisieres; aunque sé cierto que la noche me ha de parecer muy larga con el deseo que he concebido y llevo de oírte hablar en materia tan alta. Dame tu bendición.

MAESTRO. La de Dios te acompañe y nos alcance á todos. Amén.

(Y advierto al religioso y pio lector, que en sólo este Diálogo está la suma de toda la mística Teología, y que es fuente de vida perdurable y camino certísimo para la perfecta unión con Dios.)





DIÁLOGO SEGUNDO.

EN QUE SE TRATA DE LA CONQUISTA DEL REINO DE DIOS, QUE ESTÁ DENTRO DE NOSOTROS, Y DE LA VERDADERA PENITENCIA Y DESTIERRO DE LOS PECADOS, QUE DESTIERRAN DE NUESTRAS ALMAS ESTE REINO.

§ I.

MAESTRO. ¿Cómo no ha venido mi discípulo, habiéndose despedido de mí con tanto deseo de oírme tratar del Reino de Dios? Quiera Su Majestad no le haya acobardado la dificultad de las cosas en que ayer metí tanto la mano; que suele ser esta tentación ordinaria en todos los que comienzan negocios graves; y muchos, no advirtiendo que lo precioso tiene anejo á sí lo dificultoso, y que tanto lo es más el camino de la virtud, cuanto ella excede á todas las pretensiones de hacienda,

honra, letras y dignidades, y á lo demas que tiene precio en el mundo, con gran daño y pérdida de sus almas vuelven atrás de lo comenzado, haciendo con esto su salvación incierta y dudosa; porque el que pone mano al arado y mira atrás no es conveniente al Reino de Dios. El cual manda que éste se busque primero, y principalmente y ante todas las cosas, con seguro de que las que se pueden desear en la vida presente, y que los mundanos tienen por principales, se nos darán de gracia y de añadidura.

DISCÍPULO. Dios sea contigo, maestro mío.

MAESTRO. Y contigo, hijo mío Deseoso, tan deseado y esperado, que temí no habías de volver y estar á lo prometido.

DISCÍPULO. Buen concepto tienes de mí, por cierto, y bien viene lo que has pensado con lo que yo traigo determinado en mi alma.

MAESTRO. ¿Qué?

DISCÍPULO. No volver atrás, aunque pierda mil veces en esta empresa la vida. Yo confieso que no me han faltado tentaciones, y que he tenido, como dicen, el agua á la garganta; pero de todas me libró el Señor, y me ha dado confianza de que se me ha de descubrir aquel su Reino, ó templo santo, donde él tiene sus riquezas y mora como en el cielo; y

aquella fuente, cuya agua apaga en el hombre la sed de todo lo que no es Dios, y da saltos para la vida eterna.

MAESTRO. Yo te respondo de eso, si con cuidado y perseverancia buscas ese cordial Reino y su justicia.

DISCÍPULO. ¿A qué llamas justicia de ese Reino?

MAESTRO. A las leyes y condiciones, según y conforme á las cuales se vive en él, y con las que se ha de comenzar á combatir, y sin las cuales es imposible salir con esta empresa. No quiero por lo dicho que desmayes, ni pierdas ese buen ánimo que tienes, pues no le perdiste en lo primero, que es el fin de toda esta conquista. Ni quiero tampoco que pienses que hay imposibilidad en tu pretensión; dificultad sí, y muy grande, especialmente en los principios; porque se han de destruir todos los malos hábitos que en tí hubiere, y adquirir otros de nuevo, conformes á las leyes de este santísimo Reino. Yo te mostraré, como dice Salomón, el camino de la sabiduría, y te guiaré por las sendas de la equidad; en las cuales, si animosamente entrases, no se estrecharán tus pasos, irás anchuroso y holgado, y sin pesadumbre ni tropiezo correrás por ellas. Lo estrecho de este camino está en la entrada; lo dificultoso hallarlo has en el prin-

cipio, que en el fin dirás lo que el Profeta: Sobremanera es anchurosa vuestra ley. La vara de Moisés arrojada en el suelo y apartada de sí, parecía serpiente temerosa; mas asida por la cola, era vara lisa. No echés mano de lo presente, que es la cabeza de la serpiente, que muerde y lastima, sino de lo futuro, que eso es asirla por la cola. A San Pablo le parecía momentáneo y ligero todo lo que de trabajo había en la vida mortal y perecedera; pero tenía fija la consideración en las cosas eternas y no sujetas á los ojos corporales; que si éstos se ponen en las que lo son, no es posible salir con ninguna pretensión virtuosa. El trono que hizo Salomón para ostentación de su autoridad real, dice la Sagrada Escritura que era todo de marfil, chapeado y labrado de oro fino, tenía por remate un chapitel redondo, como corona, de admirable artificio y coste. Para subir á este trono había seis gradas, y en los remates de cada una dos leoncillos, relevados de oro, á los cuales se iban asiendo los que subían. Este es, á mi parecer, un dibujo del trono de Dios, á donde Su Majestad hace ostentación de su gloria. El chapitel redondo significa la corona que se da á los soldados que varonilmente han peleado: hay gradas para subir, que son las virtudes hermosas y de codicia; pero con leones á los

extremos, que son los trabajos anejos á ellas. Lo que aquí hay de consideración es, que los leones, que suelen espantar á los bobos y cobardes, no son leones verdaderos, sino pintados y de oro, que ayudan á la subida: son leones en la imaginación del cobarde, de quien dijo Salomón: El perezoso dice: el león está fuera, á la puerta de casa; en mitad de esas plazas tengo de ser muerto. Es muy propio del cobarde y perezoso temer donde no hay de qué, y fingir para sí leones donde todos andan seguros y negociando. San Agustín confiesa de sí, que al principio de su conversión se le hacía muy dificultosa la subida por estas gradas, y los leoncillos pintados le parecían leonazos vivos, que le habían de tragar; mas aparecióle una matrona muy venerable, de gran autoridad y hermosura, y alzando un manto con que venía cubierta, descubrió un crecido número de niños y niñas de tierna edad, y entre ellos algunos viejos y enfermos, y díjoles: ¿Qué esperas, hombre cobarde y medroso? ¿No podrás tú, hombre barbado y robusto, lo que pudieron estos niños y niñas, estos viejos y estos enfermos? Y dicho esto, desapareció; y el Santo quedó como avergonzado y confuso de su cobardía, y desengañado de que en virtud sólo el parecer espanta; que á la verdad más deleite se

halla en ella que en el vicio, como lo confesó el más vicioso del mundo, que fué Epicuro.

§ II.

DISCÍPULO. ¿Es todo eso así á la letra del glorioso Padre San Agustín?

MAESTRO. La doctrina es suya; pero este aparecimiento, aunque algunos se le atribuyen, yo no le he leído en sus obras. Pero sirve de ampliación y declara bien nuestro intento; y en el libro vi de sus *Confesiones* parece que se reprende á sí mismo, viendo lo mucho que los niños y niñas hacían, y su cobardía en el servicio de Dios.

DISCÍPULO. Ya deseo oír las condiciones con que se ha de comenzar esta divina conquista, que bien sé que parece fortaleza el Reino de Dios, que así lo dijo nuestro Redentor, por San Mateo; y que sólo los valientes y esforzados se apoderan de él y le gozan.

MAESTRO. No digas valientes, sino violentos, que así los llama el Evangelio: *Et violenti rapiunt illud*; hombres que se violentan á sí mismos; que el reino que buscamos no se defiende de nosotros, ni hay en él tiro de artillería ni arma para resistirnos. Toda la resistencia está de nuestra parte: yo soy el que me hago guerra á mí mismo, y el que me pongo

en entredicho para las cosas que son de mi gusto, según la carne, para entrar en la posesión de él. Toda la artillería se ha de asestar á mí, y hasta caer yo en tierra no ha de cesar; porque en cayendo yo vencido, se descubre el reino y centro soberano, donde se ve y contempla á Dios, y aquel tálamo del pacífico Salomón, que tiene sus deleites y regalos con los hijos de los hombres.

DISCÍPULO. Según eso, ¿la guerra es contra mí?

MAESTRO. Sí, y tú solo has de padecer los golpes y las heridas, y en ninguna cosa has de ser jamas en tu favor, sino siempre contra tí; y pues vienes decidido á llevar adelante tu buen propósito, con el ayuda y favor de Dios (que de otra manera son vanas nuestras pretensiones todas), quiero que sepas que las condiciones con que has de comenzar esta conquista son dos. La primera es desterrar de todo punto los pecados de tu alma por la verdadera penitencia. La segunda, pelear con doce enemigos, que defienden la entrada de este divino Reino como doce fieros jayanes, los cuales vencidos, queda libre el reino para morar en él con mucha paz; guardando, empero, las leyes que después de conquistado te daré, que serán pocas y esas muy esenciales. Y porque el orden y concierto en todas las

disciplinas facilita muchas dificultades y da mucha luz para la inteligencia de lo que en ellas se trata, antes de enseñarte el cómo debes hacer penitencia, quiero saber si sabes qué cosa es penitencia.

§ III.

DISCÍPULO. Creo cierto que como nunca la hice, á lo ménos de veras, así ignoro lo esencial de ella. Lo que comunmente he oído decir, y lo que se lee en los Doctores santos, es que la penitencia es un dolor voluntariamente tomado por haber ofendido á Dios, sumo é incommutable bien nuestro, con propósito de nunca más ofenderle y de satisfacer con la debida pena.

MAESTRO. Bien dices, que esa es la ordinaria definición ó descripción de la penitencia; y la que es verdadera, todas esas partes incluye, contra Lutero y otros herejes, que quisieron que no sea más que resipiscencia y enmienda de vida, excluyendo el dolor de lo pasado. Mas el Concilio tridentino dice: que ninguno puede comenzar vida nueva, si no es pesándole de la pasada. Y porque entiendas de raíz esta materia y sepas en qué consiste la penitencia, debes notar: que el pecado mortal aparta al hombre de Dios y le hace

enemigo suyo; y la penitencia verdadera es el medio para tornar á su amistad; y como no puede haber amistad con Dios sin conformarse con él en el querer y no querer, y en el amar y aborrecer, de aquí procede, que el que vuelve á Dios y se quiere reconciliar con Él y ser su amigo, ha de aborrecer necesariamente lo que Dios más aborrece, que es el pecado; porque no hay verdadero amor donde no hubiese aborrecimiento de aquello que es contrario á aquello que amamos; y no habiendo cosa tan contraria á Dios como es el pecado, quien le tuviere amor y desearle amistad con Él, ha de aborrecer el pecado, su contrario; y naciendo este aborrecimiento del amor que á Dios se debe, como el amor para con Él ha de ser sin tasa y sin medida, amándole y estimándole á Él más que á todo lo que debe ser amado y estimado; así el aborrecimiento y odio contra el pecado ha de ser muy grande y sin limitación, aborreciéndolo más que todo lo que debe ser aborrecido. La grandeza de este aborrecimiento declaran los teólogos con llamarla *detestación* del pecado, la cual siempre se halla en la penitencia verdadera; y de ella nacen las dos cosas que se incluyen en la penitencia, que son dolor y tristeza de los pecados pasados, y deseo y propósito de guardarse de los que están por

venir. Porque el haber en mí, cuando á Dios me torno, cosa que aborrezco, por ser contraria á él, cuya amistad quiero, me causa dolerme y entristecerme por haber cometido el pecado. Y también de tener aborrecimiento contra él nace el guardarme de pecar para lo porvenir, como de cosa de mí muy aborrecida. Y tanto será mayor el dolor del pecado, y mayor el deseo de guardarme de pecar, cuanto fuere mayor el odio y detestación contra el pecado; porque ambas cosas nacen de ella.

DISCÍPULO. Luego no hay verdadera penitencia cuando alguna de estas dos cosas falta.

MAESTRO. Así es de ley ordinaria; porque como es señal y prueba de no aborrecer el pecado no tener dolor del cometido, así lo es no poner cuidado en lo que está por venir para cometerlo; y de este cuidado nace y tiene principio la enmienda de la vida que se halla en los que tuvieron penitencia.

DISCÍPULO. Muy bien me parece esta tu razón; y de ahí debe proceder, que el que hace penitencia se diga convertirse á Dios; porque si el pecado hizo el daño, que es apartarnos de Dios, á quien pecando volvimos las espaldas; el volvernos, tornarnos ó convertirnos á Dios, será aborrecer lo que tanto mal nos

hizo; y lastimados por ello, volver á ello las espaldas, y poner el rostro de nuestro intento y de nuestro amor en el Señor, y enderezar á él los pasos de nuestra vida con la enmienda de ella.

MAESTRO. Huélgome de que tan bien lo hayas entendido; y tan propia es esa conversión en la penitencia, que consultada la lengua hebréa, la palabra con que significa y da á entender la penitencia se deriva del verbo que quiere decir tomar, volver ó convertir. Y esto se confirma con ver que siempre en la Sagrada Escritura, cuando se trata de la penitencia y de la enmienda y corrección de los pecadores, se hace por estos verbos: convertíos ó volvéos. En Zacarías está escrito: «Convertíos á mí y yo me convertiré á vosotros». Jeremías dice al alma pecadora: «Tú has fornicado con muchos amadores; pero conviértete á mí, y yo te recibiré como amigo y padre». En el Salmo 118 dice David: «Pensé en mis caminos y convertí mis piés; dí la vuelta y tomé buen camino, porque iba errado». Y en los Proverbios dice Salomón: «Dad una vuelta, Señor, á los malos, y no serán». Como si dijera: Haced que vuelvan á miraros, y dejarán de ser lo que son y serán lo que deben. Por aquí comenzó Cristo sus sermones; y el Precursor no clamaba otra cosa sino que

hiciesen penitencia y frutos dignos de penitencia.

DISCÍPULO. Según eso, ni las lágrimas, ni los apuros, ni el cilicio, ni otras más rigorosas penitencias sirven de nada, si no hay verdadera y amorosa conversión á Dios, con aborrecimiento del pecado, en la forma que todo lo que me has dicho da á entender.

MAESTRO. Bien dijiste, porque sin amor no se puede llamar nuestra penitencia y conversión verdadera, aunque haya penitencia. Los dañados en el infierno la tienen, y viven en angustia y congoja perpetua; pero es penitencia rabiosa la suya, y sin fruto; porque no se convierten por amor de Dios, sino con furor y rabia contra él, blasfemando su nombre santísimo. Saúl dijo: «Pequé»; y no le valió su pesar; y Judas apesarado volvió los dineros á los pontífices y se condenó; porque al uno y al otro faltó el volverse á Dios por amor y con deseo de su amistad; que la raíz de donde viene á la penitencia alcanzar perdón de pecados, el amor y la caridad es, como se colige de lo que dijo Cristo á la Magdalena: «Muchos pecados se la perdonan, porque amó mucho». Y Santo Tomás dice, que el primer acto de la voluntad es acerca de su propio objeto, que es el bien, y luego se sigue el odio del mal, que es su contrario; y así, en ha-

biendo amor de Dios, hay aborrecimiento del pecado, que es contrario suyo. Este aborrecimiento causa los efectos que se incluyen en la penitencia verdadera, como hemos declarado; y cuanto á los ayunos y disciplinas, y las obras que se llaman de penitencia, porque son muestras y efectos de ella. Cierto es, que si no precede la penitencia interior, con aborrecimiento del pecado y conversión á Dios, no aprovecha para por solas ellas alcanzar perdón, gracia y gloria, aunque para otras cosas sean de provecho. Porque de la manera que los ramos de un árbol, estando unidos con su tronco y aprovechándose de la raíz, pueden producir el fruto que es propio del árbol; mas cortados de él no lo producirán, aunque puedan servir para otras cosas; así las obras de penitencia juntas con ella, y habiendo ella precedido en la forma que te he declarado, dan fruto y tienen su merecimiento; mas apartadas de la raíz, que es haberse convertido á Dios, con aquel aborrecimiento y dolor del pecado y buenos intentos que te he dicho, no contentan á Dios de manera que se alcance su perdón y su gracia; aunque sean de provecho para otras cosas, en que yo ahora no me puedo detener por no gastar tanto tiempo en este punto.

DISCÍPULO. Bien has salido con tu inten-

ción, y yo con entender lo que es penitencia, y así podrás proseguir esta materia conforme á lo prometido; porque ya deseo conocer aquellos fieros gigantes que defienden la entrada del Reino de Dios.

§ VII.

MAESTRO. Escribe, pues, que ya es tiempo de hablar de tu particular. Ante todas cosas, procura hacer un riguroso examen de tu conciencia, sin dejar rincón en ella que no se mire y remire una y muchas veces con la diligente consideración. Y vuelto luego á tí mismo y con mucha indignación, como contra enemigo, pesa tu ingratitud y la bondad infinita de Dios, y confiere la una con la otra; y concibiendo por una parte odio contra tí mismo, y por otra confianza en Dios, trata de buscar confesor (si te fuere posible) santo y sabio, y con humildad y simplicidad y pureza manifiéstale todos tus pecados, y de buena voluntad oye sus consejos y admite la penitencia que te impusiere. Y hecho esto, no quedando sin miedo de lo pasado, aunque confiado en el perdón, te has de determinar con veras de nunca más ofender á Dios, mortal ni venialmente, á sabiendas y de propósito. Y no gastes toda la vida en la memoria de los

pecados pasados, como muchos, que en revolver y traspalar ese estiércol andan siempre ocupadísimos, y en él como jumentos se pudren, y dando vueltas como rocines de noria, los ojos tapados para considerar los beneficios divinos, la bondad de Dios, las riquezas del cielo, la pasión y muerte de Cristo nuestro Redentor, y otras cosas con que se enciende el fuego de la caridad, y se aumenta la devoción; al cabo de muchos años se hallan en el mismo lugar y asiento en que comenzaron, sin aprovechamiento ninguno; antes cargados de escrúpulos y con grandes inquietudes y miedos de conciencia, ocupando confesonarios y probando confesores, sin asegurarse jamas, ni creer cosa que se les dice. ¡Oh pésima y trabajosa ocupación!

DISCÍPULO. ¿Pues no es bueno tener memoria de los pecados?

MAESTRO. Sí es; pero no de manera que borre la de Dios y la de sus beneficios y misericordias. Sí, que más excelente camino es el del amor y agradecimiento (como dice San Pablo), que no el de los temores y miedos, causados más de amor propio que de sentimiento de las ofensas por el ofendido, que es Dios. Los pecados, después de confesados y llorados, se han de mirar como los hijos de Israel miraban á los jitanos, ahogados en el

profundo del mar, que no se quedaron allí pasmados ni embelesados, como estatuas de piedra, sino llenos de temor de Dios y de confianza en él y en su siervo Moisés, como gente agradecida á tanto beneficio, comenzaron á cantar alabanzas á su Criador y bienhechor, diciendo: «Cantemos al Señor, que gloriosamente y muy á su honra triunfó de Faraón y de sus ejércitos»; y cantando y caminando á la tierra de promisión todo fué uno. ¿Y qué son los pecados confesados sino jitanos muertos en el mar de la pasión del Hijo de Dios, que nos obligan al amor y temor suyo, y á fiar de su bondad y misericordia? Pero no nos quedemos en la playa y ribera de este mar, al olor de los cuerpos muertos, considerando en ellos toda la vida, pasmados y embelesados; sino fiados de que ya están muertos, caminemos adelante en la conquista del nuevo Reino, con nuevos propósitos de nunca más ofender á Dios, y de huir todas las ocasiones grandes y pequeñas que para impedir esto se ofrecieren. Pero también quiero que sepas, que no te has de doler tanto por los daños que incurriste pecando, que son muchos, cuanto por la ofensa que hiciste á tu amantísimo Padre y Señor Dios, que por ser quien es merece que todas las criaturas le amen, sirvan y obedezcan. Un pequeño sus-

piro y una lágrima derramada con esta consideración, tan desinteresada y libre de amor propio, vale más y puede más, para perfectamente alcanzar perdón, que todo el dolor y pena del mundo con otro cualquiera respecto. Y la penitencia, que así procede y mana del amor divino para mayor confianza para con Dios y en el sufrimiento de cualesquier trabajos y tribulaciones, nos hace más alegres de alegría espiritual.

§ VIII.

Y si deseas, como es razón, que en breve tiempo te sean perdonados tus pecados todos, considera con entrañable afecto dos cosas. La una, de parte de Dios, conviene á saber: su grande majestad, fidelidad y caridad, y el inmenso tesoro de la pasión y méritos de Jesucristo, que por tu amor dió su sangre, para con ella lavar tu alma; y pudiendo con sola una gota satisfacer por mil mundos que tuvieran la necesidad de remedio que tú, la quiso dar toda en la cruz. Y luego después de esto, pesa lo segundo tu mucha ingratitud y lo poco que de tu parte hay con que poder pagar, aunque (como dice el Evangelio) te vendan á tí y todas tus cosas en pública almoneda; y despreciada tu satisfacción, por grande que

parezca, en cuanto tuya, y á solas, con un fortísimo y perseverantísimo amor te convierte á Dios, como á fidelísimo amigo, que ni quiere ni puede echar de sí, ni despedir de su casa á cualquiera que á Él se llega y en Él pone su confianza; que, como dijo el Profeta: «Sacrificio muy agradable á Dios es esperar en Él». Y podría ser que hicieses esto con tanto fervor, tan confiado en Dios y en su pasión sacratísima, cuanto de tí desconfiado y satisfecho de que ni puedes nada ni eres nada; tan apesadado de haber ofendido su bondad y con tan firme propósito de nunca más ofenderle, que todos tus pecados, aunque en número fuesen más que las arenas del mar y en gravedad excediesen á los de todas las criaturas juntas, así perfectamente y en un punto se te perdonasen como si nunca los hubieses cometido ni pensado en ellos; que no mira Dios, como dice San Efrén, qué tal ha sido el hombre cuando á Él se convierte, sino como le halla así le recibe. Y no dilata Dios el oír al que de veras se vuelve á él, ni le zahiere el tiempo que ha estado fuera de su servicio, ni inquiere cuántos días y cuántos meses, ni cuántos años ha servido á su enemigo; sólo mira la humildad, las lágrimas, los gemidos y el dolor que trae cuando viene y se arroja á sus piés. Esta liberalidad y clemen-

cia de Dios, con que no sólo recibe á los pecadores, sino que también los consuela, abraza y da ósculo de paz, hace fiesta y manda matar el becerro más gordo, y que de su casa se destierre toda tristeza, como lo vimos en el hijo pródigo; cuando el alma atentamente la considera, así se compunge y se le aprieta el corazón, con dolor y displicencia del pecado y de sí misma, que pide no sólo que Dios le perdone, sino que para honra de su divina justicia la castigue y dé las penas debidas á sus culpas, aunque igualasen con las que padecen los dañados en el infierno, con tal que sea admitida á su amistad; y cuanto Dios más la consuela y regala, tanto más siente sus pecados, juzgándose en esta consideración por indigna de todo consuelo y por merecedora de todo castigo.

DISCÍPULO. Pocos se convierten á Dios de esta manera, y debe ser la más alta que se puede hallar en la vida.

MAESTRO. El que llegase á tal punto, que igualmente le fuese acepta la divina justicia que la misericordia, quiero decir, que con el conocimiento de sus culpas no rehusase cualesquiera tormentos, por graves y atroces que fuesen, antes en ellos se deleitase, ¡cómo se deleitaría viéndose absuelto á culpa y á pena como otra santa pecadora á los piés de Cristo!

porque en este castigo resplandece la divina misericordia. Sin ninguna duda oso afirmar, que los pecados todos de este hombre así resignado se consumirían y desaparecerían más presto que una gota de agua ó una pequeña arista en un fuego mayor que el del horno de Babilonia; porque llegó al último grado del negamiento de sí mismo.

§ IX.

DISCÍPULO. ¿Qué sientes tú de las recaídas de algunos varones ilustres y aventajados en santidad, y de muchas canas y años de espirituales ejercicios?

MAESTRO. Que no sacaron de raíz y de cuajo los pecados de sus almas, ni murieron perfectamente á ellos; y quedándoseles algunos raigones escondidos en lo secreto del corazón, como enemigos en celada, cuando más seguros salieron y dándoles zancadilla, miserablemente los derribaron. Por lo cual debes mirar diligentemente á qué vicio te sientes más inclinado; y sabido el que es, aplicar allí toda la artillería de las virtudes: porque como la experiencia nos ha enseñado, por un sólo portillo se suele perder una ciudad. Y sea la resistencia luego en los principios de manera, que en sintiendo brotar en tu alma algunos

malos pensamientos ó engendrarse alguna poca de afición carnal, les hurtes con destreza y ligereza el cuerpo y te conviertas á Dios, único refugio y defensor tuyo: porque con la tardanza y pernicioso disimulación estas pasiones crecen y se apoderan del castillo del corazón, y puédense después despedir y echar de él con grandísima dificultad; y si tienes cuidado en estorbarles la entrada ó el hacer asiento en el alma, á muy poca costa y casi sin pesadumbre te librarás de ellas. ¡Ay del que se descuida en cosas pequeñas, que muy cerca anda de caer en las mayores! Sí, que negocio llano es que cuanto más se retienen los pensamientos malos en el corazón, tanto más se apoderan de él; y cuanto más á la larga se se procede en ellos, tanto es mayor el peligro y la vuelta á Dios más dificultosa. Cuanto más, que nuestro adversario, que jamas descansa ni duerme, ni nos deja de seguir y acompañar á cuantos pasos damos; á la parte que nos siente inclinados, como tan sagaz y astuto, se acomoda y aplica, y administra fuerzas á la maldad. Todo se hace ojos, como otro Argos, y atento á lo que hablamos y tratamos, y al semblante que hacemos en los sucesos de la vida, ninguna ocasión pierde en nuestro daño. Por una ventana muy pequeña se entra, si inconsideradamente la halla abierta; y cuando

está todo cerrado, se suele entrar por un resquicio, y saquear todo nuestro caudal y sustancia. Aunque, cierto, el dejarnos vencer del demonio es cobardía grandísima y que nos queda sin excusa para el día de la cuenta, como lo sería en un soldado armado de todas armas que se rindiese al aguijón de un mosquito; porque, como dijo Santiago, en haciéndole rostro y resistiéndole un poco, va corrido, y lleno de confusión huye de nosotros. Desdichado del que así vencido bajase á aquella no conocida región del infierno, porque será mofa, escarnio y risa de toda la vil canalla de los demonios, que no es pequeño tormento entre los demas que allí se padecen. Y es la razón, porque en esta Iglesia militante, cuya cabeza es Cristo, tanto de gracia y ayudas de costa tenemos, si acudimos con humildad á Dios, que nos es fácil echar por tierra y vencer todos nuestros enemigos visibles é invisibles. Sí, que escrito está: *Pedid y recibiréis*; y en otra parte: *Ensancha tu boca y llenártela hé*. Y en otra: *Cualquiera cosa que orando pidiereis, tened fe de que la recibiréis*. Temió el criado de Eliseo, dice la Escritura, acabar con la vida viendo los coches y caballería del rey de Israel, y hace oración el Profeta, y vió luego el monte lleno de hombres de á caballo armados en su defensa, y perdió con esto el miedo.

Verdaderamente son más y mayores los favores que hay de nuestra parte, que los enemigos que nos hacen guerra; sino que para alcanzar victoria es menester huir á los montes como Eliseo, é insistir en la oración con perseverancia, de día y de noche; que la que sale de nuestro corazón encendido y ferviente abrasa y quema á nuestro adversario y le destierra lejos de nosotros. En todas tus necesidades acude á Dios, y con un saludable menosprecio tuyo, como pobrecillo mendigo y siervo sin provecho, postrado á sus piés, muéstrale y descubre tu conciencia mal mortificada; y perseverando en su acatamiento, aunque te parezca que no te oye, ten por respuesta de que tu oración le es acepta, el sufrimiento y paciencia en tu trabajo, y el no declinar á placeres vanos y fuera de Dios. No confies en alguna de las criaturas, ni en tí mismo, porque si esto haces, hallarás al cabo de la jornada frustradas todas tus esperanzas y mentirosas todas tus promesas, y perdido el tiempo, trabajos é industria, y con mofa y escarnio se dirá de tí: «Veis aquí un hombre que no puso á Dios por ayudador y defensor suyo, sino esperó en la muchedumbre de sus riquezas, espirituales ó temporales, y prevaleció en su vanidad».

§ X.

DISCÍPULO. ¿Qué haré, Padre mío, que muchas veces me aflige y molesta el enemigo con la representación de los antiguos pecados, y aborreciéndolos yo de todo corazón, parece que los amo de todo corazón, y que me deleito en ellos?

MAESTRO. Yo no me maravillo de ver esos muertos resucitados; porque, como dijo el santo Job, el soplo de la antigua serpiente es de manera, que los carbones, una vez apagados y fríos, hace que ardan y levanten llamas; ni me pesa de que te sean molestos, porque no te puede dañar lo que contra tu voluntad padeces, ántes aumenta la corona y el premio. Sería, empero, para llorar, que te sucediese lo que á uno de los Macabeos, que le mató un elefante que había él muerto. Y al fin vemos cada día hombres, que cuando sus pecados vivían y reinaban en ellos, con el favor de Dios y por virtud de la penitencia los vencieron y alcanzaron victoria y triunfos gloriosos, y después murieron á manos de esos mismos pecados, vencidos y muertos. Que, como el huevo frío y helado, con el calor de la gallina vive y sale á luz; así el pecado, si halla lugar en la conciencia, con el calor

del demonio y su soplo resucita y mata á quien primero le mató. Como se dice del huevo del áspid, que quien le quiebra muere. El remedio que dan los santos para estas representaciones tan molestas y peligrosas es la representación de Cristo crucificado, y con mucha razón, por cierto; porque si la piedra imán tiene virtud de atraer el hierro, y muchas yerbas la tienen para curar enfermedades, como se dice del dítamo, que saca la saeta metida en las entrañas, ¿por qué la pasión de Cristo, que fué recetada en el cielo contra los pecados vivos, no ha de bastar para tener á raya y lanzar de nosotros los pecados muertos? No hay clavo que así despida y saque otro clavo, como la imagen de Cristo puesto en la cruz, representada y plantada en el corazón, despide y destierra de él todo mal pensamiento y mal deseo. Más digo yo: sólo mirar devotamente á Cristo en la cruz con los ojos corporales compone un hombre y le hace volver sobre sí; que, como notó agudamente un sabio, los soldados le taparon los ojos en el Pretorio; porque estando descubiertos les ponía empacho y causaba reverencia, y no osaban llegar á él. Conserva, pues, esta imagen preciosa de Cristo viva en tu memoria, en todo tiempo, lugar y negocio, así en la prosperidad como en la adversidad. Y si comieres, moja todos los bo-

cados, como en una salsa soberana y apetitosísima, en la sangre de sus preciosas y rosadas llagas. Cuando bebieres acuérdate que tu Dios gustó por tí hiel y vinagre y la muerte, como dijo San Pablo. Cuando te lavares no te olvides del costoso lavatorio con que Dios lavó tu alma sucia y asquerosa con pecados. Cuando te fueres á acostar, mira bien la cama durísima en que tu Dios durmió aquel postrero sueño de la muerte, y sobre su corona de espinas, como sobre una almohada sembrada de rosas y de muchas labores, reclina tu cabeza. Y si con el hombre exterior ha de haber este cuidado; ¡cuánto mayor le pedirá el hombre interior y divino! No seas de aquellos que hacen sus obras por costumbre y sin consideración, salgan como salieren; sino está siempre advertido que el entendimiento y la razón precedan á todas y vayan delante; porque donde los sentidos son los primeros, está sin duda el manantial de todos los males y el vivir según el hombre animal, que en el primero de estos Diálogos queda condenado.

§ XI.

Ante todas cosas, quanto á lo exterior, trabaja de refrenar tu lengua y apártate de hablillas ociosas y jocosas, que ni para la gloria

de Dios ni para edificación de los prójimos son de provecho; sólo sirven de vaciar el corazón de la devoción y calor espiritual; y al fin está escrito: «De toda palabra ociosa que los hombres hubieren hablado, han de dar cuenta estrecha en el juicio de Dios». El mucho hablar de fuera, dice San Bernardo, digno es de mucho aborrecimiento; mas la habla interior con Dios merece toda alabanza.

DISCÍPULO. ¿Qué llamas palabra ociosa?

MAESTRO. La que carece de buen fin; y porque yo le quiero dar á esta plática, porque se hace hora de recogernos, avisote que pongas muy gran cuidado en la lengua, que, como dijo el Sabio, en ella está la muerte y la vida; y cuando necesariamente hubieres de hablar, sea con pecho cristiano y limpio, con palabras agradables, pocas y humildes, cercenando toda materia de conversación prolija y larga. Nunca porfíes contradiciendo á alguno, antes de buena gana da lugar á quien contigo porfiare, para que puedas tener de esta manera paz segura y nunca perturbada con Dios. Guarda la vista quanto te fuere posible, de suerte que vanamente no se derrame; porque de la poca cautela en el mirar de ordinario entran en el alma muchas imperfecciones ó imaginaciones dañosas y se levantan muchos movimientos, que hacen perder la paz y el

sosiego espiritual, y se siguen otros infinitos daños, casi irreparables. Y dijo y confesó Jeremías, que su ojo le robó su corazón. Y en otra parte, que le entró á saquear las riquezas interiores por las ventanas del cuerpo, la muerte. Y el santo Job estaba concertado con sus ojos de que no habían de mirar la doncella, por santa y encerrada que fuese. ¡ Oh, cuántos los levantaron libres y los abajaron cautivos, y el corazón con ellos! Quédese á un cabo este mundo, pues fuera de Dios todo lo que en él hay es vano, y el hombre más vano que la vanidad misma. Yo me consolara mucho si trabajases tanto por alcanzar y poseer á Dios y á su Reino, como trabajan los necios apreciadores de las cosas por las perecederas riquezas y honras mentirosas y vanas. Tu principal cuidado sea de conservar pura, desnuda, quieta y sosegada el alma, para que ninguna criatura ni deseo vicioso se imprima ó se llegue á ella. No te impliques ni enredes en negocios, por piadosos que te parezcan, si no te fueren por la obediencia encomendados; porque, como dijo el Apóstol, ninguno que milita á Dios y lleva sueldo y paga en su casa y debajo de su bandera, se ha de entrometer en ocupaciones seculares, sino procurar darse todo á Aquel al cual se dedicó y prometió. La soledad, el recogimiento, el silencio y la vigi-

lantísima observancia del corazón, y la atención á la habla ó inspiración divina, es la base y el fundamento de la vida espiritual.

DISCÍPULO. De nuestro Padre San Francisco he leído yo, que traía tanta atención á la visitación del Señor, que si yendo de camino sentía dentro de sí algún tacto y sentimiento del cielo, se detenía y estaba como inmóvil hasta haber gozado despacio de aquel relieve que le era enviado de su Dios.

MAESTRO. Si así lo hiciésemos todos, otro pelo traeríamos; pero somos exteriores y sabemos poco de la introversión esencial, y así dejamos pasar por alto mil regalos que el Espíritu Santo nos administra. Y plega á Dios no seamos como aquellos ignorantes hebreos que les llovía Dios manjar suavísimo y que en sí traía todo buen sabor, y suspiraban por las ollas que dejaron en Egipto. Para todas estas cosas es muy necesario tener un maestro de virtud, de ciencia y experiencia, con el cual se comuniquen los secretos del espíritu, y á quien en lugar de Dios se obedezca; porque habemos visto muchos miserablemente caídos en mil lazos y embustes del demonio por fiarse demasiado de su parecer, hasta ponerlos en una cruz y no consentirlos comer en muchos días contra la obediencia de sus superiores. Pero advierte, que el discípulo no ha

de tratar fuera de confesión con demasiada familiaridad y amistad al maestro, gastando el tiempo en pláticas excusadas con él; porque por este camino se pierde poco á poco la espiritual vergüenza y el respeto que como á padre se le debe, y se impide el aprovechamiento religioso y santo.

DISCÍPULO. A lo ménos yo no te lo perderé jamas, porque conozco haber recibido de tí lo que por ningún servicio te podré pagar; y paréceme cierto, que, como el santo Fray Gil confesaba haber sido reengendrado tres veces, conviene á saber: en el bautismo, en la profesión y en un éxtasis que gozó en Cortona; así yo me conozco otro del que solía ser después que oigo tus consejos y sigo la doctrina que me enseñas; porque verdaderamente hablas al alma y la encaminas á vivir vida esencial é interior y divina.

MAESTRO. Harto me consuelo de verte tan aprovechado, que te reconozcas otro del que ántes eras, y deseo mucho que poco á poco subas á la perfección y llegues á la vista y posesión del Reino de Dios, que, como tengo dicho, está dentro de tí; lo cual requiere grande pureza de alma, grande limpieza de conciencia y un destierro preciso de todo pecado mortal; y cuanto te fuere posible, debes desterrar también el venial.

§ XII.

DISCÍPULO. Yo he oído que no se puede vivir sin culpas veniales.

MAESTRO. Por lo ménos es de fe que ninguno, en el estado de la naturaleza caída, aunque esté en gracia de Dios, puede evitar todos los pecados, entrando en esta cuenta los veniales, si no fuese por particular privilegio, según que de la Virgen Nuestra Señora lo tiene la Iglesia.

DISCÍPULO. ¿Y cada uno de por sí?

MAESTRO. Muy bien, y los deseos y aficiones al pecado se pueden mortificar ayudándonos Dios con su gracia; lo cual es no solamente provechoso, sino muy necesario: porque este es principio único y singular, sobre que se funda la vida espiritual. Y pues te digo verdad, y en saberlo obrar está mucha parte de nuestro aprovechamiento interior, advierte que hay muy grande diferencia entre los pecados que llaman accidentales, ó de paso, ó casi no voluntarios, que San Pablo llamó humana tentación, y los que se dicen estables y de asiento, ó de la voluntad viciosa. Los primeros proceden de la flaqueza de nuestra naturaleza enferma y caída, cuando, sin pensarlo nosotros y estando con propósito de no

ofender á Dios ni apetecer cosa contra su voluntad ni fuera de ella, se ofrecen algunas ocasiones de caídas, como suele acontecer hablando, comiendo, hospedando los hermanos que vienen de fuera; que en tales tiempos se escapa, sin pensarlo, la palabra ociosa ó de murmuración, ó se recibe más gusto con la comida de lo que convendría, etc., lo cual se llora luego y se propone la enmienda. Estos pecados no son muy dañosos, porque el buen propósito persevera firme, y el íntimo del alma está sano y sin alguna corrupción, por lo cual fácilmente nos perdona Dios y nos recibe á su amistad. Pero aquellos que están de asiento en nosotros y reinan en nuestro cuerpo mortal, como dice el Apóstol, sin duda impiden mucho para el aprovechamiento interior. Son culpados en estos pecados los que sin esperar ocasión, de su voluntad la buscan y se entran en ella. Buscan las conversaciones, los juegos, las comidas, y otras recreaciones de los sentidos, á que Dios verdaderamente no mueve ni se le pueden referir á él.

DISCÍPULO. De los que en semejantes culpas voluntariamente permanecen, poca esperanza se puede tener que aprovecharán en la vida espiritual.

MAESTRO. En cuanto fueren negligentes

en mortificar los tales afectos, es muy cierto eso que dices; porque está en ellos la caridad muy resfriada y el fervor de la devoción muy caído; y aunque, como dicen los teólogos, por los pecados veniales no somos vistos desobedecer á la divina ley, ni ménos privan de la gracia, ni destierran de nuestras almas la paz interior, debemos, emperó, acusar en nosotros las tales culpas y llorarlas, y con todas las veras posibles huir de ellas. Porque como dijo el Sabio, el que se descuida y no hace caso de las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en las mayores; que aunque las vides puestas al sol el sol no las queme, dispónense á lo ménos para que el fuego haga esto más fácilmente. San Isidoro dice así: «Hay unos pecados livianos, que de los principiantes con la satisfacción de cada día son purgados; los cuales evitan los perfectos como pecados graves». «¿Y qué deberían hacer, dice él, los grandes pecadores que gravemente cada día ofenden, pues los siervos de Dios y que tratan de la perfección, las muy leves culpas como gravísimas lloran?»

DISCÍPULO. Mucho mal he oído decir siempre de estas culpas veniales, que llaman voluntarias.

MAESTRO. Lee el capítulo III de la «Teología mística» de Henrico Harpio, varón de mu-

cha erudición y de alta contemplación, y allí podrás ver lo que yo temo poner aquí, por no desconsolar á los flacos y principiantes en la virtud. Son tales, que en una Summa que compuso el muy docto P. Fr. Bartolomé de Medina osa afirmar, que el que se confiesa sólo de pecados veniales, si no lleva propósito de enmendarse de ellos, peca mortalmente y la confesión es inválida; porque es regla general, que cuando la forma del Sacramento se aplica donde no hay verdadera materia, es sacrilegio y pecado mortal. Y aunque no hay obligación de confesar estos veniales, ya que se confiesan, se han de confesar debidamente, esto es, con dolor y propósito de la enmienda. Mira tú ahora qué camino lleva de subir á la perfección el que de asiento y de su voluntad se está en ellos y busca las ocasiones para pecar.

§ XIII.

DISCÍPULO. Temerosa cosa será, por cierto, y de grande espanto, ver en aquel final juicio salir á luz y á examen las palabras, los deseos y las obras de cada uno, para ser tocadas y examinadas en el contraste de la divina Justicia.

MAESTRO. Allí se descubrirá claramente

si en lo que fuera hacíamos nos buscábamos más á nosotros y á nuestro propio interés que la gloria de Dios y la utilidad del prójimo. Y si bien lo quieres considerar, estas son las cosas que promete Dios calificar y apurar en juicio, que no los pecados grandes y públicos, y de todos conocidos. Cuando tomare el tiempo, dice El, yo juzgaré las justicias; conviene á saber: el ayuno, la limosna, la oración, el cilicio, el remiendo y el pie descalzo, y lo demas que tiene apariencia de santidad y justicia. Este examen y toque temía el Santo Profeta cuando, hablando con Dios, le dice: «Pues que Vos, Señor, alumbráis mi lámpara, alumbrad también mis tinieblas; que es como si más claro dijera: Vos me dáis que haga obras de luz, yo lo confieso; pero no basta para que os agradéis de ellas, si llevan mezcladas algunas tinieblas, si las oscurece algún humo de vanidad, de interés propio ó de alguna otra siniestra intención. *Quoniam tu illuminas lucernam meam Domine: Deus meus illumina tenebras meas.*

DISCÍPULO. En verdad que es devota oración esa, para cuando pones la mano en alguna obra virtuosa, y que la tengo de decir de ordinario; porque á mi parecer mucho de esto exterior que hacemos debe de ir oscuro y lleno de tinieblas; porque obramos sin re-

cato, y algunas veces no es puro Dios el que nos mueve á obrar. A mí me ha acontecido sentirme muy flaco para estar de rodillas en el coro y á mis solas un cuarto de hora, y en saliendo en público perseverar de esta suerte más de una hora sin sentir cansancio; y también hallarme secos los ojos y sin poder derramar una lágrima á solas, y delante de gentes salirme hilo á hilo, hasta ser oído y visto de los circunstantes; y maravillábame que diesen los hombres tales fuerzas y tal devoción y espíritu.

MAESTRO. Por eso dijo San Pablo, que se probasen los espíritus, porque no son todos de Dios. Y cierto supo muy bien lo que dijo el que inventó aquel proverbio de: «No es todo oro lo que reluce». Créeme, hijo mío, como á experimentado, que no es toda humildad lo que humildad parece, ni todo caridad lo que tiene apariencias de ello, ni todo santidad lo que es así intitulado y celebrado por santo; ni andan de un traje el cuerpo y el espíritu; porque yo he visto al cuerpo vestido de andrajos y el corazón de tela de oro, y al revés también. Si se hubiese de hacer juicio de la ligereza de las aves por las alas y plumas solamente, más había de volar el avestruz que el neblí, porque tiene más pluma y mayores alas; pero no es así, porque el

neblí sube hasta las nubes, y el avestruz no se levanta del suelo: es ave pesada y tiene mucha carne, y sus alas no son más que una ostentación, para que se vea que es ave. ¡Y cuántos tienen mayores alas y más pluma que el avestruz, que nunca vuelan ni se levantan á pensar y contemplar cosas de la otra vida, ni por una hora! Tienen alas para ostentación, para ser tenidos por santos, espirituales y contemplativos; y al fin, todo carne, todo mundo, todo tinieblas y todo noche. ¡Ay de los tales cuando sus justicias lleguen al contraste de la Divina, que sin duda oirán: Ya recibisteis vuestro premio y galardón! Apartaos de mí, obreros de maldad, que no os conozco, ni tengo obligación á vuestros ayunos, disciplinas, oraciones, cilicios ni limosnas; porque nada de eso se hizo pura y principalmente por mí. Y tú, hijo, anda con Dios, que ya es tiempo, y guárdate de la mala levadura de los fariseos, que es la hipocresía, que por poca que sea, atrae á sí y corrompe toda la masa de nuestras buenas obras.

DISCÍPULO. Atemorizado me despides, y en verdad que pienso vivir con gran recato para no perder el trato de tantos trabajos como se pasan en la religión, y el de las obras exteriores, que hacemos por la obediencia y también por nuestra voluntad.

MAESTRO. Enséñete Dios y guíete con su luz y verdad; y tú ten mucho cuidado de acudir temprano aquí á la huerta, que es lugar sólo y bien apacible, y, como dice San Cipriano á Donato, aparejado para coloquios y pláticas espirituales. La nuestra será, con el favor del cielo, de las puertas por donde se entra al Reino de Dios; y por ventura llegaré á tratar de los enemigos que defienden estas entradas, porque deseo que rifes con ellos y entres á ver las grandes riquezas del Reino eterno. El te acompañe.

DISCÍPULO. Y quede contigo. Amén.



DIÁLOGO TERCERO.

DE CUATRO PUERTAS Ó ENTRADAS PARA EL REINO DE DIOS, QUE SON: HUMILDAD, ABNEGACIÓN DE LA PROPIA VOLUNTAD, TRIBULACIÓN SUFRIDA CON PACIENCIA, Y MUERTE DE CRISTO NUESTRO REDENTOR.

§ I.

MAESTRO. Tárdase mi discípulo y pásase el tiempo, tan precioso, que vino á decir San Bernardo que es perdido el que no se ocupa en pensar ó tratar de Dios. Y con razón, porque se debe estimar y tener en mucho, pues siendo tan corto, se pueden granjear y perder en él tantas riquezas espirituales.

DISCÍPULO. Con justo título puede hoy ser reprendida mi tardanza; aunque el pensar que me esperabas ha sido harta reprehensión para mí y no pequeña penitencia.

MAESTRO. Enséñete Dios y guíete con su luz y verdad; y tú ten mucho cuidado de acudir temprano aquí á la huerta, que es lugar sólo y bien apacible, y, como dice San Cipriano á Donato, aparejado para coloquios y pláticas espirituales. La nuestra será, con el favor del cielo, de las puertas por donde se entra al Reino de Dios; y por ventura llegaré á tratar de los enemigos que defienden estas entradas, porque deseo que rifes con ellos y entres á ver las grandes riquezas del Reino eterno. El te acompañe.

DISCÍPULO. Y quede contigo. Amén.



DIÁLOGO TERCERO.

DE CUATRO PUERTAS Ó ENTRADAS PARA EL REINO DE DIOS, QUE SON: HUMILDAD, ABNEGACIÓN DE LA PROPIA VOLUNTAD, TRIBULACIÓN SUFRIDA CON PACIENCIA, Y MUERTE DE CRISTO NUESTRO REDENTOR.

§ I.

MAESTRO. Tárdase mi discípulo y pásase el tiempo, tan precioso, que vino á decir San Bernardo que es perdido el que no se ocupa en pensar ó tratar de Dios. Y con razón, porque se debe estimar y tener en mucho, pues siendo tan corto, se pueden granjear y perder en él tantas riquezas espirituales.

DISCÍPULO. Con justo título puede hoy ser reprendida mi tardanza; aunque el pensar que me esperabas ha sido harta reprehensión para mí y no pequeña penitencia.

MAESTRO. Es necesario redimir el tiempo, como dice el Apóstol, porque es breve y los días malos; esto es, llenos de malicias, cautelas y engaños. Y digo redimir, porque se ha de dar doblado á la virtud que dimos al pecado y al mundo, y aun diez veces tanto, dice un Profeta; aunque San Pablo, considerada nuestra flaqueza, se contenta con que demos á la justicia tanto como dimos al pecado. Pero ya que tratamos de tiempo, y tiempo tan breve, que se nos mide palmo á palmo y dedo á dedo, según que lo dice el Profeta en el Salmo 63, conforme á la translación hebrea, y éste está diputado para tratar de las puertas y entradas del Reino celestial, que está en nosotros, bueno será que no alarguemos pláticas excusadas por ahora.

DISCÍPULO. Yo estoy muy contento con hacer tu voluntad.

MAESTRO. Y también lo has de estar de que hablemos poco esta tarde; porque la materia ha de ir continuada, y sería mal considerado interrumpirla. Y por principio y para fundamento de todo has de saber, que hay cuatro entradas ó puertas para el hondón y centro del alma, que propiamente es el reino de Dios: una al Oriente, otra al Poniente, otra al Mediodía y otra al Septentrion ó Norte. La puerta del Oriente es la humildad,

porque es el principio y fundamento de todo el edificio espiritual. Al Poniente está la pasión y muerte de Cristo, como lo advirtió San Gregorio, sobre aquel verso del Salmo: *Iter facite ei qui ascendit in occasum*. El cual dice, que el ponerse el sol fué morir Cristo. La puerta del Mediodía es la abnegación de la propia voluntad; porque nunca queda tan clara y resplandeciente el alma, como cuando se niega y desampara á sí misma y nada le queda de propia voluntad. Al Norte está la cuarta puerta, que es tribulación, que á veces parece cerrarnos la del cielo y la del consuelo todo. Finalmente, del Cierzo ó Norte vienen y se descubren todos los males y penas. Y aunque de cada cosa de estas pudiera yo formar un largo tratado para hacer volumen y cuerpo, como lo hacen muchos de los que escriben, algunas veces de cosas de poco provecho y satisfacción para el alma; porque mi primer propósito fué con brevedad enseñarte lo más necesario para la vida espiritual, diré solamente lo que no pudiere excusar de cada una de estas puertas.

§ II.

DISCÍPULO. Algunos podría yo nombrar ahora que pluguiera á Dios no hubiesen es-

crito ; porque he gastado mi tiempo en ellos sin fruto ni aprovechamiento.

MAESTRO. Hartos hay que tienen la misma queja que tú ; pero dejemos nosotros ahora, que nuestro oficio es leer con devoción lo que está escrito ; y si no halláremos gusto en ello, leer en aquel libro que vió San Juan estampado y lleno de escritura por dentro y por fuera ; en el cual se contienen y están encerrados todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios. Y porque antes que de mí te despidas pienso decirte qué libros has de leer, que te sean de gusto y provecho, lleguemos ya á contemplar esta puerta Oriental de la humildad, por la cual entró aquel Soberano Pontífice y Sumo Sacerdote Cristo en su Reino, con tan aventajado premio y gloria como habrás oído ; reconociéndole todas las criaturas del Cielo, de la tierra y del infierno por Señor, é hincando sus rodillas al sonido de aquel divino nombre Jesús, que le dió su Padre por haberse humillado hasta la muerte de Cruz. El camino real para Dios en ninguna parte se puede hallar sino en la verdadera mortificación de los vicios y en el verdadero ejercicio de las virtudes ; en el cual has de tener constancia y perseverancia, y en ningún tiempo declinar de él cuanto un caballo, ni á la mano derecha ni á la mano iz-

quiera, sino los ojos puestos en Bethsames, que quiere decir ciudad del Sol, que es el Cielo, caminar como aquellas vacas que llevaban el arca, camino derecho, andando y bramando, sin que los becerrillos que quedaban encerrados y bramaban fuesen parte para impedir su jornada, ni hacerles torcer á una ni otra mano ; y haciendo contra esto errarás sin duda ; y cuanto más alto volares y pusieres tu nido, aunque sea entre las estrellas, por altísimas y profundísimas especulaciones, mayor será y más peligrosa tu caída. Pues si deseas aprovechar mucho en poco tiempo, asienta sobre tu corazón el nobilísimo y firmísimo fundamento de la humildad, y trabaja en conservarla tenazmente hasta la muerte ; porque de otra manera, imposible cosa es que permanezca la labor del espiritual edificio. Esta tan extremada virtud escogió Cristo particularmente para sí, y en vida y en muerte con palabras y ejemplos vivos quiso ser el maestro y preceptor de ella. A lo ménos el Apóstol San Pablo virtud de Cristo la llama. «Yo de buena gana, dice él, me gloriaré en mis enfermedades, para que more en mí la virtud de Cristo, que es la humildad». ¿Tienes en la memoria aquella competencia que hubo entre los Apóstoles sobre averiguar cuál era el mayor de ellos?

DISCÍPULO. Bien me acuerdo.

MAESTRO. También te acordarás de lo que Cristo hizo y dijo.

DISCÍPULO. No estoy muy bien en ello.

MAESTRO. Tomó, dijo San Mateo, por la mano un niño, y en las palmas, como dice San Marcos, y púsole en medio de sus Apóstoles, y diciéndoles que si no se convertían por humildad y simplicidad en niños, como aquél, que no sólo no serían grandes en su Reino, sino que no pondrían los pies en él. Asentó esta conclusión: «Cualquiera que se humillare, como este pequeñuelo, ese será el mayor en el Reino de los Cielos». Que es como si dijera más claro: No es mayor el que más ayuna, ni el que más se azota, ni el que más limosnas da, ni el que tiene más letras, ni el que más alta contemplación alcanza, sino el que más se humilla. La humildad se ha de traer en las palmas como cosa preciosa, que eso significó Cristo poniendo aquel niño humilde sobre las suyas. Y aquel darle el lugar de en medio ¿parécete que tiene pequeño sacramento? Pues no es ménos que enseñarte que la humildad es el centro de las demas virtudes y como punto de la santidad; y así le compete estar en el medio. Ninguna virtud lo puede ser, si le falta el aspecto á la humildad; si no se fija primero el un pie del compás en el

medio, no puede salir el círculo redondo y derecho, ni las rayas que se sacan de él á la circunferencia. Todas las virtudes han de tocar en el centro, y ninguno puede ser perfecto, como entre todas las figuras lo es la esférica ó circular, que no fijase primero el pie en la humildad. *Ego in medio vestrum sum tanquam qui ministrat.* Yo estoy en el medio, como siervo que os administra y sirve. Estoy, dice Cristo, como centro á quien habéis de mirar. Lee, hijo mío, las divinas Escrituras y los Santos todos, y verás claramente que el más alto lugar se da al más humilde; y aun hasta la exaltación de Cristo, en cuanto hombre, fué conforme á su humildad. Y á la Reina soberana, María, ¿quién le dió asiento en el Cielo superior á todas las criaturas, sino la mayor humildad en que á todas aventajó sobre la tierra?

§ III.

DISCÍPULO. Según lo que vas diciendo, mayor es la humildad que la caridad y que las demas virtudes; porque si el premio corresponde al mérito, y los Santos son ensalzados conforme á la humildad que tienen, bien se sigue que se merece más con sola esta

virtud que con las demas, y por consiguiente que es mayor que ellas.

MAESTRO. Cerca estás de saber la verdad, pues sabes dificultar. Entiende, pues, que absolutamente hablando, mayor es la caridad, la fe, la esperanza y la prudencia, que la humildad, por razón del objeto y último fin á quien miran y de sus operaciones nobilísimas; empero fuera de estas cuatro, como lo afirma el Abulense, la humildad lleva la gala; y en cuanto dispone el alma para la divina gracia, para la sabiduría y para la exaltación, se dice y es superior á todas. Y aunque es así que todas las virtudes merecen exaltación, como todas las bienaventuranzas el Reino de los cielos; mas como allí se señala para la pobreza de espíritu el reino, para las lágrimas la consolación, para la hambre la hartura, así señaladamente á la humildad responde la exaltación y mayor gloria. Nicolao de Lira advirtió muy bien, que aunque la humildad no sea la mayor de las virtudes, es á lo ménos el fundamento de ellas: y como á los cimientos firmes se atribuye la firmeza de los altos edificios, así á la mayor humildad se atribuye la mayor gloria y el lugar más alto en el cielo, aunque le pertenezca también esto á la caridad, á la paciencia, á la castidad y otras virtudes; todas las cuales es-

tán eslabonadas y asidas entre sí, sin poder jamás deshermanarse; principalmente las infusas vivas, hermanadas y unidas, como digo, en la caridad y en la gracia, y en el bautismo aun de los adultos, *secluso obice* (ex Concil. trident. et florent.), y es de fe. Y aun dice más el Abulense: que cuando crece en un alma una virtud, crecen todas á una, proporcionadamente, como los dedos en la mano, que creciendo hasta su debida cantidad, nunca son iguales; y así el que más crece en la humildad, crece también en caridad y en las demas virtudes; y el que es más aventajado y crecido en todas es mayor; no por la humildad sola, sino por todas las virtudes que andan en su compañía, y no más de mayoría, aunque no son éstas las que condena el maestro de humildad, sino las que introduce y levanta la soberbia. ¡Pluguiera á Dios que la competencia que hay en el mundo por subir, la hubiera por bajar; y el cuidado de ser mayores en las dignidades, fuera de serlo en esta virtud, que yo asegurara el mundo de las calamidades que padece! Bien sé decir con toda verdad (tratemos ahora de las puertas adentro, digo en el trato de la vida espiritual), que no hay caída á quien no preceda soberbia. Salomón lo dice en sus Proverbios, por estas palabras: *Contritionem præcedit*

superbia, et ante ruinam exaltatur spiritus.
 Al quebrantamiento precede la soberbia, y antes de caer se engríe el corazón. ¡ Oh que gran verdad es esta, hijo Deseoso, y qué de testigos tiene que la pueden jurar! Nunca ví caída á quien no precediese la soberbia y presunción en el espíritu. En viendo que el corazón se te engríe, y que le nacen alas para volar, en llegándote algún pensamiento de que eres algo, ó de complacencia vana de que lo que haces es digno de alabanza, ten por cierto el despeñarte y dar de ojos en pecados graves. San Isidro, libro II *De summo bono*, cap. xxxviii, dice que la soberbia, así como es principio de todos los pecados, así es caída de todas las virtudes. Ella es en el pecado la primera, y la postrera en las batallas y conflictos. Ella es la que en el principio ó derriba nuestra alma por el pecado, ó en el fin nos arroja y echa de las virtudes; y por eso, dice él, es el mayor de los pecados, porque por ellos ó por las virtudes nos destruye.

DISCÍPULO. No entiendo bien eso que has dicho de San Isidoro, porque parece que iguala los vicios á las virtudes.

MAESTRO. Lo que dice es, que la soberbia en todos los pecados es la primera; porque el que peca desprecia como soberbio la ley

de Dios. Y el Sabio dijo: «El principio de todo pecado es la soberbia». Dice que es la postrera en las batallas, porque queda como en asechanzas y retaguardia, esperando las victorias para hacernos caer después de alcanzadas, presumiendo de nosotros y gloriándonos vanamente en ellas; y sucédenos, como dice San Gregorio, lo que á Eleazaro, que le mató el elefante que él había muerto. Por esta causa dice San Isidoro, que la soberbia es el mayor de los pecados; porque ó por ellos nos derriba de la amistad de Dios, ó haciéndonos presumir de las virtudes, nos despoja de ellas. Y si esta su razón no te satisface, busca otra. San Gregorio se atrevió á decir que el pecado manifiesto de la lujuria era hijo de la soberbia secreta.

§ IV.

Tanta es la gravedad de esta mala sabandija, que para curar Dios al soberbio permite que caiga en pecados de carne y en otras flaquezas. Y Santo Tomás (2.^a 2.^{ae}, q. 62, art. vi, *in responsione ad 3*), dice que como algunas veces es uno convencido á conceder un imposible, por huir de algún manifiesto inconveniente; así Dios, para convencer la soberbia de los hombres, los castiga, permitiendo

que caigan en pecados carnales; los cuales, aunque sean menores por la menor malicia, tienen á sí aneja mayor torpeza y conócense mejor; que, como notó Crisóstomo, la soberbia es como la nube en el ojo, que cuanto más crece, tanto ménos deja de luz para ser vista. Y San Isidoro en el lugar citado dice: «Que á un arrogante y presuntuoso le es mejor caer en cualquiera vicio y humillarse á Dios después de la caída, que no, dejado de su mano, ir subiendo por soberbia hasta dar consigo en el despeñadero del infierno». Yo peso mucho aquellas palabras del Apóstol: «Porque la grandeza de las revelaciones no me levante, me es dado el estímulo de mi carne, angel de Satanás, que me dé de pescozones como á un negro». Sobre ellas notó delicadamente Santo Tomás, que muchas veces el médico sabio procura inducir en el paciente alguna menor enfermedad, por curarlo de la mayor, y se huelga de verle con tercianas al que estaba cuartanario. Y esto mismo hace Dios, médico de las almas, que por sanarlas enferma á veces los cuerpos y á veces las deja á ellas caer en enfermedades leves de culpas, porque sanen de las graves y peligrosas. De aquí es que como el Apóstol tenía grande y copiosa materia para ensoberbecerse, que al fin era vaso escogido, hábiale Dios comunicado mu-

chos de sus secretos, estaba muy ejercitado en trabajos, era virgen, tenía muchas buenas obras hechas, era doctísimo y muy versado en las divinas Escrituras, fué cosa muy conveniente que le aplicase Dios Nuestro Señor este remedio, de que el espíritu de la carne le atormentase, esto es, la concupiscencia, que nace y tiene su raíz en la carne. Y llámase angel de Satanás, en cuanto este maligno espíritu se aprovecha de la dicha concupiscencia, como de tercera, para derribarnos; aunque la intención de Dios es que en este ejercicio salga su Apóstol aprovechado y tenga segura la corona; que, como digo, algunas veces la humildad es el fiador de las virtudes todas.

DISCÍPULO. Según el hilo que llevas, nuestra plática toda ha de ser hoy de humildad.

MAESTRO. ¡Pluguiese á Dios que en ella nos anoheciese y nos amaneciese, y acabásemos la vida! Oí yo decir á un santo religioso, que la humildad y la pureza eran virtudes voladoras, y tan necesarias para subir por la contemplación á Dios, que tenía por imposible sin ellas levantarse del suelo ni un solo dedo. En las aves lo habrás visto, que para volar se sacuden del polvo y cosen el pecho con la tierra, y así se levantan; y para subir muy alto en la música se ha de poner muy baja la clave.

DISCÍPULO. ¡Oh, quién fuera tan humilde que ni un pensamiento de soberbia consintiera llegar á su corazón!

MAESTRO. Pudieras decir con el Profeta: *Domine non est exaltatum cor meum*, etc.

DISCÍPULO. A mí me enternece y me pone devoción cuando oigo ó cuando digo ese Salmo en las Completas de nuestra Señora, con no tener los sentimientos que por la largueza divina tendrás tú; y así me consolaría grandemente si me dijese la sincera y literal inteligencia de él.

MAESTRO. No quisiera distraerme de la materia comenzada.

DISCÍPULO. No va fuera de ella este Salmo, ántes la confirma toda y pone el sello á lo dicho.

MAESTRO. El espíritu de él es este: «Señor, dice David, aunque habéis andado conmigo tan liberal y me habéis hecho tantas mercedes, que al fin me levantásteis del polvo de la tierra, y de un pobre pastorcillo me hicísteis rey tan poderoso y caudillo de vuestro pueblo, trocando el cayado en cetro, la caperuzza doblada en corona de oro, el pellico en púrpura, la manadilla de ovejas en millones de vasallos, no ha sido parte esta mudanza de estado para causar alguna en mi condición; la honra no ha variado las buenas costumbres;

tan humilde me estoy como ántes, no sólo en lo secreto de mi corazón, sino aún en las muestras exteriores: *Non est exaltatum cor meum, neque elati sunt oculi mei*: ni levanté mis ojos; luego sale á ellos el engrimiento del corazón; porque la primera respuesta que da la pólvora de la soberbia, cuando se enciende en el fogón del corazón, es en los ojos. Así dijo Salomón, para significar la soberbia de Judea, «que era una generación que tenía los ojos altaneros y los párpados levantados». Esto dice David que no le toca, porque nunca dejó de mirarse á los piés, que son sus bajos principios: *Neque ambulavi in magnis, neque in mirabilibus super me*. Parece que va deshaciendo el pecado de fundamentos. «Nunca, dice, admití un pensamiento soberbio, ni dí señal exterior, ni por palabras, ni en el semblante del rostro, ni pretendí cosas que excediesen á mis fuerzas, ni intenté subir á las alturas, donde el angel se precipitó en los abismos hecho demonio. Y porque nadie piense que hablo de gracia, y que digo más de lo que hay en mí, y rehuse por ello de darme crédito, yo lo confirmo con tal juramento: *Si non humiliter sentiebam, sed exaltavi animam meam, sicut ablactatus est super matre sua, ita retributio in anima mea*». Si yo no he sentido bajamente de mí, como es razón, cono-

ciendo que los males que tengo son de mi cosecha y los bienes todos de la mano de Dios, acontézcale á mi alma lo que al niño que le destetan de los pechos de su madre, que no tiene luego que esperar sino la muerte; porque sólo aquel refugio tenía para vivir. No hay niño en el mundo más impotente y flaco que el hombre, sin el favor de Dios; y de éste se quiere privar este rey, si miente en lo que dice. Destete Dios mi alma de los pechos de su gracia, y no guste sus regalos y consuelos espirituales, si no me conozco tan necesitado de su auxilio, como lo está el niño de la providencia y regalo de su madre.

§ V.

Bien habrás echado de ver cuán fundado estaba David en la humildad, y cuán necesaria es para tratar con Dios.

DISCÍPULO. Uno y otro he visto en este Salmo; y si á tí te pareciese, holgaría oírte decir qué cosa es humildad, y darme los preceptos necesarios para ser humilde; porque con lo que hasta aquí has dicho me tienes aficionadísimo á ella; y aunque sea como la culebra, dejando el pellejo, tengo de entrar por esta puerta angosta del Oriente al Reino de Dios; porque juzgo que no puede errar el hu-

milde la entrada, pues San Bernardo no se la halló á él para el infierno.

MAESTRO. Humildad es una sumisión ó sujeción á Dios y á los hombres por Dios, y un encogimiento en el alma, que no la deja pestañear en el divino acatamiento, ni quitar los ojos un punto de su nada. Para alcanzar esta joya tan preciosa, son menester oraciones, lágrimas y gemidos con perseverancia; porque si todo don perfecto y dádiva bonísima viene de arriba de aquel Padre de las lumbres, ¿quién sino él podrá darte tan gran tesoro, tan preciosa dádiva y don tan perfecto como la humildad? Preguntado un santo de aquellos del yermo cómo se podría alcanzar la perfecta humildad, respondió: *Si sua quisque tantummodo et non alterius facta consideret.* Alcánzase también con la consideración de la majestad y grandeza de Dios. Por lo cual, recogidas en una todas tus fuerzas espirituales, diligente y piadosamente mira qué Dios tienes. ¡qué tan poderoso! ¡qué tan sabio! ¡y qué tan bueno! Todo esto podrás ver en sus criaturas, en las cuales resplandecen estos divinos atributos con mucha claridad; digo que lo verás si te adiestra la humildad, que por faltar á los sabios del mundo se quedaron sin este conocimiento, oscurecidos sus entendimientos y llenos de tinieblas, de erro-

res y desatinos. El Apóstol San Pablo dice, que porque en la sabiduría de Dios no conoció por sabiduría á Dios el mundo, quiso Dios y tomó gusto de salvar los fieles por la locura de la predicación de Cristo crucificado.

§ VI.

DISCÍPULO. Parece verdaderamente algarabía lo que dice el Apóstol.

MAESTRO. A lo ménos, teología del cielo, y es bien que la entiendas, para que sepas cómo has de conocer la grandeza de Dios en sus criaturas. No seas como aquel varón insipiente que no conoce, y como el necio que no entiende el lenguaje de Dios en todas ellas. El santo Profeta dice en un Salmo hablando con Dios, *que todas las cosas hizo en sabiduría*; que es como si dijera, que en todas las obras que hizo Dios resplandeció su divina sabiduría, como resplandecen las cosas que tocan y bañan los rayos del sol. El Eclesiástico dijo: «Que derramó su sabiduría por todas sus obras». No dice que echó gotas de sabiduría, sino que la derramó, y que están bañadas de sabiduría. ¿Por ventura no era esta harta prueba del saber infinito de Dios, para que los hombres le conocieran y le adoraran

y amaran sobre todas las cosas? Mas dijo el Sabio: «Que de la grandeza de la hermosura y beldad que hay en las criaturas pudo ser conocido por bellissimo y grandísimo el Criador de ellas». ¿Qué hombre cuerdo hay, dime ahora, que oyendo tocar un arpa suavísimamente, no entienda que algún muy diestro músico la tañe, y que ella por sí no hace aquella música y consonancias tan perfectas? Pues si quieres atentamente considerar la armonía tan acordada que hacen todas las criaturas entre sí, echarás de ver que son cuerdas acordadísimas de la arpa del universo, y conocerás que hay un supremo gobernador infinitamente sabio, infinitamente poderoso y de bondad infinita. Los cielos cantan y cuentan la gloria de Dios, y el firmamento da á entender quien El es. El día es como lengua de las grandezas divinas, y la noche convida á la contemplación de ellas. Pues porque el mundo ciego no conoció por su sabiduría la de Dios en todas las cosas, ni le dió la honra debida á su majestad y grandeza, plúgole á Dios salvar los hombres por la locura de la predicación de Cristo crucificado; es decir, que no quiso fiar Dios su conocimiento de nuestros entendimientos, sino llevarnos á sí por la humildad de Cristo crucificado; cuya predicación, por no entender ni alcanzar sus altos

consejos los hombres sabios y prudentes del mundo, fué tenida por locura y necedad, como se dice tinieblas el retrete y aposento de Dios, siendo su luz clarísima y á donde jamas llegó noche, ni se mezclaron tinieblas. Y porque de estas meditaciones de la bondad, sabiduría, poder y beneficios copiosamente escribió el doctísimo y piadosísimo Padre Fray Luis de Granada, y nuestro Padre Fray Pedro de Alcántara, y yo en el último capítulo de los *Triunfos*, no quiero hablar más palabra en el caso, sino remitirme á lo que allí hallarás escrito. Y cuando hubieres humildemente contemplado la excelencia de la Majestad divina, conviene á saber, lo que Dios es en sí, y las cosas que ha hecho y hace por tí, movido de sola su caridad, porque de nuestros bienes ni de nosotros ninguna necesidad tiene, vuelve los ojos del alma á tí mismo, y con atención mira quién eres, cuán pobre de tu naturaleza y cuán verdaderamente nada. De nada saliste, y primero condenado que visto en el mundo, y siempre vas caminando en posta para la nada, y al fin vendrás á parar en la asquerosa nada.

DISCÍPULO. Yo me acuerdo haberte oído en el púlpito apocar tanto al hombre, que le viniste á hacer más vano y más sin sér que la vanidad misma.

MAESTRO. Y aún digo más, que en ninguna de cuantas criaturas Dios crió halló la vanidad asiento sino en el hombre sólo; y así es esta una universalidad de todas las vanidades que hay en el mundo. Son tantos los pecados y miserias de que estamos rodeados, y los lazos que nos arma el demonio á donde quiera que asentamos el pié, que si la divina gracia no nos diese á cada paso la mano, y nos levantase y nos preservase, no habría maldades en que no cayésemos por momentos, ni penas que no mereciésemos. Y ¡cuántas veces (porque callemos las omisiones, negligencias y descuidos en el servicio del Señor) habrás hurtado y sacado violentamente tu alma de sus divinas manos, y entregádola á Satanás, habiéndola Su Majestad comprado con su sangre! Y ojalá no las de muchos con tus malos ejemplos, que es una de las cosas que más se debe temer; y por que con ansia mortal oraba el Profeta: *Ab oculis meis munda me Domine et ab alienis parce servo tuo.*

§ VII.

DISCÍPULO. Más que plegarias hará un alma condenada contra aquel que fué causa de su condenación.

MAESTRO. Pensar en eso tira el juicio y se

extremecen las carnes. Decía un santo Prelado, que quisiera más haber muerto corporalmente cien hombres, que haber sido causa de que una sola alma fuese al infierno. Por cierto, si la sangre de Abel clamaba contra su hermano Caín, que le hizo martir, grandes serán los clamores de un ánima que muere para siempre, contra su matador. ¡Oh, qué quejas! ¡Oh, qué voces! ¡Oh, qué maldiciones tan de corazón! ¡Oh, qué invocar para siempre la divina Justicia, contra quien la tiene en aquel lugar de tinieblas y sombra de muerte! Con todo esto nos espera nuestro benignísimo Dios y Señor; y deseando nuestra amistad nos llama, ya por sus predicadores, ya por inspiraciones secretas, ya por persecuciones y trabajos, y por otros mil modos de que tú tendrás experiencia y cada uno. Todo lo cual hace él por volvernos á sí y ser nuestro amigo, habiendo más dificultad en esto, que en la creación del universo hubo. Si no, dime, hijo, ¿cuando alguna vez, dejada la mala vida, volviste á Dios, no te recibió con los brazos abiertos? ¿Zahirióte los pecados? ¿O hizo memorial de ellos para darte con los mismos á cada paso en los ojos?

DISCÍPULO. Algunas veces me detengo á considerar cuántos millones de almas sufren ya las penas del infierno, que cometieron me-

nores pecados y ménos que yo; que si Dios les hubiera dado tanta luz como á mí, y les hubiera hecho tantos beneficios, por ventura, como dijo Cristo de Tiro y de Sidón, no cayeran en tantas miserias y fueran más aventajados que yo en virtudes y buenas obras; y veo que á mí me ha perdonado Dios ó disimulado conmigo, esperándome á penitencia; y ellas, por sentencia suya, por cierto justísima, arden y arderán para siempre.

MAESTRO. Pues si pesas, como es razón, todas esas cosas y otras muchas que no tienen número, no será posible que dejes, vuelto en tí, de indignarte contra tí, sin saber á dónde volver los ojos de puro corrido y afrentado de tu ingratitud tan grande. Tendraste por indigno de entrar en los templos sagrados, y de mirar, áun de muy lejos, la imagen de Cristo crucificado; y por dignísimo y merecedor de que la tierra vivo te trague, y de que te niegue el sustento y no te acuda con lo necesario. Y ningún estado hallarás así afrentoso, ni vileza tan vil, que no creas de tí que es todo honra, y que aún no estás en el punto que tus pecados tienen merecido. Y así humillado y prostrado, el corazón altivo y volandero, ni una sola gota de agua osarás beber, ni hablar temerariamente una palabra. Obrarás tu salud con temor y temblor, como dice San Pablo; y

estarás con recelo y sospecha de todas tus obras, como Job, por santas que parezcan. Y maravillarte has mucho, y espantarte has de pensar que en este abatimiento no permanezcas para siempre, ó de que pueda ser que dejes entrar en tu alma un mismo pensamiento de soberbia. Humíllate profundísimamente, y niega verdaderísimamente, y sufre con igualdad de corazón cuantos males se pudieren ofrecer, con sola esta consideración, de que ya por tus pecados estabas condenado y adjudicado á las infernales llamas, según la presente justicia, si la divina misericordia no te hubiera sido favorable. Y piensa de tí, que eres el mayor pecador del mundo, como lo pensaba de sí nuestro beatísimo P. San Francisco, siendo de los más perfectos del mundo. Mas advierte que has de desear con veras que todos los hombres sientan de tí esto mismo, y que te tengan por tal cual tú juzgas de tí que eres. Y con esta misma consideración has de querer cuanto en tí fuere, que todos te aflijan y te persigan y te sean contrarios; y estar cierto que nunca podrán llegar en este caso á lo que basta.

§ VIII.

Quando fueres injuriado y tenido en poco, alegrarte has, ó á lo ménos no te entristece-

rás; y en tanto que para esto no tuvieres caudal y virtud, cree ciertamente que no te desagradas á tí mismo de todo punto, ni has llegado á humíllarte perfectamente; y que aún se ha quedado en tu corazón alguna raíz de soberbia, que impide á esta sagrada mortificación. Aun más te digo: que no sólo has de desear ser menospreciado, sino juzgado por no humilde, cuando más lo estuvieres; que á mi ver este es el punto más alto de la virtud de la humildad. De aquí te nacerá una libertad santa para llegarte á nuestro Señor y una grande confianza en Su Majestad; y lo que más es, un ardiente deseo de alabarle siempre en todas las cosas con devoción y espíritu, y de honrarle, reverenciarle y darle gracias; y será de manera esto, que no hallarás cómo poder satisfacer á tu deseo. Y si tú sólo en todos los instantes y momentos pudieses ofrecerle las alabanzas y honra que todas las criaturas le ofrecen en el cielo y en la tierra, todo te parecería poco ó nada, especialmente si se coteja con la magnificencia suya, dignísima de toda alabanza, como dijo el Sabio, ó con la largueza con que tan estrechamente nos tiene á sí obligados. Y estarás sobre aviso, que todo lo que en tu alma sintieres de virtud y de bien, sin que quede nada para tí, lo has de referir á Dios, de quien lo recibiste; pero lo

que halláres vicioso y malo , firmísimamente cree que es tuyo , y de Dios nada. En esta conferencia de la grandeza y fidelidad de Dios nuestro Señor, y pequeñez é infidelidad nuestra , hay tanto de amores y de gracias espirituales , que es grandísima maravilla , cuando pensamos en ello, no derretirnos amándole, y mayor, poder pensar ó hablar de otras cosas. Este ejercicio es provechosísimo y como introductorio para la perfección de todas las virtudes , y para alcanzar la paz y tranquilidad del corazón: la cual suele ser por este camino tanta, que no basta alguna criatura del mundo á perturbarla. Porque así profundamente se humilla, menosprecia y aniquila el hombre, que no pueden hallarle las criaturas ni tienen de qué asir para molestarle. Mas ¡ay! que algunas veces , en la mayor tranquilidad y bonanza es tan grande el tropél de vicios que combaten el fuerte del corazón, y tanta la tormenta de tentaciones horrendas con que el alma es acometida , que si yo lo quisiese aquí descubrir, sería juzgado por mentiroso; porque de todo en todo parece increíble. Y porque traté largamente de este particular en los *Triunfos* , en el capítulo del «Desamparo y calamidad que causa la ausencia de Dios», no quiero aquí decir otra cosa , sino que no te acobardes en este tiempo , ni te rindas á tan

espantosa escuadra de enemigos ; ántes bien, metido en el hondo de tu corazón, y de la nada , si así se puede decir , de tus virtudes, deja pasar esa borrasca sobre tí y esos ejércitos de demonios; permite y sufre que el cielo y la tierra, y cuanto en ellos hay, se irriten y enojen contra tí; porque no solamente no recibirás daño, aunque parezca que te han de anegar ; sino que será grandísimo el provecho y notables tus ganancias espirituales ; y esto si puedes contenerte y sepultarte en la contemplación de tu nada con una humilde sujeción á Dios y á todas las criaturas, por la verdadera abnegación y menosprecio de tí mismo; porque peleará Dios por tí é inclinará su alteza á la humildad y menosprecio tuyo. Y acuérdate que está escrito , y á los Apóstoles dice: «Cuando el cielo cerrare sus ojos, que son el sol y la luna , y cayeren sus estrellas como rayos, y la mar se alterare y diere confusos bramidos , y los ríos con sus crecientes parezcan anegar la tierra , y anduvieren los hombres ahilados , embelesados y sin color, levantad las cabezas y mirad , que se acerca vuestra redención . . . Oh maravillosa redención de culpas y de imperfecciones la que sigue á estos torbellinos y batallas espirituales , si el alma se humilla, y resignada en Dios persevera dentro de sí en el abismo de su nada! Yo

daré firmado de mi nombre, y téngase por firma esta mi escritura, que jamas se vió humilde y pequeño en sus ojos, vencido ni engañado, ni de los hombres ni de los demonios. Y en confirmación de esto, hallo escrito del Apóstol: «Lo enfermo y flaco de Dios es más fuerte que los hombres fuertes; y lo necio más sabio que los sabios del mundo. Esa nada que tú conoces de tí que eres, puesta en las manos de Dios, puede más que todo el infierno junto; y esa ignorancia que de tí confiesas vence la sabiduría de Atenas y de todos los hombres que no están así rendidos y humildes». Sí, que escrito está: «Escogió Dios las cosas que no son para destruir las que son». No seas, y podrás más que todo lo que es.

§ IX.

DISCÍPULO. ¿Y más que Dios también?

MAESTRO. Me atrevo á decir, y sea, Señor, con vuestra licencia, que contra el mismo Dios es fuerte el humilde. Isaías dijo: «Los que confían en el Señor mudarán la fortaleza, tomarán alas, volarán y no desfallecerán». ¿Y quién sino los humildes confían en el Señor? Pues esos mudan la fortaleza, la de los hombres digo, en fortaleza de Dios: el cual pelea y vence por ellos, en ellos, y destruye,

como otro Sansón, mil filistéos, y millares de ellos, con la debil quijada del jumento. Puede, al fin, lo que quiere el humilde, y puede más que Dios, porque de nadie sino de él se deja vencer. Venga Dios cuanto enojado se pueda imaginar contra un alma; humíllese y aniquílese ésta, que sin duda le vencerá; porque no ha de herir Dios, ni descargar el golpe de su poder sobre la nada. ¿Qué honra ha de sacar el Todopoderoso de tomarse con la nada? «¿Contra la hojarasca, que arrebató el viento, dice Job, mostráis vuestro poder y fuerzas?». Humillóse Acab, y luego revocó Dios la sentencia dada contra él. Humillóse David, y luego le perdonó; y á los que de verdad son humildes promete y asegura su Apóstol la gracia. ¿Para qué te distraes, decía un sabio, en muchas cosas, hombre miserable? Una sola te es necesaria, y que los antiguos tuvieron por venida del cielo, que es conocerte á tí mismo y tenerte por lo que eres. Así oraba el gran Padre Agustino: «El Señor me conceda que ninguna otra cosa haga, ni sepa, sino conocerme». Quédense á un cabo todas las artes, y muy léjos se aparten todos los cuidados, y aprende esta sola cosa; y ten por cierto, que te ocupas en alcanzar toda la erudición y buenas letras. Tan excelente es esta virtud de la humildad, tan admirable y

tan digna de alabanza, que no hay palabras con que se puedan declarar los bienes que por ella nos vienen de la mano liberalísima de Dios. San Buenaventura dijo: « que sola la humildad compite con el poder de Dios ». Y es ello así verdaderamente; porque el humilde, cuanto más dones recibe, más capaz se hace, y más se ensancha para recibir otros de nuevo. De manera, que unos son disposición para otros, y otros para otros. Y como el humilde va siempre vaciándose de sí mismo y empobreciéndose de aire, que San Agustín llamó á este pobre de espíritu, y Dios le va cebando y llenando de sí, al decrecer mío, si soy ese, crecen los dones de Dios. Y así estoy siempre lleno y siempre vacío, desocupado de mí mismo y ocupado de Dios, y él siempre dando y yo recibiendo siempre: ni á su dar se halla fin, ni á mi recibir tampoco. Y como de mi parte no hay obstáculo ni estorbo á los dones de Dios, ni á sus divinas operaciones, facilísimamente es llevada el alma por este camino á la cumbre de la perfección. De aquí nace, que siendo el alma instrumento vivo de Dios, en todas las cosas que Su Majestad quiere hacer de ella, ó permite que se hagan, ora sean prósperas, ora adversas, más parece que se há pasiva que activamente. Tan rendida y tan resignada está á su divino be-

neplácito y tan sin querer propio. Lo cual pertenece á los hijos de Dios, que, como dijo el Apóstol, son llevados de su espíritu, sin hallarse en ellos otra cosa que obediencia á su impulso y movimiento divino. Reciben estos tales de la mano de Dios todas las cosas desnudamente, y de todas se hallan indignos. Reciben la enfermedad con hacimiento de gracias para su provecho; alégranse con la salud por ser de su mano, para emplearla en su servicio, como lo hacía el Santo Profeta, que guardaba su fortaleza para Dios; si son menospreciados, juzgan de sí que son dignos de más deshonra; si les hacen honra, dicen que no la merecen; y cuanto ella es mayor, tanto ellos se humillan y aniquilan más, como hombres que saben su poquedad y nada: confiesan que pecando desmerecieron los dones de Dios; y cuando los reciben no sólo no se ensoberbecen, sino que jamas acaban de admirarse de la largueza divina, porque siendo ellos tan ingratos, les hace tantas mercedes.

§ X.

DISCÍPULO. Al fin hemos de confesar todos que el principio de la verdad es la disciplina y conocimiento de sí mismo.

MAESTRO. Así es; y añadido yo, que en toda tribulación y angustia, la mejor y más eficaz medicina es negarse el hombre á sí mismo, renunciarse y contradecirse. Si alguno, pues, te tuviere en poco, entiende que hace lo que tú estabas obligado á hacer; y así no es estorbo este para tu pretensión, sino muy grande ayuda, porque te apareja el camino para la perfección y salud eterna. Ten por cierto, que si te sabes aprovechar de las correcciones, afrentas y menosprecios, ninguna cosa te puede suceder mejor que ser corregido, despreciado y tenido en poco. Todas las veces que te conocieres de corazón y confesares con la boca por pecador vilísimo y merecedor del infierno, echas sin duda el fundamento verdaderísimo de la justicia, y concuerdas en esto con Dios, el cual te librárá luego de toda confusión. Mas siempre que te soñares justo, ó pienses que eres algo, eres ciertamente mentiroso, y serás condenado del justísimo Vengador de la justicia. En muchas cosas se ha de mortificar la naturaleza primero que adquieras tal hábito de humildad en tu corazón que sin trabajo seas llevado de tu voluntad á las cosas viles y despreciadas, y á que la honra te sea tormento, y la confusión consuelo. Este, hijo Deseoso, es el camino para el reino de Dios, y la puerta oriental: estre-

cha es, yo lo confieso, y estrecha le pareció al que la abrió; y harto se estrecharon los Santos para entrar por ella. Pero el reino á donde por ella se entra es de tanta codicia, que cuando por la divina misericordia hubieres llegado á ver sus riquezas, tus trabajos todos no te parecerán de una hora. Nunca mucho costó poco, aunque poco es todo lo que por el todo se dé. Muchas otras cosas te pudiera decir de la humildad; pero las dichas bastan, que son las mejores, si hay ejercicio y perseverancia. Dios nos la dé. Amén.

DISCÍPULO. Bien podrías, si no estás cansado, pues la tarde es á propósito y estamos solos, y hay tiempo harto, abrimme la puerta del Poniente, que siento yo en mí ha de ser muy semejante á la del Oriente, y que será muy agradable cosa entrar por ella.

MAESTRO. La caridad abrió esa puerta, mas la humildad la labró; y puedo asegurarte, que es la más segura y cierta entrada para Dios de cuantas se han podido inventar; pero hoy no hablaré palabra de ella, porque quiero primero ver muchas cosas, que requieren tiempo y consideración profunda, acompañadas de humildad y devoción.

DISCÍPULO. Sea como mandares, maestro; que yo no tengo voluntad, pues toda la mía se halla resignada en la tuya.

MAESTRO. Pues tratemos, por eso que has dicho, de la resignación ó abnegación de ella, que es la puerta del Mediodía, y está hecha por el modelo de la pasada, pareciéndose de manera las dos, que las juzgarás una sola.

DISCÍPULO. Eso ménos tendremos que trabajar.

MAESTRO. No es pequeño trabajo negarse el hombre á sí mismo, sino el mayor de los trabajos. Así lo confiesa San Gregorio, que pareciéndole poco dejar todas las cosas por seguir á Cristo, dijo que el punto crudo era dejarse á sí mismo, y es el primer canon de la vida perfecta. En la oración del *Pater noster* he advertido yo, que pidiendo el Reino de Dios, se sigue luego el negamiento de la propia voluntad, y la resignación en la de Dios: *Adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra.*

DISCÍPULO. ¿Pues qué hay de consideración en eso?

MAESTRO. Bastaba para ser de mucha haberlo así ordenado Cristo. Pero la que yo he tenido sobre ello es, que es imposible hallar lugar en nosotros el Reino de Dios, que consta de justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, si no se renuncia la propia voluntad. ¿Y qué piensas tú que sería la tierra si se cumpliese siempre la divina, como en esta ora-

ción lo pedimos? Por cierto, cielo: y el alma que la hace lo es de la sabiduría de Dios; y aquí pide confiadamente el sustento y regalo espiritual, diciendo: *Panem nostrum super-substantialem da nobis hodie*, que es el mandar de que se sustentan las almas, tan queridas de Dios. Aquí está la remisión cumplida de todos los pecados, como se sigue tras de el pan de cada día, y la evasión y liberación de las tentaciones y lazos del demonio; los cuales ningún lugar tienen en el alma, que está hecha cielo y reino de Dios. Por lo cual te ruego, con el encarecimiento que pide la gravedad de la materia, que con todo cuidado atiendas al beneplácito divino en todas las cosas que hubieres de hacer ó no hacer; de manera, que con perfección hagas lo que Dios te mandare y entendieres que le es agradable, y dejes de hacer lo que no fuere tal; y allí has de acudir á donde sintieres que más frecuentemente eres llamado de su Majestad, dejando por El lo que fuere ó de inclinación ó voluntad tuya. Dí siempre con el Apóstol: «¿Qué mandáis, Señor, que haga?» Fija toda tu confianza en Cristo, y á ninguno, fuera de El, desees agradar, ni te desconsueles sino por aquello que entendieres que le desagrada á El.

§ XI.

Aprende á sacar de todo lo que vieres, ú oyeres, ó supieres, gloria y alabanzas para tu Señor Dios, y de todas las cosas escoge la mejor y de más edificación para tu alma, porque de todas hay mucho que poder sacar. Y en esta manera de vida está la que llaman iluminativa, que hace á los hombres sabios, de sabiduría verdadera; porque en la yerbecita y en el pajarito, en la hormiga y en el elefante, y finalmente, en todas las criaturas, contemplan á Dios por esencia y potencia, como criador y conservador común de todas ellas. Es un bien sobreesencial, más íntimo á mí mismo que yo, y más vecino á toda criatura que ella á sí misma; y si como te digo le considerases atentamente en todas, ora te fuesen gratas, ora molestas, nunca perderías tu alma; porque ni el fuego te quemaría, ni el mosquito te haría guerra, ni el otro enemigo te perseguiría, si Dios un punto de ellos se ausentase. ¿Pues por qué no respetaré yo y reverenciaré en todas las cosas de gusto ó disgusto, de molestia ó descontento, el poder, la sabiduría y la esencia de Dios, que reconozco en ellas? Muy bien dijo San Gregorio, que «la consideración de la equidad del

que nos hiere mitiga la fuerza del dolor que nos causa». El perro, al cual falta este conocimiento, deja de seguir al que le tiró la piedra y muerde de ella, con daño de sus dientes; y yo me enojo con mi enemigo y me enfado con la adversidad porque no recurro á la causa superior, que, para bien mío, ordena ó permite lo uno y lo otro, y sin cuya voluntad ó permisión no se menea la hoja en el árbol, ni de dos pardalejos que siguen una vereda, el uno cae en el lazo que le estaba armado, quedando el otro libre. Esta es una divinísima consideración, poderosa para pacificar el alma, de manera que nada la perturbe, ni haga perder su quietud y paz interior.

DISCÍPULO. Claro está, que si ni en los bienes ni en los males reparo en las criaturas, por medio de las cuales me vienen, sino en Dios, que con admirable providencia dispone y ordena todas las cosas; ni recibiendo mercedes estaré grato á alguna de ellas como á causa principal, ni tampoco en los agravios me quejaré de ninguna por la misma razón: y así puestos los ojos en Dios, por lo uno y por lo otro le daré gracias, pues que sé de cierto que nada dispuso para dañarme, y que todo lo ordena para mi provecho.

MAESTRO. Haz eso y vivirás.

DISCÍPULO. ¿De manera que ninguna cria-

tura puede como principal ni dañarme ni aprovecharme?

MAESTRO. No, porque lo que es en pro del hombre, de parte de Dios principalmente le viene, y lo que es en su daño, de la suya propia. Y así notó divinamente Crisóstomo, en aquel V tomo, verdaderamente dorado, que predicó en Antioquía, que ninguno recibe daño sino de sí mismo; de donde se sigue, que las ganancias todas están á cuenta de Dios, y las pérdidas á la nuestra; y siempre ganaríamos si tuviésemos recurso y pusiésemos los ojos tan solamente en la causa superior, que es Dios; el cual toca los fines de todas las cosas fuertemente, empero dispónelas con suavidad. De uno de aquellos Padres del yermo me acuerdo haber oído decir á mi maestro, que codicioso de saber á qué grado de perfección había llegado en muchos años que tenía de soledad, y qué hombre habría que se le pareciese en el aprovechamiento espiritual, oyó una voz que le dijo: « Sal de tu celda y mira bien la persona que primero te ocurriere, que esa corre parejas contigo en la virtud ». Salió el solitario al camino, y levantándose una gran tempestad de aires, agua y granizo, arrimóse á un árbol, y estando allí, pasó un mozuelo desarrapado, cuyo oficio era vender melcochas, y venía tan contento y

lleno de alegría, aunque el día era tan trabajoso, que puso en admiración al solitario, y preguntóle que cómo venía así de alegre en tiempo tan rigoroso. A lo cual respondió el melcocheruelo, que no tenía razón para hacer otra cosa, porque nuestro Señor hacía su santa voluntad, lo cual él tan solamente buscaba en todas las cosas. Y añadió, que con ningún suceso se turbaba ni entristecía. « Si llueve, huélgome; si hace sol también: si me vienen adversidades no quepo de gozo, y si corre bonanza doy gracias á mi Señor, porque conozco que se hace en todo su voluntad ». Quedó con esto el solitario confuso de verse comparado á un hombrecillo de tan poca cuenta, y cayó en ella de que la perfección ni está en mucho ayunar, ni en abrirse la carne con azotes, ni en altas contemplaciones; sino en ajustarse el alma con la voluntad de su Señor Dios, sin cuidado de otra cosa criada; y cuando ésta se hiciere, estar muy contento; y cierto aprovecha mucho para la perfecta abnegación sujetarse el hombre á Dios y á los hombres por su amor, con alegre corazón; y esto en todas las cosas, sin diferencia, cuando no contradicen á la divina ley y á la profesión que se tiene hecha; porque con esto la naturaleza profundamente se deprime y humilla, y el espíritu altísimamente es elevado sobre sí.

§ XIII.

Al fin habremos de confesar, que toda nuestra salud y remedio estuvo en aquella resignación que Cristo hizo de su voluntad en la del Padre, cuando cercano á la muerte dijo: «No mi voluntad, sino la vuestra, se haga». Y es esta una oración admirable, y que dicha con devoción y espíritu penetra los cielos y negocia con Dios grandes bienes y riquezas para el alma.

DISCÍPULO. No sé ya qué responder, porque me has tomado de manera los puertos para toda réplica, que tengo por cierto, que la suma perfección y el camino para ella, y el fin y remate de todos los ejercicios, está en desterrar el hombre su voluntad y abrazar la de Dios en todas las cosas, ora parezca que son en mi daño, ora en mi provecho.

MAESTRO. Bien dices, y añade que un hombre entregado á su voluntad vive ajeno de todo bien, y ni tiene comunicación con Dios, ni con sus Santos. Argumento es muy claro de propia voluntad andar mudando pareceres, y agradarse y desagradarse de las cosas por momentos.

DISCÍPULO. ¿Puede haber paz en el alma donde hay propia voluntad?

MAESTRO. No, por cierto, ni vaso para la gracia; porque la propia voluntad es hija legítima de la soberbia, á quien Dios está directamente opuesto. El que á sí mismo supo hacerse la guerra, no tema ser guerreado de nadie; y el que se dejó á sí, juntamente dejó todas las cosas, y gozará de perfecta libertad de hijo de Dios. Sí; que los demonios, enemigos nuestros perpetuos, y el mundo con ellos, los ejércitos con que nos acometen y hacen sangrienta guerra, no son otros que nosotros mismos, según que lo dijo con grande propiedad Santiago en su Canónica. «¿De dónde, dice, nacen las guerras y contiendas entre vosotros? ¿Por ventura no nacen de las concupiscencias vuestras, que pelean en vuestros miembros?» Y así es, que cualquiera que asestó contra sí toda su artillería y se venció, venció sin duda á todos sus enemigos. ¿De dónde te parece á tí que nació en los Santos el aborrecer tanto sus cuerpos, y el tratarlos tan mal, y el gozarse en las tribulaciones y persecuciones?

DISCÍPULO. De que les reveló ó enseñó Dios que por este camino caía por tierra el mayor enemigo que tenían, que es la propiedad nuestra, y comenzaban á ser despojados de aquello que antes tenían por hacienda suya particular.

MAESTRO. Por cierto que me he consolado de oírte responder tan á propósito. Alúmbrate el cielo para que en el afecto aproveches, como en el entendimiento te reconozco aprovechado. Con toda verdad te sé decir, que nunca gocé de mi propia voluntad hasta que por Dios la negué; porque en El se cobra mejorado lo que por El se pierde ó renuncia. Y el que dejase un reino entero, y lo que más es, todo el mundo, si se poseyese á sí con desordenado amor, haga cuenta que no dejó nada; pero el que á sí mismo se dejó, ni las riquezas que posee, ni las honras que le ofrecen, ni los amigos familiares le pueden ser de algún impedimento; porque tiene el ánimo libre y el corazón exento y desasido de todas las cosas, y está aparejado para renunciarlas todas, cuando entendiéndose ser esa la voluntad de Dios.

DISCÍPULO. ¿Cuándo podré yo entender que perfectamente me he negado?

MAESTRO. Si por alguna confusión personal ó pérdida temporal, ó por algún otro suceso, que á tí solo atañe, te entristecieses más y tuvieses mayor sentimiento que si sucediera á otro cualquiera del mundo, ten por cierto que vive en tí el amor propio y que no está del todo muerta tu voluntad ni has alcanzado la verdadera abnegación de tí mismo. Porque

quien siente demasiado las pérdidas temporales, con el hecho confiesa haber poseído injustamente los bienes, que lo son, usurpando para sí como suyo lo que era de sólo Dios. Y el que siendo despreciado y ofendido de otro se altera y encoleriza más de lo justo, declara muy al descubierto: lo primero, ser dignísimo de toda confusión, pues que la honra debida á sólo Dios procura adjudicarla á sí mismo; y lo segundo, que el amor de las criaturas no está perfectamente muerto en él. Vela, pues, hijo mío, sobre tí, y está advertido, que donde quiera que te hallares has de huir de tí por la verdadera abnegación; porque sin ninguna duda este yo, que pretende hallarse conmigo en lo que de virtud hago, es el que destruye y vicia cuanto hago; y así sería gran negocio é importaría mucho si yo fuese sin mí á la Iglesia, á la oración, al ayuno, á la limosna y á las demás obras de religión; porque entonces le son gratísimas á Dios, cuando yo falto de mí en ellas y El se halla todo en ellas; y entonces entra El con sus dones y gracias en mí, cuando yo salgo de mí y saco conmigo todas las criaturas; á las cuales y á mí tengo de morir para que Dios pueda tener vida y regalo en mí; y estando yo lleno de mí y del amor de las criaturas, ningún lugar queda á Dios para morar dentro de mí, y

está tan lejos de mí, cuanto yo lo estoy de esta muerte y abnegación de mí y de todo lo que no es El; y tanto más de devoción y de favor divino hay en el hombre, cuanto mayor es la mortificación y negamiento propio; y tanto más llegado se halla á Dios, cuanto más se aleja de sí y del amor de los vivos. Por tanto, no te canses en este ejercicio ni te espanten los trabajos de él; rompe por todos, y si deseas hallar el todo en todas las cosas, déjalas todas por el todo. Hallarás á lo ménos verdadera tranquilidad y paz de corazón, la cual nadie fácilmente te perturbará, porque está fundada en Dios, en quien no se halla mudanza.

§ XIV.

¡Oh, si desasidos de nosotros mismos y resignados en Dios, sin temor alguno esperásemos los sucesos todos como quiera que fuese! Gustaríamos, cierto, cuán suave es el Señor; mas ¡ay de nosotros, que apenas se halla hoy en el mundo quien de veras esté resignado y mortificado y sujeto á la divina voluntad! Porque aquel fervor y deseo de Dios que se hallaba en los Santos, ya en nosotros está resfriado; y el color subido de aquel oro finísimo que dice Jeremías, ya se mudó en color de

cobre; los hijos ínclitos de Sión, que vestían de finisimas telas, son ya vasos de barro, obras de las manos del ollero; ya no hay quien sufra por Dios un capirote, ni quien esté tan dejado, que no le quede más que dejar. Pues se entiende, y ten por ciertísimo, que una Ave-María sola dicha con verdadera abnegación de tí mismo, para gloria de Dios, le es más acepta á Su Majestad que si, lleno de tí y fiado de tí, como el fariseo, y con propia voluntad, rezares postrado en tierra todo el Salterio de David; advierte, empero, hijo Deseoso, que si trabajando en esta abnegación y habiendo alcanzado mucha parte de ella, acaso, ó por descuido ó por no apercibido, se te fué alguna palabra áspera y de ira, ó faltaste en algo de lo que hace á esta divina filosofía, que no hay por qué desmayar ni perder el ánimo; porque de ordinario suele nuestro Señor permitir esas caídas, para que por este camino conozca el hombre su flaqueza y lo poco que tiene que fiar de sí mismo, y así salga de la tentación y caída aprovechado. Cuando el demonio te incitare á altivez de corazón, éntrate luego en el abismo de tu vileza y en la nada de tus merecimientos, para que así se abajen los humos de tu arrogancia y presunción vana, y quedes humillado dentro de tí; y no quieras hacer ostentación de

tu paciencia delante de los hombres, que allá de dentro podría ser que padecieses inquietud y levantamiento de corazón. Por experiencia he hallado que algunas veces se debe comer, aunque nos deleite y sea de regalo el ayuno, y dormir cuando nos convidan á vigiliass; porque estas cosas nos abren camino para la dicha consideración de nuestra vileza, y es un artificioso engaño con que nuestro adversario queda burlado y nosotros humillados, y aun apocados, á los ojos de los que han juzgado altamente de nuestra santidad. El hombre verdaderamente resignado y que de todo en todo se dejó á sí y á todas las cosas por Dios, de tal manera está fundado en El, y de tal modo le tiene amparado y guarnecido su verdad, que si alguna criatura quisiese tocarle, había de tocar primero y lastimar el corazón de Dios, donde está encerrado. Al fin concluimos con una palabra lo mucho que de esta materia hay que decir, y sea: que este negamiento propio y desamparo de tí mismo es el camino real para Dios, y la senda derecha, aunque dificultosa, para la cumbre de la perfección evangélica. Y con esto me despido por hoy de tí; y si bastase para que tú te despidieses de mí y yo de mí, rica suerte habría sido la mía.

DISCÍPULO. Dios nos la conceda y te pague

con aventajados premios tan soberana doctrina como me has dado en este día.

MAESTRO. Mañana, si pudiere librarme de cierta ocupación, como espero, trataremos de la tercera y cuarta puertas: de la del Norte, primero, y en el fin, de la del Poniente. Ruega por mí al Señor (porque temo mucho la dificultad de la materia), que me dé su luz, para que hable y sienta como Su Majestad quiere y tú has menester. Adios.

DISCÍPULO. Él vaya contigo. Amén.





DIALOGO CUARTO.

DE LA TERCERA PUERTA POR DONDE SE ENTRA AL REINO
DE DIOS, QUE ES LA TRIBULACIÓN.

§ I.

MAESTRO. Seas bien venido, Deseoso: ¿qué semblante es ese tan melancólico y triste?

DISCÍPULO. Nunca faltan ocasiones para tristeza á los que son tan flacos é imperfectos como yo.

MAESTRO. Si frecuentemente ocupase tu memoria la pasión de Cristo, ninguna cosa se te ofrecería tan dura que no la llevases con mucha igualdad de corazón; porque, como dijo San Jerónimo, sana todas las amarguras del ánima la recordación dulce del que se

puso en la cruz por ella. Y San Agustín dice, que aunque más nos aprieten las aficciones de la vida presente, nos parecerá que sufrimos y padecemos poco, si traemos á la memoria cuanto bebió de ellas sobre la cruz el que desde allí nos convida y llama para su reino.

DISCÍPULO. Lo que más me afligió y quitó el sueño, y aun el sosiego y paz del corazón, fué una consideración que tuve de los trabajos que padecen los justos y amigos de Dios; porque no acababa de entender que lo fuesen suyos verdaderamente, y que los affigiese unas veces por sí, otras por los hombres, y lo que más admiración me pone, por los mismos demonios, como sabemos de Job y de San Pablo.

MAESTRO. Bien se me representó, luego que te ví triste, que te había cargado el humor melancólico. Ese error tuvieron los amigos de Job, y ese es el argumento de todo aquel famoso libro de cuarenta y dos capítulos, á donde el varón santo trata de persuadir á sus amigos que no le castigaba Dios por sus pecados; y ellos, por el contrario, que sólo esos despertan el furor divino y ponen á Dios en la mano el azote contra nosotros. Y al fin queda canonizada la persona de Job por el mismo Dios, que le alabó y dió por justo, y su doctrina aprobada como tan católica. Y

sería cosa temeraria decir que todos los Santos padecieron por sus pecados; lo cual prueba la respuesta de Cristo á sus Apóstoles, cuando le preguntaron á la puerta del templo si estar ciego aquel pobre que allí curó fué culpa de sus padres ó suya; que al fin dijo, que ni ellos ni él habían pecado. Y no quiso decir que estaban sin culpa, ó que nunca pecaron, que todos somos pecadores; y si dijéremos que no tenemos pecados, nos engañamos y hacemos á Dios mentiroso, que afirma lo contrario. Lo que dice es, que no tuvo ojo á los pecados del mancebo y de sus padres para cegarlo, sino á la gloria que á Cristo se le había de seguir curándole.

DISCÍPULO. ¿Luego gloria de Dios es que yo sufra y padezca trabajos de cualquiera manera que me vengan?

MAESTRO. Y prueba grande de la amistad que te tiene. Eso dijo San Bernardo: « Manifestóte Dios á tí su amor y benevolencia padeciendo: razón será que experimente la tuya en el sufrimiento y tolerancia de los males que te ofrece ». ¿No le vencieron á Él tus pecados? No te vengzan á tí sus azotes. ¿Sufrióte Él tanto tiempo? Súfrele tú por el poco que dura la tribulación. Acuérdate que está escrito: « Si posees amigo, en la tentación poséele; porque en todo tiempo ama el que de verdad

lo es ». A Tobías le dijo el Angel: « Porque eras acepto á Dios, fué necesario que la tentación te probase, y conociesen los hombres esta aceptación por medio de tu paciencia »; que, como advirtió Santiago, tiene obra perfecta. Así tentó la obediencia de Abrahán con el riguroso precepto de sacrificarle su hijo. Así la de Job, entregándole al demonio para que le asentase la mano. Y de esta manera de tentaciones dijo Judit: « Debéis acordaros cómo nuestro padre Abrahán fué tentado, y por muchas tribulaciones probado alcanzó la amistad de Dios ». Eso mismo podéis considerar de Isaac, Jacob, David y Moisés, y de todos los que fueron gratos á Su Majestad, los cuales pasaron por el crisol de las tribulaciones. Séneca dice, que la adversidad no es mal que daña al varón bueno, sino ejercicio de virtud, y la que nos retrae y aparta de todo mal.

 § II.

Solimo, entre las grandes maravillas del mundo, cuenta por muy notable ésta: « Que apenas se puede dar un hombre en quien no sean más las adversidades y trabajos que sufre, que las prosperidades que recibe ». Y pone ejemplo en Julio César, de quien se lee que

fué tan dichoso, que nunca deseó cosa en su vida que no la gozase á su voluntad; y con todo se hallan tantas incomodidades y desastres en el curso de ella, que sin mucha dificultad no se podrá hacer juicio cierto, si tuvo más de miseria que de felicidad. Pues ¿qué mucho que por Cristo se le mande sufrir mucho al cristiano, siendo el premio que se le promete tan aventajado, y teniendo á Dios en el trabajo el primero, y oyendo de su boca: «El que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame?» San Basilio dice que no se debe tener por muy amigo de Cristo el que sólo padeció trabajos alegremente por Cristo, sino el que para gloria suya apeteció y deseó sufrir muerte cruel y afrentosa con todo su afecto y voluntad. Alejandro de Hales dice «que en el estado en que ahora está la humana naturaleza, conviene á saber, de caídas y de culpas, mucho más aprovecha por las adversidades, que por las prosperidades». Y San Agustín afirma «que es mucho mejor que nos duela el azote, que el pecado nos deleite». Y en otra parte: «en la hornaza ó crisol la paja arde, mas el oro se purifica; aquélla se convierte en ceniza, y éste queda sin escoria y limpio». El mundo es hornaza, los malos paja, los justos oro, el fuego la tribulación, el artífice Dios; lo que el

artífice quiere, eso hago yo; á donde me pone allí estoy, y sufro con paciencia. Á mi cuenta está el sufrir, y á la del artífice purificarme. Si la paja ardiera para quemarme, ella recibe el daño y yo el provecho; porque ella se consume y yo quedo purificado y sin escoria. Al fin lo que es el trillo al grano, la hornaza al oro y la lima al hierro, eso es la tribulación al justo. Esta despierta al perezoso y lerdo en la virtud, humilla al soberbio, purga al penitente y corona al inocente. Yo digo que azota Dios á sus amigos muchas veces, porque su azote maravillosamente aumenta en ellos la gracia, las virtudes, los méritos y los premios. Es la tribulación ama que cría la humildad, maestra de la penitencia, granjeadora de la felicidad eterna: es la que quita la escoria de los pecados, la que da abundancia y plenitud de gracia, y el crecimiento de todas las virtudes: es la que engorda el alma y la fertiliza, como el rocío de la mañana á las rosas y azucenas. Por tanto, hijo Deseoso, entiende que es dón escogido de Dios, vara amorosa, castigo paternal, que comunica sabiduría, que nos hace circunspectos y nos acarrea grandes experiencias. Pero advierte, como dice Orígenes, que el sufrimiento de todos los males carece de celestial premio, si le falta la perfecta paciencia. Por lo cual se escribe: «En vuestra

paciencia poseeréis vuestras almas; porque de allí se hace fuerte el hombre contra todas las adversidades; de donde venciendo á sí mismo, se hace señor de ellas». Y no sé qué más te diga para consolarte, sino lo que San Pablo: «Azota el Señor á todo hijo que recibe en su casa y servicio». Apercíbete, pues, según esto, para ser azotado con Cristo, ó no trates de ser recibido en su casa; porque si fueres excluído de los azotes, también lo serás del número de sus hijos. Azotó al suyo, único y querido, que no merecía azotes; y para que los pudiese sufrir lo vistió de carne; ¿ha de quedarse sin ellos el adoptivo?

§ III.

Muy bien dice Gregorio, que no sabe qué no debe padecer y sufrir por Dios el hombre, habiendo sufrido y padecido Dios tanto por él. No despidas de tí el azote, si no quieres ser privado de la herencia de tu padre; ni mires la pena que es ser azotado, sino el lugar que tienes en el testamento de tu Dios. San Pedro Crisólogo dice: «Cuando el hombre obra bienes y sufre males, confíe que sin duda será contado entre los hijos del Señor; porque no puede ser que participe de sus padecimientos y que sea excluído de su gloria».

DISCÍPULO. Yo me doy por consolado y

desengañado con lo hasta ahora dicho, y así podrás estar á lo prometido, y tratar, como sueles, magistralmente, de esta tercera entrada del reino de Dios, que se labra á puros golpes; como nos lo canta la Iglesia en el himno de la Dedicación del templo.

MAESTRO. Tres maneras de cruces suele Dios poner sobre los hombros de sus escogidos. Una en los principios de sus conversiones, otra cuando van aprovechando, y la última en lo más florido de la vida espiritual. Comenzarás á servir á Dios, y ocurrirte ha luego, en el principio, una más que civil batalla contra todos tus malos afectos y acostumbrados deleites y codicias, á que natural ó viciosamente eres inclinado, los cuales todos has de mortificar y desamparar, para que te sea de provecho el ejercicio de la oración, y salgas con lo que deseas y pretendes, que es perfección de vida. Esto bien se deja entender que ha de ser molesto, y grave, y dificultoso, especialmente que es lance forzoso haberte de ser amargas y desabridas todas aquellas cosas que te fueron de gusto y deleite ántes de tu conversión. Y el aborrecimiento al pecado ha de ser medido al contento con que se cometió; lo cual trae anejo á sí mucho trabajo, y es cruz pesada y enfadosa, como largamente queda probado en el segundo de estos Diálo-

gós. La segunda cruz envía Dios de su mano y corre con ella todos los estados; porque nadie en el mundo, aunque muy amigo, deja de ser probado y tentado con adversidades, dolores y angustias de cuerpo ó de alma. Y si se sufre todo con igualdad de corazón, y se recibe con aquellas entrañas con que el misericordioso Señor lo envía, sin ninguna duda es de grande excelencia y de provecho increíble. ¿Duelete la cabeza? ¿Padeces frío, calor, hambre ó sed? ¿Dicente malas palabras y dante ocasión para entristecerte de muchas maneras? Pues ten por cierto que todo eso lo tenía Dios previsto *ab æterno*, y así lo pensó y lo quiso y tuvo consejo sobre ello: midiólo, contólo y pesólo, para que de esa manera, y no de otra, sucediese. Y ahora te suceda mereciéndolo ó estando sin culpa, justa ó injustamente, ó por ventura por tu negligencia; siempre has de pensar que viene ordenado por Dios; y sufriendolo con paciencia, dále gracias, porque quiere que su divino y eterno consejo se cumpla en tí en ese punto.

DISCÍPULO. Algunas veces, vistas las tribulaciones que padecen los justos, pienso que armó Dios todas las criaturas y las puso en guerra perpetua contra los hombres: los elementos, los planetas, las bestias, el granizo, la nieve, el calor, las destemplanzas del aire,

las pestilencias, las mortandades, las guerras, la carestía de mantenimientos y otra infinidad de cosas á este tono.

MAESTRO. Razón tienes, y es muy bueno ese pensamiento, porque te doy palabra de que ningún Apeles puso tanta diligencia en perfeccionar con varios matices y colores mi dibujo, que desease sacar con gran primor, cuanta pone Dios en pintar al hombre, que es imagen suya, con diversas tribulaciones, para que aligerada y humillada su ánima, se junte á él y sumamente le agrade.

DISCÍPULO. Algunos tengo vistos, que no contentos con la cruz que Dios les envía, ellos por su cabeza y propia voluntad se procuran otras intolerables, no de hombres de razón, sino de jumentos, que carecen de ella; porque se ejercitan en abstinencias immoderadas, meditaciones importunas y en otros rigores y asperezas, en daño notable de la salud; con las cuales cosas de tal manera se embelesan y se pasman, que es necesario esperarles Dios algún tiempo que acaben sus tareas.

MAESTRO. El mayor mal de todos estos es, que cuando quiere Su Majestad obrar en ellos, la naturaleza está estragada, caída y sin fuerzas para seguirle. Y si acaso les sobrevienen tentaciones graves, no tienen ánimo ni virtud para resistirlas.

§ IV.

Por lo cual sería buen consejo acudir á la mortificación de los malos afectos, más que á rigores demasiados, con propiedad tomados y sin consejo; porque, como dijo el Apóstol, «el ejercicio corporal para poco es util; mas la piedad vale para todas las cosas».

DISCÍPULO. Muchas veces he oído alegar ese dicho de San Pablo, y como no le entiendo bien, cáusame alguna manera de turbación, porque parece condenar las obras penales, y aún creo que por la misma razón de ignorancia tomaron algunos herejes ocasión de destruir la penitencia. Recibiré particular regalo en que me digas el verdadero y legítimo sentido de esas palabras, para desengaño mío y de muchos, que podrían reparar en ellas como yo.

MAESTRO. Pláceme de hacer lo que pides, que bien sé que hay hartos engañados sobre este particular: unos que todo su negocio ponen en los ejercicios espirituales, sin hacer caso alguno de los corporales; otros, que de todo en todo se ocupan en éstos, olvidados de aquéllos. El santo Obispo Timoteo, que es con quien habla aquí San Pablo, era hombre muy riguroso con su persona; tanto, que para ha-

cerle beber un poco de vino, fué necesario que se lo mandara su maestro; el cual, deseando hacerle solícito de las cosas que tocan á la piedad, que pocas veces lo son los demasiadamente rigurosos consigo, pues quien á sí mismo no perdona con dificultad perdona á sus prójimos y súbditos, dice estas palabras: «Ejercítate en la piedad, que, como nota la glosa en este lugar, significa culto de Dios y obras de misericordia en los prójimos»; y dándole la razón de este mandamiento, añade: «Porque el ejercicio corporal para poco es util, mas la piedad lo es para todas las cosas». El ayuno, el cilicio, el desierto, etc., de su naturaleza no son más que obras penales; y lo que tienen de bueno es por el fin y por razón del estado; que si el hombre no pecara, no eran para el dicho fin necesarias. Son medios medicinales, que nos preservan del pecado después del pecado; ó nos ayudan á ganjar la salud que nos quitó el pecado. Son como el ruibarbo, que si estáis bueno, no es bueno para vos; pero en la enfermedad es bueno y necesario para libraros de la cólera, que os quita la salud. Este es el poquito de bien que tienen los ejercicios corporales, conviene á saber, tener á raya nuestras concupiscencias y carnales deseos. Oigamos al mismo Apóstol, que hablando de sí, decía á los de Corinto: «Castigo

mi cuerpo y téngolo sujeto como á un esclavo; porque predicando yo penitencia á los otros, no quede reprobado». Santo Tomás advirtió divinamente que estas penitencias exteriores sirven más de medicina contra los pecados de la carne, que contra los del espíritu; porque muchas veces vemos que en estos grandes penitentes reina la cólera, la ira, el poco sufrimiento y los juicios temerarios contra los que llevan vida algo más moderada, aunque más espiritual y más agradable á Dios que la suya, tan sujeta al viento de la vanidad. Al fin en lo corporal se sufren quiebras, y á tiempos se pueden interrumpir ó dejar; pero la piedad ha de ser continuada, como dijo San Pedro, porque vale para todas las cosas.

DISCÍPULO. Grandemente me han satisfecho tus razones, y de hoy en adelante sabré pesar las cosas y estimarlas en lo que son; y podrás, si quieres, volver á la materia de cruz ó tribulación, que por la mano de Dios nos viene, pues esa es, sin duda, la más provechosa y la que se puede tomar sin sospecha de que en ella peligrará el alma.

MAESTRO. Por cierto, si los hombres se dejasen crucificar por manos ajenas, sufriendo con paciencia y mansedumbre cualesquiera afrentas y dolores, estando contra sí y por

la parte del Señor, de quien esto les viene, más agradarían á Su Majestad y mayor servicio le harían, que si despedazasen sus carnes á purros azotes; y más; quiero que entiendas en aquella palabra de Cristo que dice: «Tome su cruz», que no te da licencia para que tú te ordenes y labres por tu cabeza la cruz, sino para que tomes la tuya, esto es, la que de su mano te viniere. Tampoco dice que tomes su cruz, porque esa quiere fuerzas más que de hombre: la tuya has de tomar, labrada por Dios como para hombre, que no ha menester hombros de gigante, sino pecho enamorado y aficionado á su servicio. Acuérdate que está escrito, que no pesa Dios carne, sino espíritu; ni se le da nada de rigores, sino de amores. Donde hay espíritu hay libertad, como dijo el Apóstol, no de ley, sino de carga y pesadumbre: que ni sentirás el ayuno, ni las vigiliass, ni los azotes, ni los demas trabajos que por su amor tomares, ó Él te enviare por sí ó por sus criaturas, si tienes espíritu. Éste pesa y éste estima, y conforme á éste dispone Su Majestad la cruz que quiere que llevemos, y por él mide en nuestro provecho la tentación. La cruz más amarga que todas suele dar Dios á sus amigos muy en sana paz, como dice San Bernardo, cuando habían de gozar de los abrazos del esposo, al parecer humano. Levántanse á ve-

ces tentaciones tan espantosas y de tanto horror, aprietos y oscuridades de entendimiento, que el miserable hombre, interiormente apretado y congojado, casi con desesperación no sabe á dónde volver la cabeza, ni espera más que la muerte, ó una locura cierta. De esto no diré aquí más, porque en la segunda parte de los *Triunfos del amor*, tratando del desamparo y calamidad interior, dije cosas muy notables, que podrás ver con aprovechamiento, por ser tan ordinario en las personas espirituales este trabajo, y tan necesario el conocimiento de su remedio. Sólo quiero que entiendas al presente, que toda tribulación, ora la recibas de tu voluntad, ora te sobrevenga sin ella, si hicieres de la necesidad virtud, quiero decir, si te dejares á la voluntad y ordenación de Dios y gustando de tu trabajo, porque él gusta que le padezcas, te ofrecieres así atribulado á Su Majestad, juntando y uniendo tu cruz con la suya para su gloria; ten por cierto, que le eres más grato en esta ofrenda, que en otra cualquiera que exteriormente le ofrecieses. Porque de más fruto es, y para nuestro espíritu de más regalo y consuelo, padecer algo en la resignación de sí mismo, que obrar en tal caso grandes cosas; porque allí nuestra naturaleza viciosa profundamente es humillada y acoceada, y nuestro espíritu

más altamente ensalzado. Y si vivieses cien años y postrado por tierra con humildad profundísima adorases á Dios, no le pagarías la merced que te hace cuando te envía de su mano alguna pequeña tribulación; y sin ninguna duda le quedas tú más obligado porque te la envió, que El á tí porque con paciencia la sufriste. Y no hay que gastar más tiempo en esto, pues nos consta que todos los santos y amigos de Dios bebieron de este cáliz con alegría y dieron y dan testimonio de que ningún veneno ni rejalgar hay en él, sino la salud verdadera y el regalo del alma. ¡Con qué contento derramaron su sangre los mártires! ¡Con qué gusto sufrieron injurias, deshonras y afrentas! ¡Con qué rigor trataron sus cuerpos, aunque eran hombres cercados de enfermedades y carne como nosotros!

§ V.

DISCÍPULO. Harto para sentir y llorar es, por cierto, ver lo que los santos hicieron y sufrieron, y lo poco ó nada que nosotros hacemos y sufrimos. No hay quien pueda con una palabra algo dura y de disgusto, ni quien se esfuerce á padecer, áun cosas muy pequeñas, por Cristo. Debe consistir mucha parte de esto en los ruines sujetos que hay ahora,

y en los tiempos, tan otros de los pasados. Que antiguamente con cinco higos ó dátiles se sustentaban los siervos de Dios, y con raíces de yerbas vivían cien años en los desiertos. Ahora somos flaquísimos y de cortas vidas, y los mantenimientos de muy poco sustento y virtud; y al fin el mundo se va llegando á la vejez y le ha de faltar el calor de la viva fe; que áun allá dijo Cristo: «¿Pensáis que cuando venga el Hijo del Hombre habrá fe sobre la tierra?»

MAESTRO. A muchos he oído esa razón tuva, y áun leídola en un moderno de no pequeña autoridad; y ¡ojalá él no tuviera tanta, que no se le diera ningún crédito en el particular! Pero yo creo que mi razón deshará tu opinión y la suya. Bien habrás leído lo que el Apóstol San Pablo escribe á los Hebreos: «Acordáos, dice, de vuestros Prelados y Padres antiguos, los cuales os predicaron y enseñaron el Evangelio, y mirad el fin que tuvo su conversación, cómo conversaron y vivieron, y cómo acabaron. ¿Y esto para qué? Para que imitéis su fe, conviene á saber, la que tuvieron con Cristo, por quien sufrieron tantos trabajos y padecieron tantas tribulaciones, y perdieron las vidas». Pregunto yo ahora: ¿Sería bueno que tales obras como esas las atribuyésemos á la calidad de los sujetos, ó á la diversidad de los

tiempos, ó á la mucha ó poca virtud de los manjares? No, por cierto; porque dice el Señor: «Sin mí ninguna cosa podéis hacer»; conviene á saber, meritoria y digna de la vida eterna. No se olvidó el Apóstol del fundamento de toda buena obra, porque luego que nos mandó imitar las de los santos, añadió: *Jesus Christus heri et hodie, ipse et in sæcula*; Jesucristo ayer y hoy y el mismo en los siglos; quiere decir, que por la virtud de Jesucristo y con el favor de su gracia, hicieron los santos lo que hicieron y hacemos nosotros, y han de hacer los que nos siguieren todo lo que fuere digno de Dios. De manera que, según esto, es engaño muy grande decir que en las cosas naturales estuviese el aventajarse los Santos pasados á los que ahora vivimos, ó que falte en Dios, que entonces les favorecía, el poder ni el querer, para nosotros, que tuvo para ellos. Verdad es que el mundo está ya en lo último y allegado á la decrepitud; porque aun en materia de virtud se hallan en él cien mil novedades y disparates nunca vistos, y en materia de pecados no tienen número las invenciones que cada día salen, como diremos adelante, ni hay teólogos que agoten sus dificultades; y así me persuado que los Santos de la fama, los Generales y Capitanes del pueblo cristiano y los de la Mesa redonda, ya

pasaron; y que la gente que ahora se hace para el cielo es de á pié, gente menuda, gente afeminada y de melcocha, que ni un capirote saben sufrir por Dios. Todos hemos dado en ser galenistas, y filósofos, y procuradores solícitos de la salud corporal, y vivimos con cien mil reglas de prudencia, acerca del sueño, que sea de siete horas; de la comida, que sea buena y regalada; de la cama, que no sea dura, para que descanse el cuerpo; del rato de conversación, porque no nos opilemos; de la visita, porque no parezcamos salvajes; de la urbanidad y término cortesano, porque no seamos enfadosos al mundo. Al fin, la virtud, en estos desdichados tiempos, no tiene sino la armadura ó esqueleto; que lo demas, casi todo es prudencia de carne, enemiga de Dios.

§ VI.

DISCÍPULO. Parece que has tomado un poco de cólera diciendo eso.

MAESTRO. ¿Pues no quieres que se me encienda el corazón y que el alma se me afloje viendo tan en su punto la hipocresía y santidad falsa, y la verdadera tan por el suelo? Yo te prometo que si llegara San Pedro á muchos que parecemos sepulcros de Cristo, que hallara las mortajas y ligaduras, pero que no

le hallara á Él en nosotros; porque nos pagamos ya de solos los hábitos y ceremonias de virtuosos, estando muy lejos de nuestros corazones Cristo y su virtud. Por eso te digo tanto de su Cruz y de lo mucho que importa el llevarla con gusto, por ver si te aficionabas á ella; porque no está el ser gran Santo en hacer grandes cosas, sino en padecerlas con igualdad de corazón por Cristo. Es tan excelente dón de Dios la tribulación, que no suele Su Majestad enviarla sino á sus escogidos; porque por ella les abre el camino para la felicidad eterna. Y cuando el hombre se mira á sí y á sus cosas más que la honra y gloria del Señor, y comienza, dejado el Criador, á convertirse á las criaturas, con deleite y gusto propios, con peligro de caer en gravísimas tentaciones y de perecer en ellas para siempre, suele Su Majestad en estas ocasiones ejercitarle en grandes trabajos y tribulaciones, para que, ocupado con la representación de ellas, se olvide de los tales vicios y deleites, y, vuelto á Dios con humildad, le pida su ayuda y favores, y por aquí acabe de conocer su fragilidad y miseria. Por tanto, no pienses que haces mucho cuando sufres una pequeña tentación y trabajos, sino da gracias de todo corazón á Dios, que, aunque indigno, te estima en tanto, que te hace merced de sus nobilísi-

mos dones, que son las tribulaciones, por medio de las cuales nos hace idóneos y nos dispone para la posesión de los sobrenaturales bienes. Pues si siendo reprendido, escarnecido, tenido en poco y lastimado con injurias, ó con alguna otra adversidad apretado, lo sufres con entereza de ánimo, no respondiendo á tus perseguidores ni excusándote, aunque las injurias sean notables; y si ni te quejas, ni te vengas, ni desees consuelos exteriores, antes, vuelto en tí, huyes luego á Dios, ofreciéndole esas injurias y aflicciones, y á tí mismo de todo en todo en ellas, y de esta manera resignado permaneces contigo mismo, ten por muy cierto que eres tanto más grato á Dios que en ningún otro ejercicio del mundo, y que te concederá sin tardanza, si para tu salud y bien espiritual fuese conveniente, todo cuanto con humildad le pidieres. Los ángeles te mirarán y respetarán, y Dios, por la voluntad así mortificada y negada, te levantará á la libertad de los hijos suyos. Mas ¡ay! ¡qué poquitos se hallarán de estos en el mundo!

DISCÍPULO. De esos pocos deseo yo ser uno.

MAESTRO. Bienaventurado el que mereció llegar á tan dichoso estado, que cuantas más y mayores consolaciones recibe de Dios y de sus criaturas, tanto se tiene por más inútil y más indigno; porque cuanto él más se envile-

ce y es ménos á sus ojos, tanto á los de Dios es más honrado y más glorioso y de mayor estimación que todos los reyes y príncipes del mundo. Y manda el Señor á sus criaturas, que todas hagan honra á este su siervo y amigo humilde. ¡Oh, cuántos desean llegar á Dios y lo procuran, y por falta de arte nunca llegan!

DISCÍPULO. Díme, padre, qué arte es ese, porque le deseo como el vivir.

MAESTRO. Sufrir con humildad todas las cosas adversas que Dios quisiere enviarte es arte de artes y ciencia de ciencias. Y aquel tengo yo por hombre de vida perfectísima, que siendo desamparado de Dios y del mundo y dejado sin alguna consolación, lo sufre con paciencia y se entrega todo á Dios; y si en este estado constantemente persevera y canta alabanzas á su Criador, aunque las tales alabanzas sean pequeñas, salidas de ánimo así afligido y atribulado, más gratas le serán que las que con ánimo quieto y sin pesadumbre le cantan los ángeles en el cielo; porque, bien considerado, este es un género de martirio que, aun cuando el cuchillo del perseguidor no nos toca, el de la tribulación nos atraviesa el alma. Muchos vemos cada día que hacen grandes obras exteriores, que velan las noches enteras en oración, que ayunan ri-

gorosos y espantosos ayunos, que se ocupan en asistir enfermos y curar leprosos, y en otros ejercicios á este tenor. Pero dime: ¿cuántos habrás visto que con ánimo quieto y sin perturbación sufran las injurias y desprecios de sus personas? Creo, cierto, que entre mil de estos grandiosos y de pendón se hallará uno que esto haga. ¿Y dirásme por qué? Porque todos estos andan hinchados con una pomposa arrogancia; son grandes á sus ojos y están llenos de sí mismos. Y si me dicen que guardan limpieza en sus cuerpos, yo les digo que sirve eso de muy poco, si los corazones andan ocupados con arrogancia, envidia y ponzoñasas murmuraciones contra sus hermanos, é inficionados con el estiércol de vicios semejantes.

§ VII.

Preciosa cosa es la castidad del cuerpo; pero de nada te servirá si el templo de Dios, que es tu corazón, está sucio con el amor de las criaturas y de sí mismo. Mejor me parece, decía San Bernardo, el hombre paciente, que el que de fuera hace ostentación de obras magníficas; que consumiendo sus carnes con ayunos de pan y agua, y azotándose cada día con cadenas de hierro, aún está sujeto al furor

y locura de la impaciencia. Mejor es el que con alegría habla á los que con aspereza de palabras le injurian, que el que arrebatándose cada día en mentales excesos, cuando la tribulación llega, falta en ella. Y al fin, tengo por mejor la virtud de la paciencia, que la de resucitar muertos. Mas es señal de que tienes á Dios por enemigo, si, cayendo en pecados, no te azotare y corrigiere con el azote de las tribulaciones; porque el perdonarte en el presente siglo es para castigarte en el futuro. Concluyo con lo que dice San Jerónimo: «Gran maravilla es que las piedras que huelan todos los que han de condenarse, no se conviertan en rosas, para alivio y solaz de aquellos males que sufrirán en el infierno; pero mucho más es de maravillar que todas las piedras que pisan los escogidos no se vuelvan espinas, y de los piés á la cabeza les lastimen, por los pecados cometidos y por la gloria de que han de gozar por trabajo tan momentáneo y ligero».

DISCÍPULO. Muy conforme al Evangelio has andado en materia de tribulaciones, porque el mejor vino guardaste para el fin. Y porque parece que basta esto, tratado en común para todos; lo que encarecidamente te pido es, que me digas algo en particular de las tribulaciones interiores y de las causas por

que Dios nos quita ó esconde su gracia y consuelos espirituales.

MAESTRO. De esa materia tengo dicho demasiado, y no querría excederme en lo prometido, que es brevedad; con ella te diré las razones que los Santos han hallado para el desamparo, oscuridad y niebla interior; que algunas veces es de manera, como si en toda la vida no hubiese el alma gustado de Dios ni tenido conocimiento de él. Henrico Harpio, profundísimo teólogo, y en el ejercicio de la mística teología muy instruído, dice que quitar nuestro Señor á sus amigos la espiritual consolación y la alegría sensible de que suelen gozar en su presencia, procede, lo primero, de una amorosa indignación, y, como si dijésemos, celos, que es cuando Su Majestad ve que nos convertimos con afición á las criaturas, ó que nos deleitamos por algún tiempo, aunque muy breve, fuera de Él; que luego, como tan celoso, nos quita la gracia de la devoción que nos había dado, para que sintiéndose nuestra ánima sin ella, venga en conocimiento de su culpa y de su infidelidad, y, prometiendo la enmienda y satisfacción debida, obligue á su Esposo á que, desenojado, la reciba en su amistad; el cual, ninguna otra cosa desea más que ser amado. Y es cierto que cuanto más profunda y entraña-

blemente junta Dios á sí una alma, tanto más pura la quiere en su amor; y cuanto más pura la tiene, tanto más facil es de enojarse contra ella, si no corresponde con el debido agradecimiento á tanta merced; que, como Él mismo dice en su Evangelio: «Á quien más se le da más se le ha de pedir, y ménos á quien no tiene tanto». La segunda razón del desamparo es, porque sepan los que sirven á Dios que no por sus buenas obras, ni por sus ejercicios espirituales, merecieron ser visitados, consolados y recreados con la gracia de la devoción, sino por sola la liberalidad de Dios, que quiso hacerles ese regalo, como tan bueno y misericordioso, y por este camino aprendan á no complacerse en los dones de Dios como en hacienda suya, ni con descuido se relajasen, pensando que ya no les importa trabajar y ser solícitos en la virtud, como sea verdad que está su vida en perseverar en el centro de la humildad, y nunca cesar en el ejercicio y aprovechamiento interior.

§ VIII.

De una virgen llamada Clara se dice, que por una pequeña tentación de vanagloria que tuvo, le fué quitada por espacio de quince años consecutivos la gracia de la consolación

y regalo interior de que solía gozar, aunque para que se le restituyese ayunó muchas veces en este tiempo y derramó infinitas lágrimas, y perseveraba en oraciones muy prolifas. Otra causa del desamparo es, para que en él conozca el alma la tibieza y flojedad suyas en los ejercicios del amor y obras virtuosas, y de aquí se haga más solícita para pedir y buscar esta gracia y relieves del cielo; sin lo cual ni se puede aprovechar en las virtudes ni perseverar mucho tiempo en el bien adquirido. Algunas veces, y sea la cuarta razón, tiene Dios respeto á la salud y fuerzas corporales; porque como la naturaleza suela, con la mucha devoción sensible, llegar á debilitarse tanto, especialmente cuando el influjo del espíritu es muy violento y el corazón desea satisfacer mucho á la gracia, que así, abundantemente, se le comunica, que le faltan las fuerzas y es lastimada y herida en el corazón, á donde el ímpetu de los deseos hace bullir y hervir más la sangre vital, y en los débiles de cabeza en el cerebro; entonces el Espíritu Santo acude y modera aquel ímpetu y ardor, y aquellas crécientes de la divina gracia, para que recreado el hombre tome aliento y se haga habil para recibir nuevas mercedes de su Esposo. Algunos hay que cuando se sienten así desamparados, y que Dios les ha qui-

tado el consuelo, queriendo, como indiscretos, recobrar por fuerza esta gracia, que se da por voluntad divina, cuanto más trabajan en ello, tanto más se alejan de todo sentimiento espiritual; y como con impaciencia se esfuerzan y trabajan impetuosamente en esta obra, lastiman y dañan el corazón, y le dejan casi imposibilitado de remedio, como suele acontecer en la vihuela, que si la estiráis mucho las cuerdas vienen á quebrarse y á no ser de provecho. De aquí nace el no quedarles poder sobre las fuerzas inferiores del ánima, que tienen sus raíces en el corazón, ni á sentirse alguna resistencia en la parte irascible y concupiscible; por lo cual les parece, aunque no es así, que consienten en todos los males y tentaciones de los enemigos, mundo, demonio y carne. De aquí también que les provengan grandes tribulaciones, y sean tentados de desesperación, ceguedad de entendimiento, dureza de corazón, perversión de la voluntad y una infernal envidia; lo cual todo pasa, al parecer, en el hombre inferior ó parte sensitiva; porque en las fuerzas superiores, que no están atadas á los órganos del cuerpo, se halla alguna resistencia, y sucede que cuanto el conocimiento de Dios y el amor á Su Majestad fué mayor en el tiempo de la afluencia y bonanza, tanto es mayor la afficción y aprieto

del ánima en la porción superior, por la perversidad y malicia que reina en las dichas fuerzas inferiores, ya enflaquecidas y casi rendidas con la tentación de cada día. Y ¡cómo se aflige un alma cuando después de haber gustado de la suavidad de Dios, se ve rodeada de tentaciones mucho más feas, sucias y abominables que las que sintió ó sufrió en el estado primero de perdición! Todo este mal se origina en muchos de haber dañado, como ya dije, el corazón, y dejádole inhabil, con su indiscreto forcejear por la gracia, para los antiguos y saludables ejercicios, é imposibilitado para volver á su orden natural y sosiego en que antes estaba.

§ IX.

DISCÍPULO. Bien sé que será impertinente mi pregunta en este momento; pero corregirla há tu mucha discreción y sabiduría, y yo saldré de una duda que tengo. Dicen algunos que hay gula espiritual ó demasiá en las cosas del espíritu; ¿es así, padre mío?

MAESTRO. Así es, como lo has oído; y de ahí suele venir también la sequedad y el desamparo, y otros males sin cuento. Hallarás personas tan afectuosas y amorosas, y no sé si diga sensuales, que si se arrojan á querer,

es con tanto ímpetu y furia, y derrámanse de tal manera amando, que muy presto vienen á desfallecer en las demas fuerzas del ánima y á dañar notablemente la naturaleza. Y cuando sucede convertirse dentro de sí á Dios, como hallan en Él tantas y tan fuertes razones para ser amado, y Él es tan generoso remunerador del amor que se le ofrece en los tres ó cuatro primeros años de su conversión, ayudados por una parte de su naturaleza, que es afectuosa, y por otra de la gracia sensible y de la devoción, que es en tanta abundancia; así se embriagan, y tan golosos se hacen con el sentimiento sensual de que cada día gozan, que de ninguna otra cosa hacen caso, ni se quieren ocupar en saberla, ni en trabajar por mortificar sus pasiones, ni en adquirir virtudes, ni en conocer el divino beneplácito para seguirle, sino en cómo gozarán más y más de aquella su sensible devoción, en la cual sola ponen toda su felicidad y quietud; y hácese con esto tan odiosos á Dios que, puesto que dilata por algún tiempo el quitarles estos gustos, por ver si, recreados y regalados, vuelven sobre sí al conocimiento y amor de tan liberal bienhechor; viendo que la dilación del castigo los engolosina más, porque la naturaleza corrupta siempre se aviva más para lo vedado, como se ve en el ca-

sado que codicia y ama con doblado amor á la amiga, aunque de muy pocos merecimientos, que á la mujer propia siendo de muchos; quítales esta gracia sensible ó sensual, y como no echaron raíces en la virtud, ni pusieron el verdadero y firme fundamento de la humildad y mortificación y negamiento de sí mismos, facilísimamente pierden la paciencia y procuran violentamente recobrar aquella devoción, de que son privados con admirable providencia del cielo; y no tratan, como digo, de negarse, ni piensan en si sus culpas fueron causa de esta calamidad para enmendarlas; y así, cuanto más trabajan por alcanzar lo que justamente perdieron, más secos y sin espíritu quedan; más impacientes y más lejos de aprovechar en la vida espiritual. Y de aquí les nace amargura de corazón y un tedio ó enfado de la vida, que á sí mismos y á los con quien tratan son pesados y molestos, y poco á poco comienzan á caer en cosas mayores; son duros, obstinados, impacientes, mal sufridos, ciegos en cosas muy claras, y no sienten de Dios como solían, y al fin viven en un estado peligrosísimo y muy llegado á desesperación, de que nos libre Dios por su misericordia, amén.

DISCÍPULO. También dan los Santos por causa del desamparo el conocimiento que

Dios quiere que tengamos de que no en la gracia sensible, devoción y amor tierno consiste la santidad verdadera y perfecta caridad.

MAESTRO. Tienes razón; porque semejantes gustos y ternuras pueden provenir de la pura y sola naturaleza, sin tener que ver en ellos la divina gracia. Así lo experimentamos los años pasados, no sin grande ofensa de la virtud y religión cristiana, en los alumbrados de Extremadura y en sus discípulos, que se arrobaban y sentían gustos tan excesivos, que se enflaquecían y debilitaban, y les faltaban las fuerzas corporales, y quedaban muchas veces yertos, y los miembros inmóviles y helados, y ellos sin ningún sentido; aunque yo para mí tengo, que no eran obras éstas de sola naturaleza, sino que obraba juntamente el demonio; el cual les revolvía y meneaba la sangre con tanto gusto, que hacía salir de sí, ó que pareciese que salían, aquellas desventuradas almas, soberbias y sensuales, y que sólo se buscaban á sí mismas. Por lo cual te digo, que no son más santos, ni mejores, los que más sentimientos tienen, según la sensualidad, en la devoción y amor; sino aquellos que saben levantar su afecto ó fuerza amativa sobre todas las cosas, sobre todo sentido y sensualidad, en el desnudo y esencial amor de Dios; y éstos son los que, con el Apóstol,

saben abundar y padecer mengua. Cuando el Espíritu Santo regala su cuerpo y su alma con amorosos sentimientos y gustos suavísimos, y se derrama y dilata sobre ellos como bálsamo y licor derretido con grande plenitud, recíbenlo con hacimiento de gracias y disponen de ello tan prudentemente para gloria de Dios y aprovechamiento suyo, deseando referirlo todo al amor del liberalísimo Criador, como si con ansiosos é inflamadísimos deseos lo hubieran pedido á Su Majestad; mas si este regalo les falta, así se quedan quietos y resignados, como quien conoce bien que todo dón bueno y perfecto es de arriba, del Padre de las luces, dado ó quitado por sólo su beneplácito y en aprovechamiento de sus criaturas. Esto es lo que dice Job: «Dios me lo dió y Dios me lo quitó; sea su nombre bendito y alabado».

§ X.

No reposes, hijo mío, en los dones de Dios, porque el sentimiento y el dolor se engendran en el alma, de quitársele aquello en que puso su consuelo y felicidad. Y el saber de abundancia y de mengua, como San Pablo dice que sabía, consiste en una indiferencia que ha de tener el alma para recibir de Dios así

lo adverso como lo próspero, y en una igualdad de corazón así en la pobreza como en la riqueza espiritual. La última razón del desamparo es, para que por este medio su alma sea probada y se haga de ella experiencia de si está tan aprovechada en los ejercicios espirituales, que pueda, sin la devoción sensible, permanecer entera en el servicio y amor desnudo de su Dios. Digo, para que me entendas, que el intento de Dios es, que te llegues á Él principalmente por Él, y no por sus dones; porque lo primero es amor puro, y lo segundo amor interesado y de bajo metal. Amando á Dios por Dios, verdaderamente se ama á Dios; y amándole por el dón, es amar primera y principalmente al dón, y secundariamente á Dios, y no más de en cuanto le sirve para alcanzar lo que desea y pretende, que es el contentamiento y el gusto sensible. Y porque la verdadera fidelidad en ninguna parte ni con ninguna cosa se prueba mejor que con la adversidad, quita Dios ó suspende en el alma que le ama toda la ayuda de costa que le ha dado de la gracia sensible, devoción y amor; y permite que se quede ella á sí misma desnuda y desamparada, sola, y en todas las cosas miserable. De manera que primero la desteta Dios del amor de toda criatura y la adjudica toda para sí, tan plenariamente, que

todo lo que no es Él, es cruz intolerable para ella; y la memoria suya de Él, es melodía para su corazón y su regalo único; y luego, tras esto, la arroja de sí, desnuda de todo consuelo y regalo espiritual. Asíéntase ella en este tiempo, hambrienta, entre dos mesas, conviene á saber: entre las consolaciones espirituales y sensuales; éstas menosprecia ella y aquéllas le niega su Esposo; lo cual ordena así el clementísimo Señor, para que el ánima aprenda á estar desamparada de toda ayuda y consuelo con igual y voluntario corazón, y dar gracias y bendecir á su Dios y guardarle fidelidad en todas las cosas, no atendiendo á su contento particular en ninguna, sino sólo al divino beneplácito. Y si persevera contenta en este desamparo, porque así lo quiere nuestro Señor, le es sin duda grandemente meritorio y sobremanera provechoso para el aumento de la vida espiritual, especialmente si destierra de sí la pereza y tristeza, y, finalmente, hace lo que puede. Y con esto no hay para qué gastar más tiempo en materia de tribulación, pues lo dicho basta para tener noticia de lo que más importa para vivir desengañado y para que salgas con mucha ganancia de cualquier conflicto en que Dios te quisiere probar para que puedas ver el Reino de Dios; que como creciendo las

aguas del diluvio el arca subió á lo más alto del mundo, tanto, que frisaba con las nubes, así le sucede al alma, que multiplicándose las tribulaciones y trabajos espirituales y corporales, es sublimada y levantada sobre sí y sobre todas las cosas criadas, y se le muestra y aun se le entrega el reino de Dios, que es la quietud y paz espiritual de que comienza á gozar dentro de sí en esta vida, acabadas las aguas del diluvio y muertos todos los enemigos de Dios, que ensuciaban la tierra de su corazón.

DISCÍPULO. Parece que te vas despidiendo.

MAESTRO. No querría, por hoy, tratar de otra cosa, porque me hallo cansado y aun sin tiempo para lo que queda, que es de la pasión de Cristo nuestro Redentor, cosa que pide mucho espacio y más espíritu y sentimiento que el que puede tener quien ha hablado tanto como yo; que aunque sean cosas santas y provechosas las que se hablan, si hay exceso, cansan y secan la devoción en el que dice y en los que oyen, lo cual tengo muy bien visto y experimentado en los sermones que, aunque muy elegantes y con espíritu dichos, en siendo más que de hora, nos dan en rostro los oyentes con que fuimos largos; y siendo por ventura y aun de ordinario mejores los fines que los principios y medios, y el vino mila-

groso que se sirvió á las bodas por remate de ellas, viene á dañar lo demas y á hacer que parezca vinagre. De manera que lo ménos bueno es bonísimo, siendo poco, y lo bonísimo, añadido á esto, lo destruye todo.

DISCÍPULO. Paréceme á mí que no está el daño en lo muy bueno que se dice después de la hora, sino en lo malísimo que se halla en los oyentes, cuyos estómagos tienen tan poco calor, que un bocado más de lo ordinario los opila y estraga, y estragan con esto lo que llamó Cristo pan de cada día sobresubstancial.

MAESTRO. La razón te sobra, y á mí la de callar por hoy; y mañana trataremos de la cuarta puerta del cielo, estrechísima por cierto, pero ciertísima, y por donde han entrado todos los que están en él, que es la puerta del Redentor de los hombres, Cristo; por ella entra el alma y sale, y halla pastos suavísimos y de gran sustento para sí. Entra á la divinidad, y halla lo que puede gustar, mas no declarar, porque todo ingenio es corto y toda lengua balbuciente y tartamuda para decir lo que se suele sentir donde no se habla, y si se habla, la lengua es el corazón y las palabras los deseos. Adios.

DISCÍPULO. Él vaya contigo y te consuele. Amén.



DIÁLOGO QUINTO.

PUERTA CUARTA DE LA PASIÓN DEL HIJO DE DIOS,
REDENTOR Y SEÑOR ÚNICO DE LOS HOMBRES.

§ I.

MAESTRO. Seas bien hallado, Deseoso.

DISCÍPULO. Y tú bien venido, Maestro, tan deseado de mi alma como lo es de los labradores el agua temporal cuando se tarda.

MAESTRO. ¿De dónde te ha nacido ahora ese deseo tan crecido?

DISCÍPULO. Del que Dios ha puesto en mí de oírte hablar de su pasión y muerte sacratísima. La cual pienso traer como ramillete ó manojillo de mirra en mis pechos, de noche y de día, según se escribe que la traía la Esposa.

MAESTRO. Buen pensamiento es ese y digno de Dios; y si tú cumples lo que te pide,

groso que se sirvió á las bodas por remate de ellas, viene á dañar lo demas y á hacer que parezca vinagre. De manera que lo ménos bueno es bonísimo, siendo poco, y lo bonísimo, añadido á esto, lo destruye todo.

DISCÍPULO. Paréceme á mí que no está el daño en lo muy bueno que se dice después de la hora, sino en lo malísimo que se halla en los oyentes, cuyos estómagos tienen tan poco calor, que un bocado más de lo ordinario los opila y estraga, y estragan con esto lo que llamó Cristo pan de cada día sobresubstancial.

MAESTRO. La razón te sobra, y á mí la de callar por hoy; y mañana trataremos de la cuarta puerta del cielo, estrechísima por cierto, pero ciertísima, y por donde han entrado todos los que están en él, que es la puerta del Redentor de los hombres, Cristo; por ella entra el alma y sale, y halla pastos suavísimos y de gran sustento para sí. Entra á la divinidad, y halla lo que puede gustar, mas no declarar, porque todo ingenio es corto y toda lengua balbuciente y tartamuda para decir lo que se suele sentir donde no se habla, y si se habla, la lengua es el corazón y las palabras los deseos. Adios.

DISCÍPULO. Él vaya contigo y te consuele. Amén.



DIÁLOGO QUINTO.

PUERTA CUARTA DE LA PASIÓN DEL HIJO DE DIOS,
REDENTOR Y SEÑOR ÚNICO DE LOS HOMBRES.

§ I.

MAESTRO. Seas bien hallado, Deseoso.

DISCÍPULO. Y tú bien venido, Maestro, tan deseado de mi alma como lo es de los labradores el agua temporal cuando se tarda.

MAESTRO. ¿De dónde te ha nacido ahora ese deseo tan crecido?

DISCÍPULO. Del que Dios ha puesto en mí de oírte hablar de su pasión y muerte sacratísima. La cual pienso traer como ramillete ó manojillo de mirra en mis pechos, de noche y de día, según se escribe que la traía la Esposa.

MAESTRO. Buen pensamiento es ese y digno de Dios; y si tú cumples lo que te pide,

sin duda ninguna has tomado el atajo y senda segura para la perfección; porque Cristo crucificado es el libro de la vida, que contiene en sí todas las cosas necesarias á nuestra salud, y que eficazmente aprovecha para el menosprecio del mundo y de nosotros mismos, y para crecer en el amor divino. Y así dicen los Santos, que cualquiera que quisiere y desearse abundancia de merecimientos, y ocupar el alcazar, y subir á la cumbre de todas las virtudes, alcanzar sabiduría verdadera y no perder pié, ni hacer desdén entre las cosas prósperas y adversas, sino con igualdad de corazón pasar por todas, ha de procurar traer en su pecho y en su ánima este manojillo de mirra, no sólo por compasión, sino también por imitación. San Agustín dijo que la sagrada pasión contiene en sí la perfección toda que le es posible alcanzar al hombre en esta vida; y todas las obras perfectas que de palabra enseñó Cristo en su Evangelio, las cumplió perfectísimamente con ejemplos vivos en su muerte. Pues si tu ánima desea quietud y seguridad, si fecundidad y sucesión maravillosa, tome alas como de paloma y, volando á las llagas de Jesús, haga y labre en ellas su nido; porque en ninguna parte hallará quietud más grata, ni seguridad más segura, ni fecundidad más abundantes, que en ellas. Allí

hallará qué pueda administrar á sus hijuelos, que son las obras de luz, como dice San Bernardo. El mismo, hablando con Cristo, dice: «Sobre todas las cosas, ¡oh buen Jesús! te hace amable á mi ánima el cáliz de tu pasión, que bebiste, y la obra admirable de nuestra redención, que en medio de la tierra obraste. Esto es lo que fácilmente roba y granjea para sí nuestro amor; esto es lo que con mayor blandura y regalo atrae y despierta nuestra devoción, y con mayor justicia la pide; más estrechamente aprieta y con mayor vehemencia aficiona. Mucho trabajaste, Señor mío, en esta obra, y en ella más que en la fábrica del universo te fatigaste: allí dijiste, y todas las cosas fueron hechas; mandaste, y fueron criadas; pero en esta obra sufriste contradictores en las palabras, censores en las obras, burladores en los tormentos, y en la muerte escarnecedores. Y aunque de nada nos hiciste, no de nada nos redimiste; porque treinta y tres años consumiste en obrar nuestra salvación. Trabajaste sufriendo y sufriste padeciendo; luego más me diste redimiendo que criándome: criándome me diste á mí; mas redimiéndome te me diste á tí. Y si me debo todo á Dios porque me hizo, ¿qué puedo añadir de paga porque me restituyó á mí, y con esta manera de restitución; pues no tan fácilmente

fui reformado como formado? Para formarme dijiste; para reformarme dijiste é hiciste: dijiste muchas cosas, obraste grandes maravillas, sufriste no sólo cosas duras, sino indignas y peregrinas á tu majestad y grandeza. ¿Pues qué gracias te daré, qué servicios te haré para salir de tan gran deuda, yo, polvo y ceniza? ¿Qué debiste hacer por mí que no lo hicieses? Desde los piés hasta la cabeza te zambulliste todo en las aguas de las pasiones para sacarme á mí todo de ellas, y entraron hasta tu ánima; la cual en la muerte perdiste, y á mí la mía perdida, con esta pérdida tuya restituiste, y de esta manera con tres dobladas deudas me obligaste; porque por la vida que en la creación me diste, y habiéndola yo perdido, en la redención me la restituiste á mí mismo, no una, sino dos veces me debo á tí. Pero, Jesús bueno, el perder tu vida por restituirme la mía, ¿qué satisfacción pide? Al fin daré lo que tengo y lo que soy; daré toda mi vida y todo mi amor; porque tú solo debes ser amado de todo corazón, de toda el ánima, virtud y fuerzas; pero ¿cómo se hará esto en mí sino por tí? Alléguese mi ánima á tí, pues toda la virtud de ella pende de tí; y á las gloriosas insignias de tu pasión, con las cuales obraste mi salud, me inclino todo; y en tu nombre invoco, con la humildad que puedo,

el estandarte real de la vencedora cruz, y adoro, pecho por tierra, tu corona de espinas, tus clavos teñidos en sangre, la lanza metida en el sagrado pecho, tus rosadas y hermosas llagas, tu muerte y sepultura, y tu victoriosa resurrección y glorificación; porque todas estas cosas me dan olor de vida y matan en mí los pecados y la muerte». Hasta aquí son palabras de San Bernardo.

§ II.

San Gregorio, sobre aquel lugar del Apóstol: «Mortificad vuestros miembros, que son sobre la tierra», dice: «Cierto es que donde la cruz y muerte de Cristo anda y se trae de continuo, que no puede reinar el pecado; porque es de tanta suavidad, que si se pone delante de los ojos y se fija fielmente en el corazón, de manera que atentamente el alma se ocupe en contemplarla, no tendrá verdaderamente lugar en ella la carnal concupiscencia, ni el furor de la ira, ni la envidia del pecado; porque en aquella alma que se ocupa en la meditación continua de la pasión de Cristo, muere la codicia de la carne, es ahuyentado y desterrado todo pecado, al cual es visto morir el hombre de esta manera y vivir á solo Dios». Alberto Magno dice: «La simple

recordación ó meditación de la pasión de Cristo es de mayor provecho y fruto que si alguno ayunase por espacio de un año á pan y agua todos los viernes, ó esos mismos días hiciese la disciplina hasta derramar sangre, ó rezase entero el Psalterio cada día ». Exhortando San Buenaventura á la continua meditación de Cristo crucificado, dice: « Hombre, si quieres aprovechar y crecer de virtud en virtud, de gracia en gracia y de bien en mejor, con toda la devoción que pudieres medita todos los días la sagrada pasión; porque ninguna cosa así obra en el alma santificación universal, como la continua memoria de ella ». Yo digo, y dícelo Dios, que Cristo es la puerta y el camino seguro y cierto por donde se camina al Padre, y quien á Él sigue no anda en tinieblas, antes trae consigo lumbre de vida; y así conviene que con sumo estudio y diligencia mires y contemples, y estampes en tu alma su vida santísima, su doctrina suavísima, su pasión amarguísima y su muerte afrentosísima, para que imitando y siguiendo sus pisadas, te levantes á la divinidad suya y goces del Reino de Dios, que deseas.

DISCÍPULO. ¿Qué tengo de hacer para ser conforme á Cristo?

MAESTRO. Ofrecerte todo á Dios, para sufrir de buena gana y con voluntad muy ente-

ra, por honra y gloria de su pasión, en verdadera mortificación, todas las cosas adversas, todas las tribulaciones y todos los trabajos que, permitiéndolo Él, te pudieren venir; y sea tu ordinaria petición ésta, no con flojedad y tibieza hecha, sino con fervor grande é inflamados deseos: « Tened por bien, Señor, por quien Vos sois y por la caridad infinita con que os entregaste á la muerte por mí, y por la necesidad que yo tengo, estampar en mi alma y en mi cuerpo la imagen de vuestra sacratísima pasión, ora me sea de contento, ora no, para gloria vuestra y provecho mío ».

DISCÍPULO. Desde luego me ofrezco á decir muchas veces esas palabras, que bien se me representa que son de grande importancia.

MAESTRO. La meditación continua de la pasión y muerte de Cristo es un brevísimo atajo y compendioso camino para la verdadera sabiduría, para la salud del alma y para todos los bienes: porque en la prosperidad humilla, en la adversidad levanta, y en todos los acontecimientos de la burladora fortuna tiene á nivel y á plomo el corazón, para que ni sea parte del bien, ni decline al mal. ¿Qué necesidad hay de gastar en esto tiempo ni palabras? Ninguno hasta hoy acabó de entender

los bienes que encierra en sí la consideración atenta y devota de la pasión de Cristo. Aunque todos los libros del mundo y todos los preceptores y maestros de él juntamente se acabasen y pudiesen, en sola la pasión del Redentor hallaríamos erudición y doctrina muy bastante. Bienaventurado el que puso por blanco suyo la vida y pasión de Cristo, para no apartar de ella los ojos del alma ni un solo punto. Cuando los demás ejercicios te fueren pesados y molestos, huye á la pasión de Cristo y refresca en ella tu memoria, y trabaja lo posible por habituarte á ofrecer todas tus obras á Dios, en unión de las de su Hijo, de su pasión y vida inocentísima; y no habrá cosa que te parezca dura ni pesada, aunque lo sea, y de que no saques crecidos aprovechamientos para tu alma; porque Él te ayudará á llevar la cruz, y repartirá contigo los merecimientos de su pasión, la cual obra en nosotros más ó ménos, conforme á la poca ó mucha disposición que halla en los que tratan de ella y la meditan.

§ III.

DISCÍPULO. ¿Cómo ofreces tú, padre mío, lo que haces en servicio de nuestro Señor?

MAESTRO. Para cuando acabo las horas

canónicas ú otros ejercicios virtuosos, uso de este ofrecimiento: «Dulcísimo Señor mío Jesucristo: yo, indigno y miserabilísimo siervo vuestro, encomiendo á vuestro divino y melífero corazón estos mis ejercicios, para que sean enmendados y perfeccionados; ofrézcooslos en alabanza eterna, en unión de aquel amor y caridad con que Vos, Señor, Dios nuestro, tuvisteis por bien de haceros hombre y morir por nosotros, y en honra de vuestras perfectísimas obras y ejercicios, para que en la presencia de vuestra divina Majestad, por mi salud, y de todo el mundo, con olor de suavidad suban. Amén».

DISCÍPULO. Confieso que me has hecho hoy más bien con esto poco que me has dicho, que en todos los días que habemos platicado; porque aunque soy muy aficionado á la sagrada pasión de nuestro Redentor, no sabía aprovecharme de ella, como era razón.

MAESTRO. Oso decirte (y no quisiera hablar más en esta materia) que si tus pecados fuesen sin número, y ninguno, por pequeño que fuese, hubiese de quedar sin castigo (como realmente no ha de quedar), y hubieses de estar muchos años en purgatorio por ellos (digo pagando las culpas debidas á las penas ya perdonadas), de tal manera podrías haberte acerca de la pasión, que en brevísimo

tiempo, y quizá en una hora, satisficieses por todos y excusases penas tan grandes, cuanto ninguno puede encarecer ni imaginar. Tal podría ser tu conversión, tal tu confianza en los méritos de Cristo crucificado, que sin levantarte de la oración se te dijese en un punto lo que á la Magdalena: «Perdonados te son tus pecados. Anda en paz». Y para la hora de la muerte, recibidos los Sacramentos como conviene, hallo por muy cierto que ninguna cosa da mayor ánimo y confianza para pasar por el estrecho de ella, que es la memoria de Cristo crucificado, cuya figura y retrato jamas se le había de quitar de los ojos al enfermo. Porque esta es aquella señal de Jonás, prometida y ofrecida á los judíos, que destierra toda desconfianza del ánima afligida con la representación de sus culpas. Lo cual echo de ver en que Nicodemus era discípulo secreto de Cristo vivo, y no osaba confesarse por temor de sus enemigos; y en muriendo y viendo en la cruz, tomando osadía y atrevidamente, entró á Pilatos y le pidió su santísimo cuerpo, hecho llagas y bañado en sangre. Yo no pienso tomar otras armas que éstas para la partida, ni morir ménos que abrazado con mi Cristo; y metido en sus llagas rosadas y llenas de misericordia, esperar por ellas la que mis injusticias me niegan. Allí se asegura la pa-

loma gemidora, y se libra de las uñas del infernal halcón, que en aquel tiempo la sigue más que en otro, sabiendo que le queda poco para combatirle. Allí seré hallado, no con mi justicia, por cierto, que no merece tal nombre, sino con la suya, que me enseña y predica la fe, que es causa de mi justicia, si alguna tengo; y si no, en breve alcanzaré por Cristo la que por mis pecados tengo perdida, pues por hacerme á mí justicia en Él, su Padre le hizo pecado; esto es, sacrificio y hostia por los míos y del mundo. Y aun para hablar con mayor encarecimiento, hizo que pareciese pecado, y que como el propio pecado fuese tratado, por borrar en mi alma todo pecado.

§ IV.

DISCÍPULO. Mucho debe de importar la desconfianza de los propios merecimientos.

MAESTRO. Mucho, si hay confianza en los de Cristo; que ya leí yo de uno, que con la consideración de que había trabajado desde la mañana en la viña del Señor, se desvaneció, y diciendo á la hora de la muerte que partía muy contento, porque tenía ganado por sus propias fuerzas el cielo, se condenó. Y de un ladrón sé, que fiado en los méritos

de Cristo, sin alegar ninguno suyo, rociado con la sangre que de sus llagas salía, mereció oír de su divina boca: «Hoy serás conmigo en el Paraíso». Testigo es mi Señor Dios de que ningún otro sentimiento tengo de mí que el que pudo tener el ladrón que se salvó, el cual no tuvo obra alguna á que volver los ojos, sino á sola la misericordia de Aquel que tan miserablemente veía padecer en un palo, por librar de la miseria eterna á los míseros pecadores.

DISCÍPULO. Y tantas buenas obras como has hecho en tanto aprovechamiento de las almas, ¿no te dan confianza?

MAESTRO. Ninguna, porque tengo por saber si le han sido gratas á Dios ó no; mientras tengo por cierto que le he ofendido muchas veces, y ninguna certeza de que estoy perdonado y sospechoso de que no he hecho lo que conviene para que me perdone, y desengañado por la Escritura y razón, que las obras del enemigo no las aprueba el Altísimo. Así, tengo de costumbre presentarme á Dios como un ladrón, y sin alegar obra de justicia mía, pedir misericordia; y si alguna vez me representa el angel, para consolarme, algunos conocidos servicios que por mí, indigno ministro suyo, se le han hecho á Dios, tómolos en las manos como dos palominos ó tórtolas, y

abrázome con su Hijo, muerto por mí, y ofrézcoselo todo junto, que á solas y de por sí no me atrevo á ofrecer cosa que haga, aunque parezca muy grande y con todas las circunstancias que puede llevar de buena. Y basta lo dicho en el particular mío, y quédesete por doctrina como las demas.

DISCÍPULO. Yo la recibo como venida del cielo, y pídotte por amor del Señor me digas el orden que he de tener en pensar su pasión y muerte con aprovechamiento.

MAESTRO. La pasión, hijo, no se ha de pasar por la memoria, de corrido y con poca atención, sino con todo afecto y con una llorosa y amorosa compasión; y si no pudieres derramar lágrimas con dolor, reflexiona á lo ménos con amor y hacimiento de gracias sobre los inmensos beneficios que por ella hizo Dios al mundo. Y si aun esto no pudieres, porque en medio de tantos misterios y beneficios, que son como brasas encendidas, perseveras frío y sin devoción, ofrécete humildemente de esta manera á Dios, que también le agradarás como muy devoto. Y mira que muchas veces te hallarás como insensible en cosas que sueles tener grandes sentimientos, y nuestro Señor acostumbra visitarte con abundancia de lágrimas, lo cual no te debe espantar ni retraer de tus santos ejercicios, porque

entonces quiere Dios que le sirvas (si así puede decirse) á tu costa. Y porque es razón que guardes orden en esto, como en lo demas que queda dicho, para que la sagrada pasión te sea de provecho, y aunque te falte la devoción, ni te canse ni cause enfado; y aun para que alcances por este camino mucha sabiduría y luz en tu alma, oye, no á mí, sino á San Buenaventura, que en un tratado que compuso, cuyo título es *Parvum bonum*, hace un discurso admirable, aunque verdaderamente muy dificultoso, si bien con algún trabajo mío lo he hecho fácil.

DISCÍPULO. Yo le tengo leído algunas veces; mas no he podido comprenderle nunca.

MAESTRO. Pues ahora le comprenderás, si con humildad me prestares atención. Ya habrás oído decir de aquel libro que vió San Juan en su Apocalipsis escrito por dentro y fuera y cerrado con siete sellos; el cual, ninguno se atrevió á abrir ni se halló digno de mirarlo de cuantos había en el cielo, en la tierra, ni debajo de la tierra; ni angel, ni hombre, ni ánima del limbo.

DISCÍPULO. Ya leí esa visión y pasé de largo, por no entender palabra de ella. Verdad es que reparé en las lágrimas de San Juan, que dice que lloraba mucho al ver que aquel

libro estaba cerrado y que ninguno había que le abriese.

MAESTRO. Como quien en espíritu conocía de cuánta importancia era para los hombres saber lo que aquella escritura contenía. Al fin un venerable anciano le consoló, diciéndole: «No llores, que el león de Judá venció para abrir el libro y desatar aquellos siete sellos. Y vi luego (dice el Profeta santo) un cordero como muerto, con siete cuernos y siete ojos, el cual tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono, y abrióle y descubrió sus secretos, lo cual fué de tanto consuelo para todo el cielo, que tomaron los ángeles sus arpas y vihuelas, y tañendo y cantando suavísimamente, decían: Digno es el Cordero que fué muerto, de abrir el libro y desatar sus sellos», etc.

DISCÍPULO. Sabes, padre mío, que he considerado, oyéndote referir esa visión, que el abrir el libro se atribuye á la muerte del Cordero; porque dice que le vió como muerto, cuando le tomó de la mano del que estaba sentado en el trono; y la canción se refiere también á la muerte. Digno es el Cordero que fué muerto, y bien merecido tiene abrir el libro.

MAESTRO. Maravillosamente has observado el frasis de San Juan; por lo cual te digo,

que no será posible entender los secretos del libro, si no entendieres primero otros secretos que hay en la muerte del Cordero.

§ V.

DISCÍPULO. De buena gana los oiré.

MAESTRO. Pues advierte que en la pasión y muerte de Cristo hay siete circunstancias, que, entendidas y pesadas, como es razón, declaran admirablemente lo que Dios hizo muriendo, y la obligación en que quedamos á Su Majestad por haber muerto. La primera, la persona que padece. La segunda, sus calidades. La tercera, su grandeza. La cuarta, la causa que le mueve y lleva á la muerte. La quinta, de la manera y forma en que muere. La sexta, cuántos males padece. La séptima, el fruto que se siguió de morir, que fué la apertura del libro de los siete sellos. Digo que has de considerar quién es el que padece, conviene á saber: Hijo de Dios, Verbo del Padre, Salvador de los hombres y premiador de los buenos y malos, según los méritos ó deméritos de cada uno. Las calidades son muchas: inocentísimo, mansísimo, hermosísimo, nobilísimo y amorosísimo; es grande, y es inmenso en la potestad, en la hermosura, en la felicidad y en la eternidad. En Él verás la in-

mensidad humillada, la hermosura afeada, la felicidad atormentada y la eternidad muerta. Pues mira cómo padece, como un cordero respecto del Padre, con puntual obediencia; respecto del prójimo, con grande liberalidad; respecto de sí mismo, con mucha crueldad, y respecto del enemigo, con admirable prudencia. Vuelve los ojos á los males que padece, y cuéntalos, si sabes de cuentas, y añade números á números, y ceros á ceros, que no hay aritmética que no sea manca y corta para contarlos. Padece cárceles y cadenas como debil, siendo Todopoderoso; padece escarnios y afrentas como necio, siendo sabiduría del Padre; padece y sufre bofetadas y salivas como blasfemo y vil, siendo la misma bondad; sufre azotes y muerte de cruz como malhechor, siendo justísimo Dios. Llamóle Isaías varón de dolores y que sabía de enfermedad, porque verdaderamente no hubo dolor que no se registrase en Él. Fué su pasión, como dice Santo Tomás, general. Lo primero, por la variedad de personas que concurrieron á ella: gentiles, judíos, eclesiásticos, seglares, pobres, ricos, grandes y pequeños. Lo segundo, porque padeció en todos los bienes, en los amigos, en la honra, en la hacienda (que al fin dividieron la ropa entre sí los sayones), y en la vida, tan amada de todos. Lo tercero,

porque padeció en todos sus miembros y sentidos, sin que quedase uno por atormentar. La cabeza aporreada con cañas y penetrada con espinas, la boca anhelosa, las barbas mesadas, el cuello mal herido por la sogá, las manos por las esposas ó cadenas, el cuerpo sembrado de cardenales por los azotes, los piés lastimados por el camino, los hombros quebrantados con el peso de la cruz. No parece sino que desafió Cristo á todos los trabajos que se pudieron imaginar, para que se experimentasen en él, de manera que quedasen debilitados para cuando hubiesen de llegar á nosotros. Pero tal despertador tenía: era la causa que le despertaba y movía la caridad; y sobre todas, la de redimirnos, iluminarnos, santificarnos y darnos gloria. Tales y tan horribles fueron sus tormentos, que si una fiera los hubiese padecido en tu presencia, no hubieras podido ménos de compadecerte de ella y tener un gran sentimiento, aunque fueses fiera como ella. Y lo que es de mayor consideración, que en medio de tantos y tan graves dolores, ningún género de alivio ó refrigerio tuvo, ni sobre qué reclinar su cabeza lastimada, ni sobre qué descansar aquel sacratísimo cuerpo, que de solos tres clavos estuvo colgado y apegado á la tierra, secándose todo con los dolores: todo rodeado de los brazos de la

muerte; en lo de fuera abatido y despreciado, y en lo de dentro desconsolado. ¿Por ventura, no te parecen estas cosas de gran crueldad?

DISCÍPULO. Sí, por cierto.

§ VI.

MAESTRO. De tal manera era privado de toda suavidad y consolación interior, que hasta el último punto de su amarga muerte sintió sobre sí la ira del Padre, como sobre aquel que representaba en su persona todo el género humano, cargado de tantas y tan graves culpas, por las cuales como Fiador y Redentor pagaba; lo cual (digo la angustia y desamparo) se echó maravillosamente más de ver en el huerto que en todo el discurso de su pasión; porque parece que no hallan los evangelistas voces con que declarar esta su congoja y pena tan crecida. Comenzó (dicen) á tener miedo y pesar ó tedio, á entristecerse y acongojarse; tan apretado se vió, que se valió de lo que suele aliviar los trabajos, que es dar parte de ellos á los amigos. Triste está mi ánima hasta la muerte, dice á San Pedro, á San Juan y á su hermano Santiago.

DISCÍPULO. ¿Qué quiso significar diciendo hasta la muerte?

MAESTRO. Que sola la muerte daría cabo

de su tristeza, ó que sola la angustia del morir era mayor que la que en aquel punto padecía; y por ventura muriera si de parte de la divinidad no fuera socorrido y guardado para otros mayores dolores y agonías.

DISCÍPULO. ¿De dónde nació en el ánimo de Cristo esta tan exclusiva tristeza?

MAESTRO. De la durísima lucha y más que reñida batalla que había entre la carne y el espíritu, sobre beber ó no beber el cáliz que ya se estaba preparando.

DISCÍPULO. ¿Luego no de voluntad padeció y murió Cristo?

MAESTRO. ¿Y qué nos mereciera, si forzado y no de voluntad muriera? Oye, pues, lo que te dará luz no pequeña para contemplar estos misterios, y para que sin engaño puedas pensar y hablar en ellos. En Cristo hubo muchas voluntades. Si se cuentan según las naturalezas, son dos: una divina y otra humana. Si según las potencias, son tres, conviene á saber: voluntad divina, voluntad del ánimo racional y voluntad apetitiva, sensitiva: aunque impropriamente se llama voluntad esta última, porque propiamente voluntad no se halla sino en la parte racional; pero entendido el vocablo, por cuanto se mueve después que aprende alguna cosa, se llame voluntad. Si echamos cuenta según los modos de que-

rer, son cuatro voluntades las que distinguió Hugo en un tratado *De voluntatibus Christi*, de esta manera: «Hubo, dice, en Cristo voluntad de la divinidad, de la razón, de piedad y de carne. La voluntad divina hacía justicia; la voluntad racional la aprobaba; la voluntad de piedad ó compasión condolíase del mal ajeno; la voluntad de carne, ó natural, sentía y rehusaba el daño propio».

DISCÍPULO. Conformas ahora esas voluntades.

MAESTRO. En el modo ó razón de querer, todas estas voluntades estuvieron conformes, aunque de la parte de la cosa querida no había identidad, porque cada una de ellas quería lo que era suyo. La voluntad divina pedía justicia, como ya dije. La voluntad de la razón se conformaba con ella, y aprobaba lo que pedía y quería. La voluntad de piedad, sin odio, se condolía de la humana miseria. La voluntad de carne no acusaba la justicia, pero rehusaba la pena. De manera que cada una de estas voluntades seguía lo que le pertenecía, pero en nada discordaban todas de la divina. Pruébalo. Lo primero, porque la voluntad deliberativa de la razón nunca discordaba de la divina, ni en lo que ella quería, ni en el modo de quererlo; porque quería todo lo que sabía querer esa divina voluntad, y

queríalo fundada en la caridad, y queríalo como Dios quería que lo quisiese. Y de esta aceptación voluntaria con que Cristo aceptó el morir con voluntad deliberativa de la razón, mereció para sí y para nosotros todos; el cual mérito estuvo formalmente en el acto de la voluntad, y materialmente en la pasión, en cuanto le fué á la misma voluntad materia de merecer.



§ VII.

Dijo Alejandro de Hales muy bien, que no fuera virtuoso el dolor de Cristo, ni meritorio, ni grato á Dios, si le sufriera de mala gana y contra su voluntad. Y así es verdad, que fué Cristo llevado á sus padecimientos y dolores con todo el esfuerzo de su ánima, como á cosa á Él muy agradable y sobre todo encarecimiento querida; lo cual prueba en muchos lugares de la divina Escritura, que por muy sabidos deo. Digo lo segundo, que la voluntad natural en Cristo no discrepó de la voluntad divina en cosa alguna; porque la razón formal por la que la voluntad natural en Cristo rehusaba la muerte, y aquella por la cual la voluntad deliberativa la deseaba y apetecía, no eran diferentes; porque la volun-

tad natural rehusaba la muerte en cuanto era algún mal para la naturaleza, en cuanto naturaleza; pero la voluntad deliberativa la apetecía y quería en cuanto la aprendía como cosa útil para la redención del género humano, según la ordenación divina. Demas de esto, si cuando alguno quiere lo que otro quiere que quiera, no es visto discordar de su querer; queriendo la voluntad natural en Cristo lo que la voluntad deliberativa quería que quisiese, la cual quería que se moviese según su natural movimiento, llano queda que eran conformes. Item, porque la conformidad de una voluntad con otra no se considera solamente según la mejoranza, sino también según la sujeción; ni Dios pedía á la voluntad natural en Cristo que fuese semejante con la deliberativa y racional, sino que se le sujetase y que quisiese lo que ella ordenase que quisiese, bastó para ser conformes lo que agonizando en el Huerto dijo: «No lo que yo quiero, sino lo que tú mandas, hágase». Tampoco el apetivo sensitivo discordaba de la voluntad deliberativa, aunque no deseaba aquello que ella quería, antes rehusaba la pena y muerte corporal que se le apresuraba; pero el rehusar esto era por el imperio de la voluntad deliberativa, que ordenaba que siguiese su movimiento natural, para que

de esta lucha resultasen en Cristo mayores dolores, congojas y desconsuelos. Aunque has de advertir, que por el dicho movimiento en que se encontraban la voluntad natural, racional y el apetivo sensitivo, en ninguna cosa era impedido ni retardado el de la voluntad deliberativa. De aquí es (según San Buenaventura), que el dolor y la tristeza en Cristo no sólo se extendieron á la parte inferior de la razón, sino también á la porción superior; de manera que toda aquella su ánima benditísima padecía juntamente con el cuerpo, para que en toda ánima pecadora quedase curada y remediada. Aunque se ha de confesar, según todos, que la porción superior de la razón gozaba de la esencia divina y tenía allí su bienaventuranza. Y aunque parecía dificultoso, y lo es, de entender que en el ánimo de Cristo, según una misma potencia y estado, hubiese dolor inmenso é inmenso gozo, y que el dolor que sobrevénia no interrumpiese el tal gozo, ni el gozo estorbase los crecimientos del dolor, es, sin duda, que fué así, y se ha de tener y creer como verdadero y recibido de los Santos Doctores de la Iglesia.

DISCÍPULO. Paréceme que, aunque dificultoso, lo entiendo; y quiera el Señor que lo sepa sentir como es razón, que á lo ménos

por falta de bien enseñado no dejaré de aprovechar en este santo ejercicio.

MAESTRO. Pues no te he dicho aún la razón que, á mi ver, hacía que la congoja en Cristo fuese tan crecida.

DISCÍPULO. ¿Luego hay otras más poderosas que las ya dichas?

MAESTRO. Fué, sin duda, que orando al Padre no halló en él acogida; y habiendo sido antes de este tiempo su oración tan bien recibida y despachada, ahora en tanta necesidad, orando prolijamente, no le oía. Sintió á su Padre airado contra sí por los pecados del mundo, los cuales había tomado sobre sus hombros y á su cuenta; y que sus pensamientos para con él eran duros y de aflicción, como contra enemigo de su honra. ¡Oh, cuán dura debió ser para el Hijo esta ira del Padre! Espantado, pues, y atemorizado con el impetu de la indignación divina, cayó en tierra sobre su rostro, y comenzó á agonizar, y con ansias de muerte sudaba gotas de sangre, en tanta abundancia, que regaba con ellas el suelo. En esta miserable figura está el hijo delante de su Padre, postrado y ensangrentado, y sufriendo sin morir la dura muerte. Muy bien dijo el Apóstol: «Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo».

DISCÍPULO. ¿Es posible que de sola la ima-

ginación de la muerte sude Cristo sangre?

MAESTRO. Algún día te diré la razón legítima de ese sudor; por ahora sólo te digo dos: la primera, que esperaba pelear con la muerte viva. La segunda, porque este nuestro martir está desamparado y abandonado á sí mismo. Los demas lucharon con la muerte muerta, y ayudados y favorecidos de Dios con tantos regalos y ayudas de costa, que apenas sentían los tormentos. Tratando la glosa de aquel cabrón que enviaba al campo por ley de Dios, dice que en el tiempo de la Pasión de Cristo es visto haberse ido la Divinidad al Cielo, no mudando lugar, ni desamparando aquella humanidad sacratísima, que tenía á sí unida personalmente, sino retrayendo su virtud, y escondiéndola, para que los pérfidos judíos y sayones pudiesen salir con sus intentos y dar cabo del inocente Cordero, el cual desamparo comenzó en el Huerto y duró hasta que espiró en la cruz.

§ VIII.

Estando en ella, desamparado de amigos y enemigos y atormentado con la vista de su Madre, para hallar algún refrigerio se acogió á su eterno Padre, y no lo sintió, como si no hubiera Dios. Vió á los judíos, que burlán-

dose de Él, decían: «Confío en Dios; librele, si quiere, de nuestras manos». Viéndole así desconsolado y entre dolores del infierno, de los cuales el mayor que sienten los dañados es la ausencia de Dios consolador, con voz grande y espantosa, lo uno por el dolor vehemente, lo otro porque hablaba con Dios ausente y apartado, dijo: «Señor, ¿por qué me habéis desamparado?» No dice Padre, porque no hacía aquí oficio de padre, sino de rigurosísimo Juez. *¿Ut quid dereliquisti me?* Nunca yo me aparté de Vos; por vuestro servicio y gusto me he dejado á mí y á todas las cosas. ¿Por qué, pues, os apartastes Vos de mí? Puse en Vos mi esperanza: ¿cómo me faltáis? ¡Para los demas tan amigo y para mí sólo tan enemigo! Escondióse, dice San Ambrosio, en Cristo la vida, para que llegase la muerte, la cual vino de fuera, porque en Él no había causas para morir, ni mató á su muerte al morir, sino la nuestra, como lo canta la Iglesia. Y basta lo dicho por hoy de la pasión de Cristo, porque ya es tiempo de que veamos el fruto de ella, que es haber abierto el libro cerrado y sellado con siete sellos, que fué la última circunstancia; y hecho esto, nos recogeremos, porque estoy cansado y algo indispuerto.

DISCÍPULO. Sea como mandares, padre de

mi alma, que yo espero en nuestro Señor que de esta materia has de hablar algún día más copiosamente.

MAESTRO. Dada tengo palabra á un gran siervo de Dios, religioso de nuestra Orden, de hacer un Tratado de la Pasión de Cristo, en que declare el texto según los cuatro Evangelistas, y los principales Misterios, para poderlos meditar con el sentimiento que es razón, y así me remito á lo que allí diré, si el Señor me ayudare con su gracia.

DISCÍPULO. Ayúdete Dios por su Pasión, para que trates de ella, en gracia de tantas almas que desean lo que ese padre te ha pedido; que aunque hay meditaciones y tratados de esa materia, vienen envueltos en otras cosas diferentes; y si hay quien trate del texto, es con tanta sequedad y mezcla de letras humanas, que cuando se ha leído mucho tiempo se queda el alma tan esteril como si leyera una historia secular. Pero dejando esto para su lugar, dime, yo te ruego, qué libro es el que abrió el Cordero muerto.

MAESTRO. San Buenaventura, en el lugar citado, dice que es la noticia universal de todas las cosas; en el cual libro estaban siete principalísimas escondidas y como selladas con siete sellos, las cuales se le descubrieron y manifestaron al hombre mediante la Pasión

y muerte del Señor. Quiero referirte aquí las palabras de este seráfico Doctor: *Hæc, inquit, sunt septem, quæ sigillata sunt sigillis septem.* Estas son las siete cosas que están selladas con los siete sellos: Primera, *Deus admirabilis.* Segunda, *Spiritus intelligibilis.* Tercera, *Mundus sensibilis.* Cuarta, *Paradisus desiderabilis.* Quinta, *Infernus horribilis.* Sexta, *Virtus laudabilis.* Sétima, *Reatus culpabilis.* Dénos Dios entendimiento para penetrar misterios tan grandes y tan secretos; que grandes deben ser y de grande estimación, pues cuando los abre el Cordero, todo el cielo está de fiesta. Antes que Dios muriese por los hombres, ignorábamos siete cosas, que muerto El se nos manifestaron. Ignorábamos qué tan admirable fuese Dios; las condiciones de los espíritus inteligibles, ó intelectuales; lo que era este mundo visible, á donde tan avendados están los pecadores; cuán para codiciar fuese el Paraíso y Reino de los Cielos; cuán horrible y espantoso el infierno; cuán digna de alabanza y estimación la virtud, y cuán detestable el pecado. Muere Dios y ábrese estos sellos todos, y conocimos en el primero cuán admirable es Dios en la sabiduría inexcrutable con que engañó al demonio, ofreciéndole la carne, en que se cebase, y guardando la divinidad, que como anzuelo le

pescase, para que así quedara, por donde pensó vencer, vencido. Lo segundo, en su justicia invariable, con que buscó el precio riguroso de nuestra redención, pagándose Él á sí mismo hecho hombre, lo que no pudiera hacer ningún otro hombre. Lo tercero, en la infinita misericordia con que se ofreció á morir por sus enemigos, y entre ellos, por los mismos que derramaban como agua su sangre. Este es el primer sello que tenía encubierta la sabiduría inexcusable, la justicia invariable y nunca torcida, y la misericordia infinita y no agotada de nuestro Dios. Pesa cada cosa de éstas por sí, y verás cuánta materia te suministra para la contemplación.

DISCÍPULO. Ya yo voy entendiendo la alteza de esa doctrina, y la razón que tuviste de encarecer su dificultad al principio.

MAESTRO. En el segundo sello que abrió el Cordero se nos manifestó el espíritu inteligible, conviene á saber: la blandura y benignidad de los ángeles, el valor de las almas, la crueldad y tiranía de los demonios, que son tres diferencias de espíritus, comprendidas en aquella palabra: Espíritu inteligible.

§ IX.

¿No te parece que fueron afectos á los hombres los ángeles santos, pues permitieron que su Dios muriese por ellos, y enviaron uno que le animase y confortase cuando agonizaba con la muerte? Pues mira tú si pudo haber crueldad como la de los demonios, que solicitaron á Judas para que lo vendiese, y á los judíos pasa tan gran maleficio. ¿Y qué más se puede decir de la dignidad del hombre, que decir que Dios muere en una cruz por él? Abrióse el tercer sello, y conocemos la ceguera del mundo, su esterilidad y malignidad, pues que, como tenebroso y ciego, no conoció la luz verdadera, que descendió del cielo para alumbrarle; como esteril, menospreció á Cristo como hombre infructuoso; como maligno, condenó y quitó la vida á su Dios y Señor, bienhechor y amigo.

DISCÍPULO. Bien dijo San Juan, según eso, que todo el mundo estaba puesto en maligno.

MAESTRO. ¿Sabes tú lo que quiere decir maligno?

DISCÍPULO. La glosa llama malignas á las cosas deleitosas de este mundo. Y Nicolás de

Lira dice, que lo mismo es *malignus* que *malus ignis*.

MAESTRO. No hagás mucho caso de esas etimologías, que aunque el fuego de los deleites y codicias de este mundo, en que se abrasan los amadores de él, sea malo, no se declara por ahí lo que San Juan quiso decir en esta breve sentencia: «Todo el mundo está puesto en maligno». Aquella terminación neutra no significa cualquiera malignidad, sino la suma y colmo de ella; como aquella palabra del Angel á la Virgen: *Quod enim ex te nascetur sanctum*: «lo que de tí nacerá santo, esto es, la misma santidad, en abstracto, será toda santidad, sin mezcla de cosa que la contradiga». Y así, maligno dice que todo lo que hay en el mundo es malignidad, ó malicia. Pero ya que abriéndose el tercer sello conocimos el desdichado lugar en que vivimos, en la abertura del cuarto se nos manifestó el agradable Paraíso que deseamos; en el cual está la alteza de toda la gloria, el espectáculo ó vista de todo el contentamiento y alegría, y una como botillería ó despensa de todas las riquezas de Dios. De aquí vino que el Altísimo se humilló hasta la forma de siervo por levantarnos á esta santa gloria. El justísimo Juez se obligó á tan rigurosas penas por librarnos de tantas culpas; y el riquísimo

Señor se hizo en extremo pobre para que con Él gozásemos de tan grandes riquezas.

DISCÍPULO. Crisóstomo dice, que de su toca hizo la Virgen pañal, y de un pedazo de la saya mantilla, para cubrir y envolver aquellos miembrecitos tiernos del Hijo de Dios, recién nacido en el pesebre.

MAESTRO. Pues si por enriquecerme á mí está Dios tan pobre, ¿á dónde están en mí tantas riquezas como promete tan extremada pobreza? Si conforme á vuestra escasez, Dios mío, ha de ser mi abundancia, siendo Vos tan rico y estando tan necesitado hasta de un chorro de leche, que si no se le proveyera del cielo á vuestra Madre, no le tenía para dárselo, ¿cómo estoy yo tan escaso y necesitado? ¡Oh varones eclesiásticos, que renunciando las riquezas espirituales que la temporal pobreza de Cristo os ofrece, abrazáis las transitorias, que él condena y desprecia; y peláis los pobres y los desolláis cerrados, para pompa y fausto de vuestra casa! ¡Las paredes entapizadas, las mesas de reyes, el ornato de grandes y los pobres que están á vuestra cuenta muriendo de hambre! ¡Que desnudáis á Cristo en sus miembros y le hacéis andar dando diente con diente en los fríos del invierno, y pacer hierba en los campos, y dormir al sereno, como dice el santo Job! Pues

despedíos de las riquezas del cielo, que no las vino á ganar la pobreza de Cristo sino para los que desprecian en el hecho ó en el deseo las del cielo, gozando de las que sufre el estado de viadores, que son de virtudes y bienes espirituales; lo cual todo nos mereció el pobrísimo Jesús, que, como dijo el Apóstol, se hizo pobre y menesteroso, siendo rico, para que con su necesidad y escasez fuésemos nosotros ricos.

DISCÍPULO. Parece que has tomado un poco de cólera contra los eclesiásticos que, olvidados de enriquecer sus almas, atesoran en las arcas.

MAESTRO. Ese es el lenguaje del mundo, que llama cólera al celo y espíritu con que se reprenden los abusos del mundo. Mas dejemos esto para el púlpito, y abramos el quinto sello, ó lleguemos á ver lo que descubrió abriéndole el Cordero muerto, que verdaderamente pone miedo y espanto terrible. ¿Habíase, por ventura, entendido lo que es el infierno hasta que Dios murió por librar de él á sus escogidos é hijos de su Reino? Mira tú aquí qué tales serán los tormentos que sufrirán los dañados por sus culpas, de que jamas se enmendaran si ellos vivieran para siempre, si el Hijo de Dios los padece tan grandes por los de aquellos que pecaron y se arrepintieron

y se quisieron aprovechar de su sangre, la cual por todos derramó en la cruz. ¡Qué pobreza, qué vileza, qué miseria y qué mengua de todas las cosas! ¡Qué desprecio habrá en aquel horrible y asombrado lugar, pues que Dios por salvarnos fué tan pobre, tan abatido, tan despreciado, tan amenguado y tan lleno de misérias!

§ X.

Enrique Harpis, famoso teólogo de su tiempo, afirma que considerando Cristo el mérito de su Pasión y el fruto de su cruz santísima estuvo dispuesto (si conviniera) para ser atormentado eternamente y affigido con infinitos dolores, así por el amor de su padre como por el amor y provecho de sus hermanos; y por esto mereció tanto cerca del padre, como si realmente fuera eterno; porque por la voluntad y deseo dilató y extendió toda su vida á una cosa infinita y á la tolerancia de una infinita materia de muerte, y esto para que más perfectamente satisficiera á su Padre, y á nosotros nos juntase con Dios con más estrecho vínculo y atadura. De donde colijo yo, que aunque los tormentos y dolores de Cristo no fueron en el hecho infinitos y eternos, lo fueron á lo ménos en el deseo y voluntad y en

la satisfacción; así por esto, como por ser el supuesto que parecía divino. Al fin satisfizo de manera por nuestras culpas, que la eternidad de las penas que por ellas merecíamos la conmutó en las temporales suyas; las cuales fueron verdaderamente excesivas por el tiempo que duraron, como penas que satisfacían por culpas dignas de ese infierno. Y si en el madero verde de esta manera prendió el fuego de la divina justicia, ¿cómo arderá en la leña seca, digo, en los que tan secos y sin Dios partieron de esta vida para la sempiterna muerte, ayudando con su soplo el Todopoderoso Dios, como dice Isaías, para que nunca se apaguen aquellas vengadoras llamas?

DISCÍPULO. Según lo que has dicho, ya padeció Cristo por todos de rigor de justicia, y quedamos desobligados de padecer más por nuestros pecados.

MAESTRO. Como Redentor (porque no hay más de uno) tienes razón; mas en otro sentido es proposición luterana; y para que salgas de ese error (aunque yo sé que fué réplica por oírme disputar contra Lutero), has de saber que procedió Dios en el gobierno de su Iglesia como en el de todo el Universo. En el Universo puso causas universales y supremas de todas las cosas, cuales son el sol, la luna,

los cielos y otros planetas. También puso causas inferiores y particulares, que sirven de poner en ejecución lo que las superiores ordenan. Y es tan grande el concierto y armonía que entre las unas y las otras se halla, que ninguna se entromete en el oficio de la otra, ni usurpa su jurisdicción. No puede el sol producir una planta, si no es ayudado de la tierra, y del agua, y de las semillas, que son causas particulares para las tales producciones; ni el hombre engendrar perfectamente otro hombre, sin el concurso del sol, que es causa universal. Al fin este mundo es una república concertadísima, donde se hallan personas eminentes y de autoridad, emperadores, reyes, duques, marqueses, condes, que ordenan y mandan lo que se ha de hacer, y otras inferiores y más bajas, que sirven de manos para ejecutar lo ordenado y mandado. En la Iglesia, que es la república del cielo, puso Dios una soberana y universal causa para todos los efectos de gracia que se producen en ella. Esta dice San Pablo que es Cristo. Fué hecho para todos los que le obedecieron causa de salud eterna. Y con esta consideración llamó el Profeta Malachías á Cristo, Sol de justicia. Saldrá para vosotros los que reverenciáis y teméis mi nombre, un Sol de justicia; que es como si, más claro, dijera:

Aparecerá en el mundo una causa universal de todos los efectos de justicia y de gracia, que se producen así en los hombres como en los ángeles.

§ XI.

Digo en los ángeles, por lo que dice San Pablo que hizo Dios á su Hijo cabeza sobre toda la Iglesia militante y triunfante. Y á los colosenses decía, que Cristo era Cabeza sobre todo principado y potestad, esto es, de los ángeles, como nota Santo Tomás; así por la preeminencia, que al fin preside como Cabeza en el cielo, como por la influencia; porque en cuanto hombre, alumbra los ángeles é influye en ellos, según que altamente lo prueba San Dionisio, sobre aquellas palabras de Isaías: *Quis est iste qui venit de Edon?* Esto así presupuesto, conviene á saber, que Cristo es causa universal de la salud de los hombres, es negocio llano que cumplió suficientemente con su obligación de causa universal, dando remedios generales á los hombres; su sangre, su ley, su doctrina y sacramentos, que son depósitos de la gracia; y que el aplicar estos remedios en particular, es de las causas particulares. Particular era San Pablo, y como tal decía: Cumpro en mi carne las

cosas que faltan de las pasiones de Cristo, que es la Iglesia. Ayudaba á las almas el Apóstol, para que esta causa universal se particularizase en ella, y juntamente en la suya. A los dos hermanos que pidieron asientos en el Reino les dijo Cristo: «¿Podéis beber el cáliz que he de beber yo?» Como si más claro les dijera: «Sentaros habéis en mi Reino si bebiéreis mi cáliz». Los efectos particulares no son de las causas universales; que no engendrará el sol un caballo, si otro caballo no determina aquel su concurso general; ni en tí tendrá efecto particular la pasión de Cristo, si tú no la haces particular tuya por imitación y conformidad. Tus trabajos y tu cruz se han de ayudar de los trabajos y cruz de Cristo, como de causa universal, y de esta manera se producirán en tu alma efectos maravillosos de gracia y bienes espirituales. Herederos de Dios (dijo el Apóstol) y coherederos de Cristo, no á secas y absolutamente, sino concurriendo como causas particulares con la universal. *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur.* Si empero nos compadeciéremos, esto es, si padeciéremos juntamente, para que juntamente seamos glorificados. Y no más de esta materia.

DISCÍPULO. Luego no quieres que veamos hoy lo que estaba encerrado en el sello sexto.

MAESTRO. La virtud, nunca dignamente alabada, es tan preciosa, que quiso más perder la vida Cristo que ir en cosa alguna contra ella. Tan hermosa, que en las mismas injurias que iba padeciendo, iba resplandeciendo. Tan fructífera, que con un solo acto de virtud heroica y perfecta, despojó al infierno, abrió los cielos y restauró lo perdido. En el último sello se nos descubrió la gravedad del pecado, para cuyo remedio fué necesario tan gran precio, tan costoso sacrificio y tan dificultosa medicina. Esto es, por abreviar, lo que te puedo decir de los siete sellos. Y abrevio más mi plática, asegurándote que jamas leí ni experimenté ejercicio más copioso ni de mayor fruto que este que has oído. ¡Oh, si supiesen los hombres el secreto ó los secretos que encierra en sí la cruz sacratísima y pasión amarguísima de Cristo, qué de buena gana la abrazarían y la buscarían, y se pondrían en ella cuando faltasen sayones que los crucificasen! Lloro el Apóstol sus enemigos con lágrimas salidas del corazón, y yo doy mil bendiciones á sus amadores, y el cielo los canta y celebra por Santos, porque comprendieron con los que lo son, la longitud, la latitud, la alteza y profundidad de ella; y gustaron de la caridad de Cristo, superior á toda ciencia, que en aquellos sus brazos res-

plandece. Si no fuera tan tarde, y la indisposición que tengo no lo impidiera, te dijera aquí cinco causas que pone Humbértino, que agravaron los tormentos y Pasión de Cristo, y algo de aquella transformación maravillosa de nuestro Padre San Francisco en el Crucificado; mas ya que hoy no puede ser, el primer día que nos veamos gastaremos en esta plática y en la victoria de los jayanes que defienden el Reino de Dios. Él sea contigo.

DISCÍPULO. Y te acompañe, maestro mío, y pague con bienes eternos tanto bien como me haces, y á todos los que después se han de aprovechar de doctrina tan del cielo. Amén.



UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Discípulo. No está bueno mi maestro, pues no sale esta tarde por la huerta; téngale nuestro Señor de su mano, y no permita que su poca salud sea parte para que tan santo ejercicio como el que tiene comenzado con tanto aprovechamiento de las almas deje de tener el fin que desea, porque sin duda alguna, si llega á ordenar lo que toca á las introsersiones ó hablas interiores del alma con Dios, que algunos han llamado oración de



DIÁLOGO SEXTO.

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA DE LA PASIÓN DE CRISTO NUESTRO REDENTOR, Y DE LO QUE OBRÓ SU ATENTA CONSIDERACIÓN EN NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO Y OTROS SANTOS, Y DEL PRIMER JAYÁN Y ENEMIGO QUE DEFIENDE LA ENTRADA DEL REINO DE DIOS.

§ I.

DISCÍPULO. No está bueno mi maestro, pues no sale esta tarde por la huerta; téngale nuestro Señor de su mano, y no permita que su poca salud sea parte para que tan santo ejercicio como el que tiene comenzado con tanto aprovechamiento de las almas deje de tener el fin que desea, porque sin duda alguna, si llega á ordenar lo que toca á las introsersiones ó hablas interiores del alma con Dios, que algunos han llamado oración de

recogimiento, que sea una de las cosas de mayor artificio y más provechosas para todo género de personas que quieren aprovechar en la milicia cristiana, de cuantas él ha escrito. Yo quiero llegarme á su celda, que si el mal del hígado, que de ordinario le aflige, no es mucho, no dejará de continuar lo que ayer dejó comenzado. Pero ya viene, y en los pasos lentos y color encendido del rostro se echa de ver que no viene bueno.

MAESTRO. Estés enhorabuena, Deseoso.

DISCÍPULO. Buena es para mí, cuando me recí verte y oír esa voz tan agradables á mis oídos. ¿Qué ha ocasionado vuestra tardanza de hoy?

MAESTRO. Mi indisposición del hígado me ha detenido, y no saliera de mi celda si no fuera por tu respeto.

DISCÍPULO. Ya sospeché yo que tanto hablar ayer de Pasión y el meditar esta noche en ella para continuar hoy la lección comenzada el día anterior, habría perjudicado vuestra salud.

MAESTRO. Pluguiere á Dios que en tal ejercicio muriese, que esto sería el verdadero vivir. Cuanto más, que no soy tan espiritual que la meditación de Cristo crucificado me haga enfermar en el cuerpo, ni el alma tampoco.

DISCÍPULO. ¿Luego esos efectos causa en los que atentamente y según conviene la consideran?

MAESTRO. En nuestro Padre San Francisco lo puedes ver, que fué uno de los que más contemplaron en ella, y en quien mejor se conoció su virtud y eficacia maravillosa; porque, como sabes, se transformó todo él en crucificado.

DISCÍPULO. De esa transformación deseo mucho que me digas algo, porque es la cosa que mayor admiración me produce de cuantas en mi vida he oído.

MAESTRO. Dos transformaciones visibles y al ojo ha hecho el amor, con que declaró bien su virtud, conviene á saber: de Dios en el hombre y de Francisco en Dios. Tenía Dios dentro de su corazón al hombre, y sacóle afuera el amor, haciéndole parecer y ser hombre. Tenía San Francisco dentro de sí á Jesucristo llagado y en la cruz por continua meditación é imitación, y sacóle afuera el amor; y apareciendo Cristo, desapareció Francisco; porque no ya Francisco, sino Cristo, regía y gobernaba aquel cuerpo y alma bienaventurada de Francisco.

DISCÍPULO. Lo que yo pretendo saber no es el hecho, sino el cómo se ejecutó; porque muchos años hace que medito en la pasión y

muerte de Cristo, sin que me sienta llagado ni transformado en ella; antes muchas veces tan falto de devoción á ella, como si se tratase de la pasión y muerte de cualquier hombre.

MAESTRO. En nuestros tiempos se han visto hartas transformaciones, que han puesto en grande admiración á todo el mundo, y le tuvieran así por largos años, si la falsedad de ellas no se hubiera manifestado tan presto. Mas Dios, que nunca falta á su Iglesia en las cosas necesarias, acudió muy á tiempo con el desengaño, que no habían podido alcanzar tantas y tan buenas letras como en el caso estuvieron engañadas.

DISCÍPULO. Ya imagino yo por quién decís esas cosas; pero una vez que tú guardas silencio acerca de su nombre, no debes querer que se hable al descubierto en este caso.

MAESTRO. Cuando ménos, por ahora no, porque ni hago oficio de historiador, ni es mi propósito ofender á persona alguna, culpable ó no culpable, y que acaso estará ya arrepentida y enmendada. Bien pudiera tratar aquí de algunas mujeres que han fingido llagas, azotes, coronas de espinas y Cristos en los pechos, porque en nuestros tiempos hemos visto todo esto, y aun en él se conoce la causa de una doncella que soñaba ciertos sueños,

que á primera vista parecían profecías; y de un sacamanchas, que si se sacara las de su alma no manchara á tantos con sus falsedades; y de un profeta mentiroso de que yo me escandalicé mucho, y anuncié su caída mucho antes que aconteciese, por algunas señales de presunción y soberbia que observé en él; mas porque son cosas modernas, quédense para los historiadores. Lo que conviene es que no te fies de todo espíritu, porque no es verdadero todo lo que lo parece; especialmente no des crédito á mujeres en materia de visiones y revelaciones y exposiciones de la Sagrada Escritura, que Dios es sapientísimo y sabe estimar sus riquezas en lo que son, y no las suele depositar en vasos tan quebradizos. Alvaro Pelagio, famoso jurista en tiempo del Papa Juan XXII, Obispo de Silves, que ahora se dice de los Algarbes, en Portugal, entre muchos vicios que halla en las mujeres, pone por muy particular éste: que de ordinario se fingen espirituales, y dicen que padecen éxtasis y raptos mentales, y que tienen espíritu de profecía; y es lo bueno, que á costa de la virtud, que no tienen, se hacen ricas, recibiendo de los señores y personas devotas grandes regalos y dádivas de mucho precio. ¡Oh cuántas tengo yo conocidas, que las traen de palacio en palacio, pensando los caballeros

y señoras que con su presencia quedan santificadas las casas y redimidas sus culpas! Conoció yo una (dice el buen Obispo), que se arrebatava cuantas veces quería, estando actualmente amancebada, y después de muerta, visitando un convento de religiosas, hallé en él una hija suya, que había tenido por adulterio, la cual me descubrió la maldad de su madre, á quien por mucho tiempo yo había honrado y reverenciado como á santa; y la había dado, estando en el siglo, muchas posesiones y casas en que viviese, por la devoción que la tenía. Y confieso que fui engañado como muchos de aquella provincia lo fueron; y no gente ordinaria, sino varones insignes en santidad y en letras, clérigos y frailes, y muchos Cardenales de la Iglesia de Roma.

§ II.

Yo supe de otra mujer que parecía espiritual, y que quiso persuadir á su confesor de que en la Sede vacante de Sixto V había de ser él colocado por elección como Papa. Y para confirmarlo, decía haber oído tres veces del Cielo que se lo certificaban; pero el buen confesor ningún caso hizo de esto. Pudiera exponer aquí un catálogo lamentable de hombres letrados y santos, ó á lo ménos tenidos

por tales, que fueron engañados por mujeres, especialmente beatas, arrinconados y cubiertos de lodo, y hasta encarcelados algunos de ellos y penitenciados por el Santo Oficio, á causa del crédito y pábulo que prestaron á estas supercherías. Lo cual nos advierte que no debemos fiarnos de arrebatos ni revelaciones de semejantes personas, pues como dijo Séneca: «Las caídas de los que nos preceden son avisos para que no caigamos los que venimos detrás».

§ III.

DISCÍPULO. Querría saber, querido maestro, ya que habéis tocado esta materia, si se puede conocer cuáles son visiones ó revelaciones de Dios, y cuáles del demonio.

MAESTRO. Respóndate por mí San Buenaventura. El dice que sólo el Espíritu Santo, por el don de consejo, puede sin engaño enseñar al hombre lo que en estas cosas se ha de aceptar ó se ha de desechar. A otros les ha parecido, y á este Santo con ellos, que lo más seguro sería no ocuparse en buscar visiones ni revelaciones; y cuando éstas se presentasen siendo buenas, no darles crédito ni condenarlas; porque el creerlas de ligero arguye poquedad de ánimo, y obstinarse en negarlas

demuestra voluntad propia y aun falta de fe. Si las cosas son de pequeña importancia, desprecíalas, y si traen apariencia de algún bien, consúltalas, manifestándote indiferente hasta saber la verdad. Y no sean muchos los consejeros á quien consultes, sino pocos, sabios y temerosos de Dios. Una cosa quiero que sepas, y es: que no porque una persona sea visitada muchas veces con aparecimientos ó revelaciones de cosas futuras, se la ha de tener por más santa ni de mayor mérito que otras que simplemente sirven á Dios; antes por el contrario, se ha de temer y rogar á Dios por ella, porque lleva camino peligroso y sospechoso para el bien.

§ IV.

Algunas veces (dice San Buenaventura) suelen ser las visiones principio de locura y desvanecimiento de la cabeza, como las que Salomón cuenta en sus Proverbios, del que bebe mucho vino. «Tus ojos, dice él, verán cosas extrañas, y tu corazón hablará ó suministrará á tu lengua cosas perversas». Los hombres sabios y cursados en la vida espiritual, ningún caso hacen de estas musarañas y quimeras; pero la gente popular y simple piensa que aquí está el punto de la santidad. En fin-

giendo una mujercilla cuatro desmayos, la celebran por santa, y tiene segura la comida y cuanto ha menester. Y aun otra cosa he observado en beatillas, que antes de serlo son humildes y se contentan con un rinconcillo en que pasar la vida con pobreza, y en siéndolo, reparan en si la señora á quien visitan manda que les den cojín para asentarse, y en si las llama merced y otros tratamientos del mundo. De manera que la mudanza del estado (á su parecer de mayor perfección), les quita la poca que, no sé si la naturaleza ó la gracia, les había dado. Al fin yo encuentro por mi cuenta, que como en materia de pecados no se halla término ni límite á las invenciones que cada día hay de pecar, ni confesores que respondan á los casos que de nuevo se ofrecen; así en materia de virtud nunca anduvo el mundo más desconcertado que ahora, ni más ocasionados y dispuestos los hombres á ser engañados. Vale ya tan caro un santo, que se nos van los ojos tras de cualquier apariencia que vemos de santidad; y aunque realmente no lo sea, nos arrojamos á venerarla en cualquiera que la vemos. Y así los hipócritas, con muy poco esfuerzo que empleen, parecen santos; porque los que lo son en realidad marchan á un paso muy ordinario, y sin los extremos que los anti-

guos y de aquellos siglos dorados emplearon.

DISCÍPULO. Otra cosa quería preguntarte acerca de lo que vas tratando; pero temo absorber el tiempo destinado á la explicación de cosas mayores.

MAESTRO. Mayores podrán ser, pero más necesarias que éstas para el desengaño de gente espiritual, ó que procura serlo, no las conozco. Y aunque confieso que experimentarí el mayor consuelo y tendría el mayor gusto en tratar de la transformación verdadera que causa el amor, ó sea acerca de lo que me propuse á la entrada de esta plática; no obstante, prefiero renunciar á este gusto en gracia de tu provecho. Dí ahora lo que quisieres.

DISCÍPULO. ¿Puede el demonio con su gran sabiduría y engañosas mañas, causar devoción y gusto espiritual en las personas que tratan de oración y recogimiento?

MAESTRO. Aunque muy á la ligera, lo traté ya en otra parte: los santos dicen que permitiéndolo nuestro Señor, por justos juicios suyos y deméritos nuestros, para hacer caer á la mísera ánima, suele el demonio darnos una fantástica y aparente devoción, causando quietud y reposo en las pasiones y sentimientos suyos, removiendo ó quitando los desordenados movimientos y sugerencias

de los pecados, y ofreciendo juntamente una cierta dulzura engañosa en los sentidos, la cual en personas simples y de poca experiencia ha mucho lugar, y por eso la abrazan con seguridad de que es Dios. De donde vienen á dar en muchos errores y despeñaderos, según nos lo ha demostrado la experiencia en algunas personas, que por este camino han sido engañadas. Gerson dice, que hablando él con una mujer anciana, le confesó que habiendo pedido ella á la Virgen María que la hiciese muy devota de su Hijo, de manera que ni pensase, ni hablase, ni amara cosa que no fuera Él; la benditísima Virgen (á su parecer) se le había aparecido, y la había dado tan gran devoción sensible de Cristo nuestro Señor, que verdaderamente se consumía amándole. Y añadió luego, que estaba quejosa de la Virgen porque la había engañado. Fué que todo aquel amor y devoción sensible le faltó, y en lugar de acudir á Dios se apasionó por un hijo suyo, que tenía consigo, y cometió incesto con él.

DISCÍPULO. ¡Oh falso y engañoso demonio! ¡Oh bestia maldita de Dios, que con sobrado atrevimiento osas tomar figura de aquella limpísima criatura, que en pureza sobrepuja todas las angélicas jerarquías!

MAESTRO. Y del mismo Cristo, como se

cuenta en nuestras crónicas de un novicio que por otra visión y habla semejante se crucificó en la cocina, y desesperado se condenó.

§ V.

Dice el Canciller que había quedado como loca y furiosa aquella mujer con la fuerza del amor, y poco á poco fué inducida del demonio á una tan gran maldad como has oído. Yo creo que estos gustos son de muy bajo metal, y que tienen poco ó nada de espiritualidad, y que no salen de la sensualidad, lo cual prueban los de aquellas mujeres iluminadas, que, pensando ó contemplando en Cristo, venían en mil torpezas, que aquí no se pueden poner. De muchas otras tenemos noticia, dice el mismo doctor, las cuales se persuaden que hablan con la gloriosa Virgen, y que en sus oraciones reciben respuestas de Dios por sus ángeles, y que los ven de noche en sus aposentos, estando á oscuras, llenos de resplandores; que oyen voces que les hablan y dan noticia de cosas por venir. Poderoso es Dios para todo eso; pero yo las juzgo por engañadas. De un religioso sabio y predicador y de un clérigo escribe el Canciller, que habían tenido una revelación (porque eran ó parecían muy espirituales), en que les mandaba Dios

que fuesen á Roma y hablasen con los Cardenales, porque por ellos se había de hacer otra Orden nueva y una gran reforma en su Iglesia. El fraile se salió de la religión, y unido al clérigo hicieron ambos la jornada, sin que de todo ello resultase novedad alguna: lo único que pudo presumirse fué que los dos viajeros quedaron burlados y escarnecidos del demonio. Por lo tanto, humíllate á Dios, hijo Deseoso, si no quieres ser miserablemente engañado; porque opinión es de todos los santos que solamente los soberbios corren tan gran peligro. Mucho le desagrada á Dios el pecado de la soberbia, y siempre precede á las caídas. Y con esto pongamos fin á las transformaciones fingidas y sentimientos falsos, porque me llama mi espíritu y la devoción que tengo á mi Padre San Francisco, para que te enseñe el cómo de aquella transformación verdadera en Cristo crucificado; el cual verdaderamente se le apareció en el monte Alverne después de muchos días de oración y de ayuno. Dice San Dionisio, que el amor tiene virtud unitiva y transformativa; y quiere decir que transforma al que ama en la cosa amada, como se transforma el sello y estampa en la cera blanda, mediante el calor del sol ó del fuego. En la cual transformación, el sello tiene lugar activamente, la cera pasivamente

y el fuego dispositivamente; así es que el que ama padece, el amado obra y el amor dispone. Si yo te amo á tí, me transformo en tí mismo; y si tú me amas á mí, te transformas en el mismo sentido; lo cual no puede tener efecto sin la mediación del amor; ni es transformación de un cuerpo en otro cuerpo, porque eso no se puede hacer sin daño de tercero, con pérdida, cuando ménos, de uno de los dos; quedándose muy por debajo el poder del amor. Es transformación de voluntades, de ánimos y de corazones, por conformidad de costumbres y comunicación de fortunas. Esa fué la transformación de San Pablo en Cristo. «Vivo yo y no vivo yo; vive Cristo en mí». Esta, también, obró el amor en nuestro Padre San Francisco, con tanta excelencia, que todo él fué un vivo retrato de Cristo, en la pobreza, menosprecio, humildad, caridad y paciencia, y en las demas virtudes. Y púdose decir con gran verdad, que San Francisco vivo y todas sus obras fueron comento certísimo del Evangelio; del cual, ni una jota ni una pequenita tilde quebrantó ni dejó por cumplir. Mas como el amor que en su pecho ardía no era vulgar ni ordinario, sino extático, seráfico y frutivo, a esta transformación de costumbres añadió otra nunca vista ni oída en el mundo, que fué: sacar en el cuerpo del

glorioso Padre la figura que de Cristo crucificado traía en el alma, para que de todo en todo se pareciese á Cristo el que tan de veras ardía todo él en amor de Cristo. Y aquí estancó el amor y acabó con sus triunfos. Y San Francisco acabó también de conocer lo que costó á Cristo, sintiendo sus sacratísimas llagas, llagados piés y manos y el corazón con ellos. Y ese es (á mi parecer) el sentimiento del Apóstol cuando decía á los Filipenses: «De aquí adelante ó en lo demas, nadie me sea molesto, conviene á saber, con pecados y ofensas de Dios; porque traigo en mi cuerpo las llagas del Señor Jesús, y sé lo que le costastes por lo que yo siento con ellas».

DISCÍPULO. ¿Luego San Pablo tuvo también llagas en el cuerpo como nuestro Padre San Francisco?

MAESTRO. Ninguno lo ha dicho hasta ahora, ni la Iglesia católica ha determinado cosa alguna en este particular; ni era prerrogativa ésta para estar secreta tanto tiempo. Lo que comunmente dicen todos los doctores es, que llama el Apóstol llagas de Jesús los azotes, los padecimientos, las penas y trabajos que en su cuerpo sufría por Cristo y su Evangelio; que al fin se gloria de más Apóstol que todos, no por más santo, sino por más trabajado. Y en este sentido dijo en otra parte: «Juntamente

con Cristo estoy crucificado»; no porque estuviese puesto en la cruz de Cristo, sino por la semejanza que con El tenía en los padecimientos, y porque con el deseo estaba abrazado y enclavado en la cruz juntamente con Cristo.

§ VI.

DISCÍPULO. ¿Luego no hay otras llagas canonicadas sino las de Cristo y San Francisco?

MAESTRO. Ningunas, como consta de algunas Extravagantes del Papa Sixto IV.

DISCÍPULO. Argumento fué del grande amor que nuestro Padre tuvo á Cristo y á su cruz, y del que Cristo tuvo á San Francisco, estampar en su cuerpo las señales de nuestra redención.

MAESTRO. Entre las uniones naturales, la más perfecta es la del cuerpo con el alma; son tan unos, que el contento y descontento comen á una mesa, y se comunican entre ellos: luego sale á la cara la alegría ó la tristeza del alma. Aun en el cielo de la gloria del alma le ha de caber al cuerpo muy buena parte: al fin tiene de ella sus gajes y relieves. Pues tan estrecha fué la unión de Cristo y San Francisco, y mucho más. Juntólos tan de veras el amor, é hízolos tan unos, que no sólo los afectos de

alegría de Cristo, con que muchas veces era regalado Francisco y salía de sí, sino sus llagas y dolores le comunicó. Fué Cristo alma de San Francisco, y Francisco cuerpo de Cristo, que le sale á la cara el contento y el dolor que su alma tiene. De David y Jonatás dice la Escritura que se amaban tanto, que parecía no haber entre ellos más de una sola alma, que regía dos cuerpos. Y en lo que mostró Jonatás á David su crecido amor, fué en que viniendo un día desmelenado y perseguido, le vistió de sus ropas y vestidos de hijo de rey. Mucho fué esto, por cierto; pero ¿qué tiene que ver este favor con el que hace Cristo á su amigo San Francisco? Estando en aquel monte Alverne, despreciado, humilde y vestido de un saco, se le apareció lleno de resplandor y gloria de Hijo de Dios, y le vistió de su librea, y enjoyó con aquellos cinco rubíes de sus preciosísimas llagas.

DISCÍPULO. Yo oí decir á un predicador, que San Francisco vivo fué retrato de Cristo muerto.

MAESTRO. Muy bien dicho está; pero yo le llamo cruz de Cristo glorioso; porque estando á la diestra de su eterno Padre glorioso y triunfador, bajó otra vez á la tierra y se crucificó en San Francisco. Y más considero yo aquí, que la cruz en que murió permitió que

estuviese debajo de tierra mucho tiempo, muy secreta é ignorada de su Iglesia, y consintió que, hallada, se repartiase en muchas piezas por diversas partes del mundo; mas de la cruz viva en que se crucificó glorioso, ni un cabello ha querido que se pierda, y entera está en Asís como cuando vivía. Es cruz ésta hecha por su mano; para su honra; la en que murió fué hecha por las de los sayones, para su deshonra.

DISCÍPULO. Jamas he oído yo que la gloria atormente, ni que sean efecto de Dios glorioso llagas y dolores. Que el alma de la Virgen quedase atravesada con el cuchillo de la compasión viendo á su Hijo llagado en la cruz, no es maravilla; porque no es cosa nueva hacer llagas en el corazón el cuerpo del amigo llagado, por estar más el alma del que ama en el amado, que en sí mismo; mas es lo grandísimo que un cuerpo lleno de gloria deje llena de amargura y dolor el alma y cuerpo de San Francisco.

MAESTRO. Amargura dulce, dice San Buenaventura. A lo ménos descúbrese bien en ese hecho, que el padecer por Cristo es gran cosa, pues él mismo baja del cielo, y lleno de gloria (como ves) produce efectos de pena, y á falta de tirano lo es él, y verdugo (si así se permite decir) de su amigo. Por lo cual digo,

que dejando á una parte la Virgen sacratísima, que fué martir por más alto modo que todos los que lo fueron, por serlo en el alma, sin rotura ni maltratamiento del cuerpo, sólo de recudida, quiero decir, de sólo la compasión de ver muerto á su querido Hijo y colgado del santo madero de la cruz, tiene excelencia el martirio de San Francisco, por haberle martirizado Cristo glorioso, sin haber en este martirio martillo, ni clavos, ni lanza, y hallarse en su carne rotura de costado, por donde le salía sangre en abundancia, especialmente los viernes, y en sus manos y piés clavos formados de color de hierro, siendo de carne. Lo cual tiene mucho de consideración, porque en el cuerpo del Señor no duraron los clavos más de lo que estuvo en el madero de la cruz, y en San Francisco permanecieron más de dos años que vivió después de impresas las llagas, y permanecen ahora después de muerto. Y es el misterio (á mi pobre juicio), que los clavos de Cristo eran de hierro y los de San Francisco de carne: los unos labró el odio, los otros el amor. ¿Qué clavos se pudieron forjar en aquellos corazones duros de los judíos, sino de hierro? ¿Qué lanza, sino cruel? ¿Y de las manos de Dios habían de salir sino de carne? Así se quedó nuestro Padre con los que le hizo Dios, y Cristo se hizo quitar los

que le labraron los hombres; porque á Cristo le provocaban los clavos á enojos, y á Francisco los suyos á más amor. Y esa diferencia hallo yo de martirizar á Dios ó el tirano, que el martirio de Dios es amoroso y llevadero; más tiene de dulce que de agrio: el del tirano es de odio y de desamor.

§ VII.

Concluyo esta materia sólo con decirte, que la honra de Cristo es San Francisco. ¿Dirásme cómo es eso?

DISCÍPULO. Claro está, que yo no alcanzo esas honduras.

MAESTRO. Como los grandes señores, para ostentación y muestra de su grandeza, y para que se sepa de qué casa descienden, y la nobleza de su linaje, ponen sus armas en un dosél muy rico y de gran precio; así, preciándose Cristo tanto de Redentor de los hombres, y habiendo tomado por armas sus llagas, entre todos los hombres del mundo escogió para dosél en que estuviesen estampadas y honradas, á nuestro padre San Francisco; no por algún artífice ó artificio, sino por su propia persona y mano hechas.

DISCÍPULO. Al fin quedo con que San

Francisco es estampa de Cristo crucificado, que labró el amor.

MAESTRO. Si no la labrara el amor, no se llamara estampa de Cristo, el cual murió en la cruz de amor. San Agustín dice: «No tienen los clavos al Todopoderoso, sino la caridad tiene enclavado al inocente». Digo que murió de amor, porque los tormentos parece que no pudieran acabar con él tan presto, supuesto que ninguna llaga mortal tenía. Así se maravilló Pilatos de que tan pronto hubiese expirado un hombre de tan excelente complexión y en tan florida y robusta edad. Y como los cirujanos suelen hacer anatomía del que muere, cuando de su muerte no hallan la causa, así la hicieron de Cristo, pues uno de los soldados le abrió el pecho con una lanza y descubrió el corazón, y echóse de ver que el amor que de él se había apoderado era causa de su muerte, porque salió de él agua y sangre, como si estuviera vivo. Allí se tomó experiencia de que el amor es firme como la muerte. Y más, que aquí trocaron la muerte los arcos y las aljabas, y desde aquel punto el amor mata y la muerte enamora. ¿A cuántos ha muerto el amor enamorados de la muerte? Así dijo San Pablo: «El morir es ganancia». Antes de este tiempo era cosa muy espantosa el morir; era pérdida grande;

pero aquí quedó la muerte tan amable y apetecible, como la ganancia; y la amarillez suya, que la hacía fea y horrible, ya es color de oro, que alegra el corazón. Ya dice la Esposa: «Herida estoy de muerte; pero no la muerte, sino el amor me hirió». ¡Oh Padre beatísimo, dejemos las enfermedades y dolores, en que tan parecido fuísteis á Cristo, y vengamos á contemplar esas cinco llagas que hizo en vos el amor! ¿Qué os falta para estampa de Cristo? El dijo, hablando con San Felipe: «El que á mí me ve, ve á mi Padre». ¿Por ventura no podrá decir eso mismo de vos? ¿Quién mirará á San Francisco llagado, que no se acuerde luego de Cristo crucificado? Sino que hay en ello de consideración, que Cristo sin llaga mortal muere, y vos, con herida penetrante en el pecho, vivísteis dos años más, y ambos son efectos de amor: á Cristo mata y á vos os conserva vivo. En Cristo pareció milagro, y lo fué, morir tan de prisa; murió con voz grande y esforzada, y envió el espíritu, que no es como los que mueren de ordinario, que de flacos no pueden respirar ni detener el alma, aunque quieren, como dijo el Sabio. Y en vos fué también milagro, pues con llaga penetrante nadie puede naturalmente vivir mucho tiempo. Y es el secreto, que de la muerte de Cristo resultaba

el desenojo de Dios, enojado con el mundo; el remedio de los hombres, el despojo del infierno y todo el bien de las almas; y así se dió prisa el amor á matarle, porque es recio caso tener á Dios enojado ni por un instante. Mas en vos, santísimo Padre, el morir despacio era acrecentamiento de merecimiento y re-formación del mundo y renovación del misterio de nuestra redención, que ya estaba borrado de la memoria de los hombres. Así dijo un Pontífice romano, viendo el Cuerpo de este Santo llagado: «Si la fe se perdiese, bastaría sacar esta estampa de Cristo crucificado por el mundo, para cobrarse y volver á su punto».

§ VIII.

DISCÍPULO. ¡Oh, quién llegara á mirar de cerca aquel corazón de nuestro Padre San Francisco, por aquella ventana que le hizo el amor!

MAESTRO. Luciano cuenta, en un Diálogo suyo, de un Momo que puso falta en la fábrica y compostura del hombre; porque, á su parecer, había de tener una puerta ó ventana en el pecho por donde le pudiesen ver el corazón, para que no hubiese doblez ni engaño en él: y engañóse el necio; porque en el co-

razón del hombre se fraguan tantas torpezas, vanidades y locuras, que si se manifestaran no se pudiera vivir entre gentes. Un portillo mandó Dios á Ezequiel que abriese en el templo, que es el alma, y vió dentro tantas abominaciones y suciedades, que fué necesario volverlo luego á cerrar. Al fin, corazón donde manan aquellos ríos de Babilonia, malos pensamientos, hurtos, homicidios, etc., ¿qué hay sino tapanlo á piedra y lodo? Bien supo Dios lo que hizo en guardarle tan guardado y esconderle donde nadie le pudiese ver, y de tal manera, que el parecerse y el morir fuese todo uno. El corazón de Cristo, que en los pensamientos no tuvo semejante, corazón puro, casto, leal y amoroso, ese fué bien que se abriese, que por eso le hizo puerta el amor, para que se vean todos sus pensamientos. Abrió, dice el Evangelio, la lanza su costado. No dice rompió, sino abrió. Puerta es, y licencia tenemos para acercarnos á mirar por allí los pensamientos de Dios.

DISCÍPULO. De esa manera también podremos llegar á ver el de nuestro Padre, pues que el amor le tiene hecha puerta como al de Cristo.

MAESTRO. Muy bien puedes, hijo mío, con la atenta consideración, que el que le abrió puerta da licencia para que le vean todos los

que quisieren. Casto es, limpio, amoroso, leal, ajeno de toda inmundicia, lleno de toda pureza celestial, y paraíso de los deleites de Dios. Allí se pasea el divino Esposo, y hace ramilletes de olorosos y santos pensamientos. Imperfección fuera estar este corazón escondido, mientras que con ventana no hay más que desear. Esta fué la última mano que puso Dios en este retrato suyo, y con la cual quedaron seguras y selladas las mercedes hasta aquel punto recibidas. Y creo cierto, que como le hizo tan parecido á sí en la vida y en la muerte, lo es ahora en la gloria.

DISCÍPULO. El Señor te la dé, y te consuele, que así has regalado mi espíritu con ese tan dulce, sabroso y sabio discurso.

MAESTRO. Dios nos deje sentir en nosotros lo que en Cristo Jesús, como lo pide el Apóstol; que por sentirlo nuestro Padre San Francisco, llegó al punto que has visto: llegó á ser otro Cristo del amor. Para esto te aprovechará grandemente saber las causas que da Hubertino de Casal, del crecimiento de las angustias y congojas del Redentor; las cuales te quiero referir aquí, sucintamente y con la brevedad posible, porque se nos va haciendo tarde. Tuvo, dice Hubertino, lo primero una representación viva de la cruelísima muerte que había de padecer; tan viva, que de la

manera que en el hecho padeció, se le representó, é iba pesando los dolores, las afrentas, los malos tratamientos y el despedirse el alma del cuerpo, con todo lo demas de esta lamentable tragedia, como ello era. Lo segundo, el desamparo de que ya hablamos arriba; aquel dejar Dios la humanidad sola y expuesta á tantos y tan crecidos tormentos. Representásele, lo tercero, la obstinación y dureza endemoniada de los judíos, y la ingratitud de muchos á tanto beneficio; y que la mayor parte de los hombres, por quien tan amarga suerte sufría, se habían de condenar, y que sus trabajos, cuanto á aquéllos, eran en vano. Al fin el sufrimiento de su alma fué tan grande, cuanto era grande el amor que tenía á Dios y al prójimo. Tanto se dolió de las injurias hechas contra Dios, y de la perfidia del hombre injuriador, cuanto amaba á Dios y á los hombres. De manera, que el dolor en Cristo se ha de medir y regular con el amor, que, como bien saben todos, nadie se duele si no ama, y tanto se duele como ama. Pues si, por razón de la unión divina, Cristo amaba al Padre lo que no puede estimarse, sumamente, y al prójimo, por el cual moría, bien se puede colegir, que en cuanto pasible, fué inestimable el dolor, pues que el amor no tuvo medida. Esta es una razón admirable, y que engrandece

lo que es posible los dolores en Cristo, y más todavía si le juntas que recogió en sí todos los pecados cometidos y cuantos se habían de cometer hasta el fin del mundo, para satisfacer por ellos cuanto á la suficiencia; porque de esta suerte se llama y es Redentor de todos. Y porque era viador y comprensor, conocía todos los pecados juntos con más claridad y distinción que tú puedes conocer uno solo; y cualquier pecado mortal, respecto del ánima del dulcísimo Jesús, fué como una cruz con cinco clavos agudísimos, que cada vez que se le representaba, ó cometido ó que se había de cometer, le hacía de un golpe cinco mortales llagas; por lo cual quedó en su cuerpo con ellas. Mostrando por aquí que quien mortalmente peca, de nuevo le crucifica su alma, resucitando en ella las causas de su muerte. Fuera de esto, y sea la cuarta razón de su pena, sintió en sí mismo, no sólo los tormentos de los mártires, sino también los trabajos, penalidades, dolores, angustias, confusiones, escarnios y aprietos interiores y exteriores de todos los justos, cuya cabeza era; compadeciéndose de ellos en ellos, como amigo verdadero, porque los amó como á su misma vida, como quien finalmente la ponía por ellos; y así padeció juntamente con ellos, para que sus pasiones fuesen llevaderas y de

provecho. Y así es, que el desconsuelo de Cristo en sus pasiones es el consuelo del martir en las suyas. La última causa es para muy á solas, y para cuando de propósito escribamos de Pasión, si el que padeció por nosotros así lo dispusiere. Fué la vista de la afligidísima Madre, que al pié de la cruz estaba mirando cómo el Autor de la vida se despedía de ella. ¡Oh representación extraña! Piensa tú esto de espacio, que yo no lo tengo para decirte más por ahora.

DISCÍPULO. Hásmelo dicho tanto y tan bueno, que me parece que has descubierto en mi alma el Reino de Dios. Y creo firmemente que Cristo crucificado es la infalible puerta y entrada para él.

MAESTRO. Bien dices; pero advierte, que esta entrada en el Reino de gracia y de gloria, digo en el que Dios tiene en nosotros, y en el que tiene para nosotros, si somos de sus escogidos, la defienden doce fuertes jayanes, que al principio te dije, como los que defendían la entrada de la tierra de promisión contra los hijos de Israel; y si no se vencen y derriban por tierra, despídete del uno y del otro reino; mientras aquéllos vencidos, luego quedas rey en el Reino de gracia, y verás á Dios reinar en tí; el cual te asegura con su presencia el Reino de su gloria.

§ IX.

DISCÍPULO. ¿Qué enemigos son esos? Porque quiero comenzar luego á pelear con ellos.

MAESTRO. Yo te los diré y enseñaré cómo los puedes derribar y vencer. El primer impedimento del aprovechamiento espiritual es el desordenado amor á sí mismo ó á alguna criatura del mundo.

DISCÍPULO. ¿Qué tienes por desordenado amor á las criaturas?

MAESTRO. El que inficiona nuestra alma con varias imágenes y representaciones de ellas, y la perturba y distrae del actual amor de su Dios, aficionándola á ver, oír, gustar y saber cosas en que pura y principalmente no se busca la gloria del Criador. Y yo no sé cómo se puede decir que es espiritual el que tiene su corazón aficionado y apasionado á las riquezas y á los vestidos y aderezos personales, á los libros, alhajas exquisitas, curiosas y costosas, y otras cosas acomodadas á la vida humana, ora sean necesarias, ora supérfluas, si la afición llega á sentir sensual deleite en la posesión de lo dicho, y desconsuelo si fuese privado de ello. El que de esta manera vive aficionado, sin ninguna duda es propie-

tario á los ojos de Dios, porque la pobreza de espíritu, que predica y enseña el Evangelio, principalmente consiste en que de tal manera posea el hombre las cosas temporales como si no las poseyese (según dijo el Apóstol), aparejado siempre á carecer de ellas.

DISCÍPULO. ¿Cómo puede la carne dejar de sentir la pérdida de lo que con amor posee?

MAESTRO. Ese amor es el que procuramos destruir en ella; cuanto más, que no se ha de tomar el voto y parecer de ella, sino del ánimo desapasionado y de la razón, que enseña que todo cuanto tenemos es hacienda de Dios al quitar; el cual se queda con el señorío de todo, dándonos sólo el usufructo, ó sea la posesión de los bienes, por el tiempo que le parece y es su voluntad. Y presunción es de santo, no creer que de otra mano que de la suya puede venirnos ni mal, ni pena, ni bien alguno.

DISCÍPULO. Santo Tomás dice, que la perfección no consiste esencialmente en la pobreza y mengua de las cosas, sino en la escuela de Cristo, según las interiores virtudes.

MAESTRO. Dice muy bien, y así te digo yo que cualquiera que tiene libertad de ánimo y puede resignar todas sus cosas en el divino

beneplácito perfectamente, ora se las quite, ora se las aumente, y no quiere de ellas más que lo que sirve á la necesidad suya y honra de Dios, según todo su entendimiento, considerado el estado, condición, naturaleza y otras particularidades á que se ha de prestar atención, si supiese que agradaba más á Dios vendiéndolas y repartiéndolas á los pobres, y para hacer esto estuviese predispuesto, este tal tiene perfecta pobreza de espíritu. Y aunque la carne por su fragilidad se rebelase y murmurase algún tanto por la pérdida y destierro de ellas (que al fin somos pobres), no nos juzgaría ni condenaría Dios por este sentimiento de humanidad y naturaleza, sino por la voluntad determinada y dispuesta para cualquier suceso. Por eso debemos decir siempre con Job: «Dios me lo dió, Dios me lo quitó; sea por siempre su nombre bendito». Tal es la esencial pobreza, la que deben procurar todos los escogidos y perfectos, para que puedan siempre ofrecer al Señor desnudo, quieto y sin perturbaciones su corazón. Y con estas condiciones, puede uno con la posesión de un reino y de todo el mundo ser verdaderamente pobre. También quiero que sepas que por no haber profesado la regla de nuestro Padre San Francisco, en la cual prometiste la muy estrecha pobreza del Evange-

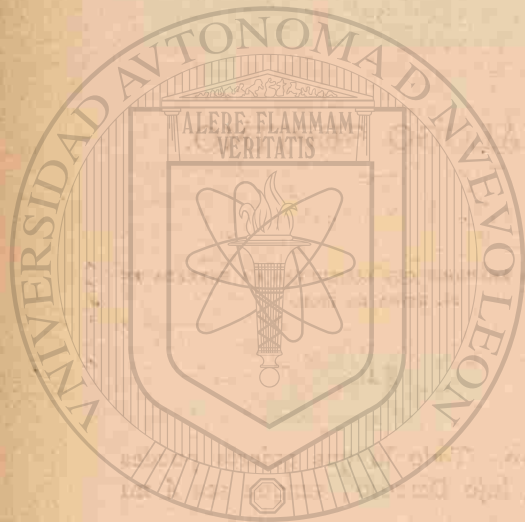
lio, eres perfecto, sino obligado con todas tus fuerzas á procurar la perfección, que consiste en el desprendimiento de todas las cosas del mundo; de manera que á ninguna de ellas el corazón esté inclinado ó aficionado, antes reciba con tedio y enfado las necesarias al uso y sustentación de la vida humana, como se lee de San Bernardo, que iba al refectorio á comer como si le llevasen al tormento; y esto para poder volar mejor á los abrazos de Jesucristo crucificado y amado, libre y desnudo el afecto mundano.

DISCÍPULO. Bien es menester pelear para vencer este gigante.

MAESTRO. Pocos hay que del todo le venzan, y por eso pocos que con libertad entren en el Reino de Dios, á donde sólo se halla su imagen sin otra de cosa criada. Esta pobreza es la primera en orden de aquellas ocho paradojas ó bienaventuranzas que predicó Cristo en el monte, y es como madre de todas las virtudes; porque como dijo muy bien San Ambrosio, el que menospreciase las cosas temporales, merecerá sin duda las eternas. Ni puede alguno alcanzar el mérito del celestial Reino, que poseído de la codicia del mundo no tiene libertad de sacar la cabeza y salir de sus tempestuosas aguas. Piensa, pues, bien en esto y reflexiónalo; porque si en esta

primera contienda sales victorioso, tus enemigos todos, sin mucha dificultad, se postrarán á tus piés. Y con esto me despido de tí por hoy. Y á la hora que esta tarde nos veremos mañana, siendo el Señor servido, y te descubriré los otros once enemigos que, puestos en acecho, asaltan á los que con descuido hacen estas jornadas, y los roban y saquean todas las riquezas del espíritu, y cierran las puertas y entradas al Reino de Dios. Él quede contigo. Amén.





DIÁLOGO SÉPTIMO.

DE LOS ONCE ENEMIGOS QUE DIFICULTAN LA ENTRADA EN
EL REINO DE DIOS.

§ I.

MAESTRO. Todo lo que quieres puedes conmigo, hijo Deseoso, aunque sea á mi costa.

DISCÍPULO. Bien sé que te cuesta mucho el enseñarme; pero de Dios recibirás el premio. Se le concede á quien da un vaso de agua por su amor; y tantos trabajos y vigalias como vos pasáis por su servicio y en provecho de su Iglesia ¿habrían de quedar sin recompensa? No lo esperéis.

MAESTRO. El premio que yo querría es que

le agradase á Dios lo que en su nombre hago y escribo.

DISCÍPULO. Esa es una de las condiciones de buen soldado en la milicia espiritual, según el parecer del Apóstol San Pablo, en la segunda Carta que envió á su discípulo Timoteo.

MAESTRO. Mucha razón tienes, y no me huelgo poco de oírte alegar ese texto; mas no se te pase por alto lo que allí dijo ese gran maestro y doctor de las gentes, conviene á saber: que el siervo de Dios no se ha de entremeter ni enredar en negocios del mundo, ni se ha de sujetar al gusto del hombre animal; porque toda su ansia y deseo ha de ser agradar á Dios, y solamente á Dios, á cuyo servicio ya una vez se dedicó y ofreció por completo.

DISCÍPULO. Dificulosísima debe ser la mortificación de los sentidos, y de ese hombre animal ó sensual que dices.

MAESTRO. Ese es el segundo jayán ó enemigo que dificulta y obstruye la entrada al Reino de Dios: es el que nos quita la facilidad de aspirar á él y nos priva de la devoción interior, y de aquel gusto suave y delicado que en los ejercicios espirituales suele hallar y gozar el alma. Y sentencia es del mismo Apóstol y parecer de los Santos, y verdad

conocida y experimentada de todos los contemplativos, que el hombre animal no percibe, ni entiende, ni le seducen las cosas que son del espíritu de Dios, ni la sabiduría suya (como dice Job) se halla en la tierra á donde sensualmente y con deleite se vive, ni se da la consolación divina á los que admiten la ajena, conviene á saber, de la carne. Por lo cual debes procurar cuidadosamente que tu corazón no se apasione por alguna cosa fuera de Dios; que el afecto se halle y persevere siempre libre para sólo ÉL, por cuyo amor y voluntad has de comer cuando comieres y ayunar cuando ayunares, y velar cuando velases, y hacer ó dejar de hacer todas las cosas. Que no niega el misericordioso Señor el moderado cuidado de nuestros cuerpos, como el principal sea agradarle. Finalmente, y por conclusión, te digo que es necesaria la muerte de lo sensual en el hombre para que se salve todo el hombre.

§ II.

DISCÍPULO. Algunas personas he visto durante los pocos años que llevo de religioso (porque en mi mocedad sólo pensaba en perderme), aficionadas á comer y beber con re-

galo, á un rato de conversación entretenida cada día, á un dicho gracioso y que cause risa, á oír noticias de viajes, de asuntos de familias ó de amistades íntimas, y otras cosas que aquí dejas condenadas, al mismo tiempo que hacían gala de muy devotas y muy espirituales.

MAESTRO. Esa devoción y esa santidad es fingida y engañosa; es un afecto natural y sensual, que se parece mucho á la verdadera devoción y amor divino, estando en realidad muy lejos de ser lo uno ni lo otro. Hallarás hombres y mujeres de genio alegre y amoroso, los cuales facilísimamente se impresionan en el amor y deseo de cualquier cosa, á que se convierten y aplican. Y aunque algunas veces el Espíritu Santo consolador, por su bondad comunica á los tales la gracia de la devoción sensible, lágrimas y afecto espirituales, como no saben usar ordenadamente y según conviene de estas dotes, ni quieren aniquilarse á sí mismos, ni á sus bestiales ó sensuales apetitos, cada día son peores. ¿Y no se deduce claramente del Evangelio, que el principio del aprovechamiento de la vida espiritual, y el primer escalón de éste es la mortificación de los sentidos y de la propia voluntad? Si la sensualidad no perece, todo cuanto bueno hay en el hombre perece; la

penitencia, los ayunos, las vigiliass, la oración y las demas obras virtuosas.

DISCÍPULO. Bien me dijiste al principio, que mi pretensión era grande, y grandes las dificultades que había que vencer para salir con ella; mas nunca acabé de persuadirme de que fuesen tantas, hasta este punto que te oigo decir que tengo de dejar todo lo que deleita la carne, y todo aquello por que los sentidos del hombre animal se apasionan.

MAESTRO. Lo dificultoso de la vida espiritual no consiste tanto en obrar cosas admirables, cuanto en dejar las muy pequeñas. Pequeñas eran las que dejó San Pedro y los demas Apóstoles, cuando, llamados por Cristo, le siguieron; y contado, dice el discípulo al Maestro, en nombre de los demas, que advierta y mire, que dejaron por Él todas las cosas; significando en esto, que cuesta mucho el dejar, aunque lo que se deja sea poco: unas redes remendadas y un barco viejo. ¿Pues cuánto más lo será dejarse el hombre á sí mismo, sus gustos, sus delitos y codicias?

§ III.

Finalmente, el punto crudo de la perfección, lo que lastima y duele en este viaje del Cielo, está en dejar, y dejar por Dios.

DISCÍPULO. ¿Y por ventura en ese doble dejar consiste todo el mérito de los que dejan?

MAESTRO. Claro está; porque dejar de otra manera, Sócrates lo hizo y otros filósofos, que con fines vanos dejaban las riquezas, la conversación y trato con los hombres, despreciaban el aparato y pompa del mundo, huían á la soledad y hacían rigurosas abstinencias. Y los que tocados de vanidad y prendados del amor propio hacen y dejan muchas cosas, ¿por ventura no son menospreciados de Dios? El mismo dice de ellos: Recibieron su galardón.

DISCÍPULO. ¿Cómo pudiera conocer, sin engaño, que me busco á mí más que á Dios en lo que hago ó dejo de hacer?

MAESTRO. No sin mucha dificultad, verdaderamente, porque el amor filial y el amor servil, de donde nuestro obrar todo procede, son entre sí tan semejantes y parecidos, como lo es un cabello á otro; y si no es por la intención, no hay entender cuándo obramos como hijos y cuándo como siervos. Y porque de esta materia trataremos presto en su propio lugar, apercíbete varonilmente contra este gigante, y presta atención á lo que te quiero decir del tercero, que no es ménos poderoso ni dificultoso de vencer que él; y bástete para que esto se entienda el nombre.

DISCÍPULO. ¿Cómo se llama?

MAESTRO. Bien-me-quiero.

DISCÍPULO. ¿Luego impide la entrada al Reino de Dios el quererse bien el hombre á sí mismo?

MAESTRO. ¿No está clamando el Evangelio que ninguno puede ser discípulo del Crucificado sino aborreciéndose á sí y á todo lo que el hombre animal ó bestial ama y quiere? Entiende que Bien-me-quiero es un amigo fingido y enemigo disimulado de nuestro bien, porque bajo pretexto de amistad y de bien querer nos acarrea todo mal y nuestra final condenación. Es aquel yo material á que se hallaba muerto el Apóstol por vivir en sí Cristo. Es aquella ley de miembros, que contradice á la ley del espíritu, y nos lleva cautivos á la ley del pecado. Es aquel afecto de carne, que San Pablo llamó sabiduría, que ni está sujeto á la ley de Dios, ni puede estarlo. Es un mónstruo de dos caras, que parece que obra por Dios, y obra por sí mismo. No te impedirá el hacer penitencia, el evitar los pecados, el huir y menospreciar los deleites, las vigilias largas y prolijas de la noche, los ayunos rigurosos, la estrecha guarda de tu profesión y regla. Mas si examinas esas obras con diligencia, hallarás en ellas á Bien-me-quiero, el cual obra siempre por sí mismo,

por evitar alguna confusión, algún daño, alguna deshonra ó pérdida temporal, algún remordimiento de conciencia, los tormentos del infierno ó purgatorio, ó por adquirir hacienda, favores ó amistades de hombre, honras y aire popular, ó por alguna espiritual devoción y dulzura sensible; y lo que es más de consideración, por alcanzar de Dios el premio del Reino celestial. De manera, que á la sombra y olor de la virtud, tratan de sus particulares intereses los que sujetaron su cuello á este tan disforme gigante, haciendo principalmente por su interés lo que en primer lugar hubieran de hacer por Dios. En los cuales puede más un favor que un príncipe, ó el crédito del mundo, para componerse y humillarse, que las meditaciones de la gloria, ni el discurso de la pasión y muerte de Cristo. Y vése claro ser esto así, porque si supiesen estos tales que ningún premio habían de tener de Dios, ni temporal ni eterno, por lo que hacen, yo salgo por fiador de que no se moverían á hacerlo con tanta perfección, según el parecer de los que los miran. Y aquí viene engrandecer sus obras, y agradarse á sí mismo en ellas, descansar en sí, y estar de sí muy satisfechos, gloriándose más en sus merecimientos que en la libertad de hijos de Dios; fuera del cual, ninguno debe gloriarse ni to-

mar contentamiento. ¡Oh cuán sucia y de mal olor es esta intención en el acatamiento de Dios! pues que obras tan maravillosas así las vicia y disminuye, que son tenidas por de ningún valor.

§ IV.

DISCÍPULO. ¿De dónde ó por qué reciben tanto daño?

MAESTRO. Porque buscándose á sí más que á Dios, más su gusto é interés propio que la gloria del Criador, recibieron aquí, como viste, su galardón. Mas porque, como dice Crisóstomo, la intención pone nombre á nuestras obras y es la que diferencia los hijos de Dios de los que lo parecen y no lo son, y el juicio de toda nuestra salud se vuelve y revuelve sobre ella, cuando es casta y pura, lo que principalmente conviene y es necesario para la vida espiritual, es que en todas las cosas que hubiéremos de hacer ó dejar de hacer, aborrecer ó apetecer, sufrir ó desear, la intención y los ojos del alma tengan por blanco principal á sólo Dios, y ninguna otra cosa deseen y busquen en todo, sino su honra y altísimo beneplácito, sin respeto principal á nuestro bien particular. Tres maneras de intención han hallado los Santos: una per-

fecta, otra más perfecta, otra perfectísima. A la primera llaman recta ó derecha; á la segunda simple ó sencilla; á la tercera deiforme. La intención recta es, cuando yo obro algún bien, ó dejo algún mal, principalmente por Dios. Esta, aunque es buena, no es suficiente para la perfección, porque le falta ser simple. Es de la vida activa, que consiste en multiplicidad, que se distrae y se turba, aunque el fin de todas sus obras sea Dios. La intención simple hermosea mucho el alma, porque sin medio alguno se llega á Dios por ella; y es propio de la vida contemplativa, porque no solamente tiene por fin de sus obras agradar, honrar y confesar á Dios, sino que las ordena á Él de manera, que le goce siempre presencialmente con todas sus fuerzas, en un amoroso y actual amor. Dícese simple, porque á la rectitud con que obra añade simplicidad y evita toda multiplicidad. Ella es una cierta inclinación amorosa de nuestro interior espíritu en Dios, alumbrada con su divino conocimiento, adornada de fe, esperanza y caridad, y es el intrínseco fundamento de la vida espiritual; y digo fundamento, porque por ella se sube á la tercera intención, que dijimos ser perfectísima, la cual busca solamente la honra y gloria de Dios, y su divino beneficio, así en las cosas adversas como en las

prósperas. Y bienaventurado el que tanto bien alcanzó, porque, como dice San Bernardo, el que así está aficionado á Dios y de esta manera dispone sus obras, se hace una cosa con Dios, y con Dios goza de Dios.

DISCÍPULO. No he comprendido la diferencia que estableces entre la intención simple y la deiforme; si puedes dar algún ejemplo, haríame mucho al caso, porque éstos vuelven fáciles las cosas tan dificultosas como ésta.

§ V.

MAESTRO. Aunque el fin de la simple intención sea Dios en todas las cosas, y demas de esto vaya cuanto es posible encaminada inmediatamente á sólo Él y por Él, no es el total fin de ella el mismo Dios; porque también se mira aquí el hombre á sí mismo, decaendo y procurando su consuelo espiritual de muchas maneras, aunque sea Dios lo principal á que atiende. Y sin duda son muy pocos los que se hallan tan dispuestos y voluntarios para el desamparo, esto es, para carecer de la suavidad y gusto interior, como por la afluencia y abundancia de los regalos del espíritu. Y es la razón, porque aún no están del todo muertos á sí mismos, para sufrir adversidades y calamidades, interiores ó exte-

riores, hasta subir á otro más alto grado de intención. Esta es la deífica ó deiforme, que enseña á obrar por amor del fin eterno, á donde nada se halla de voluntad propia, ni mezcla de interés ó gusto particular. Esta manera de intención comiézase en la vida presente, mas en el cielo se perfecciona; porque allí los bienaventurados así son absorbidos y tragados de Dios, ó transformados en su querer, que aunque en ellos quedará la sustancia, será empero otra forma, otra gloria y otra potencia. Cumplirse há lo que dijo el Apóstol: «Allí será Dios todas las cosas en todos».

DISCÍPULO. No entiendo ese lugar de San Pablo.

MAESTRO. Bien dificultoso es, y no da lugar la materia que vamos tratando para detenernos de propósito en él. San Agustín, *De civitate Dei*, dice: «Que será Dios á sus escogidos, cuando hayan resucitado en cuerpos y almas, todas las cosas; porque será premio de la virtud el que dió caudal para obrar virtud, y será de donde tendrán toda satisfacción y hartura los que por Él padecieron hambre; será, finalmente, vida, salud, fortaleza, abundancia, honra, gloria, paz y fin de todos los justos deseos, y será todos los bienes en todo». De manera, que no habrá necesidad de men-

digar ningún bien de otra parte para ser perfectamente bienaventurados los Santos que reinan con Cristo, ni cuanto á los cuerpos, ni cuanto á las almas. San Juan Crisóstomo interpreta este lugar de otra manera, y San Jerónimo de otra, y los más de los Doctores varían; mas yo me atengo al primer sentido, que es, sin ninguna duda, admirable para nuestro propósito, y pertenece al autor de la *Teología mística*; y por si tú no lo entiendes, yo me detendré más en su exposición.

§ VI.

DISCÍPULO. Díme siquiera una palabra.

MAESTRO. Digo que en el cielo no ha de haber más que un querer en todos, y ese querer es el de Dios; y ese pedimos en la oración del *Pater noster*, cuando decimos que se haga la voluntad suya en la tierra como se hace en el cielo. Será tan perfecta la transformación que se haga de los bienaventurados en Dios, que más parecerán dioses que hombres: serán como el hierro caldeado en la fragua, que, como en otra parte dijimos, se viste todo de cantidades de fuego, siendo realmente hierro en la sustancia. Desfallece allí todo el hombre, y no se siente en él otra cosa sino Dios.

¿Pudiérase por ventura verificar lo que dice el Apóstol: Será Dios en todos todas las cosas, si hubiese alguna en los Santos que contradiciérase al querer y voluntad de Dios?

DISCÍPULO. No, por cierto.

MAESTRO. Pues eso vamos buscando cuando tratamos de alcanzar en la tierra la tercera manera de intención, que se llama deiforme, que estando en la composición de la palabra latina, quiere decir intención regulada y formada al querer de Dios; que quiere lo que Dios quiere, como y cuando lo quiere. Y esto es lo que enseña el muy docto y pío Padre fray Alfonso de Madrid, de nuestra Orden, que escribió el *Arte de servir á Dios*, en el segundo y sexto notables, que es lo mejor que contiene toda su obra. Pero ¿qué hacemos? El cuarto gigante, tan parecido al anterior que se confunde con él, se nos entra por las puertas del corazón, y es necesario tocar al arma y armarnos de fe y caridad para combatir al que impide nuestra entrada en el Reino de Dios.

DISCÍPULO. ¿Qué nombre tiene ese gigante?

MAESTRO. Amor propio. Es una complacencia que tiene el hombre consigo mismo, una secreta elevación del alma, un engreimiento del corazón, que principalmente nace de las buenas obras y ejercicios espirituales,

como la polilla del paño y la carcoma del madero. Hallarás hombres tan vanos, tocados de esta peste, que encumbrando y levantando sus cosas hasta el cielo, de allí són malos, de donde otros toman ocasión para ser santos; haciendo ponzoña y veneno de los remedios y medicinas más contrarios suyos. Es esta una fingida justicia, que huele tan mal en el acatamiento de Dios, que no hay cloaca ni estercolero tan sucio y de tan mal olor como ella; porque bien considerado, procede de ánimo falto de mortificación, y de pecho hinchado y soberbio, como lo era aquel del vanísimo fariseo, que anteponiéndose á todos, á si sólo se justificaba, mientras que al publicano, con lo restante del mundo, condenaba en su oración.

DISCÍPULO. ¿Luego no hay cosa que tanto nos dañe como la arrogancia y vana presunción?

MAESTRO. Ninguna. Por lo cual te digo, que todos aquellos que no permanecieren en el humilde conocimiento de su vileza y en el menosprecio de sí mismos, sin duda serán desamparados de Dios, y sin remedio alguno dejados en su obstinada voluntad. Y con esto me despido de tratar más del amor propio, suplicando á Dios le despida de mi alma, pues no se compecece con el suyo, como no se

compadeció con el arca del testamento el ídolo Dagor.

§ VII.

Y si quisieres tener perfecta noticia de los daños que causa en el alma esta bestia feroz, y de cómo es raíz de todos los males y pecados, lee los capítulos xx, xxi y xxii de nuestro *Triunfos del amor*, en donde traté magistralmente y de propósito acerca de esto. Y estoy por decir aquí, que los enemigos que quedan por examinar en esta conquista, son hijos legítimos de éste, y que todos caerían á nuestros piés, si á éste se le quebrantase la cabeza con el odio santo.

DISCÍPULO. Yo me consolaría mucho, si antes que en particular tratases de cada uno de los enemigos que nos quedan, me dijese cuáles son, por ver junta la familia y sucesión de tan maldito padre.

MAESTRO. El primero es amor de alabanza; el segundo pertinacia de propia voluntad; el tercero negligencia; el cuarto escrupulosidad; el quinto solicitud temporal; el sexto acedia ó tedio en la virtud; el séptimo gula espiritual; el último especulación.

DISCÍPULO. Verdaderamente, dijo bien el santo Job, que la vida del hombre sobre la

tierra era una perpetua milicia y contienda sin intervalos ni treguas.

MAESTRO. Común es á todos los hombres vivir en esa guerra, pero peculiar á los cristianos, y mucho más á los varones espirituales, que con su vida virtuosa y santa, y costumbres del cielo, despiertan contra sí todo el infierno. ¿Y de dónde piensas tú que tuvo principio aquella oración, no ménos piadosa que llena de fe, con que la Iglesia despide de la presente vida sus hijos, en cuyos enterramientos y cabos de año cierra sus oficios diciendo: *Requiescant in pace?* De haber considerado con Job que en este mundo no hay sino guerra, y que todas las cosas de él están llenas de peligros, de dolores y congojosas fatigas. Y es muy conforme á razón, que al que muere le digamos: «Descansa en paz», como dijo Elías del justo que muere. Y á la verdad, la paz, que, como dijo el Apóstol, es todo el bien, no se halla ni se goza sino en el Reino de Dios, á donde van á parar los que mueren en Cristo; que á sólo esos dice el Espíritu Santo que descansen de sus trabajos. En otra parte Elías dijo: «No estará allí león ni mala bestia»; entendiendo por el león, según San Jerónimo, al demonio, y por bestia mala toda la canalla infernal, que siempre nos persigue y molesta con importunas tentacio-

nes. Y si estos y los demas enemigos conjurados en nuestro daño, y que de día y de noche y á todas horas nos combaten, se hallan excluidos y desterrados de aquella pacífica morada de Sión, bien se sigue que habrá allí eterno descanso, solemnidad perpetua, perpetuo y bienaventurado sábado. No se oirán allí las importunas voces de los rigurosos sobrestantes de Faraón, ni nos desconsolará la consideración de las tareas ordinarias y de cada día, porque siempre será fiesta y día de descanso. Asentarnos hemos, como dijo un gran Profeta, en los tabernáculos ó moradas de confianza, y en un descanso opulento y rico. ¡Oh! ¿por qué no nos damos prisa á entrar en este descanso? ¿Qué hacemos aquí afuera? ¿Qué cosa hay en el mundo que no esté más llena de acíbar que de azúcar? ¿De hiel que de miel? ¿De fastidio y enfado que de gusto? En nuestra patria, dice Isaías, será mes de mes y sábado de sábado. Quiere decir: «Habrá descanso y pascua perpetua, constante y firme». Pues no desmayes, hijo De-seoso, aunque los enemigos sean aquí tantos y tan disformes, los trabajos tan continuos, la guerra tan ordinaria, pues que la fe te enseña que algún día se te ha de decir que descanses en paz.

§ VIII.

Cierto que no vino el Hijo de Dios á pregonar paz en la tierra, sino á meter en ella el cuchillo, y á publicar guerra contra los familiares y domésticos de casa. Y aun cercano á su muerte, dijo á sus discípulos: Que el que no tuviese espada, vendiese la túnica y la comprase.

DISCÍPULO. Ese es el lugar dificultoso.

MAESTRO. No lo sabes bien.

DISCÍPULO. Pues no vayas adelante sin que yo lo entienda; porque á mi juicio parece contrario, lo primero á la doctrina del Evangelio, que manda que no resistamos al mal, y que si nos hirieren en un carrillo pongamos el otro para que nos le hieran también. Y aun los Profetas, tratando del estado de paz de que había de gozar el mundo con la venida del Mesías, no hallaron cómo significar esto mejor que diciendo que las espadas se habían de convertir en arados, y las lanzas en guadañas ú hoces, que son instrumentos de labradores, con que pacíficamente trabajan y cultivan sus heredades. Parece también contrario á la razón, porque no es fortaleza acometer cuando la ventaja del enemigo es conocida. Y si sabe Cristo, como de verdad lo

sabe, que ha de venir un ejército de hombres armados á prenderle en el huerto, ¿de qué sirve mandar á sus discípulos que estén apercebidos, y que compren espadas, aunque sea vendiendo para ello las camisas ó túnicas interiores? ¿Cómo han de poder tampoco, abandonados á sí mismos, vencer á tantos?

MAESTRO. La sincerísima inteligencia de ese lugar, según el parecer de hombres muy doctos y versados en la Escritura, es dar á entender Cristo á sus discípulos la diferencia del tiempo en que ahora estaban, respecto de los pasados; que los antiguos eran de bonanza mientras las actuales de tribulación y de angustia, porque, como dijo el Sabio, tiempos hay de paz y tiempos de guerra. En un tiempo les mandó, que cuando fuesen á predicar, ni llevasen alforja, ni bolsa, ni un báculo siquiera con que herir á un perro; pero ahora les dice que se provean de lo uno y de lo otro, y que para defensa de sus personas vendan, si fuere menester, la túnica y comprén espada. Antes de la Pasión y muerte de Cristo, honraban y regalaban á los discípulos por consideración al Maestro, de tal modo, que en nada tenían que pensar tratándose de su sustento, y así lo confiesan ellos mismos cuando aseguran que no les faltó jamas. Pero crucificado en un palo y muerto Cristo, fué-

les necesario, hasta la venida del Espíritu Santo, vivir como Dios les dió á entender, y valerse de sus industrias.

DISCÍPULO. ¿Pues cómo, al decir ellos en el huerto que disponían de dos espadas, les respondió Jesús que con éstas había bastante?

MAESTRO. Porque no quiso que entendiesen materialmente lo que les decía, sino apercebirlos con aquel modo de hablar para la guerra que se les iba preparando de persecuciones y de trabajos en virtud de la muerte de Cristo y de su ausencia. De manera que, así como diciendo Isaías que las lanzas se habían de convertir en arados, significó el tiempo de paz, así Cristo quiso significar tiempo de guerra cuando dijo que se vendiesen las túnicas para comprar armas; pero ni de las lanzas se hicieron arados, ni de las túnicas espadas.

DISCÍPULO. Ese sentido más es literal que espiritual.

MAESTRO. Y ese es el que yo pretendo en la Escritura; pero tiene su espíritu, que es mostrar Cristo que cuando Él no está con los suyos, forzosamente ha de haber guerra; y que para no perecer en ésta se hace necesario vender la túnica ó camisa y comprar espada; ó lo que es lo mismo, dejar el regalo, repre-

sentado por la túnica que se allega á la carne, la caliente y abriga, y tomar la espada, que es arma trabajosa y necesita actividad. Dígame que eres soldado y que estás en tierra de enemigos, y por lo tanto no te descuides ni te entregues á los regalos y blanduras de la carne; antes, por el contrario, despreciando cuanto ésta apetece, ármate de la fe y de las Escrituras santas, que son las armas de nuestra milicia; y de este modo armado podrás salir á pelear con estos enemigos invisibles de que vamos tratando. El primero de éstos, ó sea el quinto por el orden que traíamos, el amor de alabanza y de gloria humana, desafiado cierto para muchos que por él se han derrumbado y perdido; porque aficionados en demasía al favor de los hombres, por no perderle y ser á consecuencia de esto menospreciados y tenidos en poco, dejaron de hacer muchas cosas buenas é hicieron otras muchas malas.

§ IX.

DISCÍPULO. Pocos hallarás que no deseen agradar y complacer á los hombres, y ser de ellos alabados y engrandecidos.

MAESTRO. Méenos hay que cuando se les ofrece estos favores y alabanzas humanas hu-

yan de ellos á los montes, como huyó Cristo cuando le querían honrar con el título de Rey.

DISCÍPULO. Y San Juan rechazó enérgicamente á los judíos que querían hacerle su Mesías.

MAESTRO. De esa manera, y con igual ímpetu que el angélico Precursor sacudió de sí aquella honra, quisiera yo ver que huías de las vanidades ofrecidas por los hombres; y no como algunos que las rehusan, sí, pero como quien vierte aceite de alguna vasija, que siempre deja untada y con algún residuo ésta.

DISCÍPULO. San Jerónimo dijo que ninguna humildad había tan grande que no estuviere empequeñecida por algún poquito de vanagloria.

MAESTRO. Siempre se nos pega algo, y por eso huye Cristo, y yo quisiera apartarme todo lo posible de ella, y en la actualidad de hablar más de esta materia; porque viene la pertinacia, jayán disforme, en busca de nosotros, y conviene salirle al encuentro, porque sus daños son irremediables.

DISCÍPULO. ¿Por qué se llama pertinacia, y cómo obra ese enemigo en nuestra alma?

§ X.

MAESTRO. Pertinacia, se llama así, porque á nadie se rinde, ni se sujeta jamas á parecer ajeno; porque está casado ó amestado con sólo el suyo. Hombres hallarás tan encalabrinados y tan fuertemente adheridos á su opinión y parecer, que, si estuviese en su mano hacerlo, ni al de Dios se rendirían; y cuando ménos, procuran que todos los demas se conformen con el suyo. En estos tales reina la pertinacia, que otros llamaron propiedad de voluntad. ¿De dónde nacen tantas clases de disensiones y de cismas, aun entre gente que se ocupan de virtud, y el quebrarse los cascos porfiando, sino de este vicio? Y aun creo, que el mayor número de las herejías procede de él. Entre las mercedes que Dios hizo al hombre en su creación, una es, y acaso la mayor (no saliéndolo de los límites de naturaleza), el haberle dotado de libre albedrío. Fué esta una joya tan preciosa y rica, que como un diamante de inestimable valor brilla y resplandece y se aventaja á las demas; y, como dice Tertuliano, con sólo él le diferenció é hizo superior á todos los animales y semejante á Sí. De este tan perfecto don, por el cual la criatura racio-

nal es ayo de sí misma, y tiene libertad para el bien y para el mal, para la muerte y para la vida, para el pecado y para la justicia, usan algunos tan en su daño, que vienen á perderse por el medio que les dió para ganarse. Porque estar el hombre pertinaz en hacer su voluntad y seguir su opinión contra sus mayores, es su despeñadero, y un abismo sin suelo de todos los vicios, y principio de todas las pérdidas espirituales; y destruído este jayán, luego caen por tierra los muros de Jericó, esto es, todo el edificio de los pecados, y se entra en el camino real y seguro que conduce á Dios. Porque hecho el hombre señor de sí mismo, rige sus apetitos con las riendas de la razón, y sin dificultad camina tras el impulso y dirección de Dios y de sus mayores, según que de los hijos suyos lo certificó San Pablo.

DISCÍPULO. Según lo que has dicho, ¿sóla la obediencia cortará la cabeza á ese poderoso gigante?

MAESTRO. Ninguna duda tengas de ello. Mas para que sea su cuchillo y no le deje hora de vida, es necesario el desprendimiento de toda propiedad de sentido; porque ninguno pudo ser jamas perfectamente obediente que funcionase como propietario de su voluntad. Y no más sobre este asunto.

DISCÍPULO. Sigue ahora el séptimo enemigo, llamado negligencia.

MAESTRO. No quiero cansarme en decirte quién es, porque harto le conoce todo el mundo, y bien familiar es á la mayor parte de las gentes. Es el obligado de los palacios de los Príncipes, y el que jamas falta en los sitios solitarios, sin que por eso pueda echársele de ménos en los conventos de los religiosos. El nos hace considerar como cosa poco importante los pecados, y hasta familiarizarnos con ellos cuando hubimos reincidido; y teniendo algunos propios y como naturales en el alma, hacer caso omiso de ellos, sin procurar arrancarlos de raíz de ella. Por lo cual yo he visto muchas personas, en el concepto de las gentes muy virtuosas, y que sin embargo eran muy coléricas, mal-sufridas y sin sujeción ni obediencia á sus superiores, especialmente cuando les contrariaban su voluntad. El negligente es envidioso del bien ajeno, porque la negligencia no le deja ocuparse del bien propio; y cuando se considera desaprovechado, no quiere persuadirse de que los demas aprovechan; de donde nace que interpreta como mal todo lo que ve, de todos murmura, á todos calumnia y de ninguno dice bien. Es negligencia la peste conocida de las congregaciones, porque despreciando el

obrar, da luego en murmurar; consúmele la envidia del bien y prosperidad ajenos; y el ver medrar al prójimo y que tiene cabida ora con Dios, ora con los hombres, es su tormento; y no deja piedra que no mueva por usurpar para sí lo que nunca mereció, ó condenarlo en quien mercedamente lo posee. El negligente murmura de los Prelados con amargura de corazón, pecando en esto contra el Espíritu Santo, que lo detesta fuertemente.

DISCÍPULO. Nunca creí que fuera la negligencia tan grande enemigo del alma.

MAESTRO. Del hombre que se sometió á él ninguna esperanza puede tenerse acerca de su aprovechamiento en la vida espiritual; porque, como muy bien sabes, la envidia, pertinacia y murmuración, en que se ejercita de ordinario, son hijas del demonio, pronosticadoras de la condenación eterna, sustento y leña del infernal fuego; tragándose de una vez todo el bien que haya en el alma, á la cual hacen diabólica é infernal como ellas.

DISCÍPULO. Paréceme que habré de hacerme escrupuloso con la doctrina de esta tarde, que es sin duda rigurosa.

MAESTRO. Habrás caído en manos del octavo jayán, que tiene hechos hartos estragos en las religiones y fuera de ellas. ¿Sabes cómo llamó un sabio á los escrupulosos?

DISCÍPULO. Me holgara de saberlo.

MAESTRO. Carnicería de la conciencia, que siempre padece, sin que basten á aquietarla los consejos, avisos, reglas ni amonestaciones. Este sufrimiento de los escrúpulos es penosísimo y peligrosísimo, y hállase en buenos y en malos. Yo conocí un hombre de vida har- to estragada, que me daba más en qué entender con los escrúpulos que tenía sobre la poca atención con que rezaba las horas de Nuestra Señora, que á sí mismo con los muchos y grandes pecados de sensualidad que cometía; por éstos se preocupaba ligerísimamente, mientras que por otras faltas veniales se atormentaba á sí y á mí. Y alabé muchas veces la justicia divina, que castigaba el deleite de la carne con la aflicción de aquel no mortificado espíritu, obligándole casi por fuerza á enmen- dar lo que tan indispensable era, por medio del tormento, sobre lo que merecía menos temores.

DISCÍPULO. También la Samaritana, hallándose á la sazón en pecado con hombre que no era suyo, se mostró escrupulosa con Cristo cuando le dijo con repulgos: que siendo El judío, ¿cómo se atrevía á pedirla agua á ella, que era samaritana?

MAESTRO. Y los fariseos, transgresores de la ley divina, que manda honrar y acudir al

remedio de los padres, ¿no acusaron á los discípulos de Cristo, como formando escrúpulo porque cuando comían no se lavaban las manos? De ellos dijo la eterna Verdad: «Cuelan el mosquito y tráganse el elefante».

§ XI. Pero dejemos esta gente, que no es escrupulosa y lo finje porque los tengan por santos y celosos de la perfección, y vengamos á los verdaderamente atormentados con pequeños ó grandes escrúpulos. Ante todo, digamos algo de esta guerra que interiormente padecen; luego el origen de esta tentación; después el daño que causa en el alma, y últimamente los remedios que aconsejan los Santos, si es que tienen remedio los escrúpulos.

DISCÍPULO. Paréceme que queréis tratar de intento esta materia.

MAESTRO. Deséolo á lo ménos, por ser de la que ménos he hallado escrito, y aun cuando para hacerlo he sido solicitado varias veces de personas escrupulosas. De este padecimiento, han dicho algunos sabios que parecen efecto de maldición de Dios contra desobedientes, cuales son en su mayor parte los escrupulosos, que ni obedecen á las inspiraciones divinas, ni á los consejos de los médicos

espirituales. «Huiréis, dice la Sagrada Escritura, sin que os persiga nadie». Y el Profeta: «No invocaron al Señor, y temieron donde no había de qué». En el Deuteronomio, entre otras maldiciones que allí pone Dios contra los que no le obedecieren, una de ellas dice así: «Por un camino salgas tras tus enemigos, y por siete vuelvas huyendo, y nunca falte reprensión en cuanto pusieres mano». Cuando le parece al escrupuloso que halló un camino, ó una razón buena contra sus escrúpulos, comienzan contra él esos mismos á dirigirle sus tiros, y cercado de ellos como de crueles enemigos, ni sabe qué camino tomar, ni qué hacer, porque jamas le falta reprensión en cuanto hace. Hallarás sobre este particular mil diferencias de tentaciones: unos nunca piensan sino en sus pecados, echando cuentas de día y de noche sobre si los han confesado bien, si dijeron tal pecado, si omitieron decir esta ó la otra circunstancia, si se prepararon como estaban obligados; y después de haber peleado mucho en esta guerra, y cuando les parece ya que no es posible hacer más de lo que hicieron, y el confesor les tranquiliza, vuelven á cavar de nuevo en esta mina, y persuádense, por último, de que no confesaron bien, porque no dijeron tal intención, ó porque preguntados no respon-

dieron exactamente con la verdad, ó porque les quedó tal palabra por decir; y juzgando en su interior que cometieron sacrilegio, convierten la confesión en confusión, niebla y oscuridad del alma, y vuelven otra vez al confesonario, y tanto ménos ven, cuantas más veces lo repiten. Yo me acuerdo de una señora muy escrupulosa, que teniendo en verdad mucha cuenta con su conciencia, y siendo la confesión dos veces por semana, jamas se acercaba á comulgar sin que se hubiese reconciliado antes diez veces, cuando ménos, llegando al extremo de pedir al Sacerdote que la oyese cuando éste tenía ya el Sacramento en las manos, á pretexto de que no se atrevía á recibir al Señor.

DISCÍPULO. Tiranía cruel del demonio.

MAESTRO. Lo peor es que confesando mil veces un mismo pecado, con otras tantas circunstancias, que Satanás les enseña y trae á su memoria, tan intrincadas y ciegas, que preguntan á cada paso á los confesores si las han entendido, quedan ménos satisfechas al fin que lo estuvieron al principio. Y aunque desean acercarse á estos divinísimos Sacramentos, y el privarles de ellos equivale á condenarlos á muerte, el día de la Comunión es para ellos día de juicio, porque los reciben como espíritus malos y llegan á trasudar con

ansias y agonías superiores á todo encarecimiento. Juzga tú ahora cómo gozarán del fruto de la Comunión, y la paz que les quedará en el alma después de haber comulgado. ¡Y, válganos Dios, que ya al cumplir la penitencia han padecido poco! Aun cuando no sea más que un Ave-María, nunca saben concluir, ni quedan satisfechos de que la rezaron.

§ XII.

Supé yo de un religioso escrupuloso, á quien, habiéndole impuesto de penitencia que dijese Jesús cien veces, se fué al claustro, y cortando otras tantas hojas de jazmines, se subió á un terrado del convento, y desde allí echaba por el aire aquellas hojas, y decía con cada una: Jesús fuera, Jesús fuera, porque ménos que con esta diligencia no quedaba quieto.

DISCÍPULO. Pudiérase muy bien reir ese hecho, si no hubiera de por medio la miseria del hermano.

MAESTRO. A veces no se puede disimular la risa oyendo tales disparates. A algunos acomete el demonio con tentaciones de blasfemia contra Dios y sus Santos, y son tantas y de tantas maneras, y tan á punto, y con

tanta malicia, con tanta novedad y ahinco, y en cualquier cosa que hacen, que ellos mismos se admiran y espantan, y les parece que en sí tienen el propio infierno, de donde, y no de otra parte, pueden salir y brotar tales imaginaciones. Todo su oficio de día y de noche es blasfemar, y viéneles con esto una ira tan grande, que parecen endemoniados, y con ella se confirman en que las blasfemias les salen del corazón y con deliberada voluntad, y á veces, estando solos, llegan á pronunciarlas por la boca. Nácele de aquí al ánima un desplacer tan grande y una tan profunda tristeza, que la consume toda; y como ve que al fin hace aquello de que recibe pena, dando más crédito á la obra que á su pesar, persuádese de que es voluntario lo que verdaderamente no llega á la voluntad. Acuden con esto, como enemigos en celada, tentaciones deshonestas, tan espantosas y torpes, que ni aun mirar á lo santo osan, ni levantar los ojos á Cristo puesto en la cruz; y cuando entran en la iglesia les acometen tan de tropel estos sucios pensamientos, como si aquel lugar fuese donde se hubieran de cometer. ¿Pues qué si conocen ó tienen amistad con alguna persona espiritual? A veces se abrasan con solo acordarse de ella; y teniendo firme propósito de morir mil muertes antes que

ofender la castidad, juzgan de sí que consienten, y que ofenden, y que ya del todo se han perdido. Y vengamos, pues, al oficio divino, á donde se han visto almas tan atormentadas de escrúpulos, que se puede pensar y creer que les da Dios allí su purgatorio. No te podré decir lo que aquí pasa, porque en la pronunciación nunca se satisfacen, pareciéndoles que pronuncian *m* por *n* y *t* por *d*, y la tercera persona por primera. Cuando dicen el segundo Salmo, les persuade el pensamiento de que se les pasó el primero; y algunos hay tan livianos, que luego lo creen, y le vuelven á repetir una y muchas veces; pregonando en esto que son lo que dijo el Sabio, de corazón fácil y de poco seso. En la Misa es más peligrosa esta batalla, y aún más en el tiempo de la consagración, porque arremeten algunos con las primeras palabras de ella con un furioso ímpetu, y corriendo por los medios, quedan silbando con las postreras. Otros las dicen con tanto ahinco y despacio, que por *Hoc* dicen *Hoque*, y por *est* dicen *este*, y por *Corpus Corpuse*, y por *meum meuum*; y no advierten estos repetidores de Gramática, que tanta menor satisfacción les queda, cuanto más se desecan y consumen repitiendo. No reiteres la palabra en tu oración.

DISCÍPULO. A mí me suele afligir algunas

veces el demonio con representarme y fijar en la memoria cosas que me puedan dar pena y enfado, sin que me sea posible desecharlos en todo el día; y cuanto más trabajo con esto, tanto más parece que se arraigan y confirman.

§ XIII.

MAESTRO. Eso hace él para quitarte el recogimiento y los pensamientos que te pueden ser de provecho; y es ordinario olvidarse eso cuando el hombre ningún caso hace de ello. Del águila se dice, que para apoderarse del ligero ciervo y hacer en él presa á su voluntad, se va á un arrenal, y revolcándose en la arena, cargada de ella alas y cuerpo, se sube sobre la cabeza del ciervo, y asiéndose fuertemente con las uñas, sacúdense de aquel polvo encima de los ojos del animal, y ciégale y entontécele de manera, que él mismo se precipita y despeña, y viene á ser pasto de esta sagaz y astuta ave. Yo digo, cierto, que leyendo esta propiedad del águila se me representó esta lucha de pensamientos y escrúpulos, que á mi ver son como arena menuda, de que el demonio viene cargado, especialmente en el tiempo de la oración y recogimiento; y sentándose en las cabezas de los escrupulosos,

sacude sus alas y ciégales así el entendimiento, y de tal manera los desatina, que muchas veces dan en la desesperación, ó á lo ménos viven siempre con un tedio y enfado grandísimo de la vida, rendidos ya á la tentación del enemigo é incapaces de ningún consejo; perseverando, como dijo el Profeta, á la manera de los heridos en los sepulcros, siempre temblando y nunca seguros. Un padre guardian me contaba de un cierto religioso, ciego de esta pasión de escrúpulos, que fué á confesar con él un día, y le dijo que andando por el claustro había adorado un Cristo que estaba en un ángulo de la pared, y que tenía cierto escrúpulo de que había adorado al mismo tiempo un sayón que allí inmediato estaba pintado.

DISCÍPULO. No se puede encarecer más la miseria de los escrupulosos; pero convendría que dijeses ya la raíz de donde proceden.

MAESTRO. Ya te dije poco há, que me parecía castigo y maldición de Dios; y si te dijere el por qué, acaso confesaras que no ando fuera de camino.

DISCÍPULO. No es posible que yo piense eso de tí, porque sé que has corregido á muchas personas escrupulosas, y que has encontrado la vena á esa enfermedad.

MAESTRO. Los escrúpulos nacen de dos

principios: el primero es desordenado amor de sí mismo; el segundo, escaso amor de Dios. Claro está, si se mira bien, que del demasiado amor que el hombre se tiene á sí, se engendra temor y miedo de aquello que por alguna vía puede dañarle y ser contrario á su naturaleza. De donde deduzco yo, que aun cuando parezca que el escrupuloso guarda la ley de Dios y los preceptos de su Iglesia, es muy probable que no guarde el de la caridad, porque todo lo que hace lo hace, no por amor de Dios, sino de sí mismo, huyendo su condenación. Y es cierto que este tal no puede poner en Dios su confianza, porque no le guarda fidelidad; y así su vida interior es miedo, pavor, trabajo y miseria; y por echar de sí estos temores hace rigurosas penitencias, trabaja, ocúpase en obras de misericordia, toma disciplinas á menudo y nada le basta para librarse de semejante calamidad; al fin, cuanto más se ama, tanto más se teme la muerte, el juicio y las penas del infierno.

DISCÍPULO. ¿De manera que el desordenado temor nace del amor de sí mismo, el cual me compele á desear ser bienaventurado, aunque sea infiel á Aquel que me puede hacer esta gracia?

MAESTRO. Así es, como lo dices. El otro principio de escrúpulos se funda en el escaso

amor de Dios. Y la razón es, porque de amor pequeño no puede engendrarse confianza grande; la verdadera confianza de la misericordia divina y de su liberalidad y gracia, es hija del amor, la cual no nos pueden dar ni las penitencias, ni los ayunos, ni las disciplinas, ni otras ningunas obras desnudas y desacompañadas de él. Y es cierto que no hay cosa tan necesaria al que pretende llegar á la perfección de que tratamos, como la grande confianza y esperanza firme en Dios, cuando el hombre hace de buena voluntad lo que es de su parte por no ofenderle; que, como dijo un sabio, «cuanto uno más espera, tanto más es agradecido, y tanto más enmienda sus faltas por no desagradar á aquel en quien puso su confianza». Y el Profeta dice: «Muchos son los azotes del pecador desconfiado; pero al que espera y confía en el Señor, su misericordia le rodeará».

§ XIV.

DISCIPULO. Predicando un día en una Misa nueva en Sevilla, dijiste sobre aquellas palabras de Cristo: «Si alguno me ama, guardará mis mandamientos», algunas cosas notables acerca de esta materia de que tratamos, que dieron mucho gusto á los oyentes, y algunos

escrupulosos sintieron alivio y remedio; holgaría de oírlas ahora, si tú no tuvieses dificultad en referirlas.

MAESTRO. Dije, si mal no me acuerdo, que el amor hacía fácil y muy llevadera y agradable la ley de Dios.

DISCIPULO. Eso probado se está, que, según el parecer de San Jerónimo, ninguna cosa hay dura ni dificultosa á los que aman. Y San Agustín dice, que los trabajos de los que aman son como de cazadores y pescadores, que ó no se sienten ó hay en ellos deleite.

MAESTRO. De ahí saqué yo luego, que el desamor engendra dificultades, aun en las cosas muy fáciles. Y advierten los Doctores, que tratando Cristo del amor, habló de su ley en singular, conviene á saber: «Guardará mi palabra quien me amare». Y hablando del desamor, habló en plural, diciendo: «Quien no me ama no guarda mis leyes». De esta raíz del desamor nació que dando Dios á nuestros primeros padres un solo mandamiento: que no comiesen del arbol de la ciencia del bien y del mal, siendo uno y tan fácil, se persuadió Eva de que eran dos preceptos, no fáciles, sino dificultosísimos, y la observancia de ellos imposible. Y eso está diciendo la respuesta que dió nuestra madre Eva á la serpiente, cuando le preguntó el por qué del di-

vino mandamiento. «Mandónos, dice, que ni comiésemos ni tocásemos».

DISCÍPULO. Esto último es mentira.

MAESTRO. Y el sonsonete está dando á entender que hay imposibilidad en lo primero. Y es el mal, que come Eva y toca y quebranta dos mandamientos: uno que le impuso Dios, de no comer, y otro que se impuso ella, de no tocar; porque pecó contra su conciencia, que le dictaba hallarse vedado el tocar como el comer. Y esta es la desdicha del escrupuloso, que en daño de su alma forma y añade nuevos preceptos y obligaciones dentro de la ley de Dios, sin que consten en ella, todos los cuales inventa y halla el desamor. Y si dejasen de hacer el mal que imaginan, tolerable sería; pero nunca hay en esto enmienda; escrupulizando siempre y siempre pecando.

DISCÍPULO. Según eso, error grande es afirmar que el amor hace escrupulosos.

MAESTRO. Es blasfemia en el caso á que nos referimos; lo primero, porque el amor es el que facilita el cumplimiento de la ley, y hace que muchos preceptos parezcan uno; lo segundo, porque los que aman son muy discretos y sabios; que el amor es maestro en todas las ciencias, y no puede haber ignorancia en el que de verdad ama, á lo ménos que

ofenda al amado. «Quien hiciere la voluntad de mi Padre (dice el Señor) con amor y caridad, tendrá conocimiento de mi doctrina, y no ignorará lo necesario para su salvación». Es gran maestro el amor; sábese mucho más amando que revolviendo libros y frecuentando las escuelas; por lo cual concluyo con asegurarte, que los escrúpulos nacen del amor propio y desamor de Dios; porque en el alma que falta el divino amor hay confusión y tinieblas en el entendimiento, y pesadez y carga intolerable en la voluntad aficionada á sí misma.

§ XV.

DISCÍPULO. Algunos han dicho que los escrúpulos nacen de melancolía, otros que de soberbia, otros que de necedad é ignorancia.

MAESTRO. Todo puede ser, y el no hallarles con certeza muchos sabios el padre que los engendra, es prueba de que son muy ruin gente y muy vil canalla. Yo he visto muchos hombres cuerdos y teólogos llenos de escrúpulos; y á mí vino un maestro en Sagrada Teología, harto fatigado de un escrúpulo acerca del Santísimo Sacramento del altar, á quien consolé y curé, por la misericordia de Dios, con bien pocas razones. A los que dicen

que los escrúpulos nacen de melancolía, digo que aun cuando parezca que no pueden tener padre corporal hijos espirituales, no cabe duda que se ayudan ellos de ese humor terrestre y pestilencial, y que con él se arraigan más en el alma; y cuando de aquí cojea el escrupuloso, suelen serle de provecho las medicinas corporales: el comer bien, por ejemplo, las conversaciones indiferentes, los entretenimientos de caza y pesca, etc., pues realmente es enfermedad ésta que pueden curar los físicos, sin necesidad de los padres espirituales. Tampoco puedo dejar de confesar que los demasiadamente escrupulosos pecan de necedad ó de locura, porque son muy fastidiosos y casi insufribles donde quiera que residen. A veces perturban las comunidades, se les ve en los coros de las iglesias haciendo gestos y meneos desacostumbrados, como las monas, con que provocan á risa á sus compañeros, y á veces á ira; ellos darán cuenta á Dios de esta su inquietud, tan en daño de sus hermanos. Hartas veces he pensado, y otros conmigo, que hay en esto malicia y fingimiento, y que por parecer santos escrupulean, repiten y pronuncian de una manera exageradamente afectuosa las palabras en sus rezos. A estos tales les privaría yo de decir Misa y confesar y de recibir el Sacramento, porque ó son locos ver-

daderos ó son locos supuestos, y en uno y en otro caso se hallan incapacitados para estos beneficios.

DISCÍPULO. Muchas veces me he reprendido yo por haber calificado de loco á un escrupuloso, fundándome para ello en que otros que estaban en su caso parecían más ó ménos atormentados de esta pasión, según las crecientes y menguantes de la luna; admirándome mucho de que su principal cuidado consistiese en que le dieran doblada la ración.

MAESTRO. En eso paran los escrupulosos en demasía; y consiste en que para remediar la vanidad de la cabeza idean comer espléndida y regaladamente, dormir mejor, y no matarse en los trabajos de la Orden, ó de su casa si son seglares. A los que no se encuentren en este caso, digo que, en tanto que las tentaciones y pensamientos importunos de blasfemia ó de sensualidad ó contra la fe y honestidad que se debe á los santos y cosas sagradas, hubiese guerra y lucha, de ninguna manera hay pecado; porque ahí falta el consentimiento de la voluntad, que está encontrada con los tales pensamientos, siendo necesario que éstos y ella estuviesen de acuerdo para que cesara la guerra; en cuyo último caso, únicamente, sería cuando se estableciese la paz falsa y mala, que dijo el Profeta.

Algunos sientan que es bueno no hacer alto en estas cosas, que son como asombros del demonio, y que sólo tienen de malo el tormento que causan, pero el alma no padece detrimento, y queda confundido el enemigo cuando ve que le tenemos en poco y que nos reimos de sus tentaciones. Cayetano en su *Summa*, y otros graves Doctores, tratando de curar esta enfermedad, presentan algunos remedios. El mayor y mejor de todos es humillarse el hombre á Dios, orar de todo corazón y sujetarse al parecer ajeno; porque el mío es y ha sido siempre, que estas enfadosas y malditas sabandijas de los escrúpulos nacen de la soberbia. ¿Por ventura no es soberbia pretender el hombre andar tan al justo con Dios, y que pueda hacer sus obras tan perfectamente que no les falte ni una tilde? ¿Acaso no es desconfianza de su Divina Majestad creer que no considera esta nuestra fragilidad, y que somos polvo, y que forzosamente nos hemos de distraer y faltar en muchas cosas á su servicio, como dijo Santiago? ¿Y no es sentir mal de aquella bondad infinita, cuyos pensamientos todos son de paz y en nuestro provecho, suponer que está observando los acentos, las palabras y las muy pequeñas vacilaciones de nuestro entendimiento, y otra multitud de niñerías, de que aun los muy justos no se vie-

ron libres? Sí, que escrito está: «si observáreis, Señor, nuestras maldades, ¿quién podría sufriros?» Deje el escrupuloso su parecer y siga el de su confesor y padre espiritual, y no estudie, como lo hacen muchos, la manera de replicar y resistir á éste, para nunca salir de infierno; que infierno es para él, pues padece sin cesar, y nunca merece premio, si no se humilla y acepta y emplea el remedio que su confesor le prescribe. Lo demas que acerca de este padecimiento pudiera decirte, quédese para los padres espirituales ó confesores, principalmente encargados de recetar las medicinas, con arreglo á la gravedad del mal y á la naturaleza de los enfermos. Por mi parte estoy cansado ya de hablar de este jayán y enemigo de nuestro sosiego, resolviéndome á dejarle y tratar brevemente de los que quedan, porque es ya tarde y casi hora de silencio.

DISCÍPULO. Algunos dicen que se pegan los escrúpulos, como enfermedad contagiosa.

MAESTRO. Hombres se han visto muy libres de este achaque, y los cuales, sin embargo, llegaron á hacerse muy escrupulosos por haber tratado con gente que lo era.

DISCÍPULO. Libreme Dios de ellos.

MAESTRO. Pasemos á la solicitud temporal, que es el nono jayán que hasta por los

claustrros y oficinas interiores de algunas religiones ha querido entrarse, y ha convertido el cuidado del espíritu con que comenzaron y prosiguieron muchos años, en el temporal con que ahora viven, no sin pérdida grande de los convertidos. Y aunque en esto no considero yo que se llegue á pecado, hallo, cuando ménos, mucho de imperfecto; pues harto saben los varones espirituales á quienes me refiero, que la solitud de las cosas de la tierra estorba á la que se debe á las del Cielo. Ya dijo la Eterna Verdad, que ninguno podía servir á dos señores sin hacer falta al uno de ellos.

DISCÍPULO. Nunca me molestó mucho ese enemigo, porque luego que Dios me abrió los ojos del alma, para que gozase algún tanto de su divina luz, se me fijó mucho en la mente lo que el Salvador dijo en su Evangelio, á saber: «Que buscando ante todo el Reino de Dios y su justicia, las demas cosas ya se me darían de añadidura».

MAESTRO. No prohíbe el Señor el trabajo provechoso, y el adquirir y granjear hacienda, especialmente en el siglo, antes lo alaba, y dice el Apóstol: «Que quien no trabajare, que no coma». Condena, empero, el exceso que hay en esto, y el empleo de todo el corazón en cosas de tan poca importancia, mien-

tras se olvidan las que valen tanto como las eternas. Es la solitud temporal un enemigo que muchas veces nos despoja de la caridad y nos roba la devoción, exponiéndonos á infinitas tentaciones y asechanzas del demonio cuando es inutil y excesiva. Este enemigo se apodera de los afectos de nuestros sentidos y de la misma naturaleza, para que no pueda reinar en nosotros la divina gracia. Esta es quien persuade á los hombres de que sirviendo á Dios ha de faltarles el sustento, mientras que ofendiéndole les promete el remedio en sus necesidades, mediante su copiosa misericordia; es decir, el que niega lo temporal á la virtud y á la justicia, para conceder á los pecados lo eterno.

DISCÍPULO. No he comprendido la última razón.

MAESTRO. Digo que hay muchos que fian de Dios el perdón de sus culpas, pregonándole misericordioso cuando las cometen, y no fian del mismo el darles el sustento y comida de cada día si le sirven. Y es uno de los mayores desatinos á que puede llegar un hombre, el esperar de Dios, siendo enemigo suyo, lo que es más, y no lo que es ménos teniéndole por amigo y obligado con servicios y obras virtuosas. Si no, dime: ¿qué razón hay para que siendo un hombre pecador y malo,

presuma que Dios no le faltará en el perdón de sus culpas, y para que siendo bueno y justo, desconfie de que le ha de dar lo que concede á los moros, judíos y herejes, y aún á las aves del cielo y á las bestias de los campos?

DISCÍPULO. No se puede añadir á ese discurso cosa alguna.

MAESTRO. Ni á la materia de solitud, que conocidos son sus daños, y muy poca aceptación tiene entre los que se contentan con sólo Dios, como lo estaba aquella Santa que decía: «Yo para mi Amado y Él para mí, y no más mundo». Yo, por lo ménos, más me recelo del tedio ó cansancio en su servicio, de los cuales procede el descuido en la guarda del corazón, y una infinidad de pensamientos vanos y ociosos, que le ensucian y vuelven incapaz de toda devoción y sentimiento espiritual. Despiértate, pues, frecuentemente contra él á las cosas divinas, y pregúntate á menudo á qué viniste á la Religión, como lo hacía San Bernardo; y nunca gastes el tiempo en niñerías y cosas sin provecho, que ahí se engendra el tedio, ahí crece y ahí adquiere fuerzas. Algunas veces te sentirás enfadado y displicente, tan triste y sin consuelo, que á ninguna cosa volverás los ojos que no te enoje y cause tedio. Te parecerá que traes

á cuestras todo el mundo, y que nadie te mira con buenos ojos, y que no falta sino que te trague la tierra. Pero no desmayes, ni pierdas la esperanza de tu remedio en este tiempo; humíllate ante Dios y sufre sus manos, como dijo el Sabio, que en el ánimo humilde labran perfectísimas labores de virtudes y merecimientos. No hay artífice que en material vivo libre obra perfecta, porque resiste á las manos que le han de dar su perfección, como se ve en el brótano ó murta, que aunque con gran curiosidad dibuje el hortelano algunas figuras, en breve tiempo no queda rastro de lo que fueron, porque es material vivo, que con mucha prisa crece. Otra cosa es en el material muerto, como el yeso, la piedra y el madero, que sufren las manos de los artífices y reciben las figuras que en ellos labran, y las conservan para siempre. Tales nos quiere Dios para hacer en nosotros ricas labores y obras de sus manos: y entonces anda sobre tí cuando te parece que te tiene más olvidado. Desaparecerá esa nube que te atribula, y aparecerá el Sol de justicia, y con su vista graciosa te devolverá la alegría de tu corazón. Sufre, te digo otra vez, sus manos, y resignado en ellas, pide de corazón que se haga su voluntad en tiempo y en la eternidad. Y guárdate, después de esto, de la gula espiri-

tual, que es enemigo que apenas se conoce, ni nos recelamos de él, y son sus daños muy conocidos. De éste no diré nada, por haber dicho mucho en otras partes. Aunque será bien que aprendas una doctrina general, y será ésta: Que todos los dones, así naturales como sobrenaturales, no con otro fin se han de pedir á Dios, ni se ha de usar de ellos cuando se nos dieren, que para venir á mayor mortificación de todas las cosas, por medio de ellos, como por medio del cielo, y para con mayor fervor convertirnos y juntarnos á Dios. Los consuelos que los principiantes en la virtud gozan de ordinario, sírvales como de leche (que al fin son niños en el camino del Señor), para que con el gusto y suavidad de ellos olviden los deleites y regalos que les ofrecía el mundo, y vivan con estos mimos y relieves de la mesa de Dios, hasta que puedan comer pan con corteza, y tomar armas, y sufrir golpes de tentaciones y encuentros recios de los demonios, enemigos declarados de nuestro bien. En el Antiguo Testamento mandaba Dios á los señores que diesen alimentos á sus siervos cuando los libertasen, y hasta que ellos pusiesen casa y pudieran mantenerse por sí mismos. Lo cual el piadosísimo Señor ejecuta también con los que liberta de nuevo de la esclavitud de los vicios, hasta

que reúnen algún caudal y pueden vivir por sí solos. Y el Redentor de los hombres no quiso enviar sin comer á los que le siguieron por el desierto; para que no desfalleciesen en el camino y decayesen por falta de alimento en el bien comenzado.

DISCÍPULO. Al fin todas las cosas que de Dios recibimos ó podemos recibir, han de ir fundadas en la propia mortificación y abnegación, así del espíritu como de la naturaleza y bajo del altísimo beneplácito de Dios?

MAESTRO. Eso es lo que te digo y enseño, porque sin esas condiciones, ninguna otra cosa se puede presumir en las mayores riquezas del espíritu, que amor propio y particular interés, que es el veneno y corrupción de todas ellas.

DISCÍPULO. Ya no falta sino el último jayán.

MAESTRO. O sea el que llamamos especulación; contra el cual hallarás un divino documento en el final del Diálogo octavo: allí te remito, porque estoy cansadísimo y muy deseoso de callar por hoy. Y si más quisieres saber, lee el capítulo xiv de los *Triunfos*, que es el que enseña cómo se ha de cautivar el entendimiento y tener á raya la especulación, para que la voluntad goce y se emplee toda en Dios. Que no es razón que la señora esté

fuera, mientras la criada ocupa el mejor lugar de la casa y se lleva lo más y mejor del tiempo. Los que no especulan y tratan las Escrituras con intención de aprovechar en el conocimiento propio, aunque no para aprender á negarse y á unirse á Dios con ardientes deseos y afectos inflamados, salen, sin duda, del tal ejercicio soberbios, vanos, hinchados, amigos de sí mismos y llenos de su propio parecer: consumen las fuerzas y el ingenio en cosas de aire, y ellos mismos se son impedimento para que Dios les comunique sus verdaderos, sólidos y sabrosos bienes. Y no más, porque no pierda yo por hablar lo que ellos por especular. Adios, Deseoso.

Discípulo. Él sea contigo y te guarde. Amén.



DIÁLOGO OCTAVO.

DE LOS EJERCICIOS EN QUE SE HA DE OCUPAR EL CONTEMPLATIVO QUE YA DESCUBRIÓ EL REINO DE DIOS EN SU ALMA Y LE CONQUISTÓ.

Discípulo. Dios te salve, maestro mío.

Maestro. El mismo te sea salud sempiterna, hijo Deseoso.

Discípulo. Y qué deseoso vengo hoy de oírte hablar acerca de aquel santo ejercicio que días pasados me indicabas, significándome que Dios te le había revelado!

Maestro. La revelación no fué á mí, que no soy tan bueno como tú piensas, sino al Profeta Micheas, el cual, codicioso de saber qué sacrificio ofrecería al Señor que le fuese más aceptable, y para su alma de mayor pro-

fuera, mientras la criada ocupa el mejor lugar de la casa y se lleva lo más y mejor del tiempo. Los que no especulan y tratan las Escrituras con intención de aprovechar en el conocimiento propio, aunque no para aprender á negarse y á unirse á Dios con ardientes deseos y afectos inflamados, salen, sin duda, del tal ejercicio soberbios, vanos, hinchados, amigos de sí mismos y llenos de su propio parecer: consumen las fuerzas y el ingenio en cosas de aire, y ellos mismos se son impedimento para que Dios les comunique sus verdaderos, sólidos y sabrosos bienes. Y no más, porque no pierda yo por hablar lo que ellos por especular. Adios, Deseoso.

DISCÍPULO. Él sea contigo y te guarde. Amén.



DIÁLOGO OCTAVO.

DE LOS EJERCICIOS EN QUE SE HA DE OCUPAR EL CONTEMPLATIVO QUE YA DESCUBRIÓ EL REINO DE DIOS EN SU ALMA Y LE CONQUISTÓ.

DISCÍPULO. Dios te salve, maestro mío.

MAESTRO. El mismo te sea salud sempiterna, hijo Deseoso.

DISCÍPULO. Y qué deseoso vengo hoy de oírte hablar acerca de aquel santo ejercicio que días pasados me indicabas, significándome que Dios te le había revelado!

MAESTRO. La revelación no fué á mí, que no soy tan bueno como tú piensas, sino al Profeta Micheas, el cual, codicioso de saber qué sacrificio ofrecería al Señor que le fuese más aceptable, y para su alma de mayor pro-

vecho, mereció que el mismo Dios le hablase en espíritu y le dijese: «Yo quiero ser tu Maestro y enseñarte lo que es bueno, y lo que tu Señor Dios quiere de tí». Y dichas estas palabras, hizo una cifra y suma de todo lo que hay que saber para que el hombre ande compuesto y bien ordenado consigo, con el prójimo y con Dios. «Ciertamente, dice Este, lo que quiero es que formes juicio, que ames la misericordia y que andes solícito con tu Dios».

DISCÍPULO. ¿Es posible que en tan breves palabras se encierren tantos misterios, que para ser uno más perfecto en todo género de virtud, no tenga necesidad de leer más libros, ni de ocuparse en otros nuevos ejercicios?

MAESTRO. No me parece que hay lugar á ningún género de duda sobre esto, una vez interpuesta la autoridad del mismo Dios acerca de ello, y después de haber manifestado por su boca que esto es lo bueno, y con lo que le tendrá contento su siervo y cualquiera que lo practicare. Y para que entiendas que no son encarecimientos míos, ni hablo de gracia, ni por entretener el tiempo, nota que toda la armonía de los espirituales ejercicios y todas las riquezas del hombre interior estriban en cuatro puntos; conviene á saber: *en subir con libertad por hacimiento de gra-*

cias á la Majestad de Dios. En descender por humildad y abnegación de la voluntad propia, hasta colocarse bajo su poderosa mano. En salir de sí virtuosamente para ir en busca de todos los hombres con amor general y caridad bien ordenada. En entrar uniformemente en su interior por olvido de todas las cosas, hasta llegar á los brazos y unión con el Esposo. No sé si me habrás entendido.

DISCÍPULO. Parece que sí.

MAESTRO. Pues vuelve á decir estos cuatro puntos, porque es menester que los sepas como el Ave-María.

DISCÍPULO. El primero, libres ascensiones del alma por hacimiento de gracias á la Majestad de Dios. El segundo, humildes descensos por abnegación de sí mismo, bajo la poderosa mano del Señor. El tercero, virtuosas salidas hacia todos los hombres por un general amor de largueza divina. El cuarto, uniformes entradas ó introversiones por olvido de todas las cosas, hasta los abrazos y unión con el divino Esposo.

MAESTRO. Admirablemente has comprendido este santo ejercicio; mas porque te deseo que te aficiones á él y no á otro, así por ser revelado, como por la experiencia que yo tengo de lo mucho que en él aprovecha con poco trabajo el alma y sin algún hastío, has

de saber, que todo cuánto está escrito en materia de oración y contemplación se reduce á él. En él se fundan aquellas cuatro vías: purgativa, iluminativa, amativa y unitiva, de que tantos Santos han compuesto copiosos y prolijos tratados, especialmente San Dionisio, San Buenaventura, Henrico de Herp, el caxiller Juan Gerson, Ricardo, Hugo y otros muchos. En el primero de éstos quatro puntos se eleva el alma. En el segundo se abate. En el tercero se comunica. En el quarto se recoge y encierra en sí mismo, dentro del Reino de su Dios. Son éstos aquellos quatro ríos que regaban aquel vergel y jardín divino en que puso Dios á nuestros primeros padres, que le hacían agradable y de gran recreación. ¿Y cuánto más agradable y de mayor deleite es para Dios el corazón del hombre, que con tales ríos se riega y refresca cada día? Hablando el celestial Esposo con el alma, su esposa, en los Cantares, la dice: «Huerto cerrado sois, hermana y esposa mía; huerto cerrado y fuente sellada. *Emissiones tuæ paradisus*: vuestras salidas son Paraíso en que yo me deleito y recreo».

DISCÍPULO. No parece que tradujiste bien y con propiedad aquella palabra latina, *emissiones*, porque, como sabes, se deriva del verbo *emitto*, ir, que significa enviar, y á mi pa-

recer, habías de decir: Tus enviadas son paraíso.

MAESTRO. Tienes razón y muy grande; que *salidas* no dan á entender tanto el imperio de la voluntad como *enviadas*. Pero, porque este término no se halla en uso, usé yo del más común; y porque es negocio llano y sabido de todos que los pensamientos y las salidas naturales del alma á cualquiera de las quatro partes ya dichas no hacen paraíso para Dios, el cual sólo se agrada del sacrificio voluntario, y todas nuestras operaciones quiere que sean imperadas de la voluntad; y con esta advertencia lo mismo es enviar que salir.

§. II.

Y pues que sabes argüir en cosas tan importantes, pregúntote yo: ¿Por qué se llama al alma huerto, y huerto dos veces cerrado, y fuente sellada?

DISCÍPULO. Me parece á mí que le da ese título el Esposo para significar lo mucho que se regala en ella, cuando, á la manera de un jardín que está plantado de diversos árboles y diversas yerbas y odoríferas flores, con mucha abundancia de fuentes cristalinas, bien cercado y bien guardado, para que ni las bestias le huellen ni los hombres entren á robar-

le la fruta, la mira y contempla guarnecida con el temor de Dios, rodeada de su ley y de la custodia de los ángeles, plantada de muchas y diversas virtudes, de pensamientos del cielo y de deseos divinos.

MAESTRO. No se te puede negar que la respuesta ha sido á propósito; sólo quiero añadir que no será paraíso el corazón que no estuviere dos veces, ó más, cerrado á todo lo que no fuese Dios ú ordenado para Dios; y junto con esto, fuente sellada y marcada por suya y para sí. «Con toda custodia guarda tu corazón, dice el Sabio, porque de él procedé la vida»; no cualquier vida, sino la vida interior y esencialmente buena.

DISCÍPULO. También la natural.

MAESTRO. Verdad es; pero no habla Salomón de esa vida, porque no tuvo Naturaleza necesidad de aviso para guardar el corazón, de donde ella procede, sino de la vida del alma, la cual nace del corazón bien guardado; y así es que luego se sigue: *emisiones tuæ paradyssus*; tus salidas ó manantiales, paraíso. Sí, que aquel salir á Dios con hacimiento de gracias; aquel descender por conocimiento propio; aquel comunicarse al prójimo con celo de su salud espiritual; aquel entrar dentro de sí, con uniformidad de deseos, aspirando incansablemente á la unión del Esposo,

paraíso es y lugar de deleites para Dios. Verdad es que algunos leen esta letra diferentemente, porque en lugar de *emisiones* traducen *propagines*, que significa todo género de árboles y plantas de que se forman los huertos y jardines; y así lo unen, y continúan con lo que se sigue, de esta manera: Tus pimpollos y renuevos, que son las operaciones interiores y exteriores del alma, son paraíso de granados, manzanos, camuesos, nardos, azafranes, canela, cinamomo, con todos los demas árboles del monte Líbano, mirra, acibar, con otros más unguentos primos ó principales.

DISCÍPULO. Necesariamente, todos esos árboles tendrán sus significaciones místicas.

MAESTRO. Claro está que no se deleita Dios ni tiene por paraíso huerto alguno del mundo, por cerrado que esté y bien plantado de estos árboles. Y pues habla con nuestra alma y espíritu nuestro, espiritual ha de ser esta arboleda y plantas que aquí se nombran, y espiritualmente han de ser entendidas. En el granado, los deseos de los mártires; en el sáuce, que algunos llaman árbol del paraíso, otros junquillo, otros cierto género de palma que lleva racimos de dátiles como de uvas, la caridad olorósísima; en el nardo, la humildad y la devoción; en el azafrán, la sobriedad, la templanza y la alegría espiritual; en la caña-

fistola, que, como nota Plinio, es cierto género de árbol llamado cálimo, cuya corteza es de grato olor y á propósito para un unguento preciosísimo, la honestidad y vergüenza, porque ahuyenta del alma los malos deseos y pensamientos no castos; en la canela, la virtud de la fortaleza, porque es caliente y conforta el estómago flaco; en la mirra y áloe ó acibar, la penitencia; y en los demás árboles y unguentos, toda la universidad de las virtudes, de que sería imposible, sin exceder mucho de nuestro intento, hacer tratado.

§-III.

DISCÍPULO. Luego le cuadra muy bien al alma que se ejercita en estas cuatro calidades y puntos el nombre de paraíso.

MAESTRO. Verdad dices, y plegue á Dios por su bondad que te dé á entender lo mucho que te importa, abandonados cualesquiera otros ejercicios, ocuparte en éste con todo tu corazón y todas tus fuerzas; pues, á mi modo de ver, no era otra la petición del Apóstol San Pablo, cuando, escribiendo á los de Efeso, decía: Por esto, llas rodillas en el suelo al Padre de Nuestro Señor Jesucristo pido y suplico os concedá que, corroborados y fortificados en su espíritu, en el hombre interior,

podáis comprender con todos los Santos, que sea la longitud, latitud y alteza y profundidad, y la caridad de Cristo, que excede á tu científico conocimiento. Hasta aquí son palabras del Apóstol; las cuales, bien consideradas, hallarás en ellas todo lo que hemos dicho de nuestro ejercicio; porque aquí sube el alma, por hacimiento de gracias, hasta la alteza de Dios; y baja, por conocimiento propio, hasta el abismo de su nada; y ensánchase caritativamente, hasta abrazar por el Señor amigos y enemigos; y es sublimada en la esencial introversión, abrazándose íntimamente con su Dios. Y esta es la anchura, alteza, profundidad y largura que comprendieron todos los Santos, ayudados y fortalecidos con el espíritu de Dios. Él te le conceda para que lo entiendas y obres.

DISCÍPULO. Amén. Confieso que no he oído ni leído en mi vida tal exposición como la que has hecho respecto de ese lugar del Apóstol, tan dificultoso y de tan pocos entendidos.

MAESTRO. ¿Por ventura no te agrada?
 DISCÍPULO. Siendo, como es, admirable, por qué no me ha de agradar? Sólo deseo saber de tí ahora, si há de haber tiempo señalado para cada cosa de estas, ó si consecutivamente se ha de ir ejercitando el alma en ellas;

de suerte que al subir se siga inmediatamente el bajar, y al salir el encerramiento y clausura con Dios.

MAESTRO. Muy buena dificultad es esa, y propia de quien ha comprendido esta doctrina del cielo. Por lo cual nota, que el subir de suyo desvanece; el bajar, desmaya; el salir á fuera, distrae, y el encerramiento causa olvido; y para que haya armonía y consonancia agradable al Señor, estas cuatro relaciones se han de estar siempre mirando y respetando; de manera que la elevación tenga respeto á la humillación, y el salir y comunicarse á las criaturas al entrar el Criador. Que como no es posible sustentarse uno mucho tiempo en lo alto de la contemplación, sin desvanecerse, si no acude á lo bajo del menosprecio de sí mismo, así tampoco puede acudir al prójimo, sin daño notable suyo, si le falta el recurso ordinario á la oración é introversión esencial en lo profundo de su alma. Créanme los activos todos: que si no les ayuda María, que se han de cansar y faltar en lo comenzado, por muy fervorosos que comiencen, y aun caer en hartas miserias. Y yo, hijo, no reprendo á los que se ocupan en visitar enfermos, en hospedar pobres, en convertir mujeres perdidas y en tratar de la salud espiritual del prójimo; pero sí decirles que si les falta

María, darán con todo en el suelo. «Instando en la oración, dice San Pablo, acudid á las necesidades de los Santos». Pues si habiendo de tratar con gente santa es necesario insistir en la oración, para tratar con pecadores ¿no será menester doblada oración? ¿No será necesaria insistencia y perseverancia á los piés de Cristo?

DISCÍPULO. Mucha razón tienes; que aun yo, con ser mozo y sin experiencia, he advertido y mirado el peligro de algunos, que todo su cuidado ponen en el aprovechamiento ajeno, sin tenerle del propio, y temo cierta su caída.

MAESTRO. Aún no tan malo, si el aprovechamiento de sus prójimos les trajere distraídos; mas yo sospecho, y quédese en sospecha, que buscan el suyo temporal, y el ajeno les sirve de cabeza de lobo. Al fin, ellos comen y viven á costa de la virtud, con título y nombre de Santos, como hemos visto en muchos iluminados de nuestros tiempos, cuya memoria ofende á cualesquiera oídos piadosos. Créeme, hijo Deseoso, que para tratar una hora con el prójimo con aprovechamiento suyo y sin daño nuestro, son menester ocho de trato con Dios. Del santo Fray Gil, compañero de nuestro Padre San Francisco, se lee que si por la obediencia salía una vez de

casa, decía que necesitaba ocho días de encierro para volver á colocarse en el punto en que se hallaba cuando salió. ¿Pues qué se podrá suponer de algunos mozos que, corriendo sangre, se entrometen á tratar de conversión ó confusión de almas, los cuales en todo el día saben entrar en su casa, sino de una en otra en las ajenas, sin tener media hora de trato con Dios á favor de la oración?

§ IV.

DISCÍPULO. Y de las beatas espirituales, que si no cogen el manto cuando vienen de fuera, es por no tardar en descogerle cuando vuelven á salir, ¿qué te parece?

MAESTRO. Muy mal, porque no cumplen con su obligación, que pide mayor recogimiento y guarda de sentidos que en las demás mujeres del siglo; pero aunque pudiera decirte muchas cosas más sobre este asunto, no quiero interrumpir por ahora nuestro ejercicio. Digo, pues, que unas veces se ha de subir y otras bajar; unas salir á fuera y otras entrar dentro de sí; lo cual te enseñará el Espíritu Santo, si con humildad acudes á él. Y estame atento, porque quiero confirmar esta doctrina con un lugar famoso de la Escritura, á fin de que la estimes en lo que es razón.

¿Por ventura te acuerdas de aquellos animales que vió Ezequiel junto al río de Chobar?

DISCÍPULO. Sí, me acuerdo; pero no entiendo el misterio de aquella visión.

MAESTRO. Pues advierte que, aun cuando el Profeta santo dice en el capítulo primero que eran cuatro, en el décimo expresa que era uno. Éste tenía cara de león, de águila, de becerro y de hombre. Por este misterioso animal es significado el varón justo, ocupado todo en este espiritual ejercicio de que voy hablando. El cual, como león, se retira á la soledad; como hombre, es humanitario y trata con los hombres; como águila, se remonta y sube por contemplación al cielo; como buey, labra en la tierra del propio conocimiento. *Et animalia ibant et revertebantur in similitudinem fulguris coruscantis.* Y estos animales iban y volvían, á semejanza del rayo, que con velocidad camina á una y otra parte, despidiendo de sí centellas de fuego; tan presto en lo alto de las divinas alabanzas, como en lo profundo de la humildad; tan presto ayudando al prójimo, como retirado dentro de sí. Divino animal, que es uno y muchos: muchos, por los diversos respetos y ocupaciones; uno, porque en cada cosa se halla entero; todo en la elevación; todo en el conocimiento propio; todo en el bien de los próji-

mos, y todo en la introversión. San Gregorio, sobre este lugar, advirtió una cosa de mucha consideración: dice allí Ezequiel, que estos animales iban y no volvían atrás un paso; y luego parece que se desdice: *Et animalia ibant et revertebantur in similitudinem fulguris cuscantis*. Y los animales iban y volvían á la semejanza del rayo inflamado, y echando chispas.

DISCÍPULO. Parece cierto que no se compadece lo uno con lo otro.

MAESTRO. Sí, se compadece de esta manera: que en lo primero, como dice San Gregorio, se declara la perseverancia que los santos tienen en la virtud, y el tesón con que caminan en ella; y en lo segundo, el ordinario recurso á Dios. Ha de haber una ida y una venida; han de acudir al prójimo; pero luego se han de volver á Dios y engolfarse en Él; y esto á semejanza del rayo; que, como éste, ha de despedir de sí palabras de fuego, que enciendan y abrasen los corazones de los hombres y los conviertan á Dios. El cual los llama por este nombre, hablando con el Santo Job. «¿Por ventura, dice, serás poderoso para enviar rayos del cielo á la tierra, y que con ir tan impetuosos te sean tan obedientes que, habiendo producido sus efectos, vueltos á tí, te digan: aquí estamos?» Claro está, según la

exposición de San Gregorio, que no habla aquí Dios tanto de los rayos materiales, que se despiden de las nubes que andan por los aires, cuanto de los espirituales, de que vamos hablando; los cuales salen de la mano poderosa de Dios inflamados en fuego de caridad, y, causando efectos maravillosos en las almas, vuelven á Él, como gavilanes á la mano del cazador, para no perder la actividad del herir; vuelven, finalmente, á la esfera del fuego, de donde la recibieron. Es decirnos, que ni todo ha de ser contemplar, ni todo convertir almas. Divinamente nos declaró esto el Apóstol, escribiendo á los de Corinto: *Sive mente excedimus Deo, sive sobrii sumus, vobis, charitas Cristi urget nos*. Algunas veces nos arrebatamos en espíritu en el secreto de la contemplación á tratar con solo Dios; otras veces nos humanamos con vosotros para comunicaros lo que os conviene para vuestro remedio, y á lo uno y á lo otro nos incita la caridad de Cristo. Como si dijera: El fuego de la caridad nos enciende y voltea como rayos, y unas veces nos arroja á lo alto del cielo, donde está la esfera del amor, y allí nos anegamos, y allí es toda nuestra conversación, absortos con Dios y olvidados de las bajezas de la tierra; y esa misma caridad nos vuelve á la tierra para procurar vuestra salud;

y así somos águilas en la contemplación, hombres en el trato familiar del prójimo, leones en la introversión y soledad y bueyes en la labor del propio conocimiento.

DISCÍPULO. Confieso que jamas entendí ese paso, ni le he oído explicar tan profundamente como tú, ahora, me le has declarado. Bendito sea Nuestro Señor, que da su espíritu para entender é interpretar la Sagrada Escritura con tanta sinceridad y tanto aprovechamiento de las almas.

§ V.

MAESTRO. Muchos otros lugares hay que confirman este santo ejercicio; especialmente uno de Jeremías, que de las dos partes de él trató soberanamente; pero ni yo te quiero cansar, ni hay tampoco necesidad de otras pruebas.

DISCÍPULO. En cuanto á mí, creo que no sentiría cansancio, aun cuando me anochebiese y amaneciese oyéndote hablar, y harto sabéis que la conversación acerca de la divina Sabiduría carece de amargura y de tedio. El trato de los hombres del mundo sí que cansa y enfada; pero el de Dios enciende el corazón, y es pasto y sustento verdadero del alma. No quiero, por lo dicho, seros molesto é im-

portuno, obligándote á más de lo que pide tu falta de salud; sólo te suplico que me digas ese lugar de Jeremías, después de lo cual podremos retirarnos á la oración.

MAESTRO. «Asentarse há el solitario y callará, y levantarse há sobre sí». Esto dice el Profeta; y es tanta su profundidad y tan grandes los secretos que en tan breve sentencia se encierran, que temo mucho ponerme á desenvolverlos.

DISCÍPULO. Ya he leído yo ese lugar en *Los triunfos* que escribiste.

MAESTRO. Es así como lo dices; pero con el miedo que ahora tengo, lo traté muy á la ligera; dije poco y con mucha oscuridad, y ésta deseo aclarar ahora, si el Señor tuviere á bien prestarme su favor y ayuda. Nota, pues, que todas las condiciones necesarias para la perfecta oración y unión con Dios, se encierran en esta breve sentencia: *Asentarse há el solitario y callará, y levantarse há sobre sí*. Lo primero es asentarse; lo segundo, soledad; lo tercero, silencio; lo cuarto, elevación ó raptó. De lo primero dijo el filósofo: «El ánimo asentada y con quietud se hace sabia». En todas las cosas buscó la divina Sabiduría descanso, y en solos los quietos y humildes le halló. ¿Cómo puede descansar Dios en el alma inquieta que oye el sermón y está en el

oratorio esperando que se acabe la hora, como si fuese tarea, con un tropél de pensamientos que ahogan cualquiera buena inspiración y habla divina? De los inquietos y de mal asiento dijo el Sabio: «El corazón del necio es como la rueda del carro, que en nada tiene sosiego ni firmeza; cada día muda de propósitos; ya se da todo á la oración, ya la deja del todo; unas veces muy activo, otras muy contemplativo; lo que hoy le agrada, mañana le da en rostro; y, usurpando el oficio de Penélope, tejiendo y destejiendo, se le pasa la vida sin ningún fruto ni aprovechamiento espiritual. Sus pensamientos, dice el Sabio, son como el rodezno del molino: ya de la hacienda, ya de los hijos, ya de la mujer, ya del negocio, ya del pleito; y plega á Dios no sean sucios y torpes, consentidos ó mal resistidos». Estos más se ponen en la oración á pensar, que no á meditar ni contemplar.

DISCÍPULO. ¿Pues hay alguna diferencia entre estos tres términos: pensar, meditar y contemplar?

MAESTRO. Grandísima, y no me persuadirá yo que ignorabas eso, si no me preguntaras; porque es cosa que se debe saber ante todas las demas que hacen esta materia. Nota, pues, que aunque las operaciones de nuestra ánima sean muchas, de tres hacen principal-

mente mención los Doctores, que son: cogitación, meditación y contemplación. De las cuales hablando Ricardo, Hugo de San Víctor y el Canciller, dicen que la cogitación es pensamiento vago, vano y sin fruto de las cosas de la tierra, en el cual ni hay trabajo, ni fatiga, sino un libre discurso por lo que se ofrece. La meditación es pensamiento pródigo y deseo sabio del alma que busca alguna verdad, en que no poco se fatiga y acongoja; aunque el aprovechamiento es mucho, porque se enciende con ella el fuego de la caridad, que es el fin de toda buena meditación. La contemplación por ahora es lo mismo que la meditación, porque la una y la otra son una consideración útil de las cosas celestiales y provechosas para el alma; pero difieren en que la meditación se hace con fatiga y la contemplación con gusto y sin pesadumbre. Y aun la meditación, si es atenta, devota y con particular fin, y de cosas particulares, se convierte muchas veces en contemplación.

DISCÍPULO. Mucho me consolara que me declarases esto con algún ejemplo visible, porque es mi torpeza tal, que apenas te he entendido.

MAESTRO. Considera un hombre que no habiendo aprendido el arte de pintar, teniendo voluntad de aprenderle, tomase un

pincel en la mano y se pusiese á pintar desordenadamente lo que se le ofreciese á la fantasía: no cabe duda de que ejecutaría esto sin fatiga ni molestia de ninguna especie, pero sin provecho también, porque sólo serviría para borrar el papel ó la tabla sobre que se pintase. Pues supongamos ahora que este mismo sugeto se propone aprender este arte, y toma lecciones para ello: sería cosa de ver las dificultades con que tropieza al empezar; porque como le obliga el maestro á pintar cosas en particular y concertadamente, y de manera que puedan ser vistas y juzgadas, hasta adquirir el hábito lo lleva todo muy cuesta arriba; mas al fin, con el ejercicio y la práctica, y con el deseo del lucro, poco á poco llega á ser perito en la pintura y á ejercer con deleite y facilidad grande.

DISCÍPULO. Ya estoy completamente enterado de lo que me queríais decir.

MAESTRO. Digo, pues, que el pensar es como el pintar desconcertadamente y sin arte; es hacer borrones y gastar tiempo inútilmente. El meditar es pintar con orden y concierto y con propósito de salir adelante con la pintura; mas el contemplar es esto mismo, pero con destreza, con facilidad y con gusto. Los que se retiran á pensar viven en grande peligro, porque pierden el tiempo y se hallan

expuestos á todo género de pensamientos, que les ofrece el demonio, como otros tantos mirones ó ventas en que para todo el mundo está abierta la puerta. Y es doctrina de iluminados, que enseñan á estarse estériles en la oración, esperando el primer pensamiento que ocurre. Los que se ocupan en la meditación reciben gran provecho de ella, hácese sabios, enciéndense en el amor de Dios, crecen en la devoción, en la humildad y menosprecio del mundo, y, finalmente, en todo género de virtudes. Y lo que es más, llegan á lo sabroso y gustoso de la contemplación, mediante la cual, la racional criatura ardentemente es unida con su Criador, y sabrosamente, cuanto le es posible, le gusta; y tanto se eleva su entendimiento, que prescindiendo de las operaciones de los sentidos exteriores, se torna en casi divino.

¶ Pero dejemos también esto por ahora, porque es tratar de los fines sin haberse ocupado en los medios antes, y volvamos á lo que del sosiego y quietud del alma íbamos diciendo sobre aquella palabra *sedebit*. Quieres saber quién se aquieta?

DISCÍPULO. Mucho lo deseo, porque con

alguna frecuencia me siento atormentado de inquietudes en la oración.

MAESTRO. Sólo el humilde, porque la humildad es el fundamento de la paz y quietud del alma. «Sobre quién descansará mi espíritu, dice Dios, sino sobre el humilde y sosegado?» Que como el navío con el lastre va caminando con sosiego, sin vaivenes, entre las furiosas olas del mar, así el humilde, con el peso de su propio conocimiento, se mantiene sosegado entre las tentaciones y tribulaciones de la vida. De manera que la humildad es el fundamento para la quietud, para la soledad, para el silencio y para extasiarse el alma en Dios. Esto es lo que dijo el Profeta Jeremías: *Asentarse há el solitario y callará, y levantarse há sobre sí*. No quiere decir asentarse há el que vive en soledad, sino el solitario, el desnudo de pensamientos y cuidados del mundo, de las imágenes y fantasías de las cosas criadas; el olvidado de sí mismo y de todo lo que no es Dios. Cualquiera cosa que te acompañe en la oración te ha de distraer é inquietar, y te ha de impedir la subida y la conversación interior con Dios. Por eso dice Él por Oseas: «Yo la llevaré á la soledad». No dice al desierto, sino á la soledad (de que vamos hablando); y allí le hablaré al corazón, esto es, con regalo y ternura de desposado, que

eso dicen los Santos que es hablar al corazón. Y esto basta para que entiendas qué cosa es ser solitario. Y si más quisieres, lee el capítulo xv de *Los Triunfos del amor*, en donde lo hallarás á manos llenas, y pasemos al silencio de que dice Jeremías: «asentarse há el solitario, y callará».

DISCÍPULO. Parece que está demas esta partícula *callará*, porque harto suficiente es hallarse quieto y solo para subir hasta Dios en la oración.

MAESTRO. Hablas como ignorante. Has de saber que muchos están solos, y no se levantan porque no guardan silencio. Es importantísimo el callar para tratar familiarmente con Dios. Preguntó un día Santa Catalina de Sena á nuestro Señor, por qué no revelaba en estos tiempos tantos secretos y misterios á sus siervos como en los tiempos pasados. Y respondióla el Señor: «Porque ahora no se acercan los hombres á Mí para oirme como Maestro, sino para que les oiga como discípulo». Y el mayor daño de todos es, que respondiéndose cada uno á sí mismo conforme á su gusto, dice que sintió la palabra divina, y que le habló Dios. Lo cual es falsedad y mentira; que Dios no abrió su boca, como Él mismo lo afirma por Jeremías. La primera cosa que pide Dios al alma su esposa, si quiere agrar-

darle y que la codicie, es que le oiga. «Oye, hija, mira e inclina tu oreja, y codiciará el rey tu hermosura». Este tan importante consejo tomó para sí el santo Profeta, y puesto en el lugar de la oración dice: *Audiam quid loquatur in me Dominus meus: quoniam loquetur pacem in plebem suam et super sanctos suos et in eos qui convertuntur ad cor.* «Oiré el habla de Dios, y miraré atentamente qué es lo que me manda, porque sé yo muy bien que he de ser paz para su pueblo y sobre sus cantos, y para aquellos que se convierten al corazón».

DISCÍPULO. ¿Hay alguna diferencia entre el pueblo de Dios y sus santos y los que se convierten al corazón?

MAESTRO. Ninguna, todo es uno; los que pertenecen al pueblo escogido de Dios son santos y cordiales, y para esos es la paz del alma.

DISCÍPULO. ¿Al fin es de mucha importancia el callar en la oración y dar lugar á que Dios hable?

MAESTRO. Es el todo; pero quedanos lo mejor por decir de este silencio, que no es la última disposición para extasiarse el alma en Dios; este callar suyo, que muchos callan, y oyen y no se levantan.

DISCÍPULO. Pues qué silencio es ese?

MAESTRO. Cuando todas las cosas callan en el hombre y duermen, y sólo el espíritu puro vela y está atento á Dios; cuando no hay ruido alguno en el alma, porque todos los sentidos y potencias guardan estrecho silencio. Aquel de quien dijo San Juan en su Apolipsis: «Fue hecho silencio casi media hora»; no hora entera, ni media hora, sino casi media hora, porque la gente menuda de casa es muy gritadora y pedigueña, y así dejan poco lugar á sosiego. A este silencio se sigue el éxtasis, que por otro nombre llamaron los Santos muerte de beso, porque se hace mediante el contacto suavísimo de Dios con nuestra alma en la parte superior de ella. ¡Oh sueño dulce y deseado, en que se le hace la salva á la bienaventuranza, y se gusta cuán suave es el Señor!

§ VII.

En este sueño estaba aquella alma santa, que habiendo enfermado en el amor de su Esposo, confiesa que le puso la mano izquierda por almohada bajo la cabeza, y que con la derecha le abrazó, y luego con este favor y regalo tan erécido, se quedó dormida. Y porque este sueño es muy saludable, y cuesta mucho primero que se apodera del alma, dice el

Esposo: « Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras monteses y siervos de los campos, que no despertéis á mi querida, ni la desveléis, hasta que ella quiera ». Ciertamente, que para que un enfermo duerma, cuando el sueño le ha de dar la vida, todas las puertas y ventanas se cierran, y no se consiente el menor ruido en casa. Así conjura Dios á todos los sentidos y potencias, que guarden estrecho silencio: á los ojos que no vean, á los oídos que no oigan, al entendimiento que no discorra, á la razón que no ratiocine, á la imaginación que cese; y al oír cierra puertas y ventanas, para que sólo la parte afectiva, que es la señora, goce del Esposo, como otro Moisés, que sólo él tuvo licencia para subir al monte, y la canalla y pueblo se quedaron en la aldea y ladera de él, conjurados, so pena de muerte, que no le inquieten, ni despierten con sus clamores y voces importunas. El autor del libro que se intitula *Subida al monte Sión*, que fué religioso de nuestra Orden, y de la Provincia de los Ángeles, solía decir muchas veces esta sentencia, y la dejó escrita:

« Quén me diese navegar,
Y, engolfado, no remar ».

DISCÍPULO. Parece petición fuera de propósito, porque el hombre engolfado, á remo

y vela procura salir del golfo, por no perderse.

MAESTRO. No habló tan superficialmente como suenan sus palabras. Golfo llama á este sueño dulce y pausa que hace el alma en Dios, á donde los remos del entendimiento y razón antes dañan que aprovechan; porque luego que ellos comienzan á remar, se acaba aquel gusto sabrosísimo de gran deleite, que siente el alma engolfada en Dios.

DISCÍPULO. ¿De manera, que el discurrir es lo mismo en el propósito que el remar en la navegación?

MAESTRO. Así es, como lo dices, salvo que hay diferencia entre el que discurre y el que rema; porque el que rema trabaja por tomar puerto; mas el que contempla, por engolfarse más en Dios; y hasta este punto son necesarios los remos y velas del entendimiento y razón, y en llegando aquí ha de cesar, para que el afecto puro goce de Dios á sus solas, como largamente queda probado en nuestros *Triunfos del amor*.

DISCÍPULO. Harto he leído aquel cap. xiv de la primera parte, que trata de cómo se ha de contemplar con entendimiento y afectos purificadísimos en grado superlativo, y nunca acabo de entender aquella manera de la abstracción y destierro de las fantasías y

representaciones de las criaturas, que se nos ofrecen en la oración; y me holgaría oír de tu boca un ejemplo que declarase toda aquella doctrina, y quedar terminada por hoy esta plática.

MAESTRO. Considera un mancebo capaz de razón, que nunca haya visto á su padre, y que un hombre de fe y crédito le dice: Hijo, mira bien que tienes un padre muy lejos de aquí, sapientísimo, poderosísimo, riquísimo y el más acabado en todo de cuantos hombres hay en el mundo. Este te ama entrañablemente, y te provee en todas tus necesidades. El pan que comes, el agua que bebes, el vestido y lo demás que tienes, él te lo envía; por tanto, ámale mucho, obedécele y procura no salir un punto de su voluntad, pues le estás en tanta obligación. Pregunto yo: Este mozo que tales nuevas oye de su padre, ¿no se moverá naturalmente á quererle y á amarle con gran ternura y afición entrañable, y á desear verle, y á gozar de su presencia, ó será necesario que se ponga á pensar muy despacio si su padre es blanco ó negro, alto ó bajo, grande ó pequeño, ú otras semejantes condiciones materiales? No, por cierto, porque le podría remover fácilmente, y divertir de lo principal, que es amar y codiciar á Aquel de quien por relación conoce que recibió el ser

y todo cuanto tiene, y de los gustos que de la consideración viva de sus virtudes puede alcanzar; ni tampoco se ocuparía en considerar cómo fué hecho este su padre, y en otras impertinencias semejantes, sino sólo en que es su padre, su hacedor, su proveedor, el que le sustenta y regala, y á quien debe todo lo que es, como ya dijimos; las cuales consideraciones forzosamente han de despertar en él amor y benevolencia á su padre, deseo y ansia de verle, y gusto grande en hacer su voluntad y ocuparse en su servicio. Esto mismo te digo yo á tí que has de hacer cuando te llegares á Dios en la oración; que pues sabes de fe que es tu Padre, que te hizo, y te crió, y te sustenta, y con admirable providencia acude por instantes á remediar tus necesidades, que derramó su sangre y murió por tí, etc.

§ VIII. No gastes el tiempo en definir, ni distinguir, ni hacer silogismos y discursos largos, averiguando cómo es, qué figura tiene, cómo está, ¿sentado ó levantado, de qué color, á dónde moraba antes que criase el mundo, si fué hecho, y otras impertinencias á este tenor, que distraen el alma y la embarazan y

privan de los gustos interiores que tendría si solamente se ocupase en la consideración de la bondad de este Padre, de su sabiduría, justicia, providencia, hermosura, misericordia y largueza. ¿Por qué has de querer tú comprender al que es incomprendible, y medir con la vara corta de tu juicio al que es inmenso, y estando en el destierro saber como los que le gozan en la patria? Bástete conocer á Dios debajo de razón de bonísimo, piadosísimo, clementísimo, sapientísimo, liberalísimo, bienhechor y padre tuyo. Este camino es llano, fácil y común; sin peligro, sin ofensa y sin dificultad; y del que por aquí camina se puede decir lo que proverbialmente dijo Salomón: «El que anda con simplicidad, anda confiadamente». Hartos hombres sabios hemos visto que por su demasiada curiosidad y sutilezas en la contemplación, se quedaron á oscuras, vanos y vacíos, y á veces oprimidos de la gloria de Dios, y muchos simples muy adelante en la mística teología y ciencia del amor. A lo menos, quien guardare esta manera de meditar, se librará de muchas ilusiones del demonio, y no dará en los delirios y locuras que algunos melancólicos dan, que todo se les va en forjar quimeras y despertar dificultades.

DISCÍPULO. ¡Oh, soberana doctrina, más

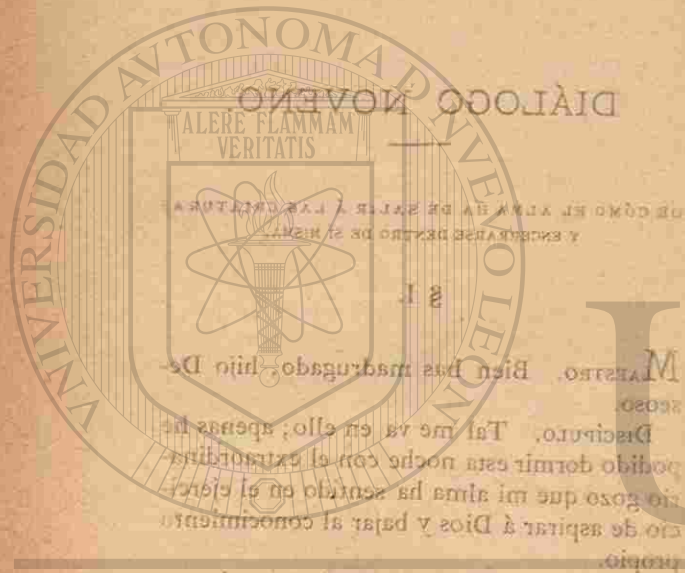
de ángeles que de hombres! Verdaderamente, has quitado de los ojos de mi alma unas como escamas, que no me dejaban ver ni penetrar las riquezas del espíritu. Yo creo que para quedar perfectamente enseñado, no me falta más que saber el orden que he de tener en salir á las criaturas y volver á esconderme dentro de mí, para á solas gozar de Dios, con olvido de todas ellas, aspirando á la unión de Él con uniformidad de deseos.

MAESTRO. Yo, hijo, estoy muy cansado y tú tienes bien que meditar en lo que has oído; la noche nos convida al silencio, y es justo que le guardemos; por la mañana te diré lo que desees y otras cosas que no habrán llegado á tu noticia.

DISCÍPULO. Sea como mandares, maestro mío. Dame tu bendición.

MAESTRO. La de Dios te acompañe y nos alcance á todos. Amén.





DIÁLOGO NOVENO.

DE CÓMO EL ALMA HA DE SALIR Á LAS CRIATURAS
Y ENCERRARSE DENTRO DE SÍ MISMA.

§ I.

MAESTRO. Bien has madrugado, hijo De-
seoso.

DISCÍPULO. Tal me va en ello; apenas he
podido dormir esta noche con el extraordina-
rio gozo que mi alma ha sentido en el ejerci-
cio de aspirar á Dios y bajar al conocimiento
propio.

MAESTRO. De manera, que esos altos y
esos bajos te han hecho agradable música en
el corazón.

DISCÍPULO. No sabré declararte cómo ha
sido eso con ningunas palabras; pero atrevo-
me á decir que á la medida del conocimien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to propio es el que se alcanza y tiene de Dios.

MAESTRO. No dudes de ello; que aun el venerable Beda afirma de la humildad, que es la llave de la sabiduría. Y en las vidas de los Padres se escribe de un monje, que ayunó setenta semanas por comprender un secreto de la divina Escritura; y no pudiendo conseguirlo, se fué á pedir consejo á otro monje; mas habiéndosele aparecido un Angel en el camino, éste le dijo: «Setenta semanas ayunaste, y no te acercaron á Dios; mas por la humildad y conocimiento de tu insuficiencia, has merecido que yo de su parte venga á enseñarte lo que deseas saber». San Bernardo comparó esta virtud á los arcaduces, por donde se trae el agua encauzada á los pueblos; que en quebrándose aquéllos, deja ésta de correr, y se siente la falta. Y de ahí le nace al demonio el procurar con tan ansioso cuidado destruir en nosotros esa virtud, como le tuvo aquel malvado Holofernes de romper la cañería por donde entraba el agua á la ciudad de Betulia. Al fin, es admirable mezcla la que se hace de lo alto de Dios y de la nada del hombre. Y agrádase mucho aquella soberana grandeza, cuando viéndonos favorecidos y llegados á sí, descendemos como rayos al conocimiento propio y á la nada que en verdad somos. ¡Divino Bautista, que le pone el Hijo

de Dios la cabeza en sus manos y luego se deja caer á sus piés, y más se bajara si más pudiera; pero, al fin, confiesa que no es merecedor de desatar la correa de su zapato! Y, en todo caso, responde: «Yo debo de ser bautizado de tí; y tú vienes á que yo te bautice». Halló réplica la mayor humildad. «Deja hacer, Juan, dice Cristo, que así nos conviene á los dos cumplir toda justicia». Á lo menos, podré certificarte que es éste el mayor encarecimiento de humildad de cuantos yo he oído y leído. Porque si bien se pesan las palabras del humildísimo Jesús, toda la justicia consiste en humillarse el hombre; y Él mismo pareció y fué visto justísimo por ser humildísimo. «Así conviene», dice San Bernardo; así conviene que venza en humildad el que vence en alteza, y que se humille más que todos el que es más alto que todos.

DISCÍPULO. Paréceme que llevas hilo para que otra vez nos anochezca tratando de los dos caminos de subir y bajar.

MAESTRO. No te maravilles de que cargue aquí tanto la mano, porque el alto edificio no le asegura sino el bajo y hondo cimiento. Dijo muy bien San Agustín, que el que quisiera alcanzar la alteza de Dios, había de abrazar primero la humildad de Dios. Y yo te digo, que si en esto no guardas proporción, te des-

peñarás, sin duda, del alto monte de la contemplación; que el contemplativo quiere ser muy humilde, porque el fiador de la contemplación es la humildad. Mas porque de propósito y magistralmente traté ya de ella, y quedo asentado que es la primera puerta para el reino de Dios, no digo otra cosa sino que repares en una palabra que pesa mucho en este camino, y dice: *Libres subidas*.

DISCIPULO. En verdad que me saliste al encuentro: porque hartó he echado yo de ver que no está ociosa ni sobrada esa palabra.

MAESTRO. El Canciller parisiense definiendo ó describiendo la contemplación, en cuanto á aquella parte que es obra del entendimiento, dice así: «Contemplación es un mirar agudo y una vista despabilada y libre del alma, que se derrama por todas las cosas dignas de consideración, y en ellas, investigando y rastreando, como perro de muestra, halla lo que la voluntad gusta; al cual gusto se sigue un conocimiento mayor y más alto que el que se alcanza por sólo el entendimiento ó por leer las divinas Escrituras». Hasta aquí son palabras del Canciller; y lo que principalmente quiero que notes en ellas, es aquella libertad que pide en el alma para contemplar á Dios. Y mira bien, que si el entendimiento ha de estar libre y desembarazado, no

embaraces tú, ni cautives la voluntad, que, como sabes, es la señora. Y para que sea con fruto la contemplación, ella ha de ser la que principalmente obre, porque es la que pide y la que recibe el suavísimo ósculo de Dios. En una palabra te dire lo que requiere un largo tratado: que como la libertad del entendimiento consiste en desnudarse de fantasías é imágenes de cosas criadas, y, al fin, de todo aquello que percibe por los sentidos exteriores, y de todos los discursos y devaneos que él puede, por sí y por sus vecinas las demás potencias inferiores, urdir, así consiste la libertad de la voluntad en que esté desasida y desarraigada de todo pecado, de toda ocasión de pecar y de todo afecto ó afición al pecado, y de todas las criaturas, que con amor desordenado se suelen amar. Y con esto me despido de esta materia, aunque no quisiera, porque es, sin duda, muy agradable y de grande importancia, y, al fin, habremos de platicar de ella algún día, aunque queda dicho mucho en la primera parte de los *Triunfos*; en el capítulo xiv podrás tener recurso, entre tanto que se me ofrece ocasión para tratar de estos impedimentos.

§ II.

Y salgamos á abrir al divino Esposo, que, helado de frío, la cabeza escarchada y llenos los cabellos del rocío de la noche, llama á la puerta; porque si se ama más el retraimiento secreto y el ocio de la contemplación que el acudir á la necesidad del Esposo, que muchas veces padece en sus criaturas hambre, sed, frío, cansancio y otras miserias, piérdese, sin ninguna duda, el merecimiento de la caridad y el sabor y gusto de la santa ociosidad.

DISCÍPULO. Y débese de enojar el Esposo cuando no se acude luego al remedio de los prójimos, que son sus miembros; porque en los *Cantares* se dice, que emperezando el alma, su esposa, y ronceanado, si así se sufre decir, por no levantarse de la cama, ni ensuciarse los piés, Él se fué y la dejó llena de desconsuelo.

MAESTRO. Y aun le fué forzoso ir en busca de él por las calles, callejas y plazas de la ciudad, y pasar hartos tragos amargos en este camino. Por lo que te pido, hijo mío, que dejando á tiempo el ocio santo y la introversión, de que oirás adelante, salgas por un general amor á todos los hombres del mundo; y cuando de tí tuvieren necesidad forzosa, á

cada uno en particular; porque la caridad, que te llama á los suavísimos abrazos de Dios, esta misma te manda que no faltes á tu prójimo, habiéndote menester. Y mira bien que dice San Juan que tenemos expreso mandamiento del Señor, para que quien amare á Dios, ame á su hermano por Dios.

DISCÍPULO. Mucho deseo saber de dónde nace esa obligación, que has dicho, de amar á todos los hombres en general.

MAESTRO. Pláceme de decírtelo, pero presupongo de antemano que estás bien en una importantísima verdad; conviene á saber: que el hombre debe todo su amor, cuanto tiene, y á sí mismo, á Dios, y que ésta es la principal obligación y primera deuda con que se entra en el mundo; y que si este amor primera y principalmente se diese á alguna criatura, se le haría grandísima injuria al Criador. ¿Estás en esto?

DISCÍPULO. Muy bien.

MAESTRO. Síguese, pues, que el hombre no debe, por obligación forzosa, amor á ninguna criatura, por muchos y costosos servicios que tenga recibidos ó reciba de ella, sino á sólo Dios, que por la tal le provee y remedia tan abundantemente; porque todo el bien que recibimos de las criaturas, es cierto que le recibimos principalmente de Dios, por

quien todas ellas viven y tienen sér; y así, ninguna debe pedirnos retribución, ó paga de amor, ó agradecimiento, ó de honra por los servicios que nos hace, sino recurrir á Dios, de quien recibió lo que tiene y nos comunica; que de otra manera se seguiría que todo el mundo no estaría obligado á Dios de obligación y deuda natural. Mas porque el hombre debe primera y principalmente su amor á Dios, como deuda de que ninguno puede huir, está también obligado á amar aquellas cosas que son y pertenecen á Dios, en cuanto suyas, y no de otra manera; y porque todas las criaturas son suyas, en cuanto tales, les debe amar, fundado en la primera obligación y deuda que tiene de amar á Dios. La cual segunda obligación, por fundarse en aquella primera, no se puede llamar propiamente segunda, ni otra que la primera, en la cual se contiene. Y porque no todas las criaturas son iguales, y entre ellas, aquella es mayor que representa más al vivo su imagen y semejanza; luego después de Dios, se ha de amar el hombre, como imagen viva suya; pues inmediatamente se sigue á Dios su viva imagen.

§ III.

DISCÍPULO. Dejado aparte lo que la Sagrada Escritura dice, conviene á saber: «Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza», cómo se conoce que el hombre es imagen de Dios?

MAESTRO. Por razón natural; porque voz es de todas las criaturas, sin discrepar ni faltar una, que juntas confiesan esa excelencia y dignidad en el hombre. En todas ellas hay orden, como sabes; y unas más, y otras menos, cada cual representa á Dios y le imita; más las que viven, que las que no tienen vida; más las que sienten, que las insensibles; más las que entienden, que las que carecen de entendimiento; que á estos tres grados se reducen todas; y en esta escalera, que de ellas se hace de imitación, en el hombre se halla el último grado de imitar, y por consiguiente, es cumplida imagen de Dios; en el cual, como el sello imprime todas sus figuras y rayas en la cera, imprimió Dios su viva imagen. Esto entiende cuanto al ánima, porque siendo Dios todo espiritual é intelectual, de ninguna manera podía ser su imagen corporal. Y colige de aquí, como buen lógico, que si después de Dios se ha de amar luego su imagen, que

tu amor ha de ser principalmente espiritual, pues lo es la imagen de Dios; y general, pues, que todos los hombres, en cuanto hombres, representan á Dios y son retratos é imágenes suyas vivas, ora sean amigos, ora enemigos, ora te dañen, ora te aprovechen, porque en tanto que no dejaren de ser hombres, no pueden dejar de ser imagen de Dios, ni tú de amarlos si amas á Dios.

DISCÍPULO. Y ese amor general, ¿tan grande ha de ser?

MAESTRO. Como el que te tienes á tí; porque en todos hay un mismo respeto y consideración, que es ser imágenes de Dios; y amándoles en cuanto tales, no hay razón de amarte á tí más, ni con otro amor que á ellos, ni entre ellos á uno más que á otro; aunque no condeno por esto el amar más á una criatura que á otra, cuando en ella hubiere más razones para ser amada con aventajado amor; porque el alma que ama á Dios tiene y guarda orden en la caridad. El bien, pues, que te deseas á tí en cuanto hombre y en cuanto imagen de Dios, ese mismo les corresponde á todos los hombres, por ser todos unos en la naturaleza y representar un mismo Dios. Y por aquí entenderás la grande amistad que debe haber entre todos los hombres; la mucha paz, unión y concordia, por ser una mis-

ma la causa que á amarle les obliga, que es ser imagen viva de Dios; cuyo amor, así como es justísimo y muy debido de derecho natural, así lo es el que nos hemos de tener los unos á los otros. Los cuales, ambos á dos, y bien mirado el asunto, caen debajo de una misma obligación, como anteriormente probamos. Deducirás también de aquí que hay dos ligas maravillosas de amor: una entre Dios y los hombres, los cuales están obligados primera y principalmente á amarle por derecho natural; otra, entre sí mismos, por las razones antedichas. Y porque este segundo vínculo y atadura tiene su fundamento en el primero, síguese que es imposible que se ame á Dios sin que se ame al prójimo; porque luego que hay amor de Dios, le ha de haber de su imagen, y necesariamente falta este segundo amor si falta el primero. Y porque deseo que quedes bien enseñado en que este amor ha de ser general y sin distinción de personas, que es lo que dice el tercer camino: *Virtuosas salidas á todos los hombres por una general fidelidad y amor de la largueza de Dios*: pon los ojos en todas las criaturas que Dios crió para servicio del hombre, y verás que sin ninguna diferencia sirven á todos los hombres, y, en cuanto está de su parte, á ninguno más que á otro; ni tienen más cuenta con el rey que con el

plebeyo, con el pobre que con el rico, con el grande que con el pequeño; igualmente trabajan por todos. Y sino, observa la tierra, el agua, el aire, el fuego, los árboles, las plantas y las demas criaturas, y verás cómo, en cuanto está de su parte, se dejan gozar igualmente de todos, y de ninguno huyen. Especialmente se echa de ver esto en el sol, que entre todos los planetas es el nobilísimo, que en su manera de alumbrar no distingue de personas; desde por la mañana, cuando sale, alumbraba igualmente á todos.

DISCÍPULO. Y ¿de dónde nace esta generalidad é igualdad de servicios para todas las criaturas?

MAESTRO. De la ordenación del Criador, que quiso que, como todos somos un hombre en cuanto á naturaleza, en cuanto á imagen suya fuesen también iguales y generales los servicios. De manera que no hay que pensar nadie en que criaturas tan nobles le sirven con ningún otro respeto que éste, conviene á saber: el de ser imagen de Dios; porque quitado éste de por medio, no merecen los hombres ser servidos por ninguno. Ahora bien; si las criaturas todas movidas por Dios, así, generalmente, sirven al hombre porque representa á su Criador, ¿cuánto mayor motivo habrá para que hagan esto los mismos hombres,

supuesto que cada cual reconoce en el otro la imagen de Dios, que obliga á todos á amarse, y especialmente los cristianos entre sí, que demas de esto reconocen un Padre, un Dios, una fe, un bautismo, y viven con la esperanza de una vocación? Más te quiero decir, y es que leyendo las obras del divino Rusbrochio y Blosio, he notado estos días que uniformemente dicen ambos, que cualquiera que mediante la caridad deseara juntarse á Dios, que es el más justo deseo que puede tener la criatura racional, conviene que, con un amor general y encendido, ame generalmente á todos los hombres, con el fin de atraerlos á la felicidad eterna y bienes del cielo. Sea, dicen, manso de corazón, piadoso y que fácilmente se mueva á compasión y se haga partícipe de la pobreza, trabajos y miseria de todos los hombres, derramando ó comunicándose á todos y á cada uno de ellos, sin distinción de personas, aunque no sin atención á los merecimientos y al orden de la caridad, para remediarlos en las tales necesidades. Y si has de ser compasivo (porque hablemos en particular) en las miserias de tu hermano, razón es que en sus prosperidades y buenos sucesos te alegres y des gracias al Señor, como lo dejó puesto en plática el Apóstol San Pablo; el cual con los alegres se alegraba, y con los

tristes se entristecía; y por ganarlos á todos, se hacía todas las cosas en bien de todos. Y el Redentor del mundo beatificó los misericordiosos y les aseguró en el cielo la misericordia. Y en su Evangelio dejó escrito este riguroso canon: «Por la medida que midiéreis habréis de ser medidos». Que fué decirnos, en una palabra, que la medida de nuestra misericordia para con el prójimo será la que Él emplee para con nosotros.

§ IV.

Tal cual deseas hallar á Dios y á los hombres para contigo, así has de procurar ser para con Dios y para con ellos. Míralos con ojos piadosos, y en cualquiera tribulación interior ó exterior que los halles, procura favorecerlos, ora con tu hacienda, ora con tus consejos, ora con tus oraciones y ruegos. Si puedes poco, no lo niegues á tu prójimo; si no tienes más que palabras, dáselas; y si éstas te faltan, no te falte el corazón piadoso. En cualquiera de los hombres se ha de reverenciar la imagen de Dios trino y uno; y las amarguras que contra alguno se ofrecieren al alma, con el azúcar de la caridad se han de poner dulces, y desterrarlas luego de ella. No desprecies á nadie, ni del mayor pecador del mundo des-

confíes, ni le juzgues ó condenes temerariamente. Á tí mismo escudríñate, y con ojos de lince mírate de piés á cabeza, y si hallares en tí alguna cosa de resplandor y de lustro, has de deshacerlo cuanto pudieres, ponderando tan solamente tus defectos y negligencias. La vista de paloma guárdala para el prójimo, cuyas virtudes, si alguna tiene, has de levantar hasta los cielos, haciendo, si puedes, de una mosca un elefante, engrandeciéndolas lo posible, aunque sin mentira ni lisonja. Excusa sus pecados, y echa sobre ellos la capa de la caridad, que San Pedro llamó cubrefaltas, y todas sus cosas interprétalas en el mejor sentido. Y advierte, que lo que en presencia suya no te atrevieras á decir, debes no decirlo en su ausencia. Si la obra fuere tal que no admita intención sana, por ser contra algún precepto divino, excúsala como pudieres, ó con la fragilidad de la naturaleza humana, que al fin somos débiles y quebradizos todos, ó diciendo que es permisión de Dios para provecho del caído, ó que ya estará reconciliado, como otra Magdalena, que siendo juzgada del fariseo por pecadora, fué sentenciada por Cristo como santa; ó como el publicano, á quien el fariseo vanaglorioso condena en su oración, mientras Dios acepta la del humilde y su confusión y reprueba y condena la del

soberbio fariseo. Y si para nada de esto hay lugar, piensa que si las tentaciones con que el pecador fué combatido vinieran sobre tí, sin duda caerías tú más miserablemente que él. De esta manera, como abeja codiciosa y artificiosa, sacarás de todo lo que vieres provecho para tu alma; que es cosa de admiración ver algunos hombres, con título de espirituales, tan llenos de ojos para ver las faltas ajenas, y tan sin ellos para las propias, como si los hubiera Dios constituido jueces del mundo, ó si hubiera dicho por ellos: «El espiritual juzga todas las cosas». Son grandes censores de los otros, estando de sí muy pagados y satisfechos, y queriendo reformar muy por el cabo las faltas de sus prójimos, á sí mismos se dañan, y á ellos no les aprovechan, porque esto no les nace de caridad, sino de una vana complacencia que de sí tienen, y de un desprecio intolerable de los otros. Estos digo yo que son aquellos fariseos, que para sacar la paja que ven en el ojo de su vecino, se quiebran los dos suyos con la viga de lagar que traen en ellos. ¡Oh, perniciosos hombres, que juzgáis á los otros, y no hay para vosotros juicio! ¿Tan aguda tenéis y tan de lince la vista, que os atrevéis á mirar y escudriñar lo que está en los corazones, que Dios sólo penetra y alcanza? ¿Qué demonio os enseñó el

camino que Dios ha de tomar para levantar los caídos y traerlos á sí? ¿Por qué queréis sacar á luz, y hacer de ello juicio conforme al vuestro, lo que Dios reservó para el suyo? ¡Oh, temeridad grosera y grosería temeraria! ¡Si tuviéseis un tantito de entendimiento sano, sin duda alguna os habías de confundir con esto y avergonzar delante de Dios y de los hombres santos! ¿No sabéis que todo juicio está reservado á Dios, y nada de esto á ninguna arrogante y soberbia criatura?

§ V.
No creo yo que hay Demóstenes en el mundo, ni Cicerón, que puedan, con ninguna oración retórica, abatear y declarar los daños grandes que esta peste infernal de la murmuración y esta tiranía de juicios han traído al mundo, las guerras y disensiones que han despertado en los hombres; las ciudades fuertes que han derribado, y las amistades estrechas que han destruído. Si alguna cosa tienes contra tu hermano; si se enojó contra tí sin culpa tuya; si te afrentó ó agravió en la persona, en la hacienda ó en la honra, procura luego, con la medicina de la mansedumbre, acercarte á él, y, con corazón agradable, quieto y lleno de misericordia, háblale, si es co-

yuntura y buena sazón, y, reprendiéndole con modestia, procura ganarle para Dios, como dice el Evangelio, y no seas como algunos impertinentes, que queriendo curar una llaga, hacen, con sus razones mordaces, otras nuevas. Si pecando tú contra Dios, Éste te esperó con mucha paciencia y sufrió, para que, volviendo en algún tiempo á su amistad, gozes de su eterna bienaventuranza, ¿qué mucho harás cuando hicieres lo mismo por tu prójimo? No te espantes de hoy más, ni desprecies á tu hermano si pecare; antes bien, derrama lágrimas por él, como las derramó Cristo por tus pecados en la cruz. De otra manera, habrás de tener sobre tí tantos jueces que te condenen, cuantos son los condenados por tu juicio. Por lo cual te pido, cuan encarecidamente puedo, que elijas cortarte antes la lengua con tus propios dientes, que juzgar temerariamente á ninguno, ó irritarle con palabras duras, ó entristecerle, ó injuriarle. Y con esto me despido de los hombres, porque ya es tiempo de huir de ellos y de encerrarnos dentro de nosotros mismos, como se encierran las abejas dentro de su corcho y colmena para labrar los panales y la dulcísima miel.

DISCÍPULO. No entiendo eso.

MAESTRO. Digo que huyas de los hom-

bres, en cuanto te fuere concedido, por razón del estado y del oficio que tienes; porque las muchas ocupaciones, conversaciones y amistades, aunque buenas, inquietan y turban el alma é inficionan su pureza, y disminuyen en ella la caridad, y resfríanla, y debilitan el fervor de la devoción, y ciegan los ojos interiores, para que no eche de ver lo que le conviene. Es cosa muy fácil escapárenos la palabra ociosa, jocosa y aun de murmuración, y perder el preciosísimo tiempo en cosas de poco fruto; que, como dijo el otro sabio, los amigos son ladrones del tiempo. Y si no te parece que te conviene lo que digo, mira lo que le pasó al Santo Arsenio con el Angel: que le mandó que huyese, que callase y que se quietase. Porque la raíz de toda nuestra bienaventuranza está en que nos conservemos quietos en soledad. Téngase, pues, por dicho, el que quisiere conversar con el mundo, que ha de padecer en su alma muchas llagas y heridas; porque todas aquellas cosas con que el hombre se distrae y se divierte, viendo, oyendo, comiendo, bebiendo, hablando y obrando, y aplicándose á negocios no necesarios, ladrones y salteadores son de la pureza del corazón y de todas las riquezas del espíritu. Por lo cual, nos conviene más que otra cosa huir, para alcanzar y poseer esta pureza.

§ VI.

El Santo Moysen, en sacando la mano del seno, la hallaba llena de lepra, y en volviéndola á retraer, sanaba de la lepra. Créeme, hijo, que si con descuido te derramares por las criaturas, que no ha de faltar lepra en tus obras; pero si huyeres de ellas al secreto interior, todo cuanto hicieres será agradable á los ojos del Señor. Qué cuidado tuvo Faraón de que los hijos de Israel no sacrificasen á Dios en el desierto! Y mira el ardid de que usó para salir con su intento. Mándales salir á buscar leña y paja para calentar los hornos, y obligales á las mismas tareas que tenían cuando les daba esta ayuda de costa; y así, ocupados todo el día en este trabajoso ejercicio, no les quedaba tiempo para sus sacrificios y trato con Dios. Pues ten por muy cierto, que es mucho mayor el hipo y ansia del demonio porque nos derramemos y salgamos de nosotros, muchas veces atraídos con celos indiscretos de remediar á los otros; y suélenos acontecer lo que á los nadadores, que queriendo ayudar á los que se ahogan, perecen juntamente con ellos. Nunca podrás ofrecer sacrificio puro á Dios con quietud de espíritu, si eres amigo de andar fuera de tí. Qué

piensas que movió á los santos á huir á los yermos?

DISCÍPULO. Yo no sé qué les pudiese mover, sino el deseo de estar solos.

MAESTRO. Tienes razón; porque en la soledad se purifica el hombre; y en esta pureza persevera de continuo; conócese á sí mismo, y anda aprovechado en el amor de Dios. En la soledad se aprende á mortificar la carne, y se confirma el alma en el bien. El que gusta de la soledad sabe á qué sabe Dios, y toma gusto en Él. En la soledad se remontan y alejan del hombre las cosas que suelen hacer mayor guerra á los avecinados en el mundo; y con el sabor de las celestiales, las cargas más pesadas se hacen ligeras. Oh, si se conociese cuánto bien trae consigo la soledad, y cuán grande sea el tesoro que en ella se adquiere! Cómo la deseáramos! Por lo cual te ruego; á tí y á todos los que deséaren conservarse en el amor y temor de Dios, que huyas de los hombres, y libertes tu corazón, y le desocupes del amor de ellos, de manera que con ninguno tengas familiar amistad, trato y conversación; si no fuere muy conforme á tu espíritu; y que de su amistad recibas aprovechamiento espiritual. Responde á todos brevemente, si ó no, como más convenga; y si esto te fuere odioso y molesto, súrelo benigno.

namente por Cristo. Habla á todos con rostro alegre y sin ceño, ni enojado, aunque, como queda dicho, debes dejar el trato familiar de los hombres por el de tu Criador; porque mucho mejor te será tener á tu Dios propicio y amigo, que la amistad de todos los hombres del mundo; y aun cuando éstos te miren con malos ojos, ningún daño te pueden hacer, como le recibirías si tuvieses por enemigo á Dios y de tu parte á todos ellos. Otra cosa sé decirte con mucha verdad, por conclusión y epílogo de toda esta materia, y es, que para ser útil á todos, te conviene huir de todos y abstenerse de todas las cosas. Y advierte más que, como dice una persona religiosa y muy ejercitada en la oración y en el trato familiar de Dios, para la perfecta contemplación son necesarísimas tres cosas; conviene á saber: amor recíproco entre nosotros; desasimiento de todo lo criado, y verdadera humildad.

DISCÍPULO. Todo eso lo tienes dicho ya y probado; pero holgaríame mucho de que dijese aquí ahora lo que esa bendita religiosa escribe y siente de las amistades que suele haber y hay entre personas religiosas, que algunas veces las he oído condenar y otras alabar mucho.

MAESTRO. No quiero decir yo, sino que diga ella, porque habla como más experimen-

tada y bien. «No hay cosa enojosa, dice, que no se pase con facilidad en los que se aman, y recia ha de ser cuando cause enojo. Si el mandamiento del amor del prójimo se guardase en el mundo como es razón, aprovecharía mucho para que se guardasen los demas. Lástima es que, por más ó por ménos, nunca acabemos de guardarle con perfección; y trae tanto mal y tantas imperfecciones consigo lo demasiado, que no lo creará sino quien haya sido testigo de vista, como yo. Hace aquí el demonio grandes enredos, y siéntenlos poco los que se contentan de contentar á Dios groseramente; antes les parece que sea virtud; lo cual no dirán los que aspiran de veras á la perfección; porque poco á poco quitan las fuèrzas á la voluntad para que del todo no se emplee en amar á Dios. Y en mujeres debe ser esto más dañoso que en hombres, y á las comunidades acarrea mucho perjuicio. Estas amistades grandes y muy trabadas pocas veces van ordenadas á ayudarse á amar más á Dios; antes creo que las hace comenzar el demonio para comenzar bandos en las religiones. Si la voluntad (que es cosa muy natural) se aficionare más á una que á otra, vámonos á la mano y no nos dejemos enseñorear de aquella afición. Amemos las virtudes y lo bueno interior, y siempre traigamos cuidado

de acertar en no hacer caso de esto exterior. No consintamos, hermanas, que nuestra voluntad sea esclava de ninguno, sino de solo el que la compró con su sangre. Miren que, sin entenderlo, se hallarán asidas, de suerte que no se puedan valer. No tienen cuento las niñerías que de aquí nacen, y nadie las sabe sino los que viven en comunidad; y cuando esta peste toca en los Prelados, acabóse la paz y todo el bien. Gran cuidado es menester para que este daño no pase adelante, y se remediará si luego al principio se corta el hilo á las tales amistades, que no son para más servir y amar á solo Dios. Hasta aquí son palabras de esta religiosa. Y para que de una vez quedés maestro y sepas cómo te has de haber en el amor de las criaturas, escribe este canon, que aunque riguroso, es verdadero y necesárisimo en la vida espiritual: «Todo amor, ora sea natural, ú otro cualquiera que en el corazón te causare inquietud é imaginaciones, principalmente en el tiempo de la oración, ó te hiciere anhelar por la vista, conversación, trato y preferencia de aquella persona que amas y está ausente, si no fuese por la salud de su alma y por instruírla en las cosas del espíritu, es desordenado y defectuoso en el acatamiento de Dios, y por consiguiente impide mucho el aprovechamiento interior».

DISCÍPULO. Ya no falta sino el declararme el cómo y á dónde tengo de huir de las criaturas.

MAESTRO. ¿Tienes en la memoria lo que dijimos de esta cuarta parte, que hace á la introversión?

DISCÍPULO. Me parece que sí.

MAESTRO. No has de decir me parece, porque eso lo dicen los hombres que se les da poco por las cosas; y de todas las dichas es esta la más sustancial, y en que te has de ejercitar siempre que te fuere posible.

DISCÍPULO. ¿Quieres que te repita aquí todo lo que me has enseñado sobre el particular?

MAESTRO. Repítelo, enhorabuena, puntualmente, porque no hay en ello palabra que huelgue, siendo, por el contrario, muy necesarias todas ellas.

DISCÍPULO. *Uniformes entradas ó introversiones, por olvido de todas las cosas, á la unión con Dios.* ¿Es esto, padre mío?

MAESTRO. Eso es, y te aseguro que tiemblo al hablar de esta materia; pues como trato de cosas interiores y yo tengo tan poca interioridad, y aun porque les ha de parecer á muchos algarabía ó lenguaje nuevo lo que dijere, por ocuparse la mayor parte de los que se llaman espirituales en exterioridades ó en

lo muy superficial de la contemplación, como ya dije en el primero de estos *Diálogos*, dudo si conseguiré acertar según es mi deseo.

DISCÍPULO. ¿Á qué llamáis superficial?

MAESTRO. Digo superficial cuando no se llega al gusto exquisito de la contemplación. Y porque deseo que no te quedes con duda acerca de esto, has de saber que, como dice Ricardo de Santo Victore y Húgo, la contemplación va acompañada, ó más bien lleva delante de sí, comunmente, tres á manera de doncellas que la van abriendo camino, y son: la lectura, la meditación y la oración. La lectura busca; la meditación halla; la oración pide, y la contemplación goza. La lectura pone el manjar sólido en la boca; la meditación lo rumia y quebranta; la oración adquiere sabor, y la contemplación es la misma dulzura, que recrea y regala el corazón. La lectura se ocupa en la corteza; la meditación en la médula; la oración en el deseo y peticiones, y la contemplación en la dulzura de la delectación alcanzada. San Isidoro dice que la vida contemplativa es vida libre de todo negocio y que en solo el amor se fija, y los santos dijeron que era vida ociosa, y el Filósofo, *IV Ethicorum*, la llama vacación. Al fin, es vida de espíritu, vida interior, vida esencial, vida deliciosa y de gran gusto; y por eso

te dije que hay poquitos verdaderos contemplativos, porque los más se ocupan en la lectura, y algunos en la meditación poco atenta y ménos devota y nunca perseverante; y mucho ménos en la oración que pide con gemidos y ansiosos deseos, y casi ninguno en la contemplación, donde se experimenta cuán suave es el Señor.

§ VII.

Tres cosas hacen al hombre interior y espiritual. La primera, el corazón vacío de ilusiones. La segunda, la sabiduría espiritual en el afecto. La tercera, sentir la unión intrínseca con Dios. Ahora bien; el que desea tener el corazón vacío de ilusiones ó imágenes, sepa que no le es lícito poseer cosa de este mundo con desordenado amor, ni allegarse á alguna criatura con voluntaria propensión y afecto, ni tener su conversación familiar; porque todo trato y amor cuya verdaderísima causa no es Dios, inficiona el corazón del hombre con imágenes y representaciones, porque, no de Dios, sino de carne, trae su origen y principio. Por lo cual te advierto, si pretendes ser hombre espiritual, que repudies todo amor carnal, para que de esta manera á solo Dios te allegues, y á solas le poseas y le goces. Y

ten por cierto, que por sólo el hecho de practicar esto con sinceridad y verdad; todas las imágenes vanas y todo amor desordenado acerca de las criaturas, será lanzado y desterrado de tu corazón; y la misma posesión de Dios por amor te librerá y declarará exento de todas estas cosas, porque Dios es espíritu, del cual ninguna verdadera y propia imagen se puede labrar ó representar el hombre, que con Él sólo se abraza; dejadas á un lado las criaturas todas. Pero adviérte que en este ejercicio no se te prohíbe que representes á tu alma la pasión del Hijo de Dios, y todo aquello que más te incitare y provocare á la devoción y piedad. Porque cuando llegares á la posesión de Dios, no dudes de que te verás junto á una desnudez, desnuda de toda ilusión ó imagen, que no es otra cosa que el mismo Dios, y todo ello el fundamento de la vida espiritual. El segundo es la libertad interior, como antes de ahora te tengo dicho.

DISCÍPULO. No me acuerdo en qué consiste esa libertad interior.

MAESTRO. En que sin algún impedimento ni estorbo te elevés hasta Dios en todos los ejercicios interiores; conviène á saber: al hacimiento de gracias; á las alabanzas divinas; á la veneración y reverencia debida al Criador; á las devotas oraciones; al entrañable y

cordial amor, y finalmente, á todo aquello que puede despertar el afecto y apetito de tu alma; y esto por la ayuda de la divina gracia, y con la diligencia y destreza que has de procurar tener acerca de todos los ejercicios espirituales, por los cuales se viene á lo tercero, que es sentir la espiritual unión con Dios. Porque cualquiera que en sus ejercicios se llega á Dios libre y desembarazado de ilusiones, y sin buscar otra cosa que la honra y gloria de Dios, no puede dejar de sentir la bondad suya y la unión estrecha con el Señor: en la cual unión tiene la vida interior su perfección espiritual y consumación; porque de esta unión el afecto ó deseo continuamente es movido y despertado á nuevas acciones interiores, y obrando siempre nuestro espíritu, se eleva á nueva unión; y de esta manera unión y acción constantemente se renuevan, y la renovación de una y otra se llama y es la vida espiritual. De manera que, así como el hombre se hace bueno por las virtudes morales juntas con la recta intención, se hace espiritual por las virtudes y unión con Dios; y sin estas dos, ni bueno ni espiritual. Hasta aquí es doctrina de Rusbrochio y bien dificultosa, y que no me ha costado poco trabajo el reducirla á términos algo más claros que los suyos. El mismo, en el cap. xiii de dicho trata-

do, establece seis cosas que se requieren para gozar de Dios; y, verdaderamente, son altísimas y de suavidad increíble; pero casi todas ellas están tocadas ya en diversas partes de nuestros *Diálogos*, especialmente en lo que del solitario dijimos y en esto que acabamos de decir.

§ VIII.

DISCÍPULO. Mucho consuelo recibiría mi alma si sucintamente me dijerais eso que tanto contento os ha proporcionado; porque todo lo que escribe ese divino contemplador es dificultosísimo, realmente, pero muy importante.

MAESTRO. Y tanto más, cuanto que advierte en el fin de ese capítulo que quien entienda bien estas seis cosas, entenderá todo cuanto en sus libros se halla escrito.

DISCÍPULO. Por amor de Dios, no me privéis de un bien tan grande como estimo éste.

MAESTRO. Haz oración por mí, entre tanto que desempeño un asunto que por obediencia me está encomendado, y ya sabes tú que aun á costa de nuestra vida debemos ser obedientes á nuestros superiores y cumplir sin vacilar todo cuanto nos ordenen.

DISCÍPULO. ¿Tan gran cosa es la obediencia?

MAESTRO. Tan grande, que por no faltar el Hijo de Dios á ella, faltó á su vida. Humillóse, dice San Pablo, á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

DISCÍPULO. Ese es un encarecimiento que yo jamás he podido acabar de entender. No bastaría decir hasta la muerte, sin que fuese necesario añadir la circunstancia de «muerte de cruz», supuesto que el haber muerto en ésta es cosa sabida de todos los hombres?

MAESTRO. Adios que no puedo detenerme con nuevas cuestiones.

DISCÍPULO. El yaya contigo. Verdaderamente, es doctrina del cielo cuanta mi maestro me explica, y por lo tanto, de pocos sabida y de ménos experimentada. ¡Cuántos encontraríamos en el mundo que no entendiesen este lenguaje del centro del alma y vida esencial é interior! Pues pensar que no sienten estas cosas las almas puras y bien mortificadas, es no sentir de Dios en bondad, como dice la Escritura. De sólo oír hablar á mi maestro sobre estas cosas recibe luz mi entendimiento, inflámase mi voluntad, y queda mi memoria desocupada y libre de confusión. Así es que yo no pienso salir un punto de lo que me enseñare, porque tengo como cosa indudable que me ha sido interpuesto en mi camino por el mismo Dios, para impedir

mi perdición, á la que corría desbocado antes de tratar con él. Me parece que viene ya. Seáis bien venido, padre de mi alma; ya se me figuraba que tardábais mucho.

MAESTRO. Eso me prueba que te gustan estas pláticas y conversaciones espirituales, cosa que á mí me tiene hartó satisfecho; pero como por la obediencia se han de dejar todos los gustos particulares, aunque sean del espíritu, ni pude prescindir de ella, ni venir con la prontitud que tú hubieras deseado. La obediencia es la primera hija de la humildad, y es la que sujeta el hombre á Dios y las facultades sensitivas á la razón. El verdadero obediente no sabe decir quiero ni no quiero, ni acierta á excusar sus dilaciones en la ejecución de lo mandado. ¡Oh, cuán pocos hallarás hoy en el mundo verdaderamente obedientes, y que, desterrada toda propia voluntad, no deseen ni quieran que Dios ó las criaturas les obedezcan, sino hacer ellos en todo la voluntad ajena! Por la obediencia, las obras que de suyo son casi nada, son mayores que sin ella las que parecen muy grandes. Cuanto más nos negamos á nosotros mismos, tanto más nos hacemos semejantes á aquel Señor que, por nosotros, no sólo obedeció á su Padre, sino que se entregó en las manos sacrílegas de los pecadores, para que libre-

mente hiciesen de Él lo que fuese su voluntad. No es gran cosa obedecer á los superiores, ni demasiado sacrificio sujetarse á los iguales; pero es del mayor mérito rendirse á los inferiores por amor de Dios. Ninguno se hallará tan seco y tan estéril que, si sujeta su cuello al suave yugo de la obediencia, no reverdezca, florezca y produzca frutos abundantísimos de merecimientos; porque la obediencia es camino segurísimo y muy cierto para alcanzar cualesquier gracias y dones del cielo. Atrevióse á decir San Bernardo que no hay camino por donde el verdadero obediente pueda ser llevado al infierno, á donde únicamente arde la propia voluntad. ¡Cuántos religiosos son mártires infructuosos, porque llenos de sí mismos se tienen por guías y maestros en todo lo que hacen, con tan poco aprovechamiento cuanto no se puede aquí significar, que si ejecutasen sus obras con el mérito de la obediencia, en poco tiempo llegarían á ser varones insignes en la virtud! Al fin, ningún sacrificio se le puede ofrecer más grato á Dios en esta vida, que un corazón humilde y obediente. Y podría uno en un momento obedecer por amor de Dios, con tanta humildad y pureza, y salir de sí y de su querer con tantas veras, que fuese llevado á Dios más y con mayor aprovechamiento que si

diez años viviese con gran devoción y ocupado en los más altos ejercicios nacidos de su voluntad. Tauler dice que si un hombre llegase á tanta familiaridad con Dios que siempre le estuviere mirando y contemplando presente, y conversase con Él como un amigo con otro, y fuese llamado por la obediencia, debería decir humildemente al Señor: Ea, suavísimo Dios, permita Su Majestad que por vuestro amor cumpla este mandamiento de la obediencia. Créanme, dice este doctor, que la tal resignación de la propia voluntad le sería más agradable y acepta á Dios en este hombre, que si en aquel mismo tiempo penetrara en los cielos con todos los bienaventurados. El mismo cuenta de una religiosa virgen que, deseosísima de hallar á su Esposo celestial, compuso esta breve oración: ¡Oh, Hijo único de Dios, amable Redentor de mi alma, quien me diese que por un momento pudiese yo verte en esta vida! Dichas estas palabras, se la apareció el Señor en forma de niño; y sucedió que, hallándose esta devota religiosa derretida y abrasada en amor del divino infante, una compañera suya llamó á la puerta, diciendo: Que asistiese á la obediencia, por cuanto la llamaba su prelada. Oídas por la santa virgen estas palabras, se dirigió al niño Jesús y le dijo: Bien veis, Señor, que

para cumplir con la obediencia habré de dejaros; yo os suplico, por lo tanto, que si sois servido, me esperéis aquí hasta que, desocupada, pueda volver á veros. La religiosa salió, en efecto; fué al sitio á donde su prelada la esperaba; recibió y cumplió las órdenes de ésta, y, una vez en libertad de obrar, tornó precipitadamente á su celda, penetra en ella y, con el mayor asombro, la encuentra llena de resplandores, y en su interior á su Amado, joven de veintitantos años, hermosísimo, de semblante dulce y risueño, al que, no obstante su respeto y su admiración, dirige las siguientes palabras: «Cómo en tan breve tiempo, Jesús amorosísimo, pudisteis haber crecido tanto?—Tu obediencia sola, la contestó Jesús, lo hizo todo». Con cuyo ejemplo nos manifiesta el doctor Tauler cuánto crecen las obras debidas á la obediencia, por muy pequeñas que nos parezcan. Y por último, la Sagrada Escritura dice: «Mejor es la obediencia que el sacrificio».

§ IX.

DISCURSO. Si la lección que me habéis explicado no fuere de tan gran importancia, diría que huíais de declararme lo que antes de ahora os pregunté acerca de la obediencia

de Cristo; esa obediencia que encarece San Pablo diciendo que obedeció hasta la muerte, y muerte de cruz.

MAESTRO. No huyo realmente de entrar en materia sobre este particular, sino que voy dilatando la entrada contigo en aquel ejercicio de la introversión, porque se requiere para él una abnegación perfectísima de la propia voluntad y una obediencia pronta. Pero una vez que está ya dicho lo que se necesita, en el presente caso no tengo inconveniente en decirte que aquella repetición de «muerte, y muerte de cruz», es más misteriosa de lo que nadie que no sea muy espiritual y muy entendido puede imaginarse. Nota, pues, que examinadas las obras de Cristo, esas obras que ejecutó con el fin de redimirnos, como salidas de su puesto divino, y acerca de las cuales no se hallará más razón en una que en la otra para llamarla mayor, porque todas ellas fueron infinitas; obras, en una palabra, de Dios-hombre; pero sacadas de esta consideración y divididas por partes, en alguna de ellas hallaremos razón ó razones por donde parezca mayor; ó porque para hacerla, tomada de por sí, eran menester más cosas y mayores diligencias, ó por la mayor dificultad en que se ponía la humanidad de Jesucristo, de donde la tal obra salía. Esto se puede ver cla-

ramente mirando varios trozos de un círculo, ó más bien de una circunferencia, cuyo mayor ó menor tamaño de cada uno de ellos no hay inconveniente en apreciar; pero los cuales trozos, unidos hasta formar la circunferencia completa, desaparecen y forman un todo continuo, cuyo principio ó fin no se encuentra en alguna parte. Pues una cosa muy semejante puede decirse de las obras de Cristo, que son como círculo donde sólo hay infinidad; pero que apartadas de esta consideración y tomadas ellas de por sí, como salían de la humanidad y salieran de mí si las hiciera, en tal caso bien se puede juzgar cuál es mayor y cuál menor, si ésta es producto de mayor trabajo ó lo es aquella. Esto presupuesto, nota lo segundo que no has de parar tanto la atención en lo que padeció el Hijo de Dios, cuanto en la deshonra y afrenta á aquello que padeció; la cual, cotejada con los trabajos, dolores y muerte, sin comparación ninguna le lastimó más que todos ellos. Pues si los dolores de Cristo sacan de juicio á quien con atención los considera, ¿qué sentimiento causará en tu alma la afrenta que recibió en todos, siendo, como queda dicho, mayor que ellos? De aquí deducirás que será mayor entre sus tormentos aquel que hubiese sido más á su costa y en que hubiese puesto mayor trabajo

para sufrirlo, si la deshonra hubiere sido también mayor. Y por cuanto lo que duró la crucifixión fué de dolor increíble, superior al que sufrieron todos los mártires, y junto con eso, tuvo más de deshonra, por ser castigo de infames y gente facinerosa; sin duda fué este el paso más riguroso y terrible y más digno de consideración y sentimiento. Lo cual da muy bien á entender el Apóstol en las palabras arriba alegadas: «Humillóse, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz».

DISCÍPULO. ¿No bastará decir hasta la muerte, pues, como dijo el filósofo, ninguna cosa hay más terrible que la muerte?

MAESTRO. No; porque de ahí pasó el tormento de Cristo, el cual, muriendo, no sólo efectuó su trabajo con muerte, sino con la muerte más ignominiosa que entonces había ni se podía imaginar. Y no podía Dios en tal tiempo escoger otra muerte, á fin de que los hombres entendiesen lo mucho que sentía y ponía en nuestra redención, como no fuera escogiendo la muerte de cruz. Por donde entenderás que fué más á los ojos de Dios la afrenta que no el morir. Lo cual se ve muy claro en aquel sudor de sangre que tuvo en el huerto, disponiéndose á la muerte. Porque no la imaginación de los tormentos y cruel muerte, como muchos dicen, le hizo sudar sangre,

sino la que tuvo vivísima de la afrenta y deshonra consiguientes á aquel género de muerte.

DISCÍPULO. ¿Y de qué manera podría probarse que la consideración de la afrenta y no de los dolores y angustias de la muerte le causaron aquel sudor?

MAESTRO. Porque, como sabes, la sangre ejerce en el cuerpo el oficio de corredor y acude siempre á favorecer la parte más necesitada; siendo así que, cuando un hombre está medroso, se le pone el rostro blanco como un papel, porque la sangre acude en aquel momento á socorrer el corazón, que es en donde se experimenta el miedo, y abandona el rostro. Por el contrario, en la pasión de la vergüenza acontece que, como dijo un poeta, la vergüenza sale á la cara, y de aquí la necesidad de que la sangre, reconcentrada en el corazón en el caso precedente, acuda en éste al rostro para cubrir la afrenta que teme recibir el avergonzado.

DISCÍPULO. Efectivamente; yo me he puesto encendido y colorado como un carmesí siempre que he sentido vergüenza, aun siendo niño.

MAESTRO. Pues así has de entender que aconteció en Cristo. Nuestro Redentor, orando en el huerto, sudó sangre en abundancia,

no por miedo que tuviera á los azotes, corona de espinas, bofetadas, clavos y muerte; que si eso fuera, quedara descolorido, por haber de acudir necesariamente la sangre á favorecer al corazón, donde se siente y padece el miedo, sino á las afrentas consiguientes á esos mismos tormentos y muerte infame. Y porque no solamente en el rostro, sino en todo su cuerpo santísimo había de padecer afrenta, supuesto que había de ser desnudado en medio del día y ante una concurrencia tan grande de gentes, y gentes tan malas y perversas, se originó el sudor en todo su cuerpo. Y porque esta afrenta y vergüenza había de ser en extremo mayor que las padecidas y cuantas puedan padecer los hombres, la imaginación de ella fué tan poderosa, que no se limitó con arrebatarse la sangre al rostro, que es hasta donde suele llegar el color sanguíneo en los que sufren afrentas; sino que, desahogada como un caballo sin freno, no sólo corrió á inyectar otros muchos puntos de todo el cuerpo, sino que traspasó la piel por sus poros, manchó las vestiduras y regó el suelo. ¿Y qué mucho que pasase esto con Cristo, que era Dios verdadero, cuando en algunos hombres, y aunque en menor escala, algunas veces se ha observado lo mismo? De donde podrás fácilmente colegir cuán grande le pareció la afrenta á

Jesucristo, y cuánto más le lastimó que los dolores y la misma muerte. Esto lo significó ya el Apóstol cuando dijo: «Que fué crucificado en angustia», porque no solamente sintió los barrenos de los piés y de las manos, y aquellos golpes horribles del martillo para ser fijado en la cruz, sino mucho más las palabras afrentosas y los denuestos horribles que le dirigían, y la deshonra consiguiente á esa muerte de cruz, ó sea esa doble muerte en boca del Apóstol, y en la que tú también has de doblar la consideración, pensando no solamente en lo que padeció, sino en lo amenguado y afrentado que lo padeció.

DISCÍPULO. Consoladísimo me dejas con lo que me has dicho, y muy bien dispuesto para no dejar pasar cosa en que se me ofrezca duda; mas entre tanto, y si bien os pareciese, podríais decirme antes de despedirnos lo que me prometisteis referente á Rusbrochio.

MAESTRO. Mejor será que nosotros despidamos al día, para que tú tengas tiempo de pensar en cuanto he dicho, y yo en lo que me queda por decir acerca de la uniformidad de las introversiones ó entradas del alma en su íntimo ó centro; todo lo cual requiere estudio y oración.

DISCÍPULO. Alúmbrete el Señor, para que de la luz que tú recibieres, reciba mi alma, y las demas que quisieren aprovecharse de tan alta doctrina. Amén.



esta doctrina Amén

DIÁLOGO DÉCIMO.

DE LA UNIFORMIDAD DE LAS INTROVERSIONES Ó ENTRADAS DEL ALMA Á SU ÍNTIMO Ó CENTRO, QUE PROPIAMENTE ES EL REINO DE DIOS Y DEL RECOGIMIENTO.



DISCÍPULO. O se tarda mi maestro ó yo me he apresurado á venir, y acaso sea lo uno y lo otro, y una misma la razón de su retraso y la de mi presteza. A mí me ha traído tan temprano el deseo de oírle hablar de lo más dificultoso y trabajoso de la conquista del reino de Dios, que son las entradas del alma á su centro, mientras á él le habrá detenido la dificultad de la materia, porque siempre temió llegar á este punto. Y ciertamente, no me extraña que se recele y tema hablar de

DISCÍPULO. Alúmbrete el Señor, para que de la luz que tú recibieres, reciba mi alma, y las demas que quisieren aprovecharse de tan alta doctrina. Amén.



esta doctrina Amén

DIÁLOGO DÉCIMO.

DE LA UNIFORMIDAD DE LAS INTROVERSIONES Ó ENTRADAS DEL ALMA Á SU ÍNTIMO Ó CENTRO, QUE PROPIAMENTE ES EL REINO DE DIOS Y DEL RECOGIMIENTO.



DISCÍPULO. O se tarda mi maestro ó yo me he apresurado á venir, y acaso sea lo uno y lo otro, y una misma la razón de su retraso y la de mi presteza. A mí me ha traído tan temprano el deseo de oírle hablar de lo más dificultoso y trabajoso de la conquista del reino de Dios, que son las entradas del alma á su centro, mientras á él le habrá detenido la dificultad de la materia, porque siempre temió llegar á este punto. Y ciertamente, no me extraña que se recele y tema hablar de

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

cosas tan íntimas quien ha visto que, por ser tales las de su obra anterior titulada *Los triunfos*, perdió ésta, en el concepto de los indoctos y sin espíritu, cuanto hubiera ganado si tratara de caballerías, relaciones de ciego ó cartilla para principiantes. No está ya el mundo en disposición de que se pueda tratar con él tan de veras, ni los sabios del día entienden lo que en la primitiva Iglesia, cuando San Pablo escribía sus epístolas, entendía la gente rústica y del campo. Oh, gran mudanza de los tiempos!

MAESTRO. ¿Qué pláticas son esas, Deseoso? Creí que estabas en compañía de algunos Padres, cuando tan formalmente razonabas.

DISCÍPULO. No has oído hablar nunca á algún hombre á solas consigo mismo y disputar como si tuviese quien le respondiera y replicara?

MAESTRO. San Agustín compuso soliloquios, y San Buenaventura y otros santos, que no son sino conversaciones á solas con preguntas y respuestas. Y aun te aseguro que las he hallado provechosísimas, porque recogen mucho el alma y la dan grandes motivos de devoción y amor. De otra manera de platicar no hago caso, porque es propia de hombres melancólicos ó coléricos, que con el furor hablan entre sí y tratan de sus venganzas

como si tuviesen presente al enemigo. Pero, dime ahora: ¿qué juicio formaste hoy de mi tardanza?

DISCÍPULO. Que venis de tan mala gana como yo de buena.

MAESTRO. Pues por tí me alegro, y en cuanto a mí, has acertado en tu juicio; pero de mi mal humor no debes extrañarte, ni de que renuncie á hablar mas palabra sobre contemplación, si reparas en que es á hombres exteriores y de sola carne á los que he de decir lo que siento acerca del hombre interior y divino. Estoy por asegurarte que me pesa de lo que hasta ahora te tengo enseñado, porque lo has de comunicar con personas que parecerán religiosas y espirituales, y que, sin embargo, se reirán de ello, como de cosa que no entienden, ó entienden mejor que yo, pudiendo ser lo uno y lo otro; mas siempre resultará que nadie se aproveche de mis trabajos ni de tu cuidado. Y así, te digo que si tú recibes alegría oyéndome, yo pena grande hablandote; porque veo que San Dionisio advierte á Timoteo que se guarde de comunicar á los bachilleres del mundo las cosas ocultas de la teología mística, temeroso de que habían de burlarse de él y de ellas.

§ II.

DISCÍPULO. Oí decir á un hombre discreto y muy letrado; que bastaba, para quedar bien recompensado de su trabajo cualquiera que escribiese un libro, el hallar un solo lector benévolo, que con gusto leyese y aprobase sus capítulos.

MAESTRO. También yo me daría por satisfecho con que fueses tú sólo el lector y juez de mis escritos.

DISCÍPULO. No obstante, conviene no volver atrás en lo comenzado, ni hay razón para que desmayes ni desconfíes del bien que puede resultar para muchas almas de estos *Diálogos*, siendo, como son, de tanto gusto y entretenimiento, y sustanciales.

MAESTRO. Ya no puede conmigo el temor de que no sea aceptada mi doctrina: tal obstáculo le venci antes de comenzar mis trabajos; pero me asusta mucho la dificultad de la materia, porque hallo pocos autores á quien consultar que traten de ella, y yo no la tengo tan experimentada que pueda hablar de ella con la soltura que de otras, en que hasta hoy nos hemos ocupado. Diré, empero, lo que supiere, acudiendo á Dios primeramente, y auxiliado de lo que sus siervos sobre el particu-

lar nos hubiesen dado á entender, ora de palabra, ora por sus escritos. Pero, sepamos: ¿tienes en la memoria el cuarto punto sobre que se ha de fundar hoy nuestra plática?

DISCÍPULO. Me parece que sí.

MAESTRO. Repítelo exactamente como lo has oído.

DISCÍPULO. Uniformes entradas ó introversiones, por olvido de todas las cosas, á los abrazos y unión con el Espíritu Santo.

MAESTRO. ¿Entiendes lo que esas palabras significan?

DISCÍPULO. Aclaradme antes algunos de estos términos, que no estoy muy firme en ellos.

MAESTRO. Introversiones, que parece el más dificultoso, es palabra latina procedente del verbo volver y del adverbio adentro, que juntos quieren decir vueltas adentro.

DISCÍPULO. Ahora lo entiendo menos.

MAESTRO. ¿No te acuerdas que el Diálogo pasado versó sobre las salidas que hemos de hacer en busca del prójimo, cuando de nosotros tuviere necesidad?

DISCÍPULO. Sí, me acuerdo.

MAESTRO. También recordarás que en ese ejercicio hay distracción y división; quiero decir, que nos distraemos y dividimos, y nuestras almas están llenas de imágenes y re-

presentaciones de cosas muy diferentes; y, finalmente, allí es donde se turba Marta con la multitud de los cuidados.

§ III.

Dice, pues, nuestra letra, que á estas salidas que hacemos, movidos por la caridad del Esposo, que nos llama afuera, se han de seguir las introversiones uniformes, que son estas entradas ó encerramientos hasta lo íntimo y secreto del alma, para tratar á solas con Dios y reparar por este camino la distracción, si se siguió alguna por el trato y conversación con los hombres. Y han de ser uniformes estas introversiones, porque todos nuestros deseos y pensamientos se han de encaminar á aquel uno necesario á que atiende María, y á que es invitada y provocada su hermana Marta por Jesucristo. Y mira bien, que si todos los pensamientos no entran unidos al íntimo nuestro, no cumplimos entonces con este ejercicio, que pide uniformidad en ellos.

DISCÍPULO. Me parece que viene bien aquí aquella exposición vuestra, relativa al lugar de los *Cantares*, en donde el Esposo se declara herido dél mirar atento y uniforme de su esposa. Allí dijiste que no en un ojo ni en un cabello, sino en uno de los ojos y en uno

de los cabellos estuvo la fuerza del herir. Y si por los ojos se ha de entender los afectos y por los cabellos los pensamientos, y todos éstos, hermanados y unidos y á una, se convierten á Dios en lo interior del alma, á donde, como en su reino, mora, sin duda serán poderosos para herirle ó hechizarle, como expresa la palabra griega.

MAESTRO. Dichoso el que, huyendo de toda multiplicidad (como dijo Platon), pone su voluntad entera en la ley de Dios, y sus pensamientos uniformemente de día y de noche fueron de ella; porque éste y no otro se llamará y será con verdad hombre interior y orará con recogimiento, sin las vaguedades con que de ordinario son distraídos los que por costumbre siguen este ejercicio de la oración. Y es argumento contundente, sobre que su orar es vaguar y mezclar muchas veces á las cosas divinas las profanas, el ver su escaso ó nulo aprovechamiento: porque en cumpliendo con aquella obligación, se extravían en palabras vanas, en risas y en otras impertinencias tan ajenas de hombres de recogimiento, quanto propias de distraídos y hombres sin espíritu. Empero, dejemos este mal, que no tiene remedio, porque los atacados huyen de emplear alguno cuando llegan al miserable estado que llamamos de insensibili-

dad, y en que se obra por costumbre y como por vía de ley, sin tener en nada fresca la intención. Esta suele aumentar el merecimiento y hacer más atenta el alma, y que obre con mayor recato y como conviene.

DISCÍPULO. Bien sé yo quién se ha de confundir leyendo estas doctrinas.

MAESTRO. Quiera Dios que no se rían, mofen y las escarnezan; que todo esto puede temerse de los insensibles que se contentan con los verbos solos, sin hacer caso de los adverbios.

DISCÍPULO. No entiendo eso.

MAESTRO. Digo que se contentan con orar, y no tratan de bien orar; con decir Misa, y no con que vaya bien y perfectamente dicha; con rezar en el coro, y no con estar allí atenta y devotamente; y así en las demás cosas que hacen, en las cuales faltan siempre dos adverbios, que significan y añaden perfección á las obras.

§ IV.

La vida y ejercicio de los varones recogidos, dice Rusbrochio, es acogerse á Dios dentro de sí mismos, y salir afuera á sí mismos. La introversión se hace con libre y elevado espíritu á Dios y en Dios; y esto con venera-

ción y amorosa reverencia. La extraversion ó salida afuera es una displicencia que de sí mismos tienen y desestimación y anulamiento propio, por la cual desestiman y anulan cuanto de bien hacen, y dan por nada todo cuanto por Dios pueden padecer, así interior como exteriormente. Lo muy bueno que hay aquí, es que son señores de sí mismos en estas entradas y salidas, porque libremente entran cuando quieren, y con esa libertad salen afuera cuando les parece que conviene. Los unos y los otros andan en la presencia de Dios, entrando y saliendo. Las salidas andan acompañadas de la razón y fundan en caridad, en piadosos ejercicios, buenas costumbres, en obras santas y de virtud, y siempre el que sale está atento al mirar de Dios, contemplándole y hallándole presente en cuanto hace; por lo cual se conserva siempre en pureza de alma y crece en gracia delante de Dios y de los hombres. El que se retira y entra adentro á buscar á Dios, algunas veces se sirve de la razón y de la imaginación ó representación de las cosas, y guarda modo y orden en sus entradas; otras veces es hecho superior á la razón y no guarda modo ni reconoce imágenes de cosas corporales, porque no usa de los sentidos, por donde ellas entran. En lo primero se halla y se adquiere grande sabiduría, porque

asiste el alma en el acatamiento de la divina bondad y liberalidad, á donde se aprende la verdadera ciencia. En lo segundo hay lo que Dios quiere y lo que sólo Él sabe, y sólo lo gusta el que lo recibe, y se asegura que es Dios el que se lo da; porque en el alma actual en Dios y unida á Él por afectuosa caridad, no se puede hallar enemigo, ni sus tentaciones pueden tocarla, como no puede entrar el frío en el hierro que está metido y caldeándose en la fragua. Está como aquella milagrosa mujer del Apocalipsis, guarnecida del sol, y debajo de sus pies la luna; está llena de claridad, y también porque las puertas falsas están cerradas al demonio; que, como afirma Gerson, son esos sentidos (que ya dije) suspensos de sus oficios propios.

DISCÍPULO. Esa debe ser la oración que llaman los santos de recogimiento.

MAESTRO. Bien dices. Y cierto que, en tanto que no llegamos á tenerla, no podemos decir que hemos puesto los pies en el camino de la vida espiritual.

DISCÍPULO. Pocos deben ser los que llegan al estado que decías ahora.

§. VI.

MAESTRO. Hay grados en el recogimiento. En el primero se mortifica el pensamiento

simplemente, y es cuando el alma queda como dormida y en silencio, y que nada le desasosiega ni perturba; y si acaso estando así viene algún pensamiento para entrarsele en el corazón, maravillosamente le es impedida la entrada mucho antes que ella conozca lo que es; como si viendo á alguna persona venir á nosotros desde lejos, antes de conocerla la diésemos de mano para que no se nos acercase. Pasa esto con tanta certeza en el alma, que ella misma se maravilla de ello; y si quiere averiguar lo que fué, no puede; salvo que conoce evidentemente que alguna cosa venía á desasosigarla y que fué detenida. Este recogimiento es más que de principiantes, y no le tiene el alma sin la gracia del Señor; porque aun cuando no hay aquí grandes gustos y sentimientos extraordinarios, hay, á lo ménos, una cierta complacencia como de cosa dada por Dios. En el segundo grado de recogimiento se admite la inteligencia, con que el hombre cuidadosamente vela sobre sí, atendiendo á lo que hace y poniendo alguna fuerza en ello; de manera que parece que se está remirando en estar recogido. Y aquí es donde los aprovechados suelen sentir y recibir muchas cosas del Señor. También hallarás algunos que se recogen de manera que se olvidan de sí mismos, sin saber dónde están, y cuando

después vuelven sobre sí, preguntan á su ciudad de dónde viene y qué es lo que ha hecho; mas no pueden caer en ello. Este recogimiento es muy bueno, y suele convertirse en hábito, por lo cual les es muy fácil á los que en él se hallan el recogerse y morar consigo. Pero guárdense de implicarse ó entrometerse en negocio alguno de la tierra, que se ponen á mucho peligro de perder esta gracia.

§ VI.

Hay otra manera de recogimiento, en que el ánima está dentro de su cuerpo como en una caja muy cerrada, y allí se goza consigo misma, con algún calor espiritual que siente, desasida de los cinco sentidos, como si no los tuviese; y no entiende cosa que decirse pueda, sino, como niño pequeño, se goza dentro del pecho, y querría no distraerse de allí, ni tener ojos, ni oídos, ni puerta por do saliese.

DISCIPULO. En estos recogimientos, ¿está del todo privado el hombre del entendimiento?

MAESTRO. Hijo; no; porque siempre queda una centella pequeña, que basta para que conozca el alma que tiene algo, y que es de Dios; está callado y sosegado en el entendi-

miento, acechando (como acá decimos) lo que pasa, como quien no hace nada; y aun parece que el alma no querría que hubiese ni aun aquello, sino morirse en el Señor toda y perderse allí por Él. Algunas veces acontece que totalmente cesa el entendimiento, como si el alma no fuese intelectual; mas luego se torna á descubrir la centella viva de la simple inteligencia ó conocimiento sencillo; y en aquel dejar de entender es donde el alma recibe mayor gracia; y cuando revive y se halla con ella, se admira y no sabe por dónde ni cómo la hubo; y, codiciosa de más, querría volver á mortificarse, ninguna cosa entendiendo; y como quien se zambulle en el agua y sale de nuevo con lo que deseaba en las manos, así ella se encierra dentro de sí y se zambulle en Dios, de donde suele salir llena de espirituales riquezas. Aquí se olvidan las horas como si fueran momentos, sin sentir pesadumbre ni cansancio alguno. Mas mira por tí, hermano Deseoso, si á este estado te llegares, que muchas veces, sin saber cómo, se te resbalará y huirá del corazón lo que parece que está bullendo en él, y será necesario que de nuevo comiences á recogerte íntimamente. Gran cosa es gozar en secreto, y como á oscuras, de Dios; que, como sabemos, es amador de soledad y hace su morada en tinieblas.

DISCÍPULO. Cuando el alma así recogida comienza á sentir la comunicación del Señor, puede hablar algunas palabras amorosas y de regalo para encenderse más en la devoción y amor divino?

VII.

MAESTRO. Páreceme que no; antes debe poner toda su atención en recogerse y hacerse más entera; porque el apretar el corazón es un estrechó abrazar á Dios, que con sola la afición se tiene y aprieta mejor; y muchas veces quiere que le dejemos obrar solo, y que del todo guardemos silencio. Otras veces te hallarás tan tibio, que será menester buscar todos los favores de fuera y de dentro para encender la devoción, y no podrás; mas cuando con sólo cesar la sintieres, bueno es no usar de otros medios, porque entonces obra Dios, y el humilde deseo recibiendo hace más de lo que parece, porque se une más íntimamente con Dios, su Salvador. El doctísimo y extático varón Hugo, *De Arra animæ*, introduce su alma, como hablando en soliloquio, de esta manera: Qué es aquello que algunas veces me suele tocar, y con tanta vehemencia y suavidad me agrada, que ya en alguna manera comienzo á enajenarme de

mí misma y no sé á dónde soy llevada? Alégrase mi conciencia, olvídome de mis males, recibe luz mi corazón, hártanse mis deseos y véome en otra parte sin saber á dónde; aprieto con unos brazos de amor acá adentro, y no sé qué es aquello que aprieto, y trabajo con todas mis fuerzas para retenerlo y nunca perderlo; lucha y pelea mi ánimo porque no se vaya lo que siempre querría tener conmigo. ¿Por ventura es aquél mi Amado? Ruégote que me lo digas, para que lo sepa; porque cuando de nuevo viniere, le suplique no se me vaya para siempre. Verdaderamente, ánima mía, que ese es tu Amado, el cual te visita y viene á ti de secreto é invisible, para invisible y secretamente tocarte. Hasta aquí Hugo, y por cierto da muy bien á entender, en pocas razones, lo que en su recogimiento pasa el alma con su Esposo, aunque tan á la sordina y casi sin sentirse visitada de Él. San Bernardo, en el Sermón LXXIV de las visitaciones del Verbo, sobre aquella frase de los Cantares, *Revertere, dilecti mi*, dice cosas tan admirables, poniéndose á sí mismo (aunque con mucha humildad y encogimiento) por ejemplo, que si no fuera por no extenderme en esta plática, las tradujera y trasladara aquí á la letra. Pero ruégote cuan encarecidamente puedo, que leas todo aquel Sermón, para

que sepas cómo, sin ser sentido, entra Dios en el alma recogida, y sin saberlo ella se ausenta.

DISCÍPULO. Pues si no se le siente entrar ni salir al divino Esposo, ¿cómo conoce el alma que está en ella y que se ausenta de ella?

MAESTRO. Del movimiento del corazón, dice Bernardo, que se toma ese conocimiento; huyen los vicios con su presencia; renuévase el hombre interior y florece en virtudes; crecen los deseos de servir y agradar á Dios; destiérrese la ignorancia, y bulle en el alma como una cosa viva, que lo reanima todo; y todo se vuelve á marchitar y caer luego que el Esposo se ausenta de ella. Si pones fuego á un puchero de agua fría, ¿no hierve y bulle con el calor? Y si se lo quitas, ¿no se vuelve á su antigua y natural frialdad? Así es que, entrando Dios en el alma, hay calor y vida; y en faltando, frío, amargura y muerte.

DISCÍPULO. Maravillosa es la comparación, y muy bien se comprende por ella mi dificultad.

MAESTRO. Hartas tiene este ejercicio del recogimiento, y por eso es tan alabado de los Santos y encomendada la perseverancia en él.

§ VIII.

Gerson dice, que aquí se han de emplear todas las fuerzas del alma, y que no se ha de volver atrás aunque nos parezca que no sacamos fruto. «Asiéntate, dice, solitario, y levántate sobre tí, si puedes; y si por largo tiempo, esforzándote mucho, no lo pudieres hacer, no quieras por eso huir del alivio y solaz de la lección ó de la conversación de los amigos aunque buena; y si en el silencio recibieres enojo y pesadumbre, y fueres hecho grave á tí mismo, y piensas por esto que sin provecho reposas, espera, y venza ese enojo la tardanza porfiada; porque en ninguna manera se burlará Dios de tí, ni tendrá en poco tu trabajo, ni se olvidará de hacer contigo misericordia, si en Él pusieres tu confianza, y perseverando, buscarés, llamarés y pidieres». Hasta aquí Gerson. San Gregorio Nacienceno confiesa de sí, que la razón por que rehusaba ser Obispo era, porque los cuidados de la prelación le habían de sacar de su recogimiento y trato de á solas con Dios. San Dionisio, en su *Teología mística*, enseña á Timoteo y le persuade, que con gran fuerza luche por dejar los sentidos y las intelectuales operaciones, y todas las cosas sensibles é inteligibles, y las

que permanecen y no permanecen; y como le fuere posible, desconocidamente, se levante á la unión de Aquel que es sobre toda sustancia y conocimiento; pues no es otra cosa, según San Buenaventura, sino ser movido inmediatamente por ardor de amor, sin algún espejo de criatura, sin pensamiento que vaya delante, ni inteligencia que acompañe. San Bernardo dice, que la perfecta oración está en el recogimiento; y llámale él muerte preciosa y de que desea morir, para que mueran en él todas las criaturas y sus formas é imágenes, de manera que, con pureza y sencillez, pueda contemplar dentro de sí al Criador.

§ IX.

El Profeta parece que hizo mención de este recogimiento en un Salmo: *Ecce (inquit) elongavit fugiens et mansi in solitudine*; alejéme huyendo, y quedé en soledad. Nadie puede quietarse, si no huye muy lejos; lejos, digo, de los deleites de la carne y de todas las cosas corporales y sus fantasías y representaciones; que éstas impiden la holganza y la quietud y el secreto del recogimiento, según que en otras muchas partes dejamos probado. Y echaré el sello con referir aquí lo que sobre el particular dice San Gregorio, Papa:

«De ninguna manera puede recogerse el alma en sí misma, si primero no aprende á desterrar de los ojos interiores las fantasías de las terrenas imaginaciones; y cualquiera otra cosa que le ocurriere al pensamiento, perteneciente á alguno de los sentidos corporales.»

DISCÍPULO. Son suficientes los testimonios de tantos y tan graves autores, para que yo me persuada de que en ese ejercicio está mi salvación y para que sobre todos los demás le codicie y procure.

MAESTRO. Gran cosa es para un alma, que fácilmente se extasia, entender que Dios tiene su reino en ella, sus delicias y su gloria, y que para hablar con Él no há menester ir al cielo, ni ausentarse de sí misma, ni darle voces; porque por quedo que le hable, está tan cerca, que la oirá; ni le son necesarias alas para buscarle volando, sino ponerse en soledad y contemplarle dentro de sí. Ni se debe extrañar de tan buen huésped, sino hablarle como á padre, con humildad profunda, contarle sus trabajos y pedirle remedio para ellos, pues Él es Todopoderoso y misericordioso. Algunas personas piensan que es humildad encogerse y no pedir, y si les dan, recibir con mano escasa, y, ciertamente, no es sino simplicidad y bobería. No cures, hijo, de estas humildades, sino cuando sintieres á Dios den-

tro de ti y que te da sus ojos de misericordia; trata con Él como con tu Padre, como con tu Señor, Hermano y Esposo; á veces de una manera, á veces de otra. Y créeme, que Él te enseñará lo que has de hacer para contentarle.

§ X.

San Agustín confiesa que vivió mucho tiempo engañado, buscando por las criaturas lo que tenía dentro de sí. Mucho importa entender y creer esta verdad: «Que está Dios dentro de nosotros»; y tanto más nos importa el estarnos allí con Él. Y aun para rezar oralmente, es provechosísima esta consideración, porque se recoge luego el alma dentro de sí misma; y allí recogida, discurre por todas aquellas cosas que suelen encender en ella la devoción, sin cansarse, caminando al Calvario, ó al sepulcro, ó al cielo. Por esto se llama esta oración de recogimiento, porque se recoge así más fácilmente el alma, y es más en breve enseñada de Dios, y goza muy presto de quietud. Quien de esta manera se puede encerrar en el cielo pequeño de su corazón, á donde mora el que crió los cielos y la tierra, y se acostumbra á no mirar ni estar en donde los sentidos exteriores puedan distraerse, crea

que lleva muy buen camino y que con mucha brevedad llegará á beber de aquella fuente de vida, que apaga en nosotros la sed de cuantas cosas hay fuera de Dios; porque es un caminar este muy aventajado; es como navegación por la mar y con viento en popa. El recogimiento es para el alma como un castillo fuerte, á donde se encierra para no temer á sus contrarios, y á donde recoge sus sentidos todos y los aparta de las cosas exteriores; á las cuales así da de mano, que sin advertir en ello, se le cierran los ojos corporales para no verlas, á fin de que los del alma reciban mayor claridad para ver á Dios.

DISCÍPULO. ¿Es de esencia del recogimiento cerrar en la oración los ojos del cuerpo?

MAESTRO. A los principios es muy bueno para muchas cosas; después ellos mismos se cierran para no ver; y si se abren, es con dificultad. Parece que con esta clausura se fortalece el alma, y se esfuerza á costa del cuerpo, y que le deja solo y enflaquecido, y se prepara contra él. Y si esto te pareciere que es cosa de poca sustancia, ruégote que á mi cuenta te ejercites en ello, y en breve recogerás frutos abundantísimos y te encontrarás rico de devoción y gustos del cielo. De muchas ocasiones te libras cuando te escondes dentro de tí, cerrados los ojos, y aun se te pe-

gará más presto el fuego del amor divino; porque como no haya en el alma cosa que llame su atención exteriormente, permanece sola con su Dios, y tiene grande aptitud para encenderse y arder en el amor divino. Bien entendía yo, dice una persona espiritual y religiosa, antes que cayese en la cuenta del recogimiento, que tenía alma; mas lo que me parecía esta alma y quién estaba en ella, no lo comprendía; porque para verlo yo misma me tapaba los ojos con las vanidades de la vida presente. Y á mi parecer, si, como ahora entiendo que en este pequeñito reino de mi alma cabe tan gran Rey, lo entendiera entonces, no le dejara tantas veces solo; alguna vez estuviera con él y procuraría también que no encontrara tan sucia la habitación. Mas qué cosa de tanta admiración, que se encierre en una casa tan pequeña el que llenaría mil mundos, si los hubiera, con su grandeza! Lo que yo aquí encuentro de mayor consideración es, que se estrecha Dios y como que se encoge en el alma para no espantarla y atemorizarla á los principios con su majestad, hasta que poco á poco ella con su presencia se va ensanchando y extendiendo. Es como el alma racional en el cuerpo humano, que siendo la misma en el recién nacido que en el de mayor edad, en el uno parece que está

encogida y que no es poderosa para obrar, mientras que en el otro está como dilatada y dueña de todos sus miembros y potencias.

§ XIX
Y la razón de esta diferencia es, porque el alma obra según la disposición de los órganos del cuerpo; y como en los niños están inhábiles, y son pequeños, y no enjutos ni dispuestos para obrar estos órganos, se encuentra allí como encogida y como si no estuviese de manera, que no parece alma racional, sino de otro animal cualquiera, que sólo sirve para crecer y vivir. Yo digo, que los principiantes en la virtud y en el recogimiento son como niños para Dios, que, como alma suya, mora y está en las de ellos, encogidos y fajados los brazos y como envuelto en pañales y mantillas; empero, como el alma va creciendo y se va entregando toda al Esposo divino, desocupada ya de las cosas de la tierra y de sí misma, él también se extiende y crece, y toma en ella el gobierno, y es el alma del alma, y espíritu del espíritu, y vida de la vida, y viene á verificarse lo que dice San Pablo: «Que vivía más Cristo en él que él en sí mismo». Dios no fuerza nuestra voluntad, mas toma lo que le damos; sólo que no se da á sí todo, ni

obra como Señor de la posada, hasta que nos damos por completo á El, y entramos en su pleno dominio y señorío. Y ciertamente que no sé yo cómo ha de estar Dios en un alma llena de estorbos y de baratijas, de pensamientos, de cuidados, amores y deseos terrenos, ni cómo ha de haber allí con su corte celestial; harto hace en permanecer algo tranquilo entre tantos enredos. Desocupa, hijo, tu corazón, como ya te he dicho muchas veces, si quieres que venga Dios á él con todas sus riquezas, y mira que dice El mismo: Que si El es en el alma la cosa principalmente amada, todas tres divinas Personas vendrán á ella y tendrán allí su morada.

DISCÍPULO. ¿Este recogimiento es cosa sobrenatural, ó posible á cualquiera que quisiese entregarse á él?

MAESTRO. Muy bien podemos, ayudados de la gracia de Dios, recogerlos de la manera que has oído, porque esta es obra por mitad, donde se encuentra la mano de Dios y la nuestra. Sin el divino favor ya se sabe que no podemos tener ni un santo pensamiento; mientras que con él todo nos es posible: digo que es necesario ayudarse el hombre y hacer de su parte lo que pudiere, con seguridad de que no faltará Dios á su obra. San Pablo á los hebreos dice: Seguid la paz con todos y la san-

tividad, sin la cual ninguno verá á Dios, considerando atentamente que nadie falte á la gracia. La paz del recogimiento y la santidad de este ejercicio hemoslas de seguir en cuanto hiciéremos, según nuestra posibilidad; que si miramos en ello, no es cosa imposible; porque la gracia del Espíritu Santo nunca nos falta, si nosotros no faltamos á ella. Si alguno madrugare, dice el Sabio, no será menester molestarse mucho en buscar la sabiduría, porque ella madruga más y está sentada á nuestras puertas, esperando á que siquiera la demos el deseo del corazón. Lo que yo por ahora te pido es, que cuando oras vocal ó mentalmente, tengas atención á mirar con quien hablas; porque hablar con Dios y pensar en vanidades é impertinencias es tenerle vueltas las espaldas. Y cierto que nuestro daño todo nos viene de pensar que está lejos de nosotros Aquel con quien hablamos; y ¡cuán lejos, si no entendemos que está más cerca de cada uno que El de sí mismo! El Señor lo enseñe por su misericordia á los que no lo saben. Decía aquella persona religiosa que nunca supo qué era rezar con satisfacción hasta que el Señor la enseñó este modo; y que siempre había hallado tantos provechos de esta costumbre de recogerse dentro de sí y de pensar que hablaba con quien la oía y presta-

ba atención á sus palabras; cuánto no se puede decir. En nuestra mano está adquirirlo, con la ayuda de la gracia; que nunca faltará (como ya dije); sino que es menester ejercicio y habituarse á ello, para que, poco á poco, se vaya el hombre enseñoreando de sí mismo, no perdiendo en balde el tiempo, sino ganándose á sí para sí, que es aprovecharse de sus sentidos para el interior.

§ XII. Es muy útil lo que el precursor de Cristo enseñó á sus discípulos que se ha de observar en la vida interior.

Si fueres tentado por hablar, una y muchas veces te ruego que te acuerdes de que hay con quien hables dentro de tí mismo, y que es su conversación sin amargura ni tedio. Y si de oír, que oigas á quien más de cerca te habla, que es Dios; y si te fuere posible, nunca te apartes de tan buena compañía. Y si por algún tiempo hubieres dejado á tu Señor Dios solo, duelete mucho de ello y reprende tu descuido. Si entráres dentro de tí á Dios muchas veces en el día, siempre saldrás con ganancia y en breve alcanzarás recogimiento. Y cuando Dios te haya hecho esta merced, no la trocarás por todos los tesoros y riquezas del mundo. Muchos en un año y otros en medio, y algunos en ménos tiempo, han salido con esta empresa. El Señor nós la conceda á

todos por quien Él es. Amén. De un recogimiento sobrenatural de que algunos santos han hablado, no quiero decir palabra; aunque muchas cosas que le pertenecen quedan ya dichas en diversas partes; hablé de Él con resolución quien supiere más que yo, y gocele el alma que le mereciere; que si no vale para Él la industria humana, por ser todo de la divina gracia, mal se podrán dar leyes aquí, y documentos que aprovechen; lo que sé decir sobre el particular es, que quien hasta ahora te ha enseñado es el precursor para el que digo; y ejercitándote bien, y como conviene en éste, saldrás con aquel que tanto deseas, especialmente si oyeres la voz del Esposo celestial, que á todas horas nos está llamando y convidando á mayor perfección.

DISCÍPULO. Parece que te vas despidiendo ya.

MAESTRO. Ya es tiempo, especialmente habiendo dicho tantas y tan sustanciales cosas de esta materia en el Diálogo primero; que si solo se leyere como es razón, bastaría para salir un hombre consumado en éste ejercicio del recogimiento y vida interior.

DISCÍPULO. Pues á fe mía, se me ofrecen algunas dudas, de que deseo salir antes que nos separe la noche.

MAESTRO. Dí lo que quisieres.

DISCÍPULO. Deseo saber: lo primero, si es necesario no pensar nada en el recogimiento; lo segundo, cómo se ha de acallar el entendimiento; lo tercero, si es lo mismo andar un alma recogida, que andar en la presencia de Dios, porque esto segundo lo encargan mucho los santos; Ludovico Blosio, Rusbrochio, San Buenaventura y otros ponen en ello el caudal de la vida espiritual.

MAESTRO. A lo último quiero responder antes, y digo, que no hallo diferencia alguna entre el recogimiento que te he enseñado y andar el alma atenta á Dios, oyendo su divina habla y secreta inspiración; y si alguna diferencia se halla es en los nombres, pero no en la sustancia del ejercicio. Y para que veas que es todo uno y lo que importa este trato interior, dire algunas razones de las que nuestro Rusbrochio dice en el capítulo vii *De abstractione*: «Oh ánima santa, dice, despierta y está de buena voluntad y persevera sola, porque para solo Aquél te guardes sola, al cual entre todas las criaturas y sobre todas solo escogiste; huye los afectos y aficiones fingidas de los hombres y sus amistades; huye las compañías sin provecho y toda multiplicidad perniciosa; olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y codiciará el rey tu hermosura. Y no sea esta huida de solo el cuerpo,

sino con el corazón, con la devoción, con la intención, con la habitación del hombre interior y con todo tu espíritu; porque como Dios sea espíritu, no se contenta con ménos que soledad de alma y espíritu».

§ XIII.

Algunas veces es de provecho la soledad corporal, que por eso huyó Cristo á ella, cuando, libre y desocupado, quiso orar; que aun la compañía de los buenos suele ser impedimento para el recogimiento del alma, especialmente á los principiantes é imperfectos. Aquél está solo, que ninguna cosa del mundo piensa en el corazón, ni livianamente se ensoberbece con las honras, ni se acongoja y desmaya con las adversidades y deshonoras; mas el que con las alteraciones y vaivenes de la vida se inquieta y desasosiega, no está solo, aunque esté en soledad. El que de verdad ama á Dios, no tiene necesidad de buscar á Dios fuera de sí, porque dentro de sí le hallará siempre que le buscare; porque fuera del común modo de estar en todas las criaturas por esencia, presencia y potencia, le tiene en sí como en su cielo; que cielo es y gloria del Esposo el alma del varón justo. Pues si tienes verdaderamente á solo Dios, y á solo El mi-

ras y amas, y á tí y á todas las cosas por El, nadie en el mundo te podrá servir de impedimento, ni la multiplicación de los lugares, ni el concurso de los hombres; porque todo se te convertirá en una cosa divina. Que es lo que San Pablo dijo de los que aman á Dios: «que todas las cosas les ayudan ó se les convierten en bien». Y San Agustín añade: «hasta los pecados»; porque de los ajenos se conduelen y de los propios sacan humildad y conocimiento propio. Y no basta pensar en Dios en este ejercicio; porque luego que ese pensamiento se acabare, se hallará solo y apartado de Dios; sino que es necesario tener á Dios (si así se puede decir) esenciado, fijo y entrñado en el corazón; quiero decir, hecho alma del alma y esencia de nuestra esencia. El que de esta manera vive, siempre halla en sí mismo una simple, amorosa y continua propensión, inclinación ó respeto á Dios, la cual ninguna criatura le puede impedir, porque excedió las acciones de todas las criaturas y todas las cosas prósperas y adversas, y al fin toda mutabilidad. Por lo cual sucede, que el ojo sencillo, desnudo y atento á la divina contemplación, ningún impedimento ni estorbo recibe, ni de las imágenes y fantasías de las cosas, ni de alguna distinción ó distraimiento, porque está hecho superior á lo uno y á

lo otro, atento sólo á Dios. Y así como este ojo intelectual, que llamamos simple inteligencia, considera á Dios debajo de razón de bondad, de sabiduría y misericordia infinita, así la vista y aspecto de nuestra alma le contempla y mira sin algunas imágenes ni distinciones.

§ XIV.

De esta continua presencia de Dios dijo el Profeta: *Providebam Dominum in conspectu meo semper*. Proveía yo al Señor siempre en mi presencia; como si dijera: De tal manera ordenaba las cosas de mi reino, que aunque tantas y de tanto cuidado, y obligación, no me robasen la atención é intención á Dios, el cual anda siempre en mi alma. Gran providencia de rey, gran sencillez de alma, grande recogimiento en tanta multitud de cuidados, y grande unidad en tanta multiplicidad! Y dirá después el religioso distraído, que no puede recogerse, ni andar de ordinario en la presencia de Dios, mientras que nunca le pierde de vista un rey de Israel con todo el gobierno de su reino, y tan perseguido de su enemigo Saúl y de otros.

DISCÍPULO. Verdaderamente que es confusión lo que David hacía para los que esta-

mos tan obligados á no pensar ni tratar más que de solo Dios. Pero, dime: cómo se puede permanecer atentos á Dios, si hay obligación de acudir á otras cosas fuera de Él?

MAESTRO. A la manera que quien padece gran sed, por grandes ocupaciones que tenga, en medio de ellas y de varios pensamientos y cuidados, no se le aparta de la mente aquella imagen y representación de la bebida; antes bien, crece más el deseo y apetito de beber cuanto más ocupado anda: así David, como su sed era de Dios, al cual sólo amaba y deseaba como únicamente querido y amado, jamás se apartaba de su memoria la imagen del Señor; en todas las cosas le traía delante de sí, y siempre pensaba en Él. Por mí lo veo, que si me aficiono á alguna criatura, tanto más ocupado ando con su memoria, cuanto es mayor la afición; y si es más que la que tengo á las demas, ella sola persevera conmigo, sin que las ocupaciones y negocios me puedan robar el corazón para otro objeto. Mira que el amor de Marco Antonio para Cleopatra, reina de Egipto, que estando sobre el mar, en una sangrienta batalla contra Octaviano César, que había de decidir del Imperio, viendo el dicho Marco Antonio que los suyos iban de vencida, y sabiendo que su amiga huía en una galera con dirección á

Alejandría, abandonó el sitio del combate, y sin hacer caso del ejército que tenía en tierra, fué en seguimiento de Cleopatra; porque, como dice Plutarco, de tal manera se había transformado en esta mujer, que manejaba la espada en la batalla, pero tenía el corazón en aquella; y al fin, cuando oyó decir que por temor de César se había muerto, hallándose retirada en un templo, aquel tan valeroso capitán se mató á puñaladas, diciendo que no era posible vivir ni quería vida sin su Cleopatra. Y con heridas mortales mandó que le llevasen á donde ésta se hallaba, y murió en su regazo. ¿No ves lo que puede el amor, pues ni las batallas, ni las heridas, ni la muerte quitan la memoria de lo que con verdad se ama?

DISCÍPULO. No se puede añadir más á lo dicho, ni declarar mejor esa doctrina.

MAESTRO. El mismo Rey santo, comparando sus deseos de ver á Dios y gozarle, á los del ciervo herido y acosado de los cazadores, que busca alguna fuente, dice que le fueron sus lágrimas pan de día y de noche, diciéndole todos: ¿A dónde está tu Dios? que, á mi ver, lo que quiso significar con esto fué, que en la ausencia de Dios ningún consuelo le queda al alma; antes bien, lo que parece que podría mitigarle la sed que tiene de Él, eso se la aumenta y hace crecer más. Por lo

cual no dice que le sirvieran de agua sus lágrimas, porque no se entienda que por ser bebida se le quitó la sed; sino de pan, que donde no la hay la suele poner, y donde la hay acrecentarla.

§ XV.

Aquel en quien está arraigado el amor de Dios (dice San Agustín) siempre anda pensando cuándo aportará á su Dios; cuándo dejará este mundo y cuándo se verá libre de la corrupción de la carne. Y para gozar de verdadera paz, siempre tiene su corazón suspenso y elevado á Dios, del cual nunca le aparta, ni asentado ni levantado, ni ocupado, ni sin ocupación. A todos exhorta al amor de Dios; á todos encomienda el amor de Dios; y de la manera que puede, por obras y palabras, manifiesta cuán malo y amargo es el amor del mundo, y cuán bueno y suave el amor de su Dios. Escarnece y burla de la gloria de este siglo, y arguye su solicitud, y declara á todos cuánta locura y necedad sea poner la confianza y afición en cosas que van tan de paso; y maravillase de la ceguedad de los hombres, que éstas aman, y mucho más de que no huyen de ellas con la consideración de las eternas. A todos piensa que les es de buen gusto

lo que al suyo es tan sabroso; que á todos agrada lo que él ama, y que es manifiesto á todos lo que él conoce. Frecuentemente contempla en Dios, y en esta contemplación suavemente recreado, y tanto más felizmente, cuanto con mayor frecuencia. La entera y verdadera paz del corazón es tenerle siempre fijo y firme en el amor de Dios por un continuo y nunca interrumpido deseo, de manera que ninguna otra cosa apetezca; porque en aquello que posee y tiene, con una feliz dulzura se deleita, y deleitándose suavemente recreado. Y si con algún pensamiento vano, ó por ocupaciones forzosas, fuere algún tanto apartado de Dios, con grande diligencia procura volverse á Él, teniendo por molesto destierro estar ó detenerse en otra parte fuera de Él. Porque como no hay momento en la vida en el cual el hombre no goce de la piedad divina, así no debe haber alguno en que no le tenga presente en su memoria. Por lo cual, no se debe tener por pequeño crimen estar uno en la oración hablando con Dios y súbitamente hurtarse de su presencia, como si ni tuviese ojos ni oídos para oír y ver lo que pasa. Esto hace el hombre cuando sigue sus pensamientos malos é importunos, y prefiere ó antepone al mismo Dios alguna vil criatura, á la cual fácilmente se divierte el ojo in-

terior, revolviéndola más frecuentemente en su pensamiento que á su Señor Dios, á quien debe continuamente contemplar como á Criador, adorar como á Redentor, esperar como á Salvador y temer como á Juez. San Bernardo, en un sermón *De Sanctis*, dice que la memoria le servía de ojos, y que el pensar en los Santos era estarlos mirando. De donde colijo yo, que si el pensar es ver, como este Santo dice, y la memoria el ojo con que se ve lo que se ama, que el que tiene siempre fijo el pensamiento en Dios está siempre viendo á Dios, que es prerrogativa de los ángeles de nuestra guarda, que haciendo este oficio, siempre ven la cara de Dios, que está en los cielos. De manera que la memoria continua de Dios te hace, siendo hombre, angel en la tierra. Un sabio dijo, que la memoria es el pulso del amor, porque tanto más veloz, agudo y continuo anda el pensamiento revolviendo lo que ama, cuanto es más crecido su amor. Y así es ello verdad, que á poco amor hay poca memoria, y á mucho, mucha, y á ninguno, ninguna. Y con esto no digo más, cuanto á lo postrero que me preguntaste.

DISCIPULO. Ni yo esperaba tanto, ni tan bueno, ni tan necesario.

MAESTRO. A lo primero digo, que es disparate grande decir que el recogimiento consiste en no pensar nada; porque si eso fuera su perfección, fueran perfectísimos los que duermen y no sueñan, y los pasmados, y los niños, á quien falta, por la edad tierna, el discurso. Verdad es que á los principiantes en este ejercicio se les aconseja que aprieten el pensamiento y que se presenten á Dios libres de imaginaciones, para que Su Majestad les hable al corazón, como á gente que se convierte á Él de las vanas distracciones y representaciones de las criaturas. Y este desterrar de pensamientos que distraen es perfección, y necesario para el recogimiento. Del no pensar de los varones perfectos no digo nada, porque queda ya dicho mucho. Acontéceles á éstos tener tan quieta y sosegada la memoria y tan acallado el entendimiento, que estando con Dios gozando de su gracia, no piensan en lo que están ni en otra cosa alguna, sino que están como absortos y embebidos en aquello que sienten en su alma; lo cual puede venir de la mucha atención, como cuando con reverencia grande estamos hablando con alguna persona grave, sin pensar

con quién hablamos. Y esto es lo que pide nuestra letra: *Uniformes introversiones, por olvido de todas las cosas, á los abrazos y unión del Esposo*. Este olvido de todas las cosas es condición necesaria para que el alma se abraze con Dios y se una á Él. Concluyo con San Gregorio: que como nuestra alma no puede permanecer mucho tiempo sin deleitarse en alguna cosa, en cerrándole las puertas de los sentidos, por donde se desciende hasta la tierra, necesariamente se ha de elevar sobre sí en busca de los verdaderos deleites, que sólo se hallan en Dios. Y favorecida de la fe como los reyes magos de la estrella, dejará atrás todas las criaturas y se unirá espiritualísimamente con su Criador. Cierra, dice Ricardo, los caños á la fuente de tu alma, cuyo amor no puede dejar de manar siempre, que entonces ella ascenderá casi necesitada. Y aunque no suba, si se calma en sí misma y se reposa, como en agua clara verá en sí la imagen de Dios, que mejor en ella que en otra cosa resplandece, cesando, como queda dicho, el tumulto y alboroto de los pensamientos que la enturbian. En lo que toca á tu segunda duda, que es cómo se ha de acallar el entendimiento, tengo tanto dicho en la primera parte de *Los Triunfos*, capítulos xiv, xv, xvi, xvii y xviii, que sería perder tiempo decir aquí más.

DISCÍPULO. ¿Ni una palabra?

MAESTRO. Digo que todo el toque de la Teología mística está, en que el entendimiento calle y la voluntad goce. Lo cual no es más que juntarse el alma con Dios, sin otro medio que el amor. Porque el entendimiento, mientras vivimos en carne mortal, no puede unirse á Dios sin el medio de las criaturas, por las cuales tiene su conocimiento; pero la voluntad sin ellas ama, y se abraza con sólo Dios, dejando aparte lo que no es Él. Y verdaderamente, todo calla en el alma cuando para sólo Dios ella tiene el oído atento. Estas cosas son las que tenía que tratar contigo en puridad, y las que te conviene guardar con todas tus fuerzas, como sustanciales y simplemente necesarias á la vida espiritual que deseas vivir.

§ XVIII.

Lo que ahora te quiero pedir, aunque sea de rodillas, es, que no sigas el ejemplo de los descuidados, indevotos y desperdiciadores del tiempo; que con un olvido grande de la obligación que tienen de procurar ser perfectos, hace incierta y dudosa su salvación y faltan á lo prometido, muchas veces con escándalo de su prójimo; á quien (como nuestro Padre

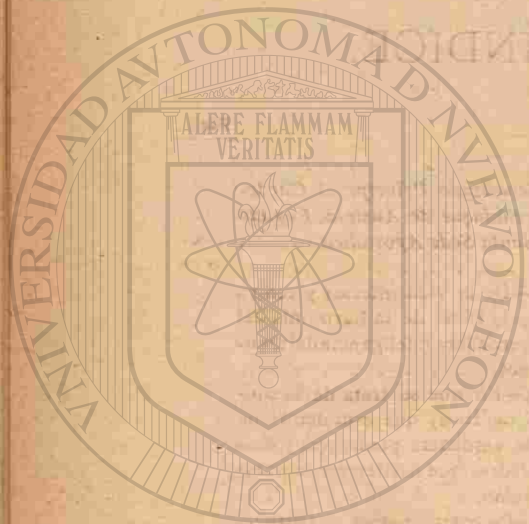
San Francisco dijo) debemos en todo tiempo y lugar dar ejemplo de santidad y virtud.

DISCÍPULO. Cierto, padre de mi alma, que siento en ésta el ver que me despides; porque esta conversación ordinaria y frecuente de Dios me ha reformado y vuelto en mí, que andaba algo distraído y olvidado de mi profesión.

MAESTRO. Yo creo que en esto poco que te tengo enseñado se encuentra lo mucho que los Doctores todos y los Santos han escrito; porque para escribirlo yo he leído los más y mejores que he podido hallar. Y aunque se ofrecerán dificultades y dudas, continuando estos ejercicios, el Espíritu Santo, que es el maestro de los humildes, y conversa familiarmente con los sencillos, te enseñará lo que debes hacer; y el maestro espiritual, comunicando con sinceridad de ánimo y deseo de acertar, te sacará de peligros. Revuelve mis consejos muchas veces en tu memoria, y haz oración al Señor por mí; que si Él se dignare favorecer mis deseos, pasada la Cuaresma, que me obliga á trabajar en provecho del pueblo con doctrinas más comunes, volveré á llamarte, y tendremos otras conferencias semejantes á éstas, sobre lo que más á propósito fuere para nuestro provecho interior. Y con esto no más, de que protesto todo lo di-

cho, que mi intención ha sido y es sana y mis deseos de acertar; y si ahora ó en algún tiempo se hallare alguna palabra en estos escritos, ó en otros míos, desacordada ó mal sonante, que no erró en ella mi voluntad. Por lo cual, todas, sin quedar una, con todas las sentencias y periodos, ápices ó tildes, las sujeto, y á mí con ellas, á los piés de la santa Iglesia de Roma, y á su santísima corrección y enmienda, como hijo verdaderamente obediente á ella hasta la muerte. Bien sé que no han de faltar censores que, pensando acaso que aciertan, quieran reprender algunas cosas de las que aquí tienen dificultad. Pero como Dios acepte mi servicio y tú te aproveches de mi trabajo, yo sufriré de buena gana sus reprimendas; y suplico á Nuestro Señor les haga la merced de meterlos en la bodega de su vino, para que, ordenando en ellos la caridad, la tengan consigo mismos y sepan estimar la con que yo he deseado servirte. Adios, hijo Deseoso.

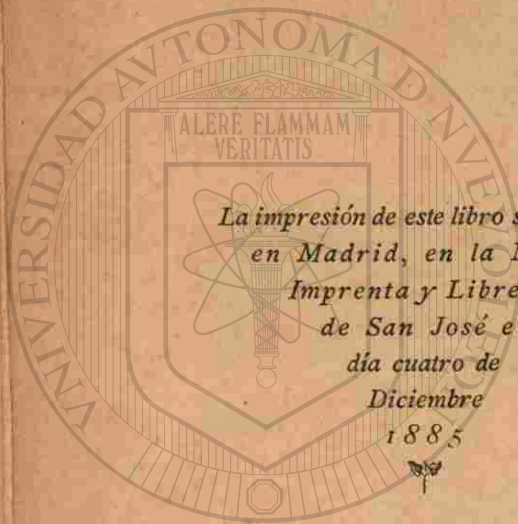
FIN.



ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
<i>Introducción.</i>	v
<i>Al muy Alto y Serenísimo Príncipe el Cardenal Alberto, Archiduque de Austria, Legado de latere de la Santa Sede Apostólica.</i>	xv
<i>Al lector.</i>	xvii
<i>Diálogo primero.</i> —De la vida interior y centro del alma ó reino de Dios: de la armonía del hombre y de la verdadera inteligencia del mandamiento del amor.	1
<i>Diálogo segundo.</i> —En que se trata de la conquista del reino de Dios, que está dentro de nosotros, y de la verdadera penitencia y destierro de los pecados, que destierran de nuestras almas este reino.	45
<i>Diálogo tercero.</i> —De cuatro partes ó entradas para el reino de Dios, que son: humildad, abnegación de la propia voluntad, tribulación sufrida con paciencia, y muerte de Cristo nuestro Redentor.	83
<i>Diálogo cuarto.</i> —De la tercera puerta por donde se entra al reino de Dios, que es la tribulación.	130
<i>Diálogo quinto.</i> —Puerta cuarta de la pasión del hijo de Dios, Redentor y Señor único de los hombres.	167
<i>Diálogo sexto.</i> —En que se prosigue la materia	

de la pasión de Cristo nuestro Redentor, y de lo que obró su atenta consideración en nuestro padre San Francisco y otros Santos, y del primer jayán y enemigo que defiende la entrada del reino de Dios.	209
<i>Diálogo séptimo.</i> —De los once enemigos que dificultan la entrada entrada en el reino de Dios.	243
<i>Diálogo octavo.</i> —De los ejercicios en que se ha de ocupar el contemplativo que ya descubrió el reino de Dios en su alma y le conquistó.	295
<i>Diálogo noveno.</i> —De cómo el alma ha de salir á las criaturas y encerrarse dentro de sí misma.	327
<i>Diálogo décimo.</i> —De la uniformidad de las introversiones ó entradas del alma á su íntimo ó centro, que propiamente es el reino de Dios y del recogimiento.	369



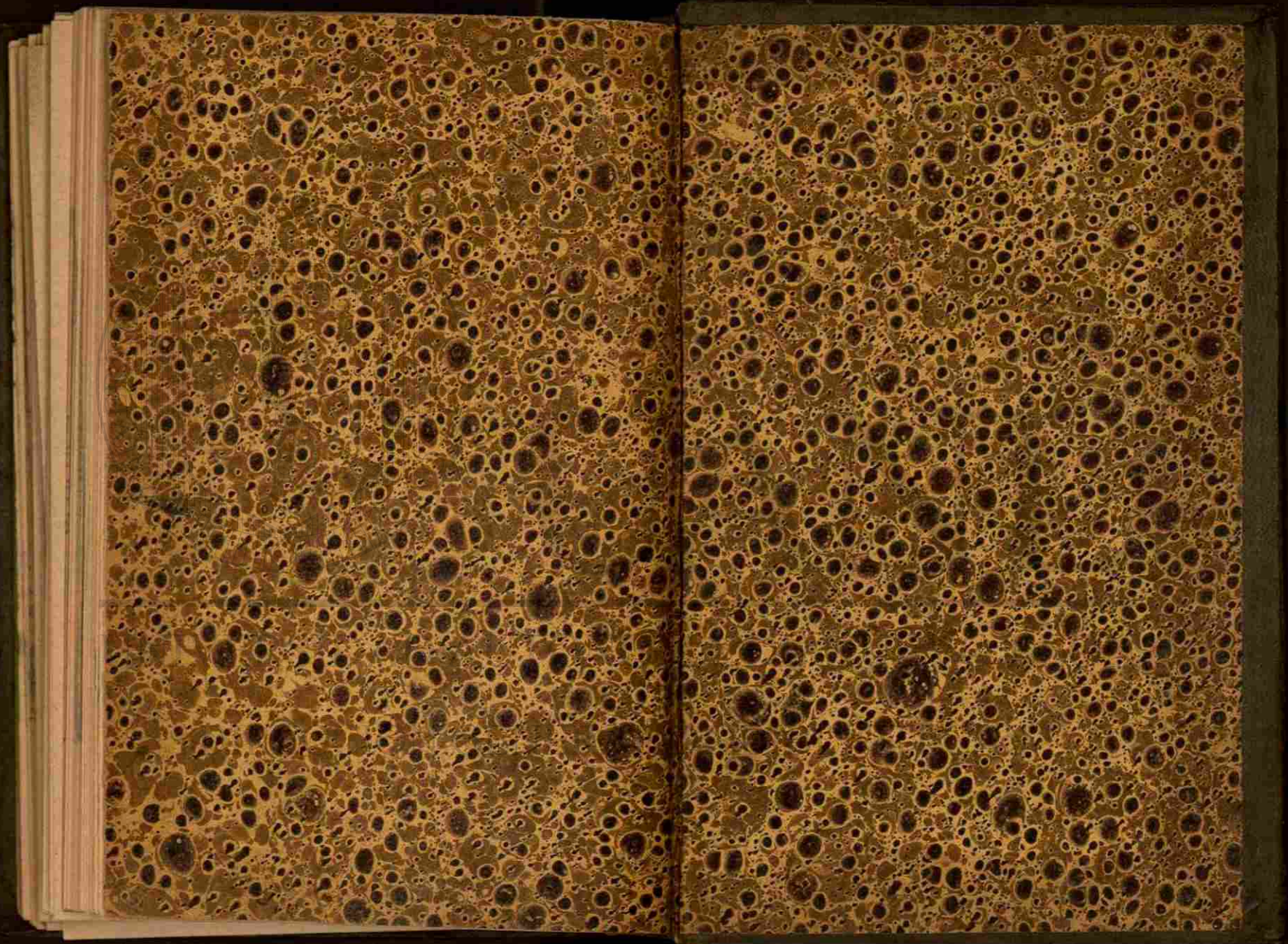
*La impresión de este libro se terminó
en Madrid, en la Nueva
Imprenta y Librería
de San José el
día cuatro de
Diciembre
1885*

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA